

**JUGANDO
CON
FUEGO**

2



TANATOS

12

Jugando con fuego 2

Tanatos 12

SINOPSIS

En este segundo libro el protagonista ya no será tanto Pablo, si no la propia María, la cual tras lo sucedido en la boda, decide aclarar las cosas con un Pablo totalmente superado. La idea de ella es seguir adelante sin más fantasías que puedan hacer peligrar su relación. Negándose además a volver a tener trato alguno con Edu. Sin embargo, pronto descubren que ya nunca más podrán volver a tener relaciones sexuales satisfactorias si no es con la presencia real o imaginada de terceros.

Edu, Víctor, Álvaro, Guille, un joven en una escapada de fin de semana, un extranjero hombre maduro... diferentes personajes se cruzarán en la vida de esta pareja, que sigue siendo inexperta en este mundo de la infidelidad consentida, lo cual desembocará en múltiples problemas y en ocasiones desconfianzas y reproches. Pablo no solo tendrá que lidiar con sus inseguridades y con la aparición de nuevos candidatos que pudieran cumplir su fantasía de convertirse en un cornudo consentido, si no que será testigo de la transformación de una María cada vez más consciente de su poder sobre los hombres y del deseo que despierta en ellos.

CAPÍTULO 1

Unos sonidos desconcertantes, rítmicos, acelerados. Una mala sensación. Un presagio de algo doloroso. Un estallido desgarrador que me empuja a querer escapar, y de golpe una certeza de que en el fondo aquello no era real. Lo intenté. Lo intenté hasta que lo conseguí; conseguir escapar de aquel sonido y encontrarme con el silencio, el silencio y la oscuridad.

Abrí los ojos y no vi nada, pero en mi cabeza seguían retumbando aquellos sonidos cadenciosos.

Aquellos gritos, que eran gemidos. Una pesadilla, el sudor en mi espalda lo cercioraba. La pesadilla había consistido en oír a María entregarse y yo no poder pararlo. No era que quisiera verlo, no, es que quería pararlo y no podía.

Miré el reloj del despertador, faltaba aproximadamente media hora para que diesen las siete y cuarto y me tuviera que levantar para ir a trabajar. Tumbado boca arriba sentía el dormir tranquilo de María a mi lado. Recordé como ella me había abandonado la noche anterior para irse al salón con su móvil, a escribirse con alguien. Recordé que apenas unos segundos más tarde después de aquello caí rendido. Cómo no hacerlo después de las cuarenta y ocho horas que había vivido.

Dudé qué hacer. Intentar seguir durmiendo o levantarme y, por una vez, desayunar, ducharme y vestirme con calma. Decidí abandonar la cama y una vez en el baño me vi todavía atenazado por aquella pesadilla. Es curioso, pero nunca le había dado demasiada importancia a mis sueños, y, sin embargo, todo lo sucedido desde marzo hasta aquel momento, octubre, había ocurrido por un sueño, por haber soñado que Edu se iba con María y actuaban como si yo fuera invisible. Sí, todo había empezado con un sueño y siete meses más tarde aquello se había cumplido y yo no tenía claro qué sentir, no sabía qué sentir, si es que eso era posible. Tampoco alcanzaba a entender por qué escuchar los gemidos de María con otro hombre podrían ser algo negativo, podrían ser una pesadilla, cuando yo me había comportado durante meses de forma opuesta.

Efectivamente desayuné con calma, antes de que María se despertase. Era la monotonía de siempre pero con un trasfondo diferente. Había pasado. Había ocurrido. Y, mirase donde mirase, me recordaba a pasos, a vivencias previas a haberse producido. Miraba mi portátil a través del cual le había escrito a Edu, el sofá en el que me había pajeado innumerables veces pensando en mi novia con él, mi móvil a través del cual le había mandado aquellas fotos de María. Me sentí como si todo hubiera sido necesario, me sentí como ese atleta que, una vez en lo alto del podio, recuerda todos aquellos días de clandestino entrenamiento. Aquello me dejaba una sensación de maquiavélico que yo no veía en mí.

María se despertó y, como es habitual, apenas cruzamos palabra a esas horas. Sin duda yo seguía queriendo saber qué pensaba ella de todo lo ocurrido, pero lo único que sabía era aquello de “tomarlo con la mayor madurez posible”, aquella especie de “pasó y ya está” que yo no sabía muy bien si era bueno, malo o regular. Sabía eso porque me lo había dicho a mí, pero por otro lado siempre estaba lo que yo no sabía, y era en este caso si se había escrito con Edu la noche anterior.

Una vez en el trabajo me sentí tremendamente vacío. Una rutina tremendamente insípida, como un show de Truman, una obra de teatro agotada. Sentí verdaderamente que mi vida de trabajar, dormir y esperar a que llegase el viernes no era el mundo real, como si lo vivido en aquella boda y aquel hotel sí fuera la vida, y lo demás un atrezo absolutamente carente de valor. Había habido tanta intensidad en aquellas horas que un mal informe, una mala cara, un reconocimiento en el trabajo, me parecían absurdamente vacíos. La vida habían sido aquellas cuarenta y ocho horas, todo lo demás era la nada, lo insulso es su grado más superlativo.

Inevitablemente recordé en el trabajo lo sucedido en la habitación de Edu. Y vinieron a mi mente las partes más crudas, sexuales, brutales, y lo sentí más grave. Lo sentí más fuerte. Nos habíamos vuelto locos. No era arrepentimiento, era consciencia. Quizás el alcohol, quizás la obsesión de ver la meta tan cerca me había nublado el juicio y no había sido consciente realmente de la fuerza, del peso de lo sucedido. Se me encogía el corazón al recordarla timorata y nerviosa ante él. Se me hundía el pecho al recordarla penetrada, empalada salvajemente por aquel niño pijo. Se me cortaba la respiración al recordarla jadeando, entregada, sabiendo los tres que aquella entrega tenía mucho de hiriente claudicación.

A media mañana recibí una nota de audio de María. Cogí los auriculares

y, en mi mesa, me dispuse a escucharla. Si yo no paraba de darle vueltas a lo sucedido obviamente ella tampoco. Con voz firme mi novia me contaba que Paula le había llevado disimuladamente mi chaqueta y mi corbata y que Edu no había ido a trabajar. Que Amparo le había dicho en secreto que él estaba haciendo entrevistas para otro despacho, que sus jefes no lo sabían y que se había cogido el día libre. Pensé inmediatamente si el hecho de que Edu se alejase de nuestras vidas pudiera ser bueno o malo. El audio acababa con un tajante “Pablo, tenemos que hablar, hablarlo ya”, que resultaba tan contundente como obvio.

Por trabajo y recados varios no nos era posible encontrarnos antes de las nueve de la noche, hora a la que finalmente quedamos en la terraza de un informal bar de tapas. Ella no lo sabía, seguro que no lo recordaba, pero era la terraza donde yo había visto a Edu por primera vez. Elegante, sobria, segura, con traje de chaqueta y pantalón azul marino se sentó frente a mí. Pedimos dos cañas y yo estaba nervioso. Nervioso con ella. Como cuando estás con una ex y te preguntas cómo podemos estar nerviosos después de lo que hemos vivido juntos. Obviamente no era una ex y la sombra de la ruptura no planeaba en absoluto, pero las sensaciones de extraña incomodidad eran similares.

No sabía qué podría decirme. Había intentado no darle muchas vueltas. Es que ni siquiera sabía que querría que me dijera. Si yo pudiera hacerle un guión y que ella lo recitara como una periodista con teleprompter no sabría qué poner. No sabía qué querer.

Me dijo que quería decirme tres cosas, y que después hablaría yo. Acepté las condiciones mientras observaba como su melena iba a detrás de una de sus orejas primero y a detrás de la otra después, sus dedos se entrelazaban por su pelo de forma errática y nerviosa. Noté su mirada tremendamente fresca, joven, como si hubiera rejuvenecido, por absurdo que sonase en mi cabeza. Su cruce de piernas en traje de chaqueta era tan sexy y refinado que volvían a mí aquellos fantasmas que me susurraban que ella estaba varios escalones por encima de mí.

Nos cogimos de la mano, sobre la mesa, de forma casual, no forzada, pero llevaba implícito un “juntos hemos llegado hasta aquí y juntos seguiremos adelante”, y en esa línea fue su primer punto: me dijo que, como ya me había dicho el día anterior, lo que había pasado había pasado, que no le iba a echar la culpa al alcohol o a una presunta manipulación por mi parte. “Soy madura”, “soy mayorcita” fueron términos que volaron durante aquella

especie de alegato del que yo sacaba en esencia que no me culpaba a mí de nada, pero no me quedaba claro si se estaba de alguna forma culpando a sí misma. Y, mientras ella se extendía, yo caía en la cuenta de que si hablaba en términos de culpa era porque veía en lo sucedido algo malo, y eso empezaba a no gustarme.

Aguanté sin interrumpir y ella llegó al segundo punto. Me miró a los ojos y me dijo:

—Lo de Edu se acabó. No existe. No quiero hablar de él jamás. No quiero que me preguntes por él jamás.

No era una orden. Ni una amenaza. Ojalá. Era una súplica tan desgarradora que me heló la sangre.

CAPÍTULO 2

El sonido de su teléfono móvil nos sacó de aquella intensidad. Miró la pantalla y esbozando un rápido “es del trabajo” se levantó de la mesa a atender la llamada. A escasos metros de mí, hablaba y gesticulaba, de su lenguaje corporal se podía deducir que estaba explicando donde estaba algo o cómo hacer algo. Cuando daba la espalda mostraba su redondo trasero embutido por el pantalón de traje y levantado con agresividad por los tacones. Al girarse y estar de frente, su camiseta blanca, de cuello redondo, bajo la chaqueta, denotaba una silueta tremendamente notoria creada por sus pechos. Al llevar camiseta sus tetas eran más contundentes que cuando las cubría bajo una fina camisa, al ir así vestida ganaba en potencia, pero perdía en escote, la camisa era más sutil. Pero de igual forma te mataba: la camisa era la espada y la camiseta el martillo. Se acercó a mí dándome a entender por su gesto que estaba acabando, alargué mi mano y la posé en su cintura y ella me sonrió. Estaba imponente.

Sin embargo no le fue tan fácil finiquitar la conversación y, mientras ella proseguía hablando y gesticulando, volví a recordar que en aquella terraza había empezado todo. Recordé que en aquel momento, hacía más de siete meses, yo era feliz, era feliz y no lo sabía, al menos no sabía hasta qué punto. Estaba enamoradísimo y plenamente satisfecho sexualmente, como para no estarlo con aquella mujer. Tenía mis complejos sí, sobre todo MI complejo, pero no suponía en mí ningún problema mayor. Sin embargo, con todo lo acontecido, ya no era así de feliz. Quizás porqun pinculaba la felicidad a la inocencia, o a la ignorancia. Digamos que todo era más complicado.

Como un problema que a la vez es una bendición, pero que no deja de ser un problema.

“¿Y ahora qué?”, pensé. ¿Cómo seguir a partir de ahora? Me sentía como cuando de niño eres feliz, juegas con tus amigos y las chicas ni existen. Hasta que te das el primer beso. Y todo cambia. Cómo tras ese primer beso puedes volver a jugar igual, como si nada. Cómo sabiendo que existe eso puedes

obviarlo y enterrarlo. Cómo iba a meter todo eso debajo de la alfombra. Cómo pensaba hacerlo María. ¿De verdad María podría seguir con su vida sabiendo que existía aquello? ¿Aquel sexo? ¿Aquella entrega? ¿Aquella locura? Me resultaba muchas veces difícil saber si ciertas conclusiones de María eran fruto de la madurez, del pragmatismo o del auto engaño.

Mi novia se sentó de nuevo frente a mí. Esta vez sí buscó mi mano de manera directa y quiso seguir donde lo había dejado:

—Perdona. Emm, eso. Que se acabó, que no hablaré con Edu nunca más, de hecho hablé con Paula para que igual hasta le doy a ella su chaqueta para que se la dé.

Yo la escuchaba atentamente y estaba tentado de interrumpirla para preguntarle si se había escrito con Edu la noche anterior.

—Y tercero, como sabrás, a Paula se lo he contado, se lo he contado a modo tontería, como que lo teníamos tú y yo como un juego, no se lo he contado como que fue idea tuya ni nada, si no como una chorrada nuestra. Y ella me jura que no le ha dicho nunca nada a Edu, pero para mí él se ha comportado de forma muy rara tanto en el salón de la boda como en su habitación.

Se hizo un silencio y a mi me costó aguantarle la mirada. Qué decirle... “sí, Edu se comportó así porque sabía que yo quería que te follase en mi presencia...” Ganas no me faltaban de sacar toda la verdad, pero era demasiado, ahí si que me arriesgaba a algo realmente peligroso.

—Te toca —dijo sacándome de mis pensamientos.

—Está bien... —no sabía qué decir, así que hablé sin pensar demasiado — pues... lo primero es que lo que hemos vivido, o... he vivido, ha sido... es que no hay palabra María... ha sido, he sentido más de lo que pensaba que un ser humano puede llegar a sentir. Ha sido colosal. Ha sido tremendo.

Veros juntos... —María me miraba seria, ni sorprendida ni molesta— es que... fue la experiencia más impresionante que pude haber imaginado... — Yo casi suplicaba porque me interrumpiese antes de decir algo de lo que me arrepintiese por ser demasiado sincero— Nunca pensé vivir nada igual, de verdad, por como se fueron desarrollando las cosas... por todo... Y... que bueno, que si tú me sigues queriendo lo mismo, que si seguimos enamorados, que si es solo sexo, o físico, o yo que sé, que por qué no volver a... no sé si repetir... o tantear... —María torció el gesto y antes de que me replicara proseguí— *peroo*... que respeto lo que dices, que lo entiendo y que entonces se acabó.

—Se acabó es se acabó —me interrumpió—. No existe, ni se fantasea, no me preguntes si lo veo o no lo veo, si hablamos o no en el trabajo. Si hablase con él por algún motivo te lo digo, pero no quiero que me preguntes.

—Vale. Solo dime una cosa. Ayer de noche, cuando te fuiste con el móvil al salón, ¿era él?

—Sí.

—¿Y de qué hablasteis? ¿Qué pasó?

—No fue mucho lo que nos escribimos. Pero me dijo básicamente que... se podía imaginar la fama que tenía en el trabajo, pero que él no era así. Que en absoluto le iba a contar a nadie lo ocurrido ni me iba a poner en una situación incómoda en el trabajo.

Aquello me sonó a estrategia barata de Edu.

—¿Y qué le dijiste?

—Nada, que... le dije que solo jodería que se lo dijera a alguien del trabajo...

—¿Le dijiste eso? ¿Eso y nada más?

—No me apetecía en absoluto hablar del tema. Imagínate, Pablo... joder... —dijo en tono más alto.

—Que me imagine qué.

—Que no quiero hablar del tema. Que ni quise hablar del tema con él ayer, ni contigo ahora. Que pasó y ya está y no quiero darle más vueltas.

Esa noche tuvimos sexo. Lo hicimos muy lentamente. Yo sabía que María no quería que yo pensase en lo ocurrido mientras lo hacíamos y así intentaba hacerlo. Me centraba en ella, en su cuerpo, en mí, en mi cuerpo, dentro de ella, los dos, solos, como antes de todo. No siempre lo conseguía, pero me forzaba a ello. Por su parte ella respiraba agitadamente, y gemía y casi gritaba, gritaba cuando se tocaba para alcanzar su orgasmo, y de nuevo me daba la sensación de que buscaba decirse a sí misma que no necesitaba nada más, que no necesitaba nada más que a mí.

Durante los siguientes días yo no podía evitar pensar en Edu, y me obsesionaban dos cosas, en primer lugar no olvidar lo vivido, me aferraba a aquellas imágenes de María con él como podía. No solo digamos escenas generales como cuando ella recibió su miembro apoyada contra la mesa o como cuando recibía sus embestidas a cuatro patas sobre la cama, si no gestos de la cara de María, de la cara de Edu, muecas de él, suspiros de ella, la tensión de sus músculos, las miradas de María... No temía perder el plano general, si ese detalle, ese plano corto, ahí estaba la esencia, ahí estaba lo que

más me mataba y lo que más me había hecho sentir vivo, por contradictorio que pareciera. La segunda cosa que me obsesionaba era qué había pasado en aquella media hora aproximada en la que me había ido a la habitación de Paula; en el trayecto en coche de vuelta a casa había hecho mis cábalas, cábalas que me excitaban cada vez que las recordaba, pero cábalas al fin y al cabo, y cada vez sentía más la necesidad de saber punto por punto que era lo que había pasado.

Pensé en Alicia, en Nati, en Patricia. Patricia, que en la boda María me había dicho que ya se la había follado, se habría olvidado de ella tras hacerlo. ¿Y de María? Llegó el jueves y mi novia me sorprendió escribiéndome que porqué no nos íbamos ella y yo a tomar unas cervezas después del trabajo. No sabía si era una forma de evitar a Edu o si realmente le apetecía cogernos un puntillo los dos juntos.

Quedamos en un pub irlandés. Era un sitio sorprendentemente sombrío. Decorado con tonos verdes y madera oscura. Había muy poca gente. Probamos una cerveza negra en la barra y pronto nos fuimos a una de las mesas que estaban como apartadas entre sí, con unos asientos de banco corredero desde los cuales apenas veías nada más que el habitáculo en el que te encontrabas y parte de la barra que se encontraba en el centro del local. Nos sentamos juntos, nada de frente a frente.

Una vez allí pronto nos vimos con la tercera cerveza, a partir de la cual ya no pude evitar comenzar a oler un cuello de María que no había perdido el perfume echado a primera hora de la mañana.

María respondió receptiva, más de lo que podría esperar en un sitio público a unas horas que no sugerían nada obsceno. Tras oler su cuello, mis labios buscaron en los suyos a la siguiente víctima, pero antes de besarla quise admirarla, mirarla a los ojos, admirar su belleza. Su mirada era, ya desde aquel momento especialmente encendida. Cuando miré sus labios ya no pude retrasarlo más y nuestros labios se juntaron y su boca se abrió primero, esperando a que mi lengua jugase con la suya. El beso fue largo, consistente, y yo aun no sabía si aquello desembocaría en algo cariñoso o más lascivo.

Ella llevaba un pantalón fino, de color granate, como de traje, una camisa blanca sedosa y una americana algo remangada y oscura, de un tono similar al azul marino. Daba una imagen más informal que vestida de traje entero. Dimos un pequeño sorbo a nuestros vasos. En silencio.

Conscientes de la tensión que había creado un olor de cuello y un beso.

Es increíble como hay besos que no dicen nada y otros son una declaración de intenciones tan elocuente y mutua. Tras aquellos sorbos unas miradas, una pequeña sonrisa suya que tuve que aplacar con otro beso pues la belleza en su rostro de abrumadora llegó casi a ser incómoda... Y otro beso y otro, y otro, y colé mi vista por el escote de su camisa. Aquella espada que me mataba. Y al ir mis manos a sus muslos maldije que llevase pantalón; en un susurro y tras morderle el cuello se lo desvelé.

—Ya hace un poco de frío para llevar falda... —respondió en un lamento por mi mordisco y por la propuesta, fingiendo inocencia y fragilidad— y no me apetecen medias todavía.

Me la imaginé en taconazos y falda por el despacho... y todos mirándola... pero no quise decirlo en voz alta.

Comenzamos a besarnos como adolescentes en aquella especie de banco apartado. La cerveza se me estaba subiendo incluso más que una copa de alcohol, pero a María mucho más. Al rato de besarnos mi mano subió por su pantalón hacia su entrepierna y ella no solo no me lo impidió si no que separó levemente los muslos, lo justo para que yo pudiera continuar mi exploración hasta apretar la zona que ansiaba, que ansiaba yo y que un “uuumm” de ella me reveló que ella también.

Creía que María tenía los ojos cerrados, pero no debía tenerlos del todo, pues al pasar un chico por delante de nosotros me susurró que parase.

—No quiero parar —murmuré en su oído mientras mi mano subía por su vientre con la clara intención de acariciar su pecho sobre su camisa, y quien sabe si acabar desabrochando algún botón.

—Venga... nos acabamos la cerveza... —dijo mimosa— y vamos a...

—¿A qué? —la incité.

—Pues... ya sabes...

—No, no sé...

—Pues... eso... a... a follar.

Dejé mi mano aun en su vientre y la quise besar, pero fue ella la que me besó a mí, estirando un poco mi labio inferior, en un beso que tenía tintes de mordisco. Su mirada, aquel “follar” y aquel mordisco, denotaban que María estaba realmente caliente y yo me sentí culpable por querer sacarle de alguna manera el tema “Edu”, y a la vez frustrado precisamente por sentirla así de excitada y no poder.

—¿A follar...? ¿Sí? —pregunté azuzándola.

—Si, quiero que nada más entrar por la puerta de casa... me... me

folles...

—No pensaba hacer otra cosa —le dije en su oído mientras mi mano ya acariciaba con dulzura su camisa a la altura de una de sus tetas.

—No, pero... —quiso reconvenirme— no hacer el amor. Follar. No lo que hemos hecho estos días.

—¿Follar? ¿Y eso cómo es? —pregunté, a sabiendas de que con esa pregunta mi sobriedad abusaba de su embriaguez.

—Pues... —María me besó, sacó su lengua que jugó con la mía en el aire y atacó mi oreja en otro susurro que me ponía los pelos de punta— que... que me la metas fuerte... que... joder... que me insultes... sí, si quieres.

—¿Ah sí...? que te insulte... vale... y... ¿con esto qué hago? —pregunté acariciando su teta, buscando que su pezón acabase de revelarse y atravesase su sujetador y su camisa.

—¿Con mis... tetas? —preguntó sin alejar sus labios de mi oído y en tono más bajo, como si le avergonzara hablar de ellas y referirse así a su pecho.

—Sí... —insistí en mi pregunta trampa, sabiendo que sobria no picaría.

—Pues... quiero que me las muerdas... que...

—¿Qué más... qué... quieres que haga con ellas? —Pues que... que me las azotes si quieres.

Retiré un poco mis labios. Para mirarla. Para clavar mis ojos en los suyos. Mi mano abandonó su teta y la contemple con calma: Su chaqueta se había abierto por el magreo, dejando una imagen frontal y brutal de sus ingentes pechos perfectos bajo la tela blanca. Pero lo que más me mataba era como sus pezones erectos atravesaban todo lo que se les interponía, demostrando que estaba caliente, cachonda, que contaba los minutos para llegar a casa. Llevé una de mis manos a su cuello y la atraje hacía mi para besarla. Ella se dejó y recibió mi lengua en un gemido tan sutil como elocuente.

Durante ese beso no dejó de retumbar en mi cabeza aquel “para que las azotes si quieres”. Sabía lo que me estaba pidiendo, me estaba pidiendo que me comportara como Edu. Que tan pronto llegásemos a casa no fuera yo, fuera Edu. Lo que no sabía era si aquella excitación suya era por mi o si obedecía a sus recuerdos; si su imaginación la estaba haciendo volar.

CAPÍTULO 3

Los besos se hacían más ardientes, calientes, largos, llegando a ser por desesperados insoportables. Al enésimo “uff” llegamos a la conclusión de que era absurdo seguir allí.

Fuimos a pagar a la barra y, mientras el camarero nos cobraba, María me susurró pícaro:

—Entonces... ¿Qué me vas a hacer al llegar a casa...? La pregunta tenía un poco de malicia, pero también mucho de presión. Yo estaba excitado, pero menos que ella. Yo tenía mi puntillo de alcohol, pero mucho menos que ella. Estábamos en la misma zona, pero ni mucho menos en el mismo punto.

Apenas alcancé a sonreírle, más que nada porque no supe que contestar; recogí la vuelta y pedimos un taxi.

Durante el corto trayecto yo empecé a sentir más y más presión, pues ella parecía esperar un polvazo que yo no sabía si podría darle. Era inevitable deducir que ella podría comparar... Aquello de insultarla... de azotarle las tetas... me hizo recordar... la imagen de Edu en la boda golpeándose con desdén y chulería... Llegamos al portal, y al ascensor, y allí nos besamos. El beso fue desesperado, alcohólico, a pesar de no ser ni las once de la noche y en aquel beso noté aun más que María estaba en otra onda, y me dejó alucinado cuando la quise seguir besando y me apartó, posó su mano en mi pecho y me hizo retroceder medio metro, me clavó la mirada llorosa y las puertas del ascensor se abrieron en nuestra planta. Sin dejar de mirarme llevó sus manos a los botones de su camisa y comenzó a desabrocharlos lentamente. Su pelo se le pegaba a la cara, uno de sus ojos estaba tapado por su melena pero el otro me dejaba inerte. Cuando acabó con todos los botones se abrió la camisa con un erotismo irrespirable... mostrando un sujetador de encaje elegante; no entendía como una prenda que aparentaba esa fragilidad podía contener aquello... Llevó sus manos a las copas de su sujetador y esbozó en un susurro:

—¿Qué... qué me vas a hacer...? Me acerqué un poco y miré

instintivamente al rellano por si venía alguien.

—Pues... de todo...

—¿Sí? ¿Me vas a.... me vas a insultar...? ¿Qué me vas a decir...? —dijo ardiente, sin ser consciente de la presión que estaba cargando sobre mí.

No supe qué decirle y salimos al rellano, y de allí a nuestra puerta y llegamos al salón. Su chaqueta desapareció y su lengua me atacó, allí, en medio de la sala, y, mientras nuestras bocas se buscaban desesperadas llevé una de sus manos a mi entrepierna y sentí un poco de vergüenza. Sí, volví a sentir aquello que hacía años que no sentía, desde nuestros primeros encuentros sexuales, sobre todo aquel primer encuentro, en el que yo me avergonzaba de sacar a la luz mi miembro, temiendo que esa exposición diera con todo al traste, temiendo que al descubrir mi pequeña polla sus ganas decayeran y mi hombría quedara bajo sospecha.

Disimuladamente evité que frotara mi entrepierna durante mucho más tiempo... Mientras pensaba: “Cómo con esto le voy a meter la follada que ella me está pidiendo”.

María no parecía querer seguir con aquellos magreos, besos y roces. Me sorprendió abandonándome, dándome la espalda, dirigiéndose al sofá. Una vez allí me sorprendió aun más pues se arrodilló sobre él, llevando sus manos al respaldo, dándome una versión clara de su culo, de su espalda. Volteó su cara y yo me quité mi camisa y comencé a desabrocharme el pantalón. Tras mirarme, ella misma se desabrochaba el suyo y lo bajaba hasta sus rodillas, descubriendo unas bragas negras que casi brillaban, imponentes. Sus tacones, su pantalón bajado, sus bragas, su camisa... y su mirada; su mirada me dejaba sin aire, pero a la vez me imponía más, me presionaba más.

No me quedó más remedio que desnudarme del todo bajo su atenta mirada, pues ella no me dio ni un pequeño respiro para mirar al frente. Quizás fuera absurdo, pero de nuevo aquella sensación de que me desnudaba ante ella por primera vez.

Una vez desnudo completamente su mirada fue fugaz a mi miembro, que erecto pero mínimo, quería entrar en acción cuanto antes. Quizás fuera paranoia mía, pero su mirada a mi polla fue breve, brevísima, para buscar en seguida mis ojos. No quiso detener su mirada allí, quizás fuera casualidad, pero yo lo sentí sospechoso, y por sospechoso doloroso.

Su mirada fue entonces hacia adelante. Recogió un poco su camisa, dejándome ver su culo y sus bragas por completo, separó un poco más las piernas, lo que sus pantalones de traje granates anudados en sus rodillas le

permitieron, y comenzó a bajarse las bragas... Las bajaba con lentitud... dejándome boquiabierto... extasiado... descubriendo un coño precioso y abultado, que parecía brillar... que parecía llamarme... se le notaban con claridad los labios mayores, gruesos e imponentes, y los menores abriéndose como una flor tierna, blanda, simétrica y perfecta. Su coño era una bendita maravilla... Obnubilado. Me quedé pasmado... Hasta que un “fóllame” retumbó en el salón, un “fóllame” susurrado al aire que hizo que mi polla diera un respingo y mi corazón quisiese escapar de mi cuerpo.

Me acerqué, me coloqué tras ella, recogí con cuidado su camisa, aun más, descubriendo la parte baja de su espalda. Admiré su culo. Admiré su coño. Quise saborear ese momento previo en el que aun no la has invadido y ya casi puedes oír su jadeo de gusto al sentirte dentro. Llevé mis manos a sus caderas. Apunté con cuidado mientras ella miraba hacia adelante y llevé la punta de mi miembro a la entrada de aquella preciosidad. Pasé mi capullo duro, durísimo, por entre sus labios, tiernos, ardientes, que parecían tener vida propia y querían acogerme cuanto antes. Apenas apoye la punta y comencé a deslizarme, a abrirla... a penetrarla con una suavidad pasmosa. Mi polla entraba con facilidad inusual, resbalaba casi sin notar las paredes de su coño. Su interior era una inmensidad para mi miembro, que entró entero, de una vez, haciendo que ella suspirara prolongadamente. Un suspiro de gusto, diría que de alivio, aunque yo lo sentí insuficiente.

Con mis manos en sus caderas comencé un mete saca lento y de poco recorrido para no salirme de ella. Ella jadeaba lentamente, pero pronto me hizo ver que no se conformaría con eso y me pidió directamente: “Dame más fuerte”.

Aceleré el ritmo un poco, y después un poco más, buscando que mi pelvis hiciera ruido al chocar con su culo. Yo sentía un enorme placer a la vez que sentía que tenía que dar más de mí para que ella estuviera satisfecha. Aceleré un poco más buscando que sus jadeos tornasen en gemidos, pero al buscar mayor recorrido en mis embestidas, mi polla se salió un par de veces de su cuerpo, haciendo que, algo nervioso, tuviera que volver a apuntar para volver a penetrarla. Ella en ningún momento protestó por salirme de ella sin querer, ni me metió prisa cuando tardé un poco en acertar a penetrarla otra vez.

Tuve que bajar el ritmo para no salirme, intentaba llegar lo más profundo posible, siempre asiéndola por la cadera. María a veces volteaba la cabeza y me miraba con ojos lagrimosos, pero de su boca no salía ningún grito, ni gemido, tan solo su respiración ligeramente alterada.

A pesar de mis nervios y de aquella presión que me atenazaba yo estaba excitadísimo, y, de seguir así, mi polla no tardaría mucho en explotar en su interior. Tener a María contra el sofá, a cuatro patas... con aquella mirada... me estaba matando... Cuando apartó el pelo y lo llevó a un lado de su cuello, se giró hacia mi y dijo implorando, pero dulcemente:

—Vamos, Pablo... Dame... dame caña, jo... der... Lo dijo de una forma tan desesperada que casi me hace correrme... Volví a acelerar, arriesgándome a salirme de ella, consiguiendo que un “¡Mmm... así!” saliera de su boca. Ahora era ella más que yo la que echaba su cuerpo hacia atrás para sentirse llena. Pero María no se quedó ahí, quería más:

—Mmm... Pablo... insúltame... ¡insúltame... Dios...! —dijo al aire, con su cara erguida hacia adelante.

Yo llevé mi mano a su melena, para tirar un poco de ella y hacer que su cara se levantara más, mientras mi otra mano seguía en su cadera.

—¡Insúltame... mmm... joder! —insistió mientras rítmicamente seguía echando su cuerpo hacia atrás, haciendo que el sonido de nuestros cuerpos al chocar se hiciera más fuerte.

Estaba terriblemente bloqueado. Además, sentía que su respiración era insuficiente, que necesitaba que gimiese, que gritase... como la había visto gritar... para poder atreverme a lo que me pedía.

Permanecía callado, sujetándola del pelo... miraba hacia abajo y veía como ella enterraba y desenterraba la mitad de mi polla a cada movimiento, cuando ella, desesperada... llevó una de sus manos a su culo, a una de sus nalgas, y se dio allí un pequeño azote. Quizás dándose ella misma lo que yo no le estaba dando, y tras hacerlo esbozó un “mmm así...”, produciendo en mí un bloqueo aun mayor.

Era tremendo ver a María dándose ese azote a sí misma. Pidiendo que la insultase. Que me la follase más fuerte... Era insoportablemente morboso, pero producía en mi un bloqueo asfixiante.

Su mano fue de nuevo hacia adelante, seguía con aquel mete saca rítmico, no demasiado rápido, visiblemente insuficiente para ella, cuando dijo algo que me mató:

—Vamos, Pablo... cariño... Así, sin más, dijo eso. No ya por la desesperada súplica, si no porque nunca me había llamado así, y menos en pleno acto sexual. Aquel “cariño” fue tremendamente humillante, humillante por fraternal... por compasivo... Si yo llevaba todo aquel tiempo sintiéndome poco hombre para ella, aquella frase terminó de hundirme... Ni

fui consciente, pero mi mano soltó su melena y volvió a su cadera. Estuve como un minuto abstraído, sintiendo placer, pero sintiéndome terriblemente mal a la vez. Lo curioso era que mi polla no estaba en sintonía con el resto de mi cuerpo y empezaba a decir basta, no aguantaría mucho más.

María volvió a girarse hacia mí, con su respiración levemente agitada y plasmó otra petición, esta vez un “más fuerte, joder...” en tono bajo y desesperado, que me hizo de nuevo acelerar un poco.

Así estuvimos unos segundos en los que yo seguía buscando sus gemidos a la vez que intentaba no correrme. Ella, con una mano se apoyaba en el sofá y con la otra llevaba su melena a un lado y a otro de su cuello, cayendo hacia adelante. De nuevo aquel sonido de nuestros cuerpos chocar hasta que esta vez de su boca no salió una petición, si no una pregunta. Una pregunta tras un suspiro quizás algo fingido, tras un “mmm, que bueno” que de por sí sonó forzado... Me preguntó:

—¿Quieres correrme... cabrón?

—Sí...

—Sigue un rato... dándome... y después te corres... eh.

—Sí... —respondía yo, entrecortado, al borde del orgasmo.

—¿Donde quieres? ¿Donde quieres correrme?

—Uff.. no sé...

—¿En mi cara, eh? Mmm... ¿O en mis tetas? —yo, alucinado y al borde del orgasmo intentaba embestirla lo más rápido y fuerte posible, pero sin correrme ni salirme de ella, lo cual era tremendamente complicado, me estaba moviendo en una línea tremendamente fina. Nunca, jamás, María me había propuesto algo así.

—Donde ¿eh?—dijo ella convirtiendo aquel “eh” en un gemido, por fin, acompasado con mi penetración— ¿Quieres mancharme las tetas? ¿Eso te pone? ¡eh! Y de nuevo aquel “eh” coincidió con un gemido y yo pensé que me corría, pensé que no podía más y me paré en seco, y dudé en salirme para no correrme, pero era demasiado tarde. Joder, ¡comencé a correrme sin querer...! y ella al notar que me paraba, echaba su cuerpo hacia atrás. Yo respiraba, bufaba, corriéndome, sin querer hacerlo, la inundaba en su interior y ella parecía no darse cuenta... Me exprimía la polla sin compasión moviendo su cuerpo adelante y atrás y exprimía mi mente al susurrar: “Quieres empaparme las tetas...mmm... cabrón”, y yo ya estaba acabando mi orgasmo sin que ella lo supiera.

Sentía placer, pero la frustración lo opacaba todo. Acababa mi orgasmo y

ella seguía moviéndose. Y yo volví a moverme a su ritmo, sin saber que hacer. Sin decirle que me había corrido. No sabía que hacer, no sabía si intentar seguir, disimular... pero pronto sentía que mi polla no estaba lo dura que debía estar y que ella lo notaría. Pero fue ella quién lo dijo, y su pregunta cayó como una losa en todo el salón:

—¿Te has corrido? Lo dijo rápidamente, como si fuera una sola palabra, y yo no pude seguir con aquella farsa:

—... Sí... Ella se detuvo. Yo me detuve. Ella no volteó su cabeza. No dijo nada y yo me salí lentamente de ella y solo se me ocurrió decir: “Espera que te voy a limpiar”.

Fui al cuarto de baño con un sentimiento de desazón tremendamente desagradable. Cogí papel higiénico y cuando volví María tenía su mano en su entrepierna, intentado que nada cayera de su cuerpo y manchara sus bragas, pantalones o el sofá. Al verme venir, y sin apartar su mano de ahí, se puso en pie y yo le di el papel higiénico para que dejara caer todo allí. Se quitó después los tacones y los pantalones y se sentó en el sofá con la camisa abierta, su coño abierto y su elegante sujetador al descubierto.

Estaba sonrojada, pero no mucho, estaba caliente pero no sudada. Me acerqué para besarla y me correspondió el beso. En su mirada no vi reproche, nada de recriminación, cosa que agradecí sobre manera. Quise compensarla... quise complacerla en un contexto en el que mi polla no pudiera perjudicarme: la volví a besar, forzando a que se recostara, repté por su cuerpo besando su cuello, su escote, sus pechos, llegué a su sujetador e intenté bajárselo, pero no parecía fácil... me tuve que conformar con acariciar su escote y sobarla sobre el sujetador mientras mi boca siguió reptando... bajando... besé su vientre y preguntó:

—¿Qué vas a hacerme?

—Pues... te voy a... comer el coño.

—¿Ah sí?

—Sí.

—Me parece bien.

—¿Te parece bien? —pregunté con algo de seguridad por primera vez, sabiendo que mi lengua era normal, competente, que mi lengua en su coño sí podría estar a la altura.

—¿Quieres que... me ponga los tacones? ¿Te pone más? —María parecía empeñada en complacerme cuando era yo la que estaba en deuda con ella. Le dije que sí y se incorporó un poco, lo justo para alcanzar a ponerse los

zapatos de tacón. Se volvió a recostar y abrió sus piernas, invitándome a que la calmase, al menos con la lengua, que la llevase al orgasmo de una vez.

Me quise recrear en sus muslos, pero no pude. Quise castigarla lamiendo alrededor de su entrepierna, pero no pude. Pues su coño empapado y abierto me obligó a degustarlo inmediatamente. Me captó tanto por la vista como por el olfato, pues cuando intenté resistirme a atacarlo tan prono, un olor a coño tremendo me dijo que allí no se jugaba más. “Me encanta como te huele...”, segunda frase que alcancé a decir con un poco de firmeza... Mi lengua separó sus labios, degustando cada gota viscosa que regaba todo. A cada lametazo sentía el tacto tierno de su coño y me empapaba de aquel líquido que me volvía loco... María levantó sus piernas y arqueó su espalda cuando mi lengua dejó de recrearse en sus puertas dóciles y buscó dentro de ella un sabor aun más intenso.

Me recreé. Me recreé en hacerle una comida de coño brutal, a la altura de lo que ella y su cuerpo se merecían. De rodillas llevaba las manos a sus muslos para levantarle las piernas o a su pecho para amasar su sujetador hasta hacer que por momentos sus tetas escapasen de su cautiverio. María enredaba sus dedos en mi pelo y arqueaba todo su cuerpo, sufría espasmos cuando mi lengua tocaba algún botón sin pulsar y sus jadeos se hacían grititos leves que yo quería tornasen en súplicas y gritos entregados.

Estuve un rato largo en el que yo a cada momento pensaba que mi novia llegaría al clímax, hasta que me pidió que me ayudara con la mano, que con mis dedos frotara su clítoris mientras con mi lengua siguiera succionándola y penetrándola. Y así hice, con dos dedos le frotaba allí arriba mientras con mis labios succionaba los suyos, estirándolos, apartándolos, para atacar con mi lengua lo más profundo... A veces jadeos, a veces aquellos grititos, que eran como quejidos, hasta que llegó un “ammmhhh” algo más largo, de unos tres segundos, tras el cual, dejó descansar sus piernas y levemente hizo porque mi cabeza se retirase.

—Joder... qué bueno... —dijo dándose por complacida y confirmándome que lo había conseguido y al fin quedaba ella en paz.

Me levanté, algo dolorido en las rodillas, no eufórico pero sí satisfecho. Recogí el papel higiénico y le dije que me iba a dar una ducha rápida. Salí del salón, eché el papel higiénico en el inodoro y abrí el grifo de la ducha, dejé correr un poco el agua antes de que saliera caliente y decidí aprovechar para ir al salón a recoger mi ropa. Mi intención no era ser sigiloso, pero debí de serlo pues ella no reparó en que yo había vuelto, y no me vio, no me vio

parado bajo el umbral de la puerta sorprendido, alucinado, alucinado por ver a María completamente desnuda, sin camisa, sin sujetador, solo con los tacones puestos, tumbada boca arriba en el sofá y con los ojos cerrados... frotando su coño con fiereza, casi con brutalidad, jadeando desvergonzada, entre espasmos involuntarios, acabando lo que yo no había podido acabar y quien sabe si casi ni empezar, buscando un orgasmo que yo, ni con mi polla ni con mi lengua le había podido dar.

CAPÍTULO 4

Aquello no hizo si no aumentar mi inseguridad. En los días siguientes nuestras relaciones sexuales no mejoraron, si no más bien todo lo contrario, y yo me preguntaba qué había cambiado. Vale, no podría follarla como Edu, pero es que ni siquiera era capaz de hacerlo como antes de que apareciera en nuestras vidas. Intentaba entender qué me pasaba, y me repetía, qué había cambiado. El hecho de pensar que María considerase mi miembro como insuficiente había sido motivo de morbo durante meses y ahora era un motivo serio de preocupación. Quizás fuera porque ahora veía que sí, que era un problema. Y es que una cosa era fantasear con que tu novia quisiera un miembro más grande, un amante más potente, y otra era vivir que a tu pareja no le atraes, o le atraes mucho menos, precisamente porque no es una fantasía, es real. Llegué a estar convencido de que cuando ella, en el sofá, miraba hacia atrás, no había querido mirar hacia mi miembro para no perder excitación.

Empecé a plantearme también la idea de comentarlo todo con alguien. Al fin y al cabo ella se lo había contado a Paula, su amiga, quizás se apoyara en ella. Yo, deslealtad mediante, había vivido y seguía viviendo todo sin siquiera una opinión de alguien de confianza.

También llegué a pensar que ella quizás mereciera otro amante, alguien que no fuera yo, alguien a su altura, que la complaciera, como resultó obvio la noche de la boda, ella sabía ser complacida.

Pensé si sería posible tener una relación de pareja completa a excepción de eso, a excepción del sexo, como si fuera un apoyo, que para el sexo se añadiera otra persona. Quizás fuera surrealista pero yo empezaba a ver pocas salidas.

Una noche de la semana siguiente, abrí el armario de María, ya que quería ir a correr y tenía algunas cosas de deporte en uno de sus cajones. Sin querer, vi la chaqueta del traje de Edu y me extrañó que, según me había contado que era su plan, aun no se la hubiera dado a Paula para que se la diera a él.

¿Qué sería de Edu? ¿Se tratarían en el trabajo? ¿Miradas? ¿Incluso casos juntos? Yo respetaba la petición de María, pero sin duda la curiosidad me tenía en vilo. Y seguía faltándome aquella media hora, quizás más, de ellos en el hotel... lo cual me frustraba.

Otra noche, cenando en casa, llamaron a mi novia por teléfono. Que si Amparo esto, que si Patricia lo otro... la escuchaba hablar, y, al colgar, quise usar la carta de Patricia, para ver si aquello me abría una pequeña puerta para averiguar algo.

—¿Y Patricia? ¿Qué es de ella? —pregunté.

—Pues trabaja regular, la verdad.

—Antes salíais todas juntas, ¿habéis perdido trato?

—No sé, llegó con muchas ganas... yo creo que se quiso ganar a la gente de golpe. Además era verano... no sé, siempre apetece más.

—¿Ahora está más tranquila? —mis preguntas eran minas, cebos estratégicamente colocados. Pero, no sé si María estaba de vuelta de lo que yo pretendía, pero no entró al trapo. No es que yo esperase un “desde que Edu se la folló está más relajada, por cierto hoy estuve con él”, pero es que no me dio nada.

—Sí, eso parece —respondió seca.

Llegó el jueves y se cumplió una semana de su orgasmo fingido, de mi incapacidad de complacerla, de mi incapacidad siquiera de decirle una palabra soez que la excitara y la hiciera gemir. Esa noche María vino directamente a casa desde el trabajo, y no parecía que fuéramos a tener sexo, y al día siguiente se iba de fin de semana a casa de sus padres. La iría a recoger al despacho y la llevaría en coche a la estación de tren, eso significaba que podría encontrarme con Edu en la salida. Pensé en una pregunta que no produjera una ruptura del pacto. Los dos en la cama, a punto de dormir, le dije:

—Oye, María, solo una cosa, sin ninguna intención de nada. ¿Edu al final cambia de despacho?

—Pues... creo que le han hecho una segunda entrevista o algo así, pero vamos, que por ahora seguir, sigue.

—Lo digo más que nada porque vi que su chaqueta sigue aquí, no sé.

—Ya, es verdad, se la tengo que dar a Paula.

Tras decir eso me quedé pensando en que por qué no se la llevaba al día siguiente y no le daba más vueltas. Pero no dije nada.

Al día siguiente estaba algo ausente y tenso en el trabajo. Prácticamente,

si quisiera, podría encontrarme con Edu, solo tenía que aparcar cerca del trabajo de María y esperar, quién sabe si hasta subir a recepción; sería la primera vez en verle desde que se la había follado. Sería la primera vez que él tendría la posibilidad de mirarme y decirme con la mirada “qué polvazo le eché a tu novia”. De nuevo morbo, celos, irritación y algo de humillación me envolvían al imaginar eso; mezcla de sensaciones a las que nunca llegaba a acostumbrarme y eran nicotina pura.

Inquieto esperaba en la acera, en frente de la puerta, a que saliera María. O Edu. No quise subir a recepción, era demasiado. Miraba el reloj y me atusaba un poco el pelo en el reflejo de un escaparate sin siquiera mirarme, de forma ausente y automática, por hacer algo.

Comenzó a bajar gente trajeada, pero ni rastro de ellos dos, hasta que bajó alguien que no esperaba y mucho menos elegante que los demás. Era Víctor. En vaqueros y una camisa negra daba de nuevo una imagen tremendamente desaliñada, sobre todo en comparación con el resto. Sus gafas, que no debían de tener menos de diez años, de cristal sin montura, su pelo liso recogido en una coleta y su mirada tranquila, confiada, pero alerta, tan alerta que me dio la sensación de que me había visto bastante antes que yo a él.

Mi idea era cruzar un saludo mínimo, pero él en seguida me dejó ver que no tenía la misma intención. Me contó que solía ir al despacho los miércoles y los viernes, a menos que hubiera alguna urgencia. Yo le escuchaba y me preguntaba constantemente cuanto sabría él de lo sucedido en la boda; se había ido antes, pero Edu le contaba cosas, ¿hasta qué punto? No lo sabía. Por decirle algo le dije que mi ordenador portátil hacía un ruido tremendo y, antes de que me diera cuenta, nos estábamos intercambiando los teléfonos por si quería que un día María lo llevase al despacho y él me lo miraba.

De golpe apareció mi novia y nos interrumpió. Víctor hizo ademán de introducirla en lo que estábamos hablando, pero ella, sin mirarle, le dejó con la palabra en la boca y me dijo rápidamente:

—¿Dónde has aparcado? Vámonos que si no no llego.

Una vez en el coche me preguntó:

—¿Qué hacías hablando con ese?

—No sé, me vino a hablar.

—Es un tío muy raro.

—¿Y eso?

—No sé, mira raro.

—¿Qué es mirar raro?

—Pues... raro, raro... sucio. Déjame aquí ya si quieres —dijo intentando evitar que me metiera en el tráfico que rodeaba a la estación. Nos dimos un rápido e insuficiente beso de despedida y se perdió en la distancia, apresurada y elegante.

Ya en la soledad de nuestra casa intenté buscar respuestas. Sobre todo respuesta a esa presión que sentía, que sentía que me ponía ella encima aunque fuera involuntariamente. Pensé que quizás fuera por la comparación, que ahora ella, al hacerlo, podría compararme con Edu, pero ¿y sus ex? Nunca me había obsesionado mucho con antiguas parejas de María, cosa que había impedido que yo me hubiera emparanoiado. Es decir, mi novia pudo haberme comparado con sus ex, quién sabe si lo había hecho y quizás en nuestros primeros encuentros sexuales sí había pensado yo que ella podría compararme con ellos, ni siquiera me acordaba, pero, desde luego si había sucedido lo había olvidado. Nunca me había afectado, pero ahora sí.

Vagando erráticamente por las redes sociales, aquella noche de viernes, comencé a interactuar con un buen amigo de la infancia. Uno de esos amigos que ves ya una vez al año, o incluso cada dos, pero que, cuando los ves, es como si no hubiera pasado el tiempo. Un amigo al que le cuentas cosas que no cuentas a amigos de más reciente adquisición. Y quise quedar con él al día siguiente, aun sin saber del todo si le contaría toda aquella locura.

Accedió encantado y fuimos a tomar una cerveza al barrio antiguo a media tarde. Mi amigo, Germán, era un chico de mi edad, 35 años, pero ya estaba casado y tenía dos hijas. La conversación fluía, como siempre, como en la esquina de atrás del colegio, como en los jueves universitarios. Yo sabía que no me iba a juzgar, nunca lo había hecho y sabía que ampliar el círculo que sabía aquello a una persona más, a él, no entrañaba peligro alguno. Ciertamente necesitaba sacarlo todo. Y se lo conté. Una cerveza tras otra entré en prácticamente todos los detalles excepto los estrictamente sexuales.

Él escuchaba atentamente, sin interrumpirme. Obviamente sorprendido, pero sin gestos llamativos.

Me hizo algunas preguntas, cosas que no le habían quedado claras. Y yo no sabía si esperaba un veredicto o si solo quería soltarlo.

—Bueno, creo que puede haber soluciones —dijo tranquilizándome un poco— prosiguió:

—La primera y más simple es aprender a vivir con ello. Si todo en vuestra vida de pareja es un diez... o, digamos un ocho... porque la vida sexual sea un ¿cuatro? ¿tres? Pues mira, igual es algo con lo que hay que tirar

para adelante. Y quizás la cosa vaya mejorando con el tiempo, vaya volviendo a la normalidad— No acababa de convencerme aquella especie de “no hacer nada” —Otra solución es buscar a otra persona. Es decir, si ella está insatisfecha y a ti te gusta mirar... no sé... por internet, por ejemplo, buscar a alguien serio... alguien que...

—Alguien que no sea Edu, quieres decir —interrumpí.

—Hombre, pues sí, alguien que no se haya reído de ti... que no haya humillado a María en el trabajo... alguien que no tenga fotos de María con las que pueda, dios no lo quiera, chantajearte... alguien que...

—Vale... vale... —dije solapando mis dos palabras con él diciendo “alguien que no trabaje con ella”.

Nos quedamos un momento en silencio, bebimos de nuestras cervezas y fui yo quién continuó:

—A ver... el problema es que, primero, no creo que ella aceptase conocer a alguien en internet para eso, y lo segundo es que, aunque te parezca surrealista a estas alturas, aun no sé si solo es con Edu, si me vale, si nos vale cualquiera.

—Bueno, me dijiste que en la boda le habías pedido que calentara a aquel... aquel que había cenado con vosotros.

—Marcos.

—Sí.

—Sí, pero, no sé. Era un tanteo. No sé, no sé hasta qué punto lo de Marcos iba en serio. Es que... joder... aun no sé si tiene que ser Edu a narices.

—Eso ya no lo sé. Si no tiene porque ser con Edu yo no veo complicado que... imagínate que encontráis a alguien serio para hacer eso, os gusta, y quedáis un par de veces al mes para hacer eso.

Y... las demás veces del mes fantaseáis con lo vivido con él para... para excitaros.

Aquello, no dudaba que no tuviera sentido, pero no me acababa de convencer.

—Y, sobre ti, —prosiguió— te parecerá una estupidez, pero creo que igual deberías... buscar... A ver, se me acaba de ocurrir, eh, pero no sé, si tienes un problema de ego, de bloqueo, quizás... ahora tienes dinero, trabajáis los dos, no tenéis hijos, ella por ejemplo este fin de semana no está, pues llamas a una chica, le sueltas doscientos euros, o vas a donde tengas que ir y lo haces con ella tranquilo, sabiendo que no te va a juzgar— Aquello me

gustó aun menos.

—María no me juzga —dije.

—María compara, según tú.

—No lo sé seguro.

—Ya... no sé. Se que suena a chorrada que... con una pedazo de mujer como María vayas un par de veces a un sitio así, pero me parece una posible forma de recuperar tu ego.

—Germán —dije en tono más bajo— no creo que follándome a una puta vaya a sentirme más hombre y vaya a llegar a casa con el ego en su sitio y las pilas cargadas.

Sabía que lo hacía por ayudarme, pero aquello había servido más como desahogo que como solución.

Lo de conocer a alguien por internet aun tenía un pase, pero no me veía llegando a casa y proponiéndole a María buscar a alguien para eso.

—Sobre lo de tu sueño, esa pesadilla de... querer parar a María, de... eso, de evitar que siguiera haciéndolo con otro hombre, pues no soy Freud, pero quizás venga a reflejar ese quiero, pero no quiero, con el que llevas meses... atormentado, por decirlo de alguna manera.

Me quedé un poco apesadumbrado. Ni a mi ni a él se nos ocurrían más soluciones que no hacer nada o que buscar a un tercero que no fuera Edu.

—¿Le has preguntado a María si tiene que ser con Edu?

—Emm... no son preguntas que yo le haga, la verdad.

—Quiero decir... decirle, mira, María, tú y yo sabemos, que al menos en este momento de la relación en la que estamos tú necesitas un amante mejor que yo, y a mí me pondría veros, si no tiene porque ser Edu necesariamente, buscamos a alguien y seguro que hay candidatos de sobra.

—No sé, Germán... me diría que estoy loco y que está plenamente satisfecha.

—Bueno, eso ya es cuestión de que lo habléis con mucha calma, lo que hoy parece imposible mañana puede que no lo sea tanto.

Me sentí un poco culpable por hablar tanto de mí, y solté un “¿y tú qué?” que nos hizo reír, qué contar después de aquello.

Las cervezas fueron aumentando en número. Cenamos juntos y el tema entraba y salía de forma aleatoria y casual. Finalmente no llegué a casa hasta pasadas las dos de la madrugada.

En mi cabeza una cosa estaba clara: tenía que aclarar si todo aquello tenía que ser con Edu o no, y de golpe caí en la cuenta y me pregunté: “¿Y si es

Edu el que no quiere?”. Creo que cualquier hombre del mundo querría repetir con María, pero Edu era caso aparte, Tumbado en el sofá. Mareado. Bastante borracho. Cogí mi móvil. Vi la última conversación con Edu, ¿de verdad me planteaba preguntarle qué quería? No era capaz. Sobre todo por María. No se merecía aquello.

Pensé en Víctor, en que podría, disimuladamente, averiguar qué sabía. Tenía curiosidad, más bien inquietud, por saber hasta qué punto Edu le contaba sobre aquello. También me podría servir de él para saber qué quería Edu.

Opté por escribirle, agradeciéndole que se hubiera ofrecido para ayudarme con mi portátil, pero con nula fe en que me respondiera, teniendo en cuenta las horas que eran.

Pero para mi sorpresa me respondió en seguida. Estuvimos chateando un rato hasta que la desesperación y el alcohol escribieron por mí, le acabé preguntando por la noche de la boda, de por qué se había ido al final, hasta que tecleé un ¿sabes qué pasó después entre María, Edu y yo? Tardaba en responder. Y eso me ponía muy nervioso. Su respuesta no fue concluyente. Y yo, aun más desesperado, escribí:

—¿Sabes si Edu quiere... ya sabes?

—Repetir ¿dices? Jajaja —respondió y a mi me heló la sangre.

—Sí. —respondí sintiéndome algo humillado.

—No, no creo. ¿por qué? ¿ella quiere ¿no? Jaja.

Aquello me jodió sobremanera, pero no pude evitar seguir escribiendo:

—¿Sabes si tienen trato en el trabajo?

—No lo sé, pregúntale a ella, que te cuente, jeje.

No sabía qué coño hacía escribiéndome con aquel, de golpe, tremendamente desagradable cuarentón a las dos de la madrugada... Era de locos, me arrepentía, de golpe tenía un mal cuerpo terrible.

La conversación quedó ahí. Me fui a lavar los dientes. Me metí en la cama y le escribí un mensaje meloso a María. Ya en la oscuridad iba a posar mi móvil en la mesilla cuando leí en la pantalla: Víctor: Por qué preguntas tanto? Buscáis a otro para que la joda bien y tú mires?

CAPÍTULO 5

Me desperté y leí un mensaje que me acababa de enviar María. Si lo que yo le había escrito de noche había sido cariñoso, lo suyo aun más. Sentí un profundo amor por ella que me hizo sentir extrañamente bien y, lo que era aun mejor: lo que se desprendía de lo allí escrito era un amor recíproco. La atmósfera de aquel domingo por la mañana, solo en nuestra casa, me tranquilizó. Miré el reloj, eché unas cuentas rápidas, justo habían pasado dos semanas desde que me había despertado con los pantalones en las rodillas y María diciéndome que nos fuéramos de la habitación de Edu. Justo dos semanas. Muy poco para recuperarse de semejante *shock*, muy poco para tomar decisiones drásticas.

La opción de Germán que primero había desechado quizás fuera la más acertada: no hacer nada.

Pero con un matiz, y ese matiz era confiar en que todo volviera a ser como antes, que el problema desapareciera poco a poco, mi bloqueo, mi sentimiento de inferioridad, mi ego herido. Quizás fuera mera cuestión de tiempo recuperarlo.

María no volvió el lunes, si no que lo hizo el domingo de noche, cosa que, según dice, hace cuando me echa más de menos. No estaba errado mi amigo cuando me había dicho que nuestra relación era perfecta a excepción de aquel elemento sexual; llevábamos ya cinco años de novios y seguíamos enamorados como al principio. Si de una cosa estaba seguro era de eso.

Esa noche hicimos el amor, y ya noté en ella un cambio. No sobre actuó, al menos no me dio la sensación de que lo hiciera tanto. Y no buscó en mi a un semental que la hiciera perder la razón. No buscó un polvazo agresivo que la matara a orgasmos. Fue un polvo normal, de una pareja estable, si bien es cierto que le costó correrse y lo acabó haciendo con ayuda de sus dedos sobre su clítoris, sin duda prefería eso a que me sometiera a semejante estrés. ¿Era aquello suficiente? No. Ni para ella ni para mí, pero al menos ponía un poco de paz y calma.

Pero pasaron los días y nuestros encuentros sexuales se fueron espaciando. Yo intentaba seguir con mi plan, que consistía básicamente en no cagarla más y en respetarla a ella. En no escribirle ni a Víctor ni a Edu, ni preguntarle a María por él. También me mantenía firme en cumplir la promesa de no pensar en Edu al hacer el amor con ella.

Mi deseo por María no había decaído. Jamás. Si bien era cierto que lo vivido con Edu era otro mundo. Si mi deseo por María era un nueve sobre diez, lo vivido con Edu había sido un veinte.

Pero, a medida que pasaban los días, empezaba a temerme que si el deseo de María por mi siempre había sido un siete ahora estuviera rozando el suspenso. Eran cábalas, o no tan cábalas y quizás había indicios suficientes... nuestros actos sexuales se tornaron mecánicos por su parte, siendo yo casi siempre el que la buscaba. Empezaba a preocuparme.

Una noche de ese ya mes de noviembre María llegó a casa y nada más entrar volvió a salir para bajar la basura. Pasaron los minutos y no volvía, cosa que me extrañó. Me asomé a la ventana y la vi hablando con un vecino. Un chulo putas cuarentón que tonteaba con cualquier mujer que oscilase entre los veinte y los cincuenta años. Los vi. Los vigilé. María se reía. Él la hacía reír, a pesar de que, que yo supiera, no tenían apenas trato. Y se me encogió el corazón. Y si... ¿y si ella acabase encontrando a alguien que le diera todo? ¿Y si encontrase a alguien con quien congeniar, amar, reírse y además fuera un buen amante? ¿Y si el problema sexual no fuera un compartimento estanco y acabase devorándolo todo? Pasaron los días y yo me acabé cansando de ser yo quién la buscara. Quise que fuera ella la que fuera a por mí para hacer el amor. Cuatro, cinco días y nada. Seis, siete días y nada. A partir del tercer día yo me masturbaba en la ducha y para correrme pensaba, o más bien recordaba, todo lo sucedido en la habitación de Edu. Me corría recordándola empalada por aquel chico, recordando sus gritos que se oían por toda la planta del hotel... Después me preguntaba si ella también se masturbaría para calmarse. También me preguntaba, me martirizaba pensando si tan poco me deseaba ya, si mi polla le había comenzado a producir rechazo al compararla con la de Edu, si el sexo conmigo le producía repulsa una vez había experimentado un sexo no sé cuantos peldaños por encima.

Llegó el décimo día y la racha se cortó. Ella la cortó. Pero, para cortarla así, habría preferido seguir con nuestra abstinencia.

Era sábado, había salido a correr por la mañana, y, al coger la ropa de

deporte, como siempre, había visto la chaqueta de Edu colgada. Seguía sin entender por qué no se la devolvía. Por ella, por la chaqueta, deducía que él seguía trabajando en el despacho.

Comimos en casa, algo tarde. Por la noche teníamos que ir al cumpleaños de una prima de María, con la cual no tenía mucha relación, pero cumplía treinta y le habían preparado una fiesta sorpresa.

Un cumpleaños para el que se había abierto el abanico de invitados de manera especial.

Tumbados en el sofá yo me estaba quedando dormido, viendo una película tediosa en la televisión.

María parecía tan amodorrada como yo, cuando me sorprendió acercándoseme, pegándoseme.

Pronto sentí un beso en el cuello y pronto mis labios fueron atacados. María, en apenas veinte segundos se había subido encima de mí.

Yo en camiseta y calzoncillos y ella aun en pijama, en uno negro de pantalón y chaqueta, como si fuera de chico y textura como de satén, un pijama a la vez elegante y morboso, aunque nada que ver con sus camiones de verano. Dos, tres besos. Su lengua en mi boca. Los sonidos de los besos se hicieron sonoros. No me decía nada, no nos decíamos nada. Se deshizo de mi camiseta. Puso sus manos en mi pecho y besó mi cuello en un ronroneo. Yo me dejaba hacer, aun sorprendido: no hacía ni un minuto estábamos separados y a punto de quedarme dormido.

María entonces se puso en pie y me quitó los calzoncillos. Salió a la luz mi pene flácido, que ella no miró. No se por qué, se giró un poco hacia la tele, como si le interesase de golpe una película a la que ni le estaba prestando atención previamente. Se quitó entonces el pantalón de pijama y las bragas, que cayeron al suelo.

Se giró de nuevo hacia mí y se sentó a horcajadas. Llevó una de sus manos a mi miembro, lo sujetó con fuerza, lo cubría entero con su mano, retiró la piel hacia atrás, una vez, hasta el final, con precisión quirúrgica, y comenzó a masturbarme lentamente. Con la otra fue a tocarse a sí misma.

Me masturbaba a mí y a ella a la vez. Echaba su pelo hacia un lado y a otro de su cabeza, como con un tic. Yo le buscaba la mirada, y a veces la encontraba y a veces no. Yo quería conectar, pero ella voluntaria o involuntariamente me lo impedía.

La paja se hizo más fuerte, tanto la que me hacía a mí como la que se hacía a ella. Su melena seguía de un lado a otro cada pocos segundos. Una

vez tuvo todo el pelo cayéndole por la espalda pude atisbar claramente como sus pezones atravesaban la tela negra, llevé mis manos a sus botones y ella me lo impidió.

—Quiero que aguantes. —me dijo en un susurro, dándome a entender, no sin razón, que si liberaba sus pechos y me ponía a acariciarlos o a besarlos el polvo duraría muy poco. Era la primera frase que me decía.

María no tardó en detener ambas pajas y montarme. Se sentó sobre mi miembro de forma tremendamente mecánica. Al ser penetrada solo hizo un pequeño sonido ahogado, no llegó ni a abrir la boca para soltar aire, para soltar placer... Llevó sus manos a mi pecho. Me miró. Esta vez sí me miró y comenzó a follarme lentamente, moviendo su cadera adelante y atrás. Yo llevé mis manos, cada una a una de sus nalgas, que las noté frías, y dejé que me cabalgara al ritmo que ella quería.

Estuvimos así tres o cuatro minutos, hasta que ella llevó una de sus manos a su clítoris y echó su torso un poco hacia atrás. Ladeaba la cabeza y se frotaba con una mano. Comenzó a suspirar, llegó a gemir un poco más alto... un minuto más, o ni eso... un “mmm”, después otro “mmmm” con los ojos cerrados, echó su cabeza hacia atrás, toda su melena hacia atrás, sus pezones durísimos queriendo explotar, queriendo salir de su pijama, su mano frenética sobre su clítoris, su cadera haciendo movimientos, duros, secos, adelante y atrás y un tercer “¡mhhmmm!” que culminó su orgasmo.

Se quedó quieta. Extasiada. O más bien aliviada. Unos segundos hasta que recuperó la compostura.

Y se acordó de mí. Se acordó de mi y comenzó a mover su cadera, esta vez arriba y abajo. Pensé sinceramente que aquel cambio de arriba y abajo en vez de adelante y atrás no era para darme más placer, si no para hacerme terminar. Y es que me miraba, pero no estaba conmigo. Me montaba en aquel sube y baja de poco recorrido, para no salirse, conociéndome, conociendo mi deficiente polla.

Ella misma, mientras me cabalgaba lentamente, se abría los botones de la chaqueta y me ofrecía sus tetas que caían enormes por su torso, relucientes, colosales y orgullosas hacia adelante, con unas areolas extensas que ocupaban gran proporción de sus pechos. Sus pezones daban la impresión de no estar tan duros. María me mostraba sus pechos para acabar, para que yo acabara ya. Y soltó unos “ufff” “dooos” al tiempo que echaba de nuevo su cabeza hacia atrás, y yo, creyéndola o no, no pude evitar comenzar a convulsionar. Mis manos fueron a sus tetas, las apreté con fuerza y ella

esbozó un “Mmm... eso es...” sin dejar de cabalgarme y yo, chorro a chorro fui inundándola, llenándola, en una mezcla de placer y desazón difícilmente descriptible.

Cerré los ojos y dejé caer mi cabeza hacia atrás. Sentía como ella se salía de mí e iba a asearse.

Seguía con los ojos cerrados cuando volvió y me limpió con papel higiénico mi pequeña polla que ya sentía recogida.

María se sentó de nuevo en el sofá, en su sitio. Todo había ocurrido en apenas diez minutos. No había sido un polvo, habían sido dos orgasmos, uno y otro, individuales, y María me había montado como se podría haber montado en un frío consolador.

CAPÍTULO 6

Seguimos viendo la televisión y yo sabía que María se tenía que estar dando cuenta de que aquello había sido un desastre, de que nuestras relaciones sexuales desde el día de la boda estaban yendo de mal en peor. No podía conformarse con aquello, era imposible. Hacía un día primaveral, no parecía noviembre. Entraba el sol con fuerza por la ventana y la temperatura más bien parecía del mes de mayo. Aquel evento me daba una pereza terrible. A mis casi treinta y seis años tener que ir a un cumpleaños de aquella chica de treinta, que apenas conocía.

“La cena y el primer sitio al que vayamos después y si quieres nos vamos”. Me había prometido María que con eso salvaríamos el compromiso. Con un poco de suerte a la una o como mucho dos de la madrugada podríamos estar de vuelta en casa.

Llegamos al restaurante a esperar a que llegara la cumpleañera. La mesa alargada estaba casi llena, éramos de los últimos en llegar. María se había vestido con un traje de pantalón y americana blanca y top lencero negro con encaje, de tirantes, casi parecía que llevaba un camión corto. No acababa de entender aquella moda y me parecía un poco arreglado de más, pero las amigas de la prima no le iban a la zaga y también iban más acicaladas, yo creo, de lo que irían un sábado noche cualquiera.

Yo iba bastante más informal y, afortunadamente, los dos o tres chicos que había, que eran novios de amigas, iban tan informales como yo, y con la misma cara de estar allí de todo menos por iniciativa propia.

Llegó la prima antes de que yo pudiera rebajar un poco mi primera cerveza y se produjo una explosión de sobre actuación, amores eternos y de *graciassoislasmejores* que hizo que me subiera por dentro también una explosión, pero en mi caso de vergüenza ajena. María no se sentía tan fuera de sitio como yo, pero poco le faltaba.

Por fortuna teníamos en frente a una chica muy simpática, muy delgada, que hablaba a toda velocidad, contando anécdotas, siempre eligiendo las

palabras precisas, y a mí me hacía realmente gracia. Pronto ella captó la atención de los cuatro o cinco que la rodeábamos y se convirtió en el alma de la mini fiesta de nuestra esquina. Entre la grácil monologuista y que yo hacía tiempo que me había pasado al vino la cosa no estaba para tirar cohetes, pero iba mejor de lo esperado.

Miré mi móvil que se iluminaba en la mesa y vi que me llamaba un número desconocido, un número que no tenía guardado y que me venía llamando recientemente y que, por unas cosas u otras, nunca había cogido. Lo cierto era que pensaba que sería publicidad de alguna empresa, pero al ser sábado y ya a aquellas horas me sorprendió. Antes de que pudiera responder había colgado.

Otro trago, y otro, y una copa más, y María me dijo en tono bajo: “Puedes ir parando con el vino”.

No me lo tomé demasiado a mal, pero odiaba cuando se ponía en aquel plan protector o desconfiada de que no me comportara correctamente.

De golpe la conversación dio un giro radical y tomó el mando una chica de pelo rizo y cobrizo, bastante fea, que hablaba de la vida en pareja y parecía que había leído estudios sobre todo. Como si te estuvieran leyendo en alto una revista de sala de espera de dentista:

—Pues he leído que hay un estudio que dice que lo hacen más veces, de media, las solteras que las casadas.

Allí casi nadie tenía pareja, de hecho en nuestra esquina solo María y yo lo éramos, y la chica parecía querer insistir en meter el dedo en la llaga. Cualquiera diría que sabía que lo habíamos hecho una vez en diez días y por mera necesidad física.

No contenta con eso se dirigió a nosotros directamente: —Vosotros qué, ¿sois de sábados? —nos preguntó, haciéndose la graciosa, de forma invasiva.

Fingimos sonreír, y ni María ni yo quisimos entrar al trapo. Pero la chica insistió.

—Ya sabéis que dicen de los casados, sábado sabadete... Nos mantuvimos callados, pero a María se la veía tensa. A mí me sedaba el alcohol, pero mi novia la estaba soportando sin anestesia.

—¿Cómo era? —prosiguió la chica de rizos— Sábado sabadete camisa nueva y... polvete.

María explotó:

—Perdona, primero que no estamos casados, y segundo que a lo mejor follamos tres veces al día.

Gracias a dios, la monologuista, que parecía tener una inteligencia emocional bastante más elevada que la acusadora, retomó el mando de la conversación y la sangre no llegó al río.

A pesar de la petición de María yo no me había cortado demasiado con el vino y salí de allí bastante tocado. Caminábamos en un grupo de unas veinte personas hacia un pub cercano y mi novia aprovechó para hablar con su prima, con la que apenas había podido intercambiar alguna palabra.

Yo, detrás de ellas, comparaba la diferencia de físico entre ambas, la diferencia de estilo, de todo.

Cinco años con María y aun me alucinaba lo pibón que era. Su caminar estiloso enfundado en aquellos pantalones blancos, que opacaban lo justo para que no se le transparentase el tanga. Sus tacones elegantes, nada de la ordinariéz de muchas amigas de la prima. Su americana remangada lo justo, su top negro sedoso que insinuaba muchísimo, pero que estaba en las antípodas de la zafiedad.

Llegamos a nuestro destino. Un local en el que la gente parecía demasiado joven, al menos para mí, incluso más que la prima y sus amigas. No tanto como universitarios, pero casi. Estaba bastante llevo para ser apenas las doce de la noche. Me pedí la primera copa con María, pensando que lo peor ya había pasado, que a partir de ahí estaríamos más juntos, pero me equivoqué, pronto nos vimos absorbidos por un corrillo, mi novia hablaba y reía con esta y con la otra y yo no tenía qué ni con quién hablar.

Empecé a notar vibración en mi pantalón. Era mi móvil, otra vez el dichoso número. Decidí salir y coger la llamada, pero cuando pude estar fuera y apartado ya habían colgado otra vez. Me quedé allí, en la acera de enfrente, un rato. Tras un par de minutos opté por llamar yo. Pero nadie respondió y al tercer tono saltó el buzón de voz. Quien quiera que fuese me estaba mareando.

Volví a entrar al pub y vi como el corrillo se había deshecho, y había sido asaltado por unos cuantos chicos. Al parecer María tenía su propio atacante, un chico bastante alto y delgado, rubio, en camisa a rayas, podría medir fácilmente un metro noventa. Cuando me acerqué me sorprendieron sus ojos saltones, verdes. Tenía el rostro muy afeitado, quizás casi ni tuviera barba, y comprobé que era realmente muy joven; con algunos granos delatores, no tendría más de unos veintitrés o veinticuatro años.

Iba a interrumpir, pero vi que se me estaba acabando la copa y fui a la barra a por otra. Desde allí, por diferentes huecos entre diferentes cabezas

veía como el chico le hablaba cerca y María, lo cierto, era que se reía bastante.

No digo que el chico fuera feo, parecía un chico normal, pero me sorprendía la cara, la... osadía, de intentar ligarse a un pibón como María. Un chico de veintitrés, con una de treinta y cinco, seguramente la chica más guapa que había visto y vería aquel crío en aquella y diez noches más... pero allí estaba, dándolo todo, sacando todo su repertorio.

No sé si María se daba cuenta, pero yo, a cuatro metros, veía como el chico la desnudaba con la mirada cada vez que era ella la que hablaba. La visión de su escote desde su atalaya debería ser para morirse. “La paja que se va a hacer ese chico al llegar a casa al recordar ese canalillo”, pensé ya con mi copa.

No sabía qué hacer. Ya me notaba muy borracho. Con la conciencia que te dice que seguramente te hayas pasado, pero con la obligatoriedad de beberte lo que has pagado. Decidí quedarme en mi puesto de control un poco más. Cuanto más se reía María más pegado a la barra me quedaba. El chico parecía tener sus tablas a pesar de su juventud, se veía como la intentaba sacar del grupo, que solo tuviera ojos para él. Estuvieron como diez minutos en los que María parecía seguir encantada con su dicharachero pretendiente y el chico se le iba poniendo cada vez más cara de seguridad y optimismo, como si viera en cada risotada de María un aumento de sus posibilidades de triunfo. Su cara, cada vez que María le hablaba cerca y él escuchaba o fingía escuchar, parecía decir “¿... y si me acabase follando a este cañón de tía esta noche...?” Lo que sucedió en mi, y me cogió por sorpresa fue que... comencé a sentir celos, unos celos terribles. Otra vez, hacía unos meses, me había visto en un contexto similar con María, pero sin duda de aquella no tenía el ego tan bajo como lo tenía en este momento. Morbo y celos... y no sabía que sentimiento me empezaba a agarrotar más. El chico hacía tiempo que parecía haberle propuesto ir a la barra a por otro copa, pero ella le había dado largas, enseñado su copa llena de ginebra y tónica hasta la mitad. Pero el tiempo pasó, las risas y las confidencias en sus oídos siguieron y, cuando alcancé a ver que el vaso de María contenía poco más que hielo, decidí acercarme. Unos meses atrás no la habría interrumpido.

No fui yo, fue el alcohol, el alcohol y una autoestima exigua lo que me hizo parar aquello, y además pararlo de forma abrupta. Me coloqué al otro lado de María y le dije al oído:

—Llevo media hora solo. ¿Puedes dejar de tontear?

—¿Qué? —preguntó María y yo no sabía si no me había oído o si no acababa de creer que la interrumpiese así.

—Que si vas a dejar de tontear. —le dije en tono más alto.

Tenía los ojos grandes, encendidos, le brillaban. Su escote parecía mucho más exagerado que la última vez que la había visto de cerca. Se le notaba incluso un poco el sujetador bajo el top. Sus tetas sugerían un tamaño importante para su complexión... Era imposible que aquel crío no tuviera una erección importante.

Su respuesta fue aun más áspera que mi pregunta: “Déjame en paz”. Lo dijo con un desprecio que rozó el asco.

Y se fue, en dirección a los servicios, dejándonos al chico y a mi allí plantados, en el medio.

Fui tras ella. Sobrio no lo habría hecho. La encontré haciendo cola para entrar en el baño. Algo colorada, como si la copa que había tomado se le hubiera subido por tres.

Intenté tranquilizarme. Pero me sentía celoso. Inseguro. Además me duraba el enfado por el polvo de la tarde. Sumado a que me daba la impresión de que ella estaba poniendo todas las reglas y yo ninguna. Ella aun no me había visto. Opté por esperar a que entrara y saliera del baño para abordarla. Así hice. La paré cuando salía e intenté enfocar el tema a que yo no conocía a nadie y que era normal que me hubiera parecido mal. María respondía con monosílabos. Ya se iba y yo, borracho, acabé por soltar lo primero que me salió, una de tantas cosas que llevaba dentro:

—Oye María, y dime una cosa, ¿Edu sigue en el despacho? —Tan pronto me escuché supe que no procedía en absoluto.

María se sorprendió, vaya si se sorprendió, pero no quiso explotar y respondió un seco:

—Sí, sigue.

—Es que no me cuentas nada —María de nuevo puso cara de querer matarme.

No respondía, y yo seguí, hasta me costaba vocalizar:

—Vale... y... aunque solo sea para no sé... bueno... que sabes que de la noche de la boda me quedan cosas por saber, ¿no? —No quise mirarle a la cara mientras se lo decía, pero ni podía ni quería parar.

—¿Qué? —respondió ardiendo.

—Que... cuando me fui a la habitación de Paula... —casi le gritaba en el oído por el ruido de la música— que os dejé a Edu y a ti y quiero saber qué

pasó todo ese tiempo.

María me apartó un poco. La miré. Y no me dijo nada. Pero habría preferido que me hubiera mandado a la mierda, pues su mirada tuvo más fuerza que cualquier frase. Me clavó los ojos que destilaban una repulsión tan grande que me dejó sin respiración durante diez segundos... Y se fue de nuevo sin decirme nada. La vi tan cabreada que la veía capaz de llamar a un taxi e irse sola para casa. Me fui al baño. Me miré en el espejo. Desaliñado, con mala cara. Aquello era una pesadilla. Me eché agua en la cara y volví a salir sin plantearme qué me encontraría.

Y lo que me encontré fue a María en la barra con aquel crío. Unos celos tremendos. Mucho mayores que hacía un rato.

Salí de nuevo fuera del local. No quise ni mirar si ella se reía con él o, si tras nuestra especie de bronca, estaba más seria con su insistente pretendiente.

Me senté en un portal, en frente. Cogí el móvil. Me dio por llamar al teléfono aquel desconocido, como me pudo haber dado por cualquier cosa. Nadie respondió.

Cuatro. Cinco. Diez. Quince minutos y María ni salía ni me llamaba. Cogí de nuevo el móvil para buscar el número de los taxis, para irme solo. Cuando mi novia me llamó. Sentí alivio.

A duras penas conseguimos entendernos: yo me quería ir y ella a regañadientes accedía a volver conmigo, pero me pedía que entrara a despedirme de la prima. Le dije que no, que iba llamando al taxi y me dijo que si no iba a despedirme que me fuera solo en el taxi.

No me quedó más remedio que volver al lugar donde había sentido más celos desde que conocía a María. La vi, con su prima, mientras el chico alto parecía haber cambiado de objetivo. Paranoia o no, María, sujetando una botella de agua, le miraba de reojo, quizás decepcionada porque su pretendiente no solo tuviera ojos para ella.

Me despedí de la prima y le pedí la botella de agua a María que, ya a simple vista, parecía estar en un plan bastante más amistoso.

Nos quedamos callados un momento. Joder, estaba imponente. Algo sudada, con su pelo alborotado, cayéndole un poco por un lado de su cara... su pinta de pija treintañera entre tanto buitre imberbe... su culo embutido en aquella fina tela blanca... Nos miramos... y comencé a beber de su botella.

—No me acabes el aguaa... —dijo graciosa viendo que yo no iba a dejar nada. Sentí de golpe un amor enorme por ella.

Nos abríamos paso entre la gente, yo delante y ella detrás, cuando conseguí salir me di cuenta de que la había perdido. Llegué a mi conocido portal de enfrente y llamé a un taxi. Mientras lo esperaba vi salir a María escoltada por aquel chico que la seguía haciendo reír, pero que se quedaba en la puerta, dispuesto a volver a entrar. Haciéndole una súplica forzada parecía pedirle dos castos besos de despedida, que María de nuevo riéndose bastante accedió a regalarle.

María llegó junto a mí y no le dije nada del chico, ni ella tampoco. El taxi llegó y en el trayecto yo me sentí aliviado. Una tranquilidad que yo no conocía, una especie de tranquilidad post celos que me hizo renacer.

Llegamos al portal de nuestra casa y, mientras María metía la llave, yo la atacé por detrás. Puse mis manos en su culo y lo acaricié con algo de fuerza. Ataqué su cuello y ella llevó su mano hacia atrás. Me había activado de manera meteórica. Empujé con mi pelvis contra su culo y llevé mis manos a su top. Agarré sobre la seda, sobre cada teta, al tiempo que la volví a empujar con la cadera, aplastándola un poco contra el portal. Le mordí el cuello forzando un “ayy” más mimoso que encendido.

Llegamos al ascensor y llevé mis manos a su cuello y besé y casi lamí sus labios por fuera, antes de introducir mi lengua en su interior. Un segundo beso, largo... y ya habíamos llegado a nuestra planta. Colé mis manos bajo su camiseta y acaricié las copas de su sujetador...

—¿Sabes qué? —le susurré en el oído.

—¿Qué... ? —respondió melosa, entrando más en mi juego.

—Que te voy a follar...

—¿Ah sí?

—Sí... Sí... yo te voy a follar y ese crío se va a hacer una paja... —le susurré bajando las manos a su culo y empujando con mi entrepierna hacia la suya... Nos magreábamos en aquel ascensor con las puertas abiertas. La besaba con deseo, casi con rabia, le tiraba de su labio inferior con mis labios y mis dientes. Le sobaba las tetas como podía por encima de la ropa... hasta que llegué a colar una de mis manos bajo su pantalón, por delante, por debajo también de sus bragas, comencé a notar su vello recortado y rizado... me dispuse a notar el tacto de sus labios blandos y húmedos, pero me encontré con un tacto más firme y adverso. Aquello no me desanimó y comencé a separar sus labios poco a poco.

—Te voy a follar... María... —le dije en su oreja, mientras besaba su cuello con delicadeza y abría camino abajo con mi dedo corazón.

—Te voy a follar... y te voy a insultar... como me pediste aquella vez... Es lo que quieres, ¿no? María no respondía, pero llevaba las manos a mi culo y me mordía el lóbulo de la oreja mientras me escuchaba.

Entramos en casa, en el salón. María se deshizo del bolso y de su chaqueta y yo la besé con furia y la hice sentar en sofá. Me abrí los pantalones, de pie frente a ella, y me los bajé junto a los calzoncillos, con seguridad, mostrando mi pene completamente erecto.

Desde mi posición veía más de la mitad de las teta de María y pensé en el homenaje que se había dado aquel crío. Aquel pensamiento me excitaba. Pero él nunca se las vería y yo sí. Comencé a masturbarme frente a ella. Me sentí pletórico.

—Quieres que me corra sobre ti, ¿eh? Como me pediste aquella vez... —le dije empalmadísimo, a punto de explotar, borracho y muerto de morbo y deseo. Estaba tan caliente que me temblaban las piernas. María, sentada frente a mí, no acababa de animarse a seguirme.

—Como me habías dicho... “en mi cara o en mis tetas”... ¿No? —dije pajeándome rápidamente—. Pues en tu cara... quiero en tu cara... Me corro en tu cara y después te follo con calma... —dije sin dejar de mirarla.

María se acercó un poco, sentándose en la punta del sofá, y me ofreció su cara.

—Joder... María ¡dios...! es que no puedo más... sácatelas... ¡sácate las tetas! Mi novia, por petición mía, o para no manchar su ropa, se bajó los tirantes del top negro y del sujetador, y tiró de ambos un poco para abajo y dejando que sus preciosas y enormes tetas desbordaran ambas prendas, saliendo a la luz unas tetazas espléndidas con unos pezones extensos, cargando dichos senos con todo su peso sobre el sujetador y su camiseta, que aplastados parecían querer quejarse de semejante abuso.

María con las tetas fuera, y su cara erguida, me ofreció su cara para que la manchara.

La miré. Miré su cara, sus ojos cerrados... me pajeaba con más fuerza. Tenía toda la punta empapada y me corría preseminal por los dedos haciendo que sonara aquel ruido húmedo de mi piel adelante y atrás a toda velocidad... Ella llevó sus manos a sus pechos, reuniéndolos y separó sus piernas, para evitar que le manchara el pantalón, me ofrecía toda su carne, su cara su escote, sus tetas enormes... sus areolas sus pezones. Visionaba una corrida enorme sobre su cara, visionaba múltiples chorros calándola entera, su cara y sus tetas bañadas... Y sentí entonces mi clímax venir... y un chorro espeso

salió disparado... aterrizando en su mentón... y me seguí corriendo, pero el líquido blanco que salía de mí no era lanzado si no que resbalaba, resbalaba por entre mis dedos y María abrió los ojos al no notar más impactos. El chorro que había llegado a su barbilla se convertía en una estalactita que colgaba, casi hasta tocar con sus tetas, mientras más líquido blanco se desprendía de mí, pero se negaba a impactar con María.

Apenas había soltado nada... Solo un pequeño chorro había sido lanzado y mi mano y mi pequeña polla impregnada. Nada más. Haberme corrido hacía unas horas no había ayudado. Me retiré un poco. El único hilo de semen que había llegado a María acabó cayendo, goteando, hasta aterrizar entre sus tetas.

Ella, sin decir nada, se puso en pie con cuidado, llevando una de sus manos a la zona manchada para que no se escapara de allí, y se fue al cuarto de baño.

Me vine abajo. Aquello había sido otro desastre. Un calentón propiciado por unos celos desorbitados. Y una seguridad, incluso bravuconería, y un ego ficticio, originados únicamente por el alcohol. Todo aquello había desembocado en una paja cutre sobre María que no se merecía aquello.

Tardé en recomponerme. Me daba hasta vergüenza ver a María. La vuelta a la realidad era durísima.

Escuché como se iba del cuarto de baño al dormitorio. Fui entonces yo al servicio y una vez allí hice algo de tiempo antes de ir al dormitorio donde descubrí que ella ya estaba con el pijama puesto.

—¿Has acabado en el baño? —me dijo en tono agradable, más agradable de lo que yo merecía.

Desde luego no estaba en el ambiente hacer el amor después de aquello.

A los cinco minutos estábamos metidos en la cama, con la luz apagada. Entonces, el móvil de María, que estaba sobre la mesilla, se iluminó, ella lo miró durante un momento y después le dio la vuelta.

CAPÍTULO 7

Nos estábamos destrozando. Los dos lo sabíamos. Ella tenía que saberlo. Ella, seguramente sin querer, estaba acabando con un ego ya de por sí tocado. Y yo, para colmo, me envalentonaba alcohol mediante, convirtiéndome en una persona, por decirlo suavemente, que no era. ¿Y si la palabra para definir lo que sentía María fuera “resignación”? Pensar eso me destrozaba.

“Este es el amante que tengo y es lo que hay”. Eso sopesaba aquella mañana de domingo. La manera de recibir mi orgasmo la noche anterior, como sabiendo mucho mejor que yo que de mi pequeño miembro no iba a salir gran cosa. La manera de acostarse, tranquila, como quien sabe que una cosa puede ser mediocre, pero que no tiene sentido enfadarse si no tiene solución. Que no tenía sentido luchar.

Después de comer me quedé descansando, y después tendría que trabajar un poco, pues me habían llamado del trabajo ya que se había montado un buen lío y quería adelantar cosas para el día siguiente.

María quedó para tomar un café con Paula. Al parecer después vendrían a casa y supuse que entonces María le daría la chaqueta de Edu. Yo no acababa de entender tantas vueltas para devolvérsela, pero quizás no tuviera mayor historia.

A media tarde estaba trabajando con el ordenador portátil en el salón y aparecieron Paula, Amparo y María. No las veía desde la boda. De hecho a Paula no la había visto desde que la había dejado en su cama, después de habernos besado. En un ejercicio de discreción perfecta me saludó exactamente con la misma forma e intensidad que había sido siempre y correspondía. Amparo no conocía la casa y dieron un par de vueltas por allí hasta que se fueron al dormitorio.

Fui al baño, que está contiguo al dormitorio, sin ninguna intención de cotillear. Esperaba lo típico, que hablaran de ropa María y Paula, pero, al parecer, llegaba en el momento justo en el que sí se decían algo relevante: — Toma, llévatela, que me llevas dando largas con venir a por ella ni me

acuerdo. —María obviamente le estaba dando la chaqueta de Edu a Paula. Pero Amparo no entendía nada y tras preguntar de quién era y que Paula le respondiera sin mentir, volvió a preguntar:

—¿Y eso? ¿Cómo es que la tienes tú? Paula, queriendo evitar el aprieto de María, quiso salir del paso:

—Pues se la dejó al final en una silla en la boda, después de que tú te fueras.

—¿Y se va sin chaqueta y no se entera? —insistió inocente Amparo, sin tener ni idea del compromiso en el que estaba metiendo a María.

Mi intención había sido la de orinar y volver al salón, pero allí estaba, dentro del baño, con la puerta arrimada, escuchando, sin saber muy bien a donde llegaría aquello.

Paula y María acabaron por hacer caso omiso a aquella pregunta y a una Amparo que, quizás aburrada, no soltaba el tema. Mi novia le enseñaba a Paula un jersey que se había comprado y su amiga decía que lo había visto, pero que le había gustado más en la mano que puesto, y Amparo seguía a la carga:

—Que, por cierto, Edu ya está en la tercera entrevista, yo creo que deja el despacho. A ver a quién le mira el culo ahora Patricia ¿no? —intentó ser graciosa.

—Ya... respondieron ellas sin entrar al trapo.

—Aunque bueno, que... yo creo que él le tiene echado ya el ojo a la chica de prácticas. Que también no me digáis, es una monadita la chica, los jefes no paran de meternos chicas monas.

—Bueno, Patricia no es ninguna maravilla —dijo María.

—Patricia está bien, María. Es lo opuesto a la chiquilla de prácticas, pero no está mal. Que yo no sé si Edu no se la habrá ya... como dice Ángel —rió — ¿Qué palabra utiliza?

—Beneficiado —dijo Paula.

—Jaja, ¡beneficiado! Eso. Qué personaje Ángel, de los casados es el que está más salido.

Yo tenía a Amparo por una cotilla, pero no por una indiscreta. Cada vez que había un silencio o alguna decía algo de la ropa del armario de María, ella veía la necesidad de seguir hablando de Edu.

—Pues si se va Edu alguna fiesta le harán. Aunque solo sean unas cervezas. Ahí, si no lo ha hecho ya, seguro que al menos lo intentará con la de prácticas. Que vamos, cae seguro. Menuda racha Edu este año, bueno,

siempre. De hecho no sé para que le presenté a Nati, si estaba claro que la iba a dejar tirada.

—No sé que te ha dado con Edu, chica —protestó Paula. al tiempo que María hablaba de otro jersey que se acababa de comprar, pero que decía que no se había puesto porque no acababa de hacer frío.

Se solapaban las voces y las conversaciones, pero Amparo no tenía parada.

—Ya sé que no te cae bien. A nadie le puede caer bien. Pero la verdad es que... Nati... la chica aquella de las jornadas, Patricia, la de la boda, la de prácticas seguro... En aquella enumeración faltaba María, que me la podía imaginar tensa y algo humillada, sobre todo al estar Paula delante. Amparo acabó por poner el dedo el llaga de manera quirúrgica.

—Que todas unas monadas... pero hay que ser un poco... hay que tener pocas luces o estar muy salida para acostarse con él...

—¿Y por qué? —preguntó Paula, visiblemente enfadada, queriendo defender a María, pero empeorando las cosas.

—Pues porque es un chulo y además...

—Bueno, ¡ya está! —Interrumpió María, provocando un silencio en toda la casa. —Qué pesadas estáis. En fin... a ver... —dijo en tono conciliador— ¿no ibas a contarnos de de tu viaje? Seguro que es más interesante.

Mi novia consiguió desviar completamente la conversación. No la podía ver, pero podía sentir la rabia que le habían producido aquellas frases de Amparo.

Volví al salón y vi que me llamaba aquel número desconocido. Un domingo. Descolgué y en seguida escuché una voz conocida:

—Pablo, ¡ey! qué tal tío. Parece que jugamos al escondite. Se me ha jodido el móvil.

Era Germán. Sentí un vacío.

Me dijo que me había visto muy preocupado y que quería saber qué decisión había tomado. Le dije que por ahora estaba todo muy reciente y no quería tomar ninguna decisión drástica, no me quise extender mucho y él me apoyó en mi decisión.

Me sentí un poco mal por colgarle tan rápido y porque el tema siempre se centraba en mí. Y mal también porque fuera él el de la llamada, pero ¿qué esperaba...? ¿Todas estas horas mi subconsciente había fantaseado con la idea de que fuera Edu con otro número? Sobre lo de la chaqueta sentía que me pasaba algo similar: ¿Acaso una parte de mí quería que María no le

quisiera devolver la chaqueta por algún motivo oculto? Cuando se fueron las invitadas obviamente no dije nada de lo que había escuchado, y, aquella noche, no pude evitarlo, pensé si el hecho de que Edu dejara el despacho no despejaría un poco el camino. María siempre me había dicho que uno de los problemas de Edu para aquel juego era que era compañero de trabajo.

¿Pero acaso por repetir con Edu eso salvaría nuestra vida sexual?
¿Entonces? Yo seguía hecho un lío.

CAPÍTULO 8

El problema que esperaba en el trabajo al día siguiente no era nada comparado con lo que me encontré. A mediodía ya le escribí a María diciéndole que no me esperara para cenar. Me podrían dar tranquilísimamente las doce de la noche trabajando.

Ya pasaban de las nueve, la oficina se iba quedando vacía, solo quedábamos los implicados, que estábamos repartidos por diferentes zonas. Yo compartía espacio con otros compañeros que ya se habían marchado. Mi jefe también se había ido.

Enfrascado como estaba no me enteré hasta que escuché su voz:

—¿Pero qué has liado? —era María, a dos metros de mi, sonriendo, con una sonrisa que iluminaba toda la oficina. No esperaba aquella sorpresa. Nunca había estado allí.

—Pero bueno, ¿y tú?

—Pues ya ves.

Me quedé sin palabras. Estaba muy sorprendido.

Ella, viendo que yo no decía nada más prosiguió:

—Me he cruzado con tu jefe, creo. Uno moreno, un poco gordo. —dijo bajando la voz y acercándoseme. Llevaba unos vaqueros y un jersey grueso muy llamativo, como de color rosa chicle, y asomaba una camisa blanca por el cuello y por la cintura. Sin duda había pasado por casa y se había cambiado antes de aquella inesperada visita. Los vaqueros le sentaban de escándalo. María, según se vistiera, podía ser la más morbosa, o la belleza más natural, y eso me encantaba de ella.

—No sabía que conocieras a mi jefe.

—Bueno, de fotos. Ya sabes, me quedo con las caras.

—¿Pero qué haces aquí? Igual me dan las tantas.

—Si te dan las tantas habrá que cenar, ¿no?

—Me tomas el pelo. —respondí descolocado.

María acabó por irse a hablar con la chica de recepción. Yo seguí

trabajando y, de reojo, veía como la gente de la oficina que se iba yendo la miraba extrañado. Después de estar un rato en recepción volvió a mi mesa, hablamos un poco y se sentó en la silla vacía de un compañero. A veces se levantaba y curioseaba algo y a veces se ponía a revisar su móvil. Pasaban y pasaban los minutos y ella no me interrumpía.

Se volvió a ir y como al cuarto de hora volvió con una pizza y yo no sabía si matarla, reírme o enamorarme aun más, si es que eso era posible.

Nos acabamos comiendo la pizza allí, en mi mesa. La miraba, su cara sin maquillar, se había recogido en pelo en una coleta, parecía más joven así. El tema de la edad no tardó en salir.

—El jueves estás de cumple —dijo acabando con una porción y buscando una servilleta—Treinta y seis añazos... —exclamó limpiándose y medio riéndose.

—Pues sí, qué le vamos a hacer.

—Cuatro regalos tengo. Bueno. Cinco. O cuatro y medio. O cuatro y una sorpresa. Bueno, sorpresa son tres yo creo.

—Vaya, seguro que no me merezco tantos.

—Seguro que sí.

Nos quedamos en silencio. Mirándonos.

Sus ojos me parecieron más grandes que nunca. Como si al estar contenta aumentaran de tamaño.

—Bueno, ¿cuanto te falta? —me preguntó devolviéndome al mundo real.

—Pues... es que no lo sé, estoy un poco bloqueado porque me tienen que validar unas cosas.

—¿Entonces?

—Entonces mejor vete, anda.

María recogió la pizza y se acercó de nuevo a mí. Yo sentado, ella de pie. Me hizo un par de preguntas sobre mi trabajo, enredó sus dedos en mi pelo... Le insistí que era mejor que se fuera y finalmente me dio un beso y se fue.

Me pregunté en aquel momento cómo era posible que nos estuviéramos complicando la vida de aquella manera.

CAPÍTULO 9

Llegó el jueves por la mañana. Entré en la ducha. No teníamos sexo desde el sábado por la tarde. Sexo por decirlo de alguna manera. Y de lo del sábado por la noche mejor no mencionarlo ni recordarlo.

El agua caía por mi espalda y comencé a tener una erección. Una erección tonta que me obligó a llevar mi mano allí. No era la primera vez que me masturbaba en la ducha en aquellas semanas, y en todas lo hacía recordando a María penetrada brutalmente por Edu, ya fuera contra la mesa o sobre su cama. Cuando me venía un destello de la cara de María desencajada por el placer mi polla pegaba un respingo y cada vez que sus gritos me venían a la mente, mi polla soltaba una pequeña gota semi transparente. A veces me sentía culpable y a veces no, según me hubiera dado la impresión de que María había evitado tener sexo conmigo la noche anterior.

No fue una sorpresa cuando María me escribió por la tarde para decirme donde había reservado para cenar. Siempre lo hacíamos. Tanto en sus cumpleaños como en los míos.

Por incompatibilidad de horarios llegamos separados. Cuando llegué ya estaba allí sentada. Era un restaurante elegante, muy tranquilo. Ella vestía un mono granate. Me sonaba de algo aquella ropa.

De algo especial, quiero decir. Pero no caía, al menos todavía. Aquel mono se pegaba a su cuerpo de manera increíble, creo que era la ropa que le hacía más pecho y más culo de toda la que tenía.

Más allá de la ropa María estaba radiante. Si se arreglaba especialmente ya sí que me acababa de sentir a años luz de ella. Había una bolsa grande en el suelo, a su lado.

La cena, la conversación, las caricias en las manos, todo era perfecto; hasta quién nos viera lo podría ver cargante, por meloso. En un momento dado, durante los postres, miré el reloj, aunque fue por mero acto reflejo.

—Deja de mirar la hora, mono...

—No, si no la miro por nada.

—Pues no la mires que mañana no madrugas.

—¿Cómo que no madrugo?

—Pues eso, primer regalo. Estás, bueno, estamos, de fin de semana.

Yo la miré extrañado.

—He hablado con tu jefe el otro día... y se lo he pedido.

—Vaya... la visita no era porque me echabas de menos entonces — sonreí.

—Claro que no. Fui para ver a tu jefe cachondo, era una excusa para hablar con él —rió—

—Bueno... —prosiguió— supongo que querrás los demás regalos.

Me había regalado dos noches en una casa rural, las noches del viernes y del sábado, cerca de un pueblo, no muy lejano, pero en la montaña. Además unas pequeñas cajas donde había impreso fotos nuestras y las había nombrado según mi estado de ánimo, de una forma súper original; según hubiera estado de morros, o alegre o pesado o infantil... Tenía como diez fotos de cada caja.

Además un reloj para hacer deporte que parecía que te podía medir hasta cuanto tiempo llevas sin hacer la voltereta lateral, sin duda bastante mejor que el que yo ya tenía.

Después de agradecersele infinito, besarnos, reírnos, y mirar y remirar las fotos María se fue al baño. Vi sus figura enfundada en aquella prenda que parecía una segunda piel y me acordé. Era el mono que había llevado en unas jornadas, en una especie de cena de gala... con Edu... Edu me había mandado una foto de ellos dos juntos y ella con esa ropa. Creo que había sido la noche en la que Edu se había acostado con Alicia y María me había narrado como escuchaba todo, como escuchaba como se la follaba. Me sentí un poco mal, sobre todo al recordar como me intercambiaba fotos con Edu a sus espaldas, pero a la vez me excité. Calculaba que aquello había sucedido en junio, hacía cinco meses y a mi me parecía otra vida.

Edu. Por más que yo estuviera enamoradoísimo de ella. Por más que supiera que repetir con él no nos ayudaría ni a medio ni a largo plazo, siempre se cruzaba en mi mente... María volvió del aseo y se sentó más cerca de mí. Nos cogimos de la mano. Nos besamos. Le dije que estaba espectacular, que esa ropa le quedaba espectacular.

—¿Ah sí? —preguntó queriendo ser complacida.

—Sí... aunque si tuviera más escote...

—Si tuviera más escote... qué... —dijo en un susurro, pegando nuestras

caras, jugueteando, en una fina línea entre mimosa y caliente.

Comencé a notarla tensa. Un poco rara. Nos besábamos y parecía algo excitada. Quizás lo estaba porque no lo hacíamos desde el sábado. Hacía tiempo que había descartado que se excitara por mí, y solo por mí, si no era por necesidad física. No habíamos tenido un polvo decente desde antes de la boda. Seguramente lo haríamos esa noche y yo comencé a sentir, de nuevo, aquella maldita presión, como si me estuvieran dando otra oportunidad de resarcirme, de hacerlo bien, de ser el amante que ella necesitaba.

—Aun queda otro regalo —susurró María— regalo sorpresa.

—Bueno... todos son sorpresa.

—Este más. —dijo besándome con mas lujuria, al límite de dar la nota en aquel salón.

Cortó el beso súbitamente y me miró con aquellos ojos encendidos. Y guió una de mis manos a su entrepierna, que con aquel mono tan fino era casi como sentirla sin nada por medio. Se hizo con uno de mis dedos y lo posó ALLÍ.

Sin dejar de mirarla pasé mi dedo de abajo arriba, sin hacer demasiada fuerza. María estaba, pero no estaba conmigo. La acaricié un poco. Casi podía sentir sus labios a través de su ropa interior y del mono. Ella cerró los ojos. Era un escándalo. Aquello no era un pub oscuro ni una discoteca. Al momento abrió los ojos y yo retiré la mano. Nos dimos un pequeño beso y pedimos la cuenta.

Salimos del restaurante y nos quedamos esperando un taxi, cuando empezamos a oír truenos explotar con fuerza; iba a caer una buena tormenta, aunque afortunadamente nos respetó y no empezó a llover hasta que no llegamos a casa. Una vez allí María me dio una botella de vino para abrir.

—¿Y esto? ¿no te llegó con el vino de la cena?

—Mmm... No. —dijo simpática.

Descorché la botella. No sabía si ella quería emborracharme para que yo ganara en seguridad o emborracharse ella para no notar que su amante era insuficiente... O quizás solo quería seguir bebiendo, tonteando y riendo conmigo.

Estuvimos mirando de nuevo las fotos y recordando momentos. A veces nos besábamos. A veces nos reíamos. A veces nos tocábamos. En cualquier momento acabaríamos retozando en el sofá, estaba escrito. Llevábamos más de media botella bebida cuando ella se levantó y me dijo:

—Bueno, ¿quieres la sorpresa?

—Sí.

—Vale... —dijo suspirando... colorada... Fue a por su bolso y sacó de allí su móvil.

—Te escribo cuando puedas venir.

—¿Venir? Mmm... vale. —dije sin entender nada.

María se fue por el pasillo, llevando su copa de vino, entró en el dormitorio y cerró la puerta.

Yo estaba expectante. No tenía ni idea de qué iba aquello. Llegué a ponerme un poco nervioso... por más que pensaba no tenía ni idea de qué regalo me podría dar, y por qué tardaba tanto en buscarlo o lo que fuera que estuviera haciendo.

Finalmente me escribió diciéndome que fuera al dormitorio.

Pegué un trago a mi copa de vino. Dudé si llevarla como la había llevado ella, pero finalmente la dejé sobre la mesa. Salí del salón. Avancé por el pasillo. Abrí la puerta.

La habitación estaba tenuemente iluminada, solo por una de las lámparas de una de las mesillas de noche, que daba un tono lúgubre y anaranjado. Abrí la puerta un poco más. Y la vi.

María, en sandalias, falda rosa y camisa blanca. Con la ropa de la boda. Apoyada contra la cómoda de nuestro dormitorio.

Giró su cara hacia mí. Llevaba hasta el mismo peinado que aquel día. Toda la habitación olía al perfume de aquel día.

Tímida, acalorada, intranquila. Dijo, titubeante, en un hilillo de voz:

—Querías que... te contase lo que pasó mientras estuviste en la habitación de Paula ¿no?

CAPÍTULO 10

Me quedé sin respiración. El impacto visual era tremendo. María, de pie, en la misma postura en la que Edu la había penetrado en su habitación de hotel... Dejaba caer su pelo un poco por la cara, cohibida. Seguramente esperaba mi respuesta. Un movimiento, una frase, algo. Pero no era capaz de decir nada. Ella se recogió el pelo detrás de la oreja y pude ver su pecho bailar bajo la camisa, desnudo, sin sujetador, como en la habitación de Edu.

—Qué... ¿sorprendido? —susurró tímida.

—Joder, María... Yo seguía sin poder moverme. Intentando asumir lo que aquello podría significar. Pasar de la reticencia más absoluta a hablar de él a aquello era difícil de asimilar.

Se giró un poco, se puso de frente, junto a la cómoda. Su mirada era morbo puro, como si los dos de golpe nos estuviéramos tele transportando.

—¿No vienes? —me preguntó en un tono tan bajo que casi no se escuchó, dificultad aun mayor como consecuencia del ruido de la lluvia golpeando con fuerza los cristales de la ventana.

Me acerqué lentamente, empapándome del olor de su perfume, que me llevaba a la habitación de Edu aun con más intensidad que su ropa. Me coloqué frente a ella. Le di un pequeño pico en los labios y le susurré:

—¿Y esta... sorpresa?

—Ya ves... La tensión era irrespirable. Me quité la camisa, despacio, entre beso y beso. Mis zapatos. Mis pantalones volaron. Me quise quedar con los calzoncillos puestos. Nuestros besos eran cálidos, lentos. No teníamos prisa, yo llevaba cuarenta días esperando aquel momento, que desde luego nunca hubiera imaginado así.

—Bueno... te cuento... ¿vale...?

—Vale.

—Me da vergüenza —sonrió nerviosa— e inmediatamente después dio un trago a su copa que estaba posada en la cómoda.

Dejé que se tomara su tiempo. De pie, frente a ella, casi más iluminada

por la luz de los relámpagos aleatorios que por la débil fuerza de la lámpara. Admiraba su cuerpo... sus pezones marcaban la camisa, se le transparentaban hasta las areolas... Sus tetas parecían más hinchadas...

—He tenido que hacer memoria... hace ya bastante —dijo.

—Más de un mes.

—Pues eso, he tenido que hacer memoria para intentar contártelo bien. —dio otro trago de la copa de vino y yo pensé en voz alta:

—Se te notan muchísimo los pezones... María... Es impresionante.

—Ya... bueno... ¿sabes... qué? —susurró nerviosa.

—¿Qué?

—Que... me he puesto... me he excitado solo con vestirme...

—¿Ah si?

—Sí... tan pronto me puse la camisa... me he puesto... —susurraba en voz baja, con las mejillas sonrojadas, con su cara a centímetros de la mía.

Mi mano fue con cuidado a su escote. Acaricié su cuello, besé con dulzura sus labios, estiré su labio inferior... y mi otra mano rozó su pecho, quería sentir aquel pezón duro aunque fuera a través de la tela, no podía retrasarlo.

—Antes de empezar... quiero preguntarte algo...

—Dime... —respondí.

—Pues... que es lo que más te... A ver, se por lo que me dijiste un día después de aquello... que te gustó lo que pasó, quiero saber por qué y qué fue... no sé, la clave... no sé, la clave no, pero... lo que más te gustó.

—¿Lo que más me gustó de lo que vi?

—Sí...

—Pues... Quise utilizar las palabras acertadas y decir aquello que ella podría aceptar mejor.

—Qué... dime. —insistió algo ansiosa.

—Pues... la verdad es que no sé, acostumbrado a verte conmigo... pues, verte desde fuera, digamos, es súper extraño, a la vez que muy morboso... es difícil de explicar. Ver tu cuerpo moverse como consecuencia de otro... verte gemir como consecuencia de... otra persona... de él, además... es... alucinante, la sensación es indescriptible, es como... no sé, es más que perder la virginidad otra vez, te lo juro.

—Ya...

—Y... no sé, si quieres detalles pues... tu... cara, ver tu cara de placer... es increíble. Y tu... entereza digamos de... bueno, entereza no, como tu...

sexualidad, verte tan sexual, ante alguien tan sexual también, es decir, estar a la altura de algo así.

—Ya... —repitió ella e interpreté que quería algo más.

—¿Quieres que sea más concreto? Pues... así, digamos más morboso, cuando llegué la segunda vez y él... te follaba... a cuatro patas... pues el ruido de vuestros cuerpos... era increíble. Se podía escuchar... se podía escuchar tu coño, María. Se podía escuchar tu coño encharcado...

—Joder... —resopló.

—Sí... y... cuando se... salió de ti... y vi lo que... vi... la polla que te estaba metiendo... joder... y tu coño abierto por lo que te estaba metiendo...

—Ya... —suspiró ella... aun más acalorada, con las mejillas tremendamente sonrojadas, aun más que antes.

—¿Por qué quieres saberlo? —pregunté en su oído.

—No sé, porque... No sé. Curiosidad.

Entre todas esas cosas también me había excitado muchísimo verla tan sumisa con él. Temblando.

Casi se podría decir que asustada. Porque a pesar de la personalidad de ella, fuerte, sobria, incluso a veces altiva... había sido por momentos un auténtico manojito de nervios ante él... Sentirla dominada y superada por él me extasiaba del morbo... pero no se lo quise decir.

María se acabó la copa de vino y dijo:

—Está bien... vamos allá.

—¿Y tú, María? ¿Antes de que empieces? ¿Qué sentiste al... estar yo mirando? —Ufff... —sonrió nerviosa— Buena pregunta...

—¿Sí?

—Pues sí... y bueno... al principio no quería...

—¿No? Y... ¿Y después?

—No sé... tampoco puedo decir... me gustó que mirases... ¿sabes? Pero es cierto que... tenía, no sé, fue todo una locura.

—¿Tenías qué?

—Pues que fue... que fue algo imposible, pero a la vez como natural, no sé. Que iba pasando y ya está.

Esperé un poco, a ver si se explayaba más. Pero ella atajó el silencio incómodo con un pequeño beso, dando mi pregunta por respondida.

—Está bien. Cuéntame lo que pasó. —le susurré.

María se desabrochó la falda y la dejó caer. La desenredó de sus tobillos y sandalias y la dejó allí en el suelo.

—¿Hasta las bragas son las mismas? —pregunté.

—Sí... —sonrió otra vez nerviosa.

María apoyó el culo contra la cómoda. En sandalias de tacón, camisa y bragas, transparentando pezones y con sus tetas dibujando una silueta colosal bajo la seda blanca.

Me acerqué un poco y la besé. Sus labios estaban fríos y mojados, su boca sabía un poco a alcohol.

Busqué con mi mano sus muslos y llegué a sus bragas que ya noté algo húmedas en seguida. Quise animarla así. Le seguía dando mucha vergüenza.

—Sabes qué —me susurró entre beso y beso.

—Qué.

—Pues... una confesión más, ¿vale? Vas a... vas a alucinar.

—Dime... María parecía querer retrasar lo que me tenía que contar, pero si para ello acababa por confesarme más cosas yo desde luego no la iba a detener.

—Pues... hoy en el trabajo... haciendo memoria para contarte... me acabé...

—Qué...

—Es que es muy fuerte.

—¿El qué? ¿Qué pasó?

—Pues que... me acabé... masturbando...

—Uff... María... ¿en serio?

—Sí...

—¿En tu despacho?

—En los servicios...

—¿Sentada?

—Sí...

—Joder... que me cuentes eso es como otro regalo más.

Recordé como había salido vestida de casa a trabajar esa mañana... y la visualicé sentada en los aseos, masturbándose compulsivamente, pensando en Edu, con traje de chaqueta gris y camisa rosa calmando su coño... por recordar como Edu se la había follado. Quién sabe si se lo había cruzado por el pasillo justo antes de entrar, acalorada, cachonda... chorreando... yéndose a calmar a los aseos... corriéndose allí, pensando en él... con la falda recogida en la cintura y las bragas apartadas... Abriendo la boca, dejando caer su cabeza hacia atrás. Quien sabe si tocándose las tetas sobre la camisa mientras con su otra mano destrozaba su clítoris. Y... conteniendo su

gemido.

Jadeando... Mordiéndose el labio para no gritar, allí sentada.

Me la imaginé recomponiendo su ropa frente al espejo. Y saliendo de allí más tranquila. Calmada.

Volviendo a su mesa, como si no hubiera pasado nada.

CAPÍTULO 11

La lluvia golpeaba los cristales con tanta fuerza que seguramente era ya más granizo que lluvia. Los relámpagos aumentaban en frecuencia y los truenos creaban una banda sonora ruda e imponente. La luz de la lámpara ya parpadeaba de vez en cuando, augurando que pudiera llegar a ser vencida por la tormenta. Mi imaginación, al volar, había hecho que toda la punta de mi miembro estuviera tremendamente impregnada y manchara mi calzoncillo, pero no lo liberé, no liberé mi miembro ante María, y quería que me contara todo cuanto antes.

—Te estoy imaginando allí sentada, masturbándote... —le susurré en el oído.

—¿Sí? —dijo en voz baja.

—Sí... y ahora cuéntame... —le dije abandonándola con un pequeño beso en el cuello. A su lado, comencé a acariciar sus muslos y me dispuse a escuchar.

—Pues... a ver... te fuiste... Te fuiste y estábamos, bueno, él estaba detrás de mi. Me estaba... eso...—sonrió nerviosa.

Supe al empezar a escucharla que le iba a costar utilizar las contundentes palabras que aquello merecía. Prosiguió:

—Estábamos así, contra la mesa, y te fuiste. Estuvimos un rato más así... él... él me... follaba... Sentí en aquel momento como de mi polla salía una gota y mi corazón respondía alterándose.

—Me... me follaba fuerte... la verdad... y... bueno, pues... se acabó por... Él se salió digamos.

—Él se salió de ti y te quedaste como estabas, contra la mesa...

—Sí... bueno. Él se salió sin avisar, sí, creo, y entonces me di la vuelta. Me di la vuelta y... él me besó... Nos besamos. Y... supongo que se la agarré mientras... nos besábamos...

—Os besabais frente a frente y tú se la... cogiste... —recapitulé mientras acariciaba sus muslos.

—Sí... y... estaba... la tenía... enorme... y mojada... casi no me cerraba la mano, yo creo que no me cerraba la mano... María no sabía qué hacer con las manos mientras me contaba, y yo comencé a subir la mía hasta llegar a sus bragas. Allí comencé a acariciar su coño sobre la húmeda tela negra...

—Y... qué más... pues... él me acariciaba las tetas... me besaba el escote y me acariciaba las tetas y después... me las besó... y... bueno, lo que hacía era que me apretaba una... y mientras me besaba la otra. Era raro, porque me apretaba con fuerza una mientras la otra la besaba... así, sutilmente... y me dijo... me dijo algo guarro... no sé... algo como... “qué tetas tienes” o... “qué tetazas tienes” o... “a dónde vas con estas... tetas” o algo así... Y yo estaba... estaba caliente, claro... pero me daba vergüenza... no me podía creer que Edu me estuviera comiendo las tetas... y yo agarrando... agarrándole la polla... y es que...me acababa de follar... Es que ahí fue cuando pude pensar un poco...

—Y... ¿pensaste en pararle? —pregunté mientras mis dedos ya notaban nítidamente sus dos labios, enormes, queriendo desbordar sus exigidas bragas.

—No...

—¿Y... te hacía daño... al apretártelas?

—No... Uff... tócame por debajo... anda —me pidió María, pero yo no se lo cumplí, aun.

—Venga... sigue.

—Pues... es que después fue... Me... Se apartó, creo, y me miró. Y me dijo que me diera la vuelta otra vez. Que me... pusiera otra vez contra la mesa.

—Y lo hiciste...

—Sí... y... bueno, yo claro, pensé que... bueno que... me iba a follar otra vez... Pero el caso es que, claro, yo estaba mirando hacia adelante, esperándole... y él me dijo que... que me tocara, me dijo que me metiera los dedos, o que me tocara, no sé. Ufff... es que... a ver, entiende que... la situación, Pablo... —susurraba ella como si me fuera a parecer mal su manifiesta claudicación.

—Ya, María, está claro, cuéntame bien —le dije mientras tiraba un poco de sus bragas hacia arriba para que estas apretasen su coño.

—Uf... Pablo... Mmm... —respondió, cerrando los ojos, demostrándome que le estaba gustando lo que le hacía.

—Qué te mandó hacer, dime. —insistí.

—Me dijo que... que me metiera los dedos... y los chupara... Joder... fue súper guarro... me tuvo allí metiendo mis dedos y después chupándolos, como... no sé...

—Madre mía... —dije sin querer.

—Y nada, eso... me decía “chupa tu coño...” o “saben a tu coño” no sé, una guarrada así...

—Joder, María...

—Ya... es que era... súper humillante, pero a la vez... Y bueno, eso.

—¿Y los chupabas mirando hacia adelante o para él?

—Miraba para él.

—Joder, ¿y él qué hacía?

—Nada... me miraba y después me dijo que abriera mi coño para él o algo así... y... eso, separé pues las piernas y después... los labios... para que mirase, no sé. Se que me puso mucho, Pablo... —dijo en mi oído, antes de morder mi cuello y llegar a hacerme un poco de daño.

Me aparté un poco, me puse frente a ella y la besé, con calma. Besé su escote y después sus tetas sobre su camisa y vi alguna mancha extraña, alguna zona más rugosa en la seda. Fui lentamente desabrochándole los botones... y comencé a bajar sus bragas hasta que estas se quedaron a la altura de la mitad de sus muslos. Al bajarlas las noté muy mojadas... muy muy mojadas... de una manera tremenda.

—Sigue... —le dije en un susurro en sus labios. Sentí que al haber liberado su coño este nos envolvía con su olor.

Con aquel aroma a su sexo, con la camisa abierta y sus bragas medio bajadas, con los ojos llorosos, ardiendo, prosiguió.

—Después me... dijo que me diera la vuelta o me di la vuelta... creo que nos besamos y me susurró que... que me arrodillara... No sé si me dijo arrodíllate, o cómo lo dijo, pero sé que me estaba pidiendo algo así.

—Y lo hiciste...

—Sí...

—Joder, María... En ese momento no pude más y comencé a acariciar su coño, por fuera, jugueteando con su vello recortado que era, en la zona más íntima, una masa húmeda y viscosa...

—Y, joder, Pablo... no puedo más.

—Sigue, venga...

—Pues me... no sé como hizo que me puso, o al menos me vi chupándole los... huevos... Recuerdo que al principio le chupé los huevos... Madre

mía... Yo la dejé seguir, no quise cubrir ya sus silencios con preguntas o insistencias. Comencé a introducir mi dedo corazón en su interior. Las paredes de su coño casi ni las sentía de lo abierta que estaba. María gimió, se agarró a la mesa y continuó:

—Le... lamía los huevos... eran... como muy pesados, como con una bolsa muy grande, los tuyos son más ásperos, más pegados, más... retraídos... y él me miraba. Joder, es que... una cara de chulo mientras se lo hacía... dejaba caer su polla enorme y dura por mi cara mientras me tenía comiéndole los... joder, los huevos... y yo seguía allí... y la verdad... es que en aquel momento yo... quería... quería chupársela... o sea... es que no podía más... Me puso tanto... Está, joder... está tan bueno... —confesó María, con los ojos cerrados mientras yo ya introducía dos dedos en su interior. Con mi otra mano apartaba su camisa a ambos lados de sus tetas que lucían colosales, brutales, más anchas que su torso, con las areolas enormes y rosadas y los pezones erectos como nunca— Y... después... me dijo que... que le rodeara la polla con mis tetas o algo así... Sí, creo que se sentó y me dijo, no sé que dijo, pero quería que le masturbara con las tetas... y joder, lo hice.

Él recostado sobre la cama y yo de rodillas a los pies de la cama... haciéndoselo...

—Joder, María —dije en su oído. Estaba a punto de correrme sin siquiera tocarme. Saqué los dedos de su interior, me aparté, y busqué en la mesilla nuestra polla de plástico. María no dijo absolutamente nada. Esperó a que la cogiese y a que me acercase otra vez.

—¿Quieres que me de la vuelta? —preguntó María.

—No... es igual —le dije, pues quería ver su cara, quería ver su cara al meterse aquello y recordar a Edu.

Me pegué a ella. Nos besamos de forma salvaje... y en aquel momento, y tras un trueno, la lámpara dijo basta y nos quedamos únicamente iluminados por la luz de la ciudad y la tormenta. No dijimos nada. Nuestro beso continuó, mientras, yo abajo maniobraba para introducirle aquella polla que representaba y siempre había representado la polla de Edu. María gimió, gimió en mi boca, durante mi beso, al sentir la punta de aquel objeto color carne abriéndose paso en su interior. Pronto comencé a deslizar con suavidad aquello dentro de ella. Me retiré un poco y la miré. Le saltaban las lágrimas del morbo y de la excitación, flexionaba un poco sus piernas y acogía con entereza aquel tremendo aparato. Su respiración era agitada pero no gemía...

suspiraba alterada... y le pedí que siguiera.

—Mmm...¡dios...! —susurraba ella... cerrando los ojos.

—Sigue... María... sigue contándome —le insistía, alucinando cómo su coño abrazaba todo aquello.

Una vez comenzó a asimilar lo que la invadía consiguió proseguir: — Mmm... ahmmm... le... le estuve masturbando así... con mis tetas... un rato... y... después... ¡mmm...! después sí que recuerdo que me ordenó que se la chupara.... Se puso de pie y yo me mantuve de rodillas... Joder... no sé, creo, supongo, que le besé la punta, era enorme, solo la punta, estaba durísima y, era enorme... se lo lamí... el glande, como pude... era... muy ancho y además de un color oscurísimo, como violeta oscuro... y eso, le lamí el tronco... todo antes de... chupársela... María relatando aquello mientras el consolador se deslizaba por su interior hasta meterla casi entera... era increíble... Yo no podía más... Me temblaban las manos, apenas podía contenerme ya en pie, me fallaban las piernas...

—... Y bueno, él me dijo... fue él quién al final me dijo algo así como “métela en la boca”... En aquel momento no pude más... Me retiré un poco y María mostró más entereza que yo y se hizo con la polla de plástico. Me senté en la cama. Mareado. Muerto de morbo. De celos. De dolor... Me la imaginaba de rodillas chupándosela y tenía tantos sentimientos que creía que iba a explotar... María, en silencio, siguió haciendo lo que yo hacía, metiéndose aquello lentamente, con una mano se separaba bien los labios y con la otra se introducía todo aquello, con las piernas un poco flexionadas, frente a mí.

Yo la miraba... alucinado. Un poco inclinada hacia adelante, con la camisa abierta, sus tetas caían enormes hacia adelante sobre su abdomen, su coño hinchado, acogiendo, envolviendo, casi absorbiendo aquel pedazo de plástico, su pelo en su cara... acalorada, sudando, ardiente... me quité el calzoncillo, temblando... y le pedí que siguiera...

—¡Mmmm! —gimió María, con los ojos cerrados. Llevó una de sus manos a su clítoris mientras con la otra se metía aquello. Las tetas se le juntaban al juntar sus brazos...

—¡Mmm...! y... joder... se... se la chupé... se la chupé a ese... cabrón... No... me cabía casi ni la mitad en la boca... no era capaz de chupársela bien por lo gorda que la tiene... y... le miraba, de rodillas le miraba y él, de pie, miraba hacia abajo, me ponía la mano en la cara y... me dijo que llevara mis manos a la espalda... ¡Uf...! ¡dios...! cómo me puso...

y... así... me... pues él comenzó a moverse adelante y hacia atrás... como si me follara la boca... muy rápido... yo intentaba mantener los ojos abiertos y él me follaba la boca y me dijo que se iba a correr... pero que no me lo tragara, que lo dejara caer... ¡dios...! yo quería que se corriera, en mi boca o donde quisiera... lo odiaba porque es un cabrón, y un cerdo... pero... ¡dios...! y uff... si escucharas su gemido... cuando... cuando se corrió en mi boca... es que se paró en seco y comenzó a gemir y a correrse en mi boca... joder Pablo... no podía creerme lo que soltaba... no paraba de correrse y me caía semen y saliva por los labios sin parar... estuvo como veinte segundos corriéndose, te lo juro... y caía su semen, que era súper caliente... cayendo por mi barbilla mi cuello, y me tuve que apartar... y aun siguió corriéndose, manchándome las tetas... y mi camisa... te juro que no me lo podía creer... es un... es un animal...

—Dios... no puedo más... —dijo para sí misma, desbordada... al límite del orgasmo.

—No te corras aun... María... —le pedí...

—¡Dios! No puedo... ¡No puedo más! ¡me corro! Pablo... —dijo echando su cabeza hacia atrás —¡Dios... me corro, joder...! ¡¡Mmm... ahhhmmm!! —comenzó a gritar, desvergonzada, frotándose frenéticamente, con las piernas flexionadas, temblando todo su cuerpo... creí que se desmayaba... y seguía gimiendo y gritando mientras sus tetas bailaban, todos sus músculos se contraían... y resoplaba del gusto al ir acabando su orgasmo.

Se quedó exhausta. Paralizada. Bajó su cabeza. Toda su melena se le pegaba a la cara. Retiró después aquello de su interior que salía brillante, impregnado por aquella corrida bestial.

Me acerqué a ella y se incorporó un poco. Me abrazó, o más bien se colgó de mí. Me besó, con los ojos cerrados, extenuada.

—Dios... —alcanzó a decir, casi riéndose.

—Ya veo...

—Qué... bueno... dios... —confesó.

—¿Qué tal estás? —pregunté.

—Bien... bien... Quiero... quiero acabar de contarte. —dijo con la respiración aun bastante agitada.

—¿Seguro?

—Sí, sí... seguro... Uf... —dijo apartándose de mi. Vi que sus bragas estaban en el suelo, ni me había dado cuenta de cuando habían pasado de sus muslos a allí.

Me senté en la cama y María posó la polla de plástico sobre la cómoda, se arregló un poco el pelo, colocando toda su melena a un lado de su cabeza, y se arrodilló frente a mí.

Mi polla apuntaba al techo. Totalmente mojada por líquido preseminal. María dijo aun afectada por su orgasmo:

—¿Cómo estás?

—Bien... ¿Cómo estás tú? —le pregunté.

—¿Quieres que siga ya?

—Si puedes... —dije aun sorprendido.

—Sí que puedo... Se hizo un silencio. Dejé que ella retomara por donde quisiera.

—Por donde iba... María se cerraba un poco la camisa y posaba sus manos en mis muslos...

—Pues... eso... se corrió como... un animal.

—¿Sí? ¿Para tanto fue?

—No te lo imaginas, Pablo... —Y venía de follarse a otra... —dije.

—Ya...

—Digo que no sé que le echaría a ella.

—Ya... ya... bueno... pues... eso... Imagínate... me dejó bien bañada... empapada. Todo mi cuerpo por delante, de cintura para arriba estaba empapado, mi boca, mi barbilla, la camisa para tirar... la he llevado a la tintorería... no veas qué vergüenza, Pablo... —decía arrodillada frente a mi, aun acariciándome los muslos.

—¿Vergüenza por qué?

—Porque la seda y el semen no son buenos amigos... y no sale... Y hasta tienen un nombre, vamos, que las chicas de la tintorería sabían de qué era eso... En fin... Después... él se sentó en la cama...

—O sea que estabais más o menos como estamos ahora.

—Sí... y yo me iba a limpiar y me dijo que no, o me pidió que no. Me dijo otra vez, como al principio, como cuando aun estabas tú, me dijo que me tocara... Él recostado mirando como yo me tocaba... para él... Es verdad. Fue eso después. Allí, de rodillas, totalmente bañada y manchada por él, masturbándome... Me dio tanta vergüenza que cerré los ojos... no le quería ni mirar... recuerdo notar su semen resbalando hacia abajo por todo mi cuerpo y su voz diciendo algo así como “eso es...”, “joder... eso es...” Me imaginaba a María arrodillada ante Edu, con la camisa abierta y resbalándome semen por su cuello y sus tetas... con los ojos cerrados... y

creí morirme... Mi polla estaba erguida y durísima mientras María me contaba y acariciaba mis piernas... Piernas que pronto fueron abandonadas y no para calmarme a mí, si no para calmarse ella. Llevó una de sus manos a su entrepierna y comenzó a acariciarse mientras me contaba, representando lo que contaba.

—Y... mmm.... —Gimió un poco al notar su mano de nuevo frotando allí abajo— Después... abrí los ojos después de un rato tocándome y él ya la tenía bastante dura otra vez. Porque cuando la sacó de mi boca... la tenía... en seguida la tenía hacia abajo, como que seguía grande pero hacia abajo, igual al ser tan grande... como que al correrse se le baja más rápido o eso da la sensación no sé... Bueno y... me... guió, si se puede decir así, con su mano guió mi cabeza. O sea que se incorporó un poco y me hizo que se la chupase... otra vez... y así me tuvo un rato, chupándosela, mientras yo me tocaba... Joder... parecen muchas cosas... pero creo que todo eso no pasó en tanto tiempo...

—Él sentado y tú arrodillada se la chupabas mientras tú te tocabas... — dije fascinado... asimilando todo aquello.

—Sí... me dijo... me decía de todo... no me acuerdo.

—¿Qué? ¿Cómo que?

—Pues... cosas como... cómemela... y... chúpamela hasta que se me ponga dura otra vez. Cosas así.

—Y te ponía...

—Si... —susurró ella, masturbándose un poco más deprisa.

—¿Y qué más?

—Mmm... ¡ahhmmm! —gimió sintiendo aquel aumento de intensidad entre sus piernas— Pues... me acabó diciendo que me subiera a la cama. Yo me iba a tumbar boca arriba y él se iba a acercar... Se quedó callada... con los ojos cerrados. Masturbándose... Un pequeño silencio que le servía para disfrutar de su propio cuerpo y a la vez para recordar. Abrió de nuevo los ojos, un poco... Iluminada por la luz grisácea de la ciudad su imagen era impactante, allí, frotándose el coño, arrodillada.

Continuó:

—Y... y veía que él se iba a... no sé, me intimidaba,... no quería... no quería él encima, no quería en misionero, ¿sabes? Lo veía como que me impresionaba demasiado, era como muy íntimo tenerlo tan cerca, aunque lo acabáramos haciendo así... El caso es que me di la vuelta, me puse sobre la cama, de espaldas a él, y... me dijo si así... si así me gustaba más... y no le

dije nada... y me dijo “está bien... te voy a follar así... a cuatro patas...” A mí me corría su semen calentísimo aun... que yo creo que hasta goteaba en la cama... y... joder... estaba tan cachonda... olía tanto su... semen... aun tenía su sabor en la boca... y... estaba allí esperando... esperando a que me follara otra vez... Y joder... ¡mmm...!! ¡dios!! ...Pablo... estoy a punto otra vez... —decía de nuevo echando su cabeza hacia atrás— ¡diosos...!! ... y... ¡mmm...! joder, no puedo más, no te puedo contar más....

Me... joder, me folló... me folló otra vez.... Me la metió con bastante facilidad... me dijo que estaba muy abierta o algo así... y me... me gustó que me lo dijera... joder... y me estuvo follando así un rato, primero más despacio y después... joder... creí que me rompía... dios... Le pedí que me contara qué sentía... Mientas, alucinado, veía como se frotaba el clítoris a toda velocidad y una de sus manos iba a una de sus tetas...y se la cogía... se la apretaba con los ojos cerrados, echaba su cabeza hacia atrás para sentirse e intentaba continuar.

—Sentí que... me... me mataba del gusto... y... y... me sentía tan... joder, tan... puta... porque me follase al final... con su corrida goteándome de las tetas... ummm... qué bien me folló... ummm qué bien me folló Edu, dios... Me mataba del gusto... me... me tiraba del pelo... me llamaba guarra... me daba en el culo con la mano ¡Dios...! Me ponía tanto... me obligaba a girar mi cabeza... a mirarle y me embestía fuerte...y su cara de chulo... ¡Mmm...!! ¡Diosos!! ¡Me corro...! ¡Mmm! ¡Ahmmm!! ¡Ahhhmmmm!! —explotó literalmente mi novia mientras recordaba con admiración como Edu se la había follado a lo bestia, como a una guarra, como ella decía... María se retorció del gusto a un metro de mí, con los ojos cerrados, la camisa abierta y las tetas enormes, se maltrataba el coño recordando como Edu la había penetrado salvajemente a cuatro patas en aquella habitación. Yo no podía ni tocarme, para no perder detalle de cómo ella se moría del gusto allí, arrodillada.

CAPÍTULO 12

Más allá del evidente morbo y excitación que me tenía al borde del colapso, sentía estupefacción, fascinación... Una María que había comenzado su narración de manera avergonzada, dubitativa y contenida, había acabado explotando en una sucesión de descripciones detalladas y pormenorizadas no solo de lo que había hecho con Edu... si no de lo que había sentido, sentido al obedecerle... al arrodillarse ante él... masturbarle con las tetas... chupársela... y ser penetrada salvajemente por él. La temperatura se había disparado por su confesión y había un olor que lo envolvía todo, una mezcla de su perfume, sudor y sexo... Aquel olor me llevaba, de nuevo, a aquella habitación que nunca podría olvidar.

María se recompuso. Parecía algo mareada, pero a la vez avergonzada. Me recosté sobre la cama.

La dejé que volviera al mundo real sin tener que sentir mi mirada atolondrada, mirada que no era acusadora ni mucho menos.

Escuchaba y sentía como María se quitaba las sandalias y como dejaba la camisa con delicadeza sobre una esquina de la cama. Dejé que se tomara su tiempo antes de tumbarse completamente desnuda junto a mí.

Mi pene seguía completamente erecto. Pene que no había sido tocado, siquiera mirado por ella, en ningún momento.

Los dos tumbados, juntos, boca arriba. Podía notar su respiración aun alterada. Comencé a acariciar su abdomen con suavidad... Yo seguía, llevaba minutos y minutos, a punto de explotar. Mi miembro me pedía desesperado deshacerse de aquella insoportable carga.

Busqué sus mejillas y la besé. Besos que resonaban por todo el dormitorio... cuando la lámpara volvió a la vida, dándonos un poco más de luz.

Mis caricias y mis besos se prolongaron un par de minutos sobre una María, agotada, que apenas interactuaba.

Acabé por incorporarme. Me coloqué dispuesto a tumbarme sobre ella y

penetrarla. Solo me tomé un poco de tiempo para admirar sus tetas aun hinchadas, su pecho subir y bajar por su respiración y su coño saliente, enorme, desbordante... Me acosté sobre ella y mi pene entró en su cuerpo casi sin querer... Se deslizó afanoso por su interior, hasta el final; yo suspiré y María no emitió ningún sonido. Me quedé allí, quieto, dentro de ella. En silencio. Besé sus labios y ella llevó sus manos a mi culo, dando así casi sus primeras muestras de actividad.

De nuevo aquella sensación que había sentido al follarla después de Edu. De nuevo aquella sensación de que mi pene nadaba en la inmensidad de un coño dilatado por algo superior. Su coño no sentía nada y yo disfrutaba de no sentir nada. Era tan poco el roce que yo, a pesar de estar excitadísimo, veía difícil correrme. Estuvimos así unos minutos en los que mi cuerpo iba adelante y atrás en movimientos cortos y nos dábamos pequeños besos, con los ojos cerrados. Nuestros cuerpos no hacía ruido, nuestras respiraciones no se alteraban... Llegaba a salirme completamente de ella para volver a penetrarla y apenas nos dábamos cuenta de que yo estuviera dentro de su cuerpo o fuera. Sus manos acariciaban mis nalgas con ternura y nuestros besos eran lo único que rompía el silencio.

Acabé por salirme de ella y tumbarme de nuevo a su lado y boca arriba. Tras unos segundos así ella optó por alargar su mano y llevarla por fin a mi polla... La agarró con cuidado y echó la piel hacia atrás. Si mi polla había medrado en tamaño y dureza por la falta de rozamiento sus dedos consiguieron en seguida estimularla. Con dos o tres dedos comenzó a masturbarme. Ambos con los ojos cerrados; inició una paja mecánica, lenta, rítmica, con la única intención de descargarme, de vaciarme. Después de todo lo vivido no tardé mucho en comenzar a sentir que me corría... ella lo notó y apretó un poco más fuerte, y comenzó a exprimirme mientras se alteraba mi pulso y empecé a sentir que por fin me vaciaba, saliendo a borbotones hacia arriba aquel líquido espeso y caliente que resbalaba de mi glande y caía por sus dedos hasta llegar a sentir como resbalaba más abajo, hacia mis huevos... llegando a manchar la cama. María exprimió mi polla hasta el final, asegurándose de que no me guardase nada. Una vez acabó sentí como se levantaba y con la mano impregnada se iba al cuarto de baño. Allí se limpió y volvió a mi para limpiarme. Tras hacerlo regresó al cuarto de baño y escuché el agua de la ducha caer.

No pude evitar pensar si aquel regalo había sido finalmente un regalo para mí o para ella. Y ciertamente me consternaba recordar como ella, al

contarme todo aquello, no me había clavado la mirada para ver mi reacción y, sobre todo, no había buscado mi polla para que la calmase. Ni siquiera completamente excitada por lo que me contaba había querido masturbarme o follarme. La paja final había sido protocolaria, una mera formalidad.

Por otro lado tampoco la podía acusar de egoísta, sobre todo después de todo lo que había maquinado yo con Edu a sus espaldas.

Mientras se duchaba yo recapacitaba sobre lo vivido y pensaba que una cosa seguro podría confirmarse y era que, cuanto más chulo y dominante se comportaba Edu con ella, más cachonda se ponía. Los insultos, las órdenes... que la obligase a arrodillarse... que le ordenase que llevara sus manos a su espalda para follarle la boca... Aquella sumisión era lo que más la excitaba. Una dominación que la veía difícilmente ejercida sobre ella por otro hombre que no fuera Edu. Yo, desde luego, estaba en las antípodas de despertar en María esa impresión, esa tensión, esa intimidación, esa admiración.

Había sido indescriptible volver a fantasear con Edu otra vez después de tantas semanas, aunque hubiera consistido más en recordar en este caso. Pensé que después de sus dos orgasmos brutales no sería difícil convencerla para volver a fantasear pensando en él, más si, como parecía, Edu dejaba el despacho. Pero yo no me veía otros seis meses solo fantaseando, no después de haber vivido lo que ya habíamos vivido una vez.

Ya metidos los dos en la cama no pude aguantar más y comencé a hablarle de lo alucinante que había sido su confesión, de lo excitada que la había sentido... de lo infartado que había vivido yo todo aquello. Le conté que fantasear con Edu me volvía loco, y no me interrumpió. Le dije que lo vivido en la habitación de hotel de Edu era lo más increíble que había vivido jamás, y, al ver que no me rebatía decidí decirlo, nervioso, lo solté:

—María... te lo tengo que decir. Te tengo que decir que quiero repetir, quiero volver a verte y estoy segura de que tú quieres repetir con Edu. No sé si con Edu o con otro, con un tercero, pero creo que sexualmente necesitamos este juego.

Esperaba el veredicto de María en la penumbra de nuestro dormitorio.

—¿Sabes qué? —preguntó, sin intención de que respondiera— Hablando de terceros... Mira. —dijo cogiendo su móvil de la mesilla.

Rebuscó entre diferentes conversaciones de chat, hasta que finalmente me dio su teléfono. Vi una conversación en la que arriba no ponía ningún nombre, solo un número de teléfono.

—¿Y esto? —pregunté.

—El chico del sábado pasado, el del pub de la noche del cumpleaños de mi prima.

En la conversación solo había escrito él. La primera frase era del mismo sábado por la noche y le decía a María que era una pena que se hubiera ido tan pronto. Después, el lunes que qué tal el día y el trabajo. El martes le pedía que le confirmase si era ella, que ojalá no le hubiera dado un número falso y un emoticono de un corazón roto. María no había respondido a nada.

—¿Y cómo es que tiene tu número?

—Se puso tan pesado que al final se lo di.

—¿Y no sabe que estás conmigo?

—No sé si no lo sabe o no se quiso dar por enterado.

No entendía que me quería decir María con aquello.

—¿Pero te gusta? —pregunté nervioso.

—Es un niño.

—¿Qué edad tiene?

—Veintitrés creo que me dijo, pero yo creo que tiene menos.

—¿Pero te gusta o no?

—Ya te he dicho que es un niño. Venga vámonos a dormir, anda.

—Es un niño, pero seguro que algo te pone, si no no me habrías dicho nada.

—Te lo he dicho porque me he acordado. Venga, no empecemos.

María ahora echaba balones fuera. La conocía y una vez se cerraba en banda en una conversación no iba a sacar nada más que un enfado, y era lo último que quería después de lo que acabábamos de vivir y en vísperas de irnos de puente. Lo dejé estar. Le deseé las buenas noches y ella por última vez me dijo “feliz cumpleaños”.

Nos abrazamos y supe, aunque solo fuera por sus silencios cuando le hablé de repetir con Edu o con otro, que María había descartado, tanto como yo, que nuestras pobres relaciones sexuales se fueran a arreglar solas.

CAPÍTULO 13

Me desperté con un abrazo desde atrás, un ronroneo y un beso. Esos gestos de María significaban muchísimo para mí. Eran como un “lo importante está a salvo” que me daba oxígeno en momentos de cierta angustia e incertidumbre. También me mostraba una María cada vez más dividida en dos, en dos extremos cada vez más distanciados. Esas mañanas tranquilas con ella, de café y tostadas, de movimientos automáticos y silencios, me daban un sosiego necesario después de todo aquel fuerte oleaje que estábamos surcando. Creo que ella sentía lo mismo y por eso parecíamos valorar y explotar más aquellos momentos.

No sabíamos muy bien qué ropa llevar pues en aquel otoño seguía sin llegar el frío, pero teniendo en cuenta que iríamos a una zona un poco montañosa parecía difícil de creer la temperatura que anunciaban las previsiones. Al ir en coche, y no haber problemas de espacio, las maletas se duplicaron, como si cada uno llevara una maleta lógica y otra obedeciendo a un enorme “por si acaso”.

Mientras conducía pensaba que aquel fin de semana largo nos serviría de oasis, que sería un paréntesis entre aquella locura, pero pronto descubriría que no se pueden planear ese tipo de cosas.

Además, aquel veneno ya hacía tiempo que yo lo llevaba dentro.

Fuimos parando en diferentes pueblos, disfrutando del camino con calma. Tomando un café o picando algo en cada lugar. Como si necesitáramos una adaptación de la ciudad a la montaña. De hecho me sorprendía que María hubiera querido hacer ese pequeño viaje, siendo ella tan urbanita.

Desde luego, por la ropa que, de reojo, había visto que había metido en sus maletas, no parecía tener intención de caminar más allá del cerco civilizado.

Así se lo hice saber y me dijo que la idea, para los dos, era respirar un poco de aire, tampoco se veía haciendo excursiones campestres. También hablamos de que yo, al estar ya más asentado en la empresa, podría pedir

vacaciones más largas, y empezábamos otra vez a tener dinero como para hacer viajes a otro nivel. Hablamos de que quizás en enero podríamos hacer, como hacía tiempo, un viaje de verdad.

Llegamos al pueblo a media tarde y sacamos algunas fotos antes de que se hiciera de noche.

Realmente el sitio era muy bonito, pero muy pequeño y comenzó a sobrevolar la idea de que nos pudiéramos aburrir, que habiendo reservado una noche habría sido suficiente. María rebuscaba en su móvil buscando alternativas para el sábado o el domingo, como una ciudad de interior, mediana, a unos treinta kilómetros de allí.

Si el pueblo era pequeño la casa rural iba acorde con las proporciones. Una entrada, eso sí, amplia, con un salón bastante bucólico y una chimenea, y detrás un espacio que hacía de comedor. La planta baja era completada por dos habitaciones. El señor que regentaba la casa nos habló un poco de la casa y del pueblo, afortunadamente tampoco se enrollaba mucho, y nos dijo que el sábado había una cena allí mismo, con productos de la zona por si nos queríamos apuntar. Nos dio las llaves de una de las tres habitaciones del piso de arriba.

Nos sorprendió el calor que hacía en la casa, y a punto estuvimos de ir en busca del señor para pedirle que bajara la calefacción, pero la idea era ducharnos y salir a cenar así que ni valía la pena.

Pronto nos dimos cuenta de que no iba a ser fácil encontrar un restaurante un poco distinguido, por no decir decente. Todos eran prácticamente tascas de platos combinados sin especial gracia.

Después de dar un par de vueltas entramos en uno cualquiera, sin más ambición ya que la quitar el hambre. Nos sentamos en una mesa de madera y, desde el primer momento, nos sentíamos observados. Yo, al menos, sentía que los ojos de los autóctonos se posaban en nosotros. Bueno, más bien en María. Todos los allí presentes parecían conocerse y saber de sobra que no éramos de allí.

Además, mi novia, creo sinceramente que sin querer, se había vestido de forma un tanto llamativa, con una falda de cuero, una camisa de seda granate y zapatos de tacón. Cuando se levantó para ir al servicio ya no solo hubo miradas, si no cuchicheos y casi codazos.

Si bien aquello, un año atrás, habría sido un simple motivo de orgullo, todo había cambiado. Todo aquello de Edu había despertado una fantasía y un morbo con diversas ramificaciones, y una de esas ramas era una vena

exhibicionista que se había despertado, de mi hacia ella. Que la miren, que se exciten, que se empalmen, que babeen al ver su cuerpo... que... se la quieran follar... había pasado de casto motivo de orgullo a brutal motivo de excitación.

María parecía ajena a todo aquello y hablaba y reía conmigo con aparente normalidad. Cruzaba y descruzaba las piernas con supuesta inocencia. Mientras, yo miraba de reojo como los naturales del lugar no se cortaban lo más mínimo en desnudarla con la mirada. El rango de edad de los observadores no tenía absolutamente ningún límite, ni por arriba ni por abajo.

Acabé por ir al aseo yo también. Al volver vi a María ofuscada con su móvil. Su imagen era despreocupada, ajena a todo, pero impactante. Me tomé mi tiempo antes de sentarme junto a ella, para paladear las miradas y las medias sonrisas de los hombres en la barra. Para degustar las miradas más disimuladas y culpables de unos chicos que estaban jugando al billar a unos cinco metros... Tras revisar el entorno de depredadores, que después, seguramente, no tendrían el arrojo para decirle absolutamente nada, me fijé en la presa: Se le marcaba la silueta de las tetas a través de la camisa... los zapatos de tacón negros... era una bomba sexual para cualquiera... pero me fijé en algo que, parecía, acababa por deleitar a los de la barra, y es que, al sentarse, su falda se había recogido un poco, mostrando el nacimiento del encaje de sus medias oscuras. Medio muslo al descubierto y un poco del encaje de las medias, sumado a su belleza y al impacto de la silueta de sus pechos... No les podía culpar demasiado por regocijarse por aquella imagen y a mí me daba un morbo tan intenso que ya producía en mí una pequeña erección.

Me senté frente a ella y casi se me escapa decirle lo que mi mente me hablaba: “tienes a todo el bar con la polla dura...” Ella parecía seguir sin enterarse.

Finalmente dijo estar cansada, pero yo no me quería ir. Le propuse tomar una copa en otro sitio y me dijo: “es que no hay otro sitio”.

—Venga María, son las once.

—Bueno... ¿y qué? ¿tú no estás cansado de conducir?

—Yo estoy bien... Mira... si quieres... tomamos una cerveza jugando al billar —dije habiéndome fijado en que había quedado libre.

—Me estás puteando —sonrió.

Sabía perfectamente, por otras veces, que ella ni sabía jugar ni le gustaba, pero tenerla revoloteando alrededor de la mesa con todos aquellos hombres...

provocando sin querer... aunque solo fuera durante diez minutos, me encendía sobremanera.

—Venga... eso o una copa.

—No me tomo una copa aquí ni loca, seguro que es veneno. —sonrió.

Nos quedamos en silencio un momento hasta que ella dijo:

—Bueno una partida, total acaba rápido que no sé ni coger el palo.

—El taco, —sonreí.

—Pues eso.

Nos levantamos y fuimos hacia la mesa de billar. Sus tacones retumbaban por todo el bar y sus tetas se le marcaban aun más. En aquel momento, ante el silencio de todos, sí que se debió de sentir observada, pues, cohibida, se llevo el pelo a un lado de la cara con timidez y agachó un poco la cabeza.

No sé si llegó a escuchar algo, pues, mientras yo metía la moneda por la ranura, ella claramente sonrojada, me pidió que la partida acabara rápido.

CAPÍTULO 14

Me preguntaba por qué no podía ser aquello un motivo de orgullo y punto, como habría sido para cualquier persona, digamos, normal. Pero no, allí estaba yo, totalmente tenso y excitado al sentir las miradas furtivas de aquellos chicos; sobre todo, los chavales que habían estado jugando antes que nosotros no le quitaban el ojo de encima. Mi parte más maquiavélica pronto me llevó a jugar mal para que la partida se alargase, mientras María parecía tener una lucha interna entre parecer más altiva y segura o sucumbir y ruborizarse.

Eso creaba una mezcla extraña en la que de movimientos rozaba la chulería, pero sus mejillas y mirada no podían fingir comodidad. Además, en ciertos momentos, ella se tenía que inclinar para golpear alguna bola más lejana, por lo que su falda se subía, para deleite de los que estaban a su espalda, y su escote se desmadraba hasta verse casi el sujetador, para delicia de los que la observaban desde el frente. María parecía darse cuenta más de lo de la falda que de lo de la camisa, y, al acabar el golpe, se recomponía un poco la falda, con ineficaz disimulo, y yo pensaba que lo que realmente había sido un mayor espectáculo habían sido sus tetas volcadas hacia adelante.

—Estás jugando mal a propósito —me dijo tras un fallo clamoroso.

Yo se lo negué, le dije que estaba desentrenado y María volvió a golpear una bola algo lejana para regocijo de su público.

Quizás otro hombre, otro novio, la habría sobado delante de todos. Seguramente muchos otros la habrían besado y agarrado el culo sobre el cuero negro, marcando territorio, pero yo no. Yo no disfrutaba de presumir de ella si no de que ella misma se exhibiese. Es más, al ser ella mucho más atractiva y llamativa que yo, pensaba en la imagen que podríamos estar dando allí: yo apocado y fingiendo candidez y ella algo cohibida pero a la vez altiva... Me imaginaba sus cuchicheos que seguro irían en la línea de: “este tiene unos cuernos que no entra por las puertas”, y presentir eso me excitaba. Me ponía tremendamente cachondo que todo el bar pudiera pensar que ella

era demasiada hembra para mí, y que seguro se buscaba la vida para tener un semental, o varios, a su altura, para satisfacerla como ella exigía y merecía.

María acabó por introducir la bola negra en un agujero, sin querer, y le dije que me iba a pagar a la barra pues no habíamos pagado aun. Una vez allí, vi como ella metía las bolas que aun quedaban sobre el tapete con las manos, en las troneras, y entonces un chico la detuvo. Me quedé helado.

Yo miraba de reojo desde la barra como el chico, supongo, le decía que siguiera jugando o que seguiría jugando él, no podía escuchar bien.

Cuando el camarero me dio el cambio, vi a María prácticamente rodeada de tres o cuatro chicos, los cuales me impedían poder verla bien. Vi a alguno bastante borracho, cosa en la que no había reparado antes, y algo me subió por el cuerpo, preocupado porque fuera a haber un lío.

Metía las monedas con prisa en mi cartera cuando escuché de golpe una frase masculina, proveniente de aquel corrillo, de entre toda la frase escuché solo con nitidez una palabra, y la palabra era “calentar”. Me giré inmediatamente y la vi intentando abrirse paso entre dos de ellos, viniendo hacia mí, y consiguió cortar esa especie de cadena, sonrojada, y temí que alguno de ellos le echara la mano o el brazo al superarles... pero la dejaron ir.

María, muy colorada, llegó a mí y dijo rápidamente:

—¿Has pagado? No había acabado de decir que sí y ambos nos encaminábamos ya a la salida del bar. Salimos sin que al menos yo, escuchara ningún comentario, ni cercano ni lejano, de nuestra repentina huida.

Todo había pasado en apenas veinte segundos. Caminábamos por la calle, en silencio, y un poco rápido, hasta que ella dijo “de noche sí que hace frío” como si nuestro paso ligero fuera por la temperatura, cuando ambos sabíamos que ese no era el motivo y que se podría haber montado un pequeño o gran lío con aquellos chicos.

Llegamos al calor del salón de la casa rural mientras me preguntaba si mi actitud había acabado por convencer a María de que yo no era hombre suficiente para ella. Hasta el momento aquella especie de temor contradictorio solo lo había enfocado hacia la parte sexual de nuestra relación, pero quién sabe si no podría llegar a afectar a todo.

Nos sentamos en los sofás, y María, totalmente recompuesta y con sus mejillas en su tonalidad habitual, hablaba de otras cosas con suma mesura, como si no hubiera pasado absolutamente nada.

Yo estaba excitado, no podía negarlo, y me preguntaba si ella lo estaría o

si yo aun podría conseguir que lo estuviera. Sentados, muy pegados, disfrutaba de su perfume y del olor de su melena. La abracé y mi brazo que la envolvía pasaba la yema de sus dedos por su escote, la besé en la cabeza, no se escuchaba absolutamente nada, como si la casa estuviera vacía. Había una luz tenue que daba una paz perfecta... y esa paz me dio el temple para susurrar:

—Casi se lía en el bar al final...

—Te diste cuenta, entonces. —respondió.

—Sí, algo raro vi cuando estaba pagando.

María no dijo nada en casi medio minuto. Mi mano que la abrazaba seguía deslizándose suavemente por su escote, y mi otra mano acariciaba uno de sus muslos sobre sus medias. Tras esa pausa dijo:

—Bueno, es normal. Tampoco tengo yo porque vestir así en según que sitios. Y eso sumado a que alguno había bebido de más... pues... son cosas que pasan.

—Pero qué te dijeron.

—Nada, fue solo uno. Una chorrada. Creí que no te habías enterado. ¿Subimos? No me sorprendió que María quisiera quitarle hierro al asunto. Siempre tan pragmática y poco dada a espectáculos o a dramatizar. Sí me sentó un poco mal que, tan pronto me había acercado un poco a ella con intenciones más indecentes, lo hubiera cortado de aquella manera. Y, conociéndola, no había sido un corte con la intención de buscar un mejor sitio para intimar.

Pronto descubrí que no me equivocaba. Subimos las escaleras de caracol hasta nuestro dormitorio y María desplegó toda su liturgia para evitar una ofensiva: soltar al aire algún “estoy destrozada”, entrar en el cuarto de baño y cerrar la puerta, lavarse los dientes, desmaquillarse y de hablar, hablar ya refiriéndose al día siguiente.

Cuando volví yo del cuarto de baño María ya se había puesto el pijama. Hacía calor por la dichosa calefacción, pero, obviamente, eso no lo habíamos sabido al hacer la maleta, por lo que no parecía haber traído camisón, si no uno de aquellos pijamas suyos de pantalón y chaqueta, como de chico, pero de satén o seda, en este caso blanco. Yo opté por meterme desnudo en la cama.

Una vez allí, y una vez descartado hacerlo con María, podía optar entre fustigarme precisamente porque ella no quería tener sexo o recordar el morbo que me había dado todo lo sucedido en el bar.

Me decanté por lo segundo... pero mi imaginación no llegó casi ni a despegar, pues no tardé apenas nada en quedarme dormido.

No debía de estarlo muy profundamente cuando me desperté como consecuencia de unos pasos.

Provenían de la escalera de caracol, que no había deparado en que fuera tan ruidosa. Para colmo debía de ser una pareja pues se escuchaban pasos más normales y lo que debían de ser pisadas de tacones. Mi sospecha de que eran una pareja se confirmó cuando pasaron cerca de nuestra puerta, entre cuchicheos y pequeñas risas, intentando no hacer ruido, pero conseguían más bien lo contrario. Escuché como entraban en la habitación contigua. Miré el reloj, no era muy tarde, pasaba un poco de la una de la madrugada. María sí parecía dormir.

Escuché su puerta del baño, grifos abrirse y hasta zapatos caer al suelo. Yo intentaba dormir, pero cada vez que parecía conseguirlo, un cajón, o hasta el sonido de, seguramente el cargador de un móvil insertándose en la pared, me lo impedía.

Cuando por fin se hizo el silencio y creí llegar a dormir, escuché un gemido de mujer que me tensó.

Era lo último que quería después del pasotismo sexual de María... que los del dormitorio de al lado se dieran un festín de lujuria.

Los gemidos dieron paso un rítmico sonido de muelles. El polvo no era un desmadre, no era nada por lo que pudiera quejarme, no era un escándalo ni mucho menos, y, en otro contexto casi ni me hubiera importado lo más mínimo.

Cuando me quise dar cuenta, mi miembro estaba creciendo como consecuencia de los gemidos de aquella mujer que eran ciertamente morbosos y sentidos. Nada de la exageración de las películas y no digamos de las películas pornográficas. Aquellos sonidos tan puros y reales, poco a poco, me iban envolviendo y mi polla, ya lagrimeante, me pedía actividad.

María, de lado, dándome la espalda, daba sinceramente la sensación de estar dormida. Recordé que unos meses atrás, estando con ella en un hotel con spa, también había escuchado follar a los vecinos de habitación, y, aquella noche, les habíamos acabado haciendo la competencia. Sin duda esta noche no iba a ser así.

Decidí obedecer a mi miembro y envolverlo con mi mano. Con la banda sonora de aquellos tenues y sentidos gemidos, que de sentidos que eran casi eran como lamentos, comencé a masturbarme lentamente. Alerta por si María

se despertaba, echaba la piel de mi polla adelante y atrás mientras me imaginaba en aquel bar... Me imaginaba volviendo de los aseos y encontrándome, sorprendido, a María jugando al billar con aquellos chicos, que eran poco más que adolescentes. Fantaseaba con la idea de ella paseándose entre ellos y sonriéndoles, calentándoles... y ellos cuchicheando sobre lo buena que estaba. En mi fantasía la idea de María consistía en ponerles cachondos para después pararlos en el momento justo. Cinco o seis chicos, desbordados de hormonas, se aguantaban como podían ante aquella coquetería. En un momento dado María decidía forzar la máquina, iba a la barra, daba un trago a su cerveza y volvía de allí con un botón perversamente desabrochado. Uno de los chicos se daba cuenta y se lo decía a sus amigos, quejándose de aquella provocación. Ella seguía incitándoles, pero a su vez haciéndose la inocente, como si aquellas pollas duras fueran consecuencia de la cachondez de aquellos críos y ella no estuviera teniendo nada que ver, al menos voluntariamente.

Uno de los chicos acabó por posar una de sus manos en la cadera de María y ella se lo permitió, como si no lo hubiera notado, pero esa mano acabó bajando a la falda y ella la apartó.

Yo, tumbado en la cama, escuchaba aquellos gemidos y los muelles sufridores de la cama del dormitorio contiguo, con mi polla durísima, mientras ya imaginaba que aquel chico intentaba besar a María delante de todos y ella se lo negaba. Después otro chico y otro, hasta que uno de ellos, tras besarla en la mejilla y ella permitirselo, la besaba en la boca, y ella, por fin, se dejaba hacer.

Con los gemidos de aquella improvisada vecina retumbando por el dormitorio y con la imagen de María siendo besada por uno de los chicos y sobada por otros dos o tres, decidí irme sigilosamente al cuarto de baño. Eché un poco la puerta, sin cerrarla para no hacer ruido, y para seguir escuchando los lamentos sexuales de aquella mujer, y comencé a imaginar como María se dejaba besar y tocar por una boca y seis manos. Apunté con mi polla sobre el lavabo, en la casi total oscuridad, mientras aquella mujer gemía entregada y mi María imaginaria era empujada bruscamente contra la mesa de billar. Su falda fue subida, sus bragas fueron bajadas, sus medias fueron descubiertas y uno de los chicos se bajaba furioso sus pantalones y ropa interior para penetrarla. Mi novia no hacía nada por evitarlo y hasta sacaba un poco el culo, erguido por los tacones, para incitarles. Cuando el primero la penetró, enfadado por haberles provocado, yo me pajeaba a gran velocidad y la vecina

buscaba su orgasmo en la distancia. Mientras aquel chico la embestía furioso, María aguantaba como podía y yo sentía que me corría. Aquel chico la empalaba con fuerza, ella comenzaba a gritar y los amigos le jaleaban. Uno tras otro, aquellos chicos se iban turnando para follar a María contra aquella mesa, vanagloriándose por someterla y a la vez increpándola e insultándola por haberles provocado; le azotaban en el culo por haberles calentado, y unos se corrían dentro de ella y otros sobre sus nalgas mientras María, totalmente cachonda, acogía, entregada, las pollas jóvenes de toda la pandilla.

Cuando uno de ellos aceleró brutalmente el ritmo hasta obligarla a ponerse de puntillas y casi subirse a la mesa comencé a eyacular sobre el lavabo... y me corría mientras veía la polla del chico hundirse dentro del cuerpo de mi novia, y a esta gemir sin parar, en unos gritos desgarradores que eran una mezcla de excitación, dolor y humillación.

No había casi ni acabado de eyacular cuando comencé a sentirme tremendamente culpable... En seguida no vi normal haber fantaseado con que María fuera follada salvajemente, al límite de su consentimiento.

Eché un poco de agua para limpiar el semen del lavabo y volví al dormitorio con un mal cuerpo terrible. La pareja debía de haber acabado pues no escuchaba nada. Decidí intentar dormirme sin darle demasiadas vueltas a lo sucedido; me dije que había sido solo una fantasía, solo una guarrada para correrme cuanto antes, pero sabía que aquellos pensamientos eran la semilla de algo tremendamente peligroso, una idea en mi cabeza que yo quería que volviera a desembocar en algo real. Y lucharía por conseguirlo.

CAPÍTULO 15

Era otra vez la mañana la que me daba un poco de serenidad y cordura. Como si mi mundo fuera una casa encantada, en la que, a medida que llegaba la noche, el morbo, con sus diversas ramificaciones, sacase todos mis fantasmas, pero, con la salida del sol, todo se calmase.

Un desayuno de todo menos austero y una María, de nuevo, de muy bueno humor. Ojalá no fuera la distancia temporal con un posible conflicto, el conflicto pudiera ser yo queriendo sexo y ella no, el motivo de su jovialidad por las mañanas y sequedad al caer el sol.

Hablando de sequedad, el hombre que regentaba la casa respondía con monosílabos a las preguntas que María le hacía. Yo, mientras tanto, intentaba adivinar quién de las pocas personas que desayunaban en el mismo turno que nosotros pudiera ser la dueña de aquellos gemidos y lamentos nocturnos. Tras el descarte, supuse que aun estaría durmiendo.

Ese sábado decidimos volver a coger el coche y visitar aquella ciudad que no estaba demasiado lejos de allí. Desde luego, alternar un poco de metropoli con un poco de aire libre, como habíamos hecho en Cantabria, era más tentador y se ajustaba más a nuestros gustos que ceñirnos a pasar setenta y dos horas en aquel pueblo y otros colindantes.

De nuevo, conduciendo, era cuando con más aplomo ordenaba mis pensamientos. Y es que a María el coche la adormilaba, y solía estar muy callada, y en aquellos momentos mi mente se paraba, calmada, a reflexionar. Pronto razoné que aquello, aquel juego que de golpe era más implícito que nunca, iba a tener que explotar más pronto que tarde. También me planteaba que no sabía cuanto tardaría en echarle en cara a mi novia su progresiva falta de deseo hacia mí, pero me daba la impresión de que tarde o temprano no sabría o no querría controlarme más.

Paseamos por la ciudad como dos auténticos enamorados, acentuado por estar de viaje, con todo el repertorio estándar de mimos y carantoñas. Cualquiera que nos viera pensaría que no teníamos ningún problema, que

éramos plenamente felices, y lo éramos, sí, hacía diez meses, pero en aquel momento había un elefante en la habitación que ocupaba cada vez más y más espacio.

Comimos en una terraza; la temperatura seguía siendo agradable, sobre todo a las horas del mediodía. Pedimos unos cafés y yo me dejé escurrir un poco en mi silla, cerré los ojos y disfruté, en todo mi cuerpo y especialmente en mi rostro, de ese sol otoñal, bajo, pero que mide justo sus fuerzas para ser quirúrgicamente placentero. María acabó por despertarme de mi nirvana, acercándose su móvil; el chico aquel del sábado por la noche le volvía a escribir. Sin duda era insistente, tan insistente como infantil.

Leí la primera de las dos frases allí escritas:

—¿Esta noche sales? Ante la falta de respuesta de María, otra vez, cinco minutos más tarde, había vuelto a escribir. Leí la segunda frase:

—Hoy hace una semana que te conozco, ¿qué me vas a regalar? El chico no se daba por vencido y yo intenté convencer a María para que le respondiese.

—Por lo menos guarda su número, ¿no? —sonreí, cansado de ver aquellos números en la parte superior de la pantalla.

María tuvo que hacer memoria, o al menos eso juró, antes de cambiar aquellos números por “Álvaro cumple de prima”.

—Venga, respóndele. Pobrecillo. —incité a María.

—Mmm... no sé.

Sorbí de mi café y me acerqué un poco a mi novia. Como dos colegas conspirando alguna trastada.

—Venga, ponle... pregúntale tú qué te regalaría él a ti.

—Mmm... pues no es mala esa —rió María— ¿Se lo pongo?

—Sí, ponle eso. Seguro que se emociona...

—A ver si se va a emocionar de más.

—Eso ya es su problema.

—Está bien... a ver... —dijo María antes de teclear: “Y tú que me regalarías?” El chico, en línea, respondió inmediatamente:

—¡Vaya! Estás viva! Estaba preocupado! Pues... te regalaría... una copa esta noche.

—¡Caray! No se corta —sonrió María. Parecía encantada con aquello, que tenía, al menos por ahora, mucho de vacile y poco de flirteo.

—Ahora ponle...

—Bueno, ¡ya! —me interrumpió María.

—¿Lo vas a dejar así?

—Pues sí.

—Bueno, de todas formas seguro que te vuelve a escribir. El pobre te va a buscar toda la noche, ¿lo sabes, no? —le pregunté.

—No creo...

—¿Que no?

—Pues supongo que tendrá a unas cuantas... vamos, que le tendrá echado el ojo a unas cuantas.

María, de nuevo, como en el bar la noche anterior, parecía seguir, a sus treinta y cinco años, sin darse cuenta de lo buena que estaba y de lo que despertaba en los hombres. Aquel crío no se iba a ver con una mujer igual en la vida, y María hablando como si le diera igual ligar con ella que con cualquier medianía de su edad.

La conversación con Álvaro quedó ahí y comenzamos a pasear sin rumbo. Hasta que me quedé parado ante el escaparate de un sex shop. La verdad era que parecía enorme y, sin ser en absoluto un experto, parecía de bastante nivel. María me sorprendió preguntándome si quería entrar.

—A mirar solo, eh —aclaró.

Entré con ella sin ningún ánimo de nada. Y, además, era extraño hacerlo teniendo en cuenta nuestra situación.

Á María se la veía más distendida que cuando habíamos estado en el de cerca de nuestra casa.

Como si al estar en una ciudad desconocida no le diera nada de vergüenza, pero eso no iba a impedir que criticara prácticamente todo: Pasamos por una zona de lencería, donde había corsés y ligueros, me detuve delante de uno de estos últimos, y me dijo que eso era de fulana. Después cruzamos una zona de disfraces y no paraba de reírse y de criticar todos los atuendos, en una sucesión de “quién puede ponerse esto” y “mira eso, qué horrerada”. Llegamos a una estantería con consoladores y María me recriminó, entre risas, que hubiera comprado en su momento uno tan grande.

—Veo... penes por aquí más normalitos que el que tenemos, eh... —dijo en voz baja.

Yo me había quedado mirando la caja de un consolador, pues no entendía la foto, ya que aparecía un hombre musculado, con una polla de plástico enganchada a su cuerpo por la cintura.

—¿Y este donde tiene la polla? —pensé en voz alta.

Cogí la caja y, tras leer un poco, vi que el chico, al parecer, debía meter su polla dentro de la de plástico, la cual tenía una cinta por la cintura, que se enganchaba como un arnés.

María lo miraba conmigo. También sorprendida. Y acabó por decir:

—Ya no saben que inventar.

Seguimos pululando por la tienda, como con esa obligación absurda de revisarla entera, pero yo me había quedado con aquello en la cabeza. Disimuladamente, cuando volvimos a pasar cerca de allí, volví a coger la caja. ¿Era ciertamente absurdo o podía tener sentido en la situación en la que estábamos? María me sorprendió:

—Bueno, Pablo...

—Qué —respondí esperando un reproche.

—Si te veo con eso puesto... de esa sí que ya... Aquella frase me hizo polvo.

—De esa si que ya ¿qué? —dije molesto.

—Que es ridículo, Pablo, que te veo con eso y me muero de risa.

—¿Tú crees? ¿Por qué?

—Hombre, no sé... Nos quedamos callados.

—Que si quieres cogerlo, cógelo. Pero vamos. Olvídate. Que yo eso... yo no me veo haciendo nada con eso. ¿Tú te verías bien con eso puesto?

—Pues por qué no.

—Pues no sé, Pablo, tú verás.

—Tampoco sé porque tenemos que discutir.

—No estamos discutiendo. Yo te digo que eso... yo creo que eso... ya no es el ridículo... es que nos daría corte usarlo. Qué son además...

—Veinticinco euros. —completé su frase.

—Bueno, creí que sería más. Pero, no sé, Pablo. Mira haz como veas. Yo lo veo surrealista.

Leí un poco más detenidamente. Eran dieciocho centímetros de largo, cinco de diámetro. Era cierto que el modelo de la foto se veía un poco espermático, pero podría dar juego.

—Entonces tú metes la tuya dentro de eso...

—Sí.

—A todo esto veo aquí la foto además de una chica, ¿qué es para chicas también?

—Así me das tú. —bromeé.

—Mira... me muero —rió— aunque a veces te lo mereces... Me iba a quedar yo a gusto.

Tras otro impasse, en el que nos quedamos callados, dije:

—Pues lo voy a comprar.

—Pues tú mismo... Así te lo pones por casa cuando venga el frío, igual hasta te da calor —volvió a reír.

Paseábamos por la ciudad, yo con la bolsa, y ella vacilándome, risueña, encantadora:

—Cuando venga una visita acuérdate de quitártelo, eh. —volvía a mofarse.

Volvimos al pueblo y nos vestimos para bajar a cenar a la planta baja. A tomar aquella especie de menú degustación. Si la casa disponía de cinco habitaciones, durante la cena solo había tres mesas ocupadas, y ninguna, de nuevo, era candidata clara a ser la mujer de los gemidos. Una mesa era la nuestra, la otra compuesta por cuatro personas de edad avanzada vestidos con ropa de poco menos que de peregrino y la otra mesa la ocupaban un matrimonio con dos hijos, un chaval de unos dieciocho o veinte y una niña de no más de doce o trece años.

No éramos María y yo muy dados a cenar mucho, pero lo cierto era que estaba todo realmente bueno. El parco gobernador de la casa iba sacando la comida y cada plato estaba mejor que el anterior. En un momento dado comencé a reparar en que el chico, el hijo del matrimonio, miraba de vez en cuando a María. Al principio pensé que eran paranoias mías, que venía yo con la neura después de lo sucedido en el bar la noche anterior, pero poco a poco aquello me parecía que no era fruto de mi imaginación. Y eso que mi novia, seguramente también como consecuencia de lo vivido en aquel bar, iba vestida mucho más discreta, con unos vaqueros ceñidos oscuros, un jersey granate de ochos corto, el cual dejaba ver los cuellos y la parte baja de una camisa a rayas, y unos zapatos de tacón bastante comedidos.

Yo no quería coger in fraganti al chico, pues no quería que se cortase. Y tampoco le dije a María nada. Me acordé entonces del otro chico, Álvaro, y le pregunté a ella si le había escrito. Me contestó que no sabía, rebuscó en su bolso, cogió su móvil y asintió maliciosa con la cabeza.

—¿Sí? ¿Que te ha puesto? —pregunté, y María me alargó el teléfono. Leí: “Voy a tomar unas copas en casa con unos amigos hasta la una o así, después iré al pub de la otra noche”,

—Vaya... vaya... ¿qué le vas a poner? —le dije mientras comprobaba en

mi reloj que pasaban un poco de las nueve y media.

—Le voy a poner... —pensaba graciosa— que... que me parece muy bien.

—¿En serio?

—O mejor no le pongo nada, ¿no?

—No, no. Ponle eso.

Pensé que María no era consciente de que con aquello le estaba dando esperanzas al chico. Ella creía haber plasmado que le daba igual lo que hiciera él, pero el tal Álvaro seguramente lo iba a interpretar al revés.

María le escribió eso y el chico, inmediatamente después, respondió con un “vale, me voy a la ducha”, y un emoticono de un guiño.

El regente de la casa se acercó a traernos unos postres caseros y María le preguntó si había algún sitio en el pueblo que estuviera bien para tomar una copa. Remarcó con fuerza la palabra “bien”.

Mientras el señor hacía memoria como si viviera en Nueva York, no en un pueblo de cinco mil habitantes, el chico de la otra mesa desnudaba a María con la mirada. Mirada que se hizo bastante más turbia y pecaminosa cuando nos levantamos para irnos. No quedó milímetro del culo de María por ser escaneado. No sería la última vez que veríamos a ese chico aquella noche.

CAPÍTULO 16

No es que las directrices de aquel hombre hubieran sido muy claras, pero no tenía mucha pérdida.

En aquel pueblo uno no se podía perder ni queriendo. Una vez allí fue una grata sorpresa comprobar que el pub era normal, que podría tele transportarse a una ciudad y dar el pego. Había bastante gente para ser tan temprano, las luces estaban bajas y la música a un volumen agradable.

Pronto la conversación se encaminó hacia nuestro futuro. Habíamos pasado un pequeño bache en cuanto a hacer planes cuando había estado sin trabajo, pero en aquel momento los dos estábamos muy asentados profesionalmente, sobre todo ella, la cual me contaba que estaba habiendo una reestructuración en el despacho. “Corrimientos de tierras” le llamaba Amparo, y María esperaba progresar. No decía nada de Edu, de esa posible vacante, aunque, que yo supiera, Edu no estaba en un estatus superior al de María. Aunque no entendía muy bien cómo tenían aquello organizado y jerarquizado.

Su trabajo, el mío... Posibles destinos para viajar en enero... Hasta surgió la idea, aunque más bien salió a la luz, pues ambos la llevábamos masticando por dentro, de mudarnos a una casa más grande. Yo solo veía mi futuro con ella y me parecía latente que ella pensaba lo mismo, pero ese tema sí que eran palabras mayores, y, ni ella ni yo lo abordábamos, ni directamente ni a través de inocentes pullas, como sí veía en otras parejas de nuestro entorno.

Apoyados en la barra, yo de pie y ella sentada sobre un taburete, bebíamos de nuestros gin tonics y nos ilusionábamos con esos planes, cuando María revisó su móvil y, sonriendo, me lo dio a leer: Álvaro cumple de prima: ¿Entonces nos vemos hoy?

—Caray... —dije, no sé por qué, algo sorprendido— Emm... —dudé— dile que lo estás pensando, pero que tienes otro candidato— Lo cierto era que también estaba extrañado porque el chico no le hubiera preguntado nunca por mí.

—¿Cómo le voy a poner eso?

—Venga, escríbeselo...

—Vamos a ir... al infierno... —sonreía María mientras le contestaba—
Le estoy dando esperanzas... me siento mal.

—No exageres... —respondí mientras vi como su móvil se iluminaba.
Leímos que había contestado: “Seguro que lo pasarías mejor conmigo”.

—Vaya, vaya... —exclamé, cogiendo el móvil.

—¡Ey...! Venga, va... —decía María haciéndose la enfadada, pero no intentando realmente arrebátarmelo— No le pongas una burrada, eh.

Me quedé pensando un instante, nos podíamos pasar media hora de tontería o saltármelo todo directamente. Así que finalmente escribí:

—No sé, no sé... a mí me gustan bien armados.

Se lo di a leer a María que explotó contenida:

—Pero bueno, ¿estás loco? Venga, trae. —dijo consiguiendo su teléfono y metiéndolo en su bolso.

—Perdona, María... me salió sin pensar...

—Ya... ya... —fingía un enfado que no se creía nadie mientras sorbía de la pajita.

—Que, por cierto, hablando de bien armados, nunca hemos hablado de... que no hemos profundizado en eso sobre chicos con los que hayas estado... antes de estar conmigo... —me lancé gracias a una segunda copa que entraba sola.

—Ya sabes que son pocos... muy muy pocos... —respondió con menos incomodidad de la que esperaba.

—Ya... ¿Y? ¿Cómo se portaban?

—Mmm... pues... si te digo la verdad... y... visto lo visto... no había tenido yo mucha suerte.

—Estamos hablando de... armamento... o de... cómo usaban las armas —intenté preguntar ingenioso.

—Bueno... primero que no estoy hablando de ti, ¿vale? Te hablo de eso... muy pocos anteriores... y... diré que... ni armas contundentes... ni estrategia militar... ni... no sé. Eso. —rió, encantadora.

—Vaya... pobrecilla... qué mala suerte has tenido...

—Ya ves... Yo disfrutaba de aquel momento en el que María me confesaba claramente que tanto el miembro de Edu como lo que había vivido con él había sido algo que ella ni había estado cerca de vivir, casi como si nunca hubiera sabido siquiera que pudiera existir.

Yo la miraba. Ella me miraba. Sonreíamos. Quizás aquella locura nos había hecho intimar más... Quizás aquello no era malo... si no bueno... Me sentía bien, quizás otra vez por el alcohol.

—Mira a ver que te ha respondido, anda.

María rebuscó en su bolso. Efectivamente había respondido, estaba permanentemente en línea, había respondido con tres puntos suspensivos y un “sobre eso conmigo no ibas a tener problema”.

Mi novia y yo exclamamos a la vez, riéndonos de la autoestima del joven aprendiz de seductor.

—Míralo, qué chulito... —sonreía María, mirando la pantalla.

—Pues que lo demuestre. —dije— Pídele una foto.

—Bueno, Pablo, estás fatal. Era lo que me faltaba.

—Venga, pídesela.

—¿Pero cómo me va a mandar una foto si no nos conocemos de nada?

—Bueno, estos millenials es lo primero que hacen.

—Sí, Pablo, lo primero que hacen es mandar una foto de su... polla —rió.

—Vamos, pídesela, ¿qué perdemos? —usé la primera persona del plural para que fuera nuestro y ella se sintiera que estaba haciendo más una trastada conjunta que una petición personal.

María cogió aire. Dio un trago a su copa. Sonrió y negaba con la cabeza... pero ya se veía que lo iba a hacer. Efectivamente le escribió eso, mientras decía: “nos va a mandar a la mierda... y con razón...” Dejó el móvil sobre la barra. El tal Álvaro, permanentemente en línea, escribió en seguida: “Dame un minuto”.

Nos miramos. Reímos. María repetía unos “dios mío” mientras bebía por no llevar los ojos más al móvil. Yo me imaginaba al chico, abandonando a sus amigos que bebían con él en su salón, para irse a su dormitorio o al cuarto de baño a empalmarse, sabe dios pensando en qué o viendo qué en su móvil... para mandarle la foto a María... y no sabía si reírme, sentirme mal o excitarme.

Leímos: “Álvaro cumple de prima ha enviado una foto” y cogí el teléfono rápidamente. María no hizo intento de detenerme. Yo era el encargado de ser el primero en verlo y, con mi semblante, dar el primer veredicto. Escuchaba a María decir: “Estoy flipando... no me lo puedo creer” mientras, ante mí, apareció un miembro, agarrado por su mano con fuerza... de unas dimensiones... más que respetables... sin ser lo de Edu, ni mucho menos, era cierto que el chaval iba bien armado. Con unas venas marcadas y un glande

joven, liso, orgulloso y rosado... tenía un buen aparato, la verdad.

—Oye... pues...

—Dime —dijo María rápidamente, sin fingir indiferencia.

—Pues... no está mal, eh...

—¿En serio? ¿A ver? —hizo ella por recuperar su móvil.

—Oye, María... pues parece que te cambia la racha con el armamento de la gente —dije mientras ella miraba aquella foto, intentando que nadie más la viera, mirándola de cerca y tapándola un poco con la mano, encorvada hacia adelante.

María no decía nada. Y le pregunté.

—¿Te gusta?

—Mmmm... Pues hasta es bonita y todo.

—¿Bonita? ¿Pueden ser bonitas?

—Pues sí... claro... —dijo achispada.

—Igual no es suya. No parece que sea sacada de internet a lo loco, pero igual es de un amigo o algo.

—Bueno, Pablo, no le vamos a pedir un book.

—No, pero dile que igual no es suya. ¿Qué te pone? —dije al ver que algo en su pantalla había variado.

—Dice que si me gusta.

—Pregúntale... dile que igual no es suya.

María acabó por hacerme caso y vi como le escribía eso.

—En serio, Pablo, toma, no quiero ni verlo. —me dijo dándome su móvil y diciéndome que se iba al baño. Mientras se iba le pregunté si quería otra copa y me dijo que sí.

Me quedé mirando para la pantalla. El chico tardaba. Revisé su foto, efectivamente la había sacado en el baño, de pie, se veían al fondo unas baldosas bastante cutres. Quizás tardaba porque había ido al salón y ahora tenía que volver al cuarto de baño. O quizás había caído en la cuenta de que María le estaba tomando el pelo.

Justo antes de que volviera María entró otra foto. El chico, indudablemente él, aunque su cara estaba parcialmente tapada por el móvil, le sacaba una foto a su espejo del cuarto de baño, mostrando no solo una polla bastante potente si no unos abdominales marcados y un torso completamente imberbe. El chico estaba delgado, un poco sin hacer, sin sacar cuerpo, demasiado espigado... parecía hasta demasiada polla para tan poca complexión.

—Toma, aquí tienes a tu pretendiente. —le dije a María, pasándole el móvil antes de que siquiera se llegara a sentar.

Ella de nuevo hacía su liturgia para examinar la foto con calma sin que nadie pudiera verla.

Tras casi unos veinte segundos mirando la foto se pronunció, fingiendo indiferencia:

—En fin... Lo voy a guardar ya... que esto... —dijo mientras vio como el chico volvía a escribir.

—¿Qué te dice? —pregunté.

—Pues... vuelve a preguntarme que qué me parece.

—Dile que las has visto mejores... Lo cual es cierto... Se quedó callada. Sopesando qué hacer. Finalmente matizó:

—La verdad es que se merece un poco que le ponga eso, por flipado. —dijo María, aparentemente dispuesta a escribirlo Efectivamente lo escribió. Bebió de su copa y dejó de nuevo el móvil sobre la barra. El chico respondió en seguida:

—¿Ah sí? ¿El chico con el que estabas el otro día?

—Vaya, existo... —pensé.

—Ahora me voy a vengar de ti.. —dijo María.

—¿De mí?

—Sí, de ti —respondió maliciosa, ocultándome lo que le escribía. Tras acabar me lo dio a leer riéndose:

—No, a ese le gusta mirar —le había escrito.

—Ostrás, María —respondí sorprendido y también haciéndome un poco el indignado, pero no me había molestado en absoluto Si María había escrito aquello era inequívoco que la ginebra estaba diciendo “aquí estoy yo” en su cuerpo.

Álvaro respondió con un emoticono de una cara pensativa y unos puntos suspensivos, tras lo cual escribió: “¿Y eso?”.

—Te está bien —dijo ella llena de razón.

La pantalla se iluminaba otra vez.

—¿Y tú no mandas foto?

—Ya tardaba —dijo María.

—Ya, normal. ¿pregúntale que cómo la quiere?

—Bueno, sí, vamos, no le mando una foto pero ni de una uña. Es que vamos...

—Que ya... —la interrumpí— es solo para saber qué te pide.

—Venga. Ya. Se acabó el juego. —zanjó metiendo el móvil en el bolso.

Supe que no debía insistir, así que volvimos a hablar de cosas normales, por decirlo de alguna manera, y, a medida que bajaba mi copa de ginebra, empezaba a pensar si follaríamos aquella noche. La veía guapísima con aquella ropa, más inocente, menos mujer fatal, pero quizás más guapa. No recordaba la última vez que habíamos tenido sexo normal. Lo del jueves por la noche con ella casi sin enterarse o la semana anterior subiéndose sobre mi, usándome para quitarse el calentón, no podía contar.

Cada vez había más gente y hacía más calor. María acabó por quitarse el jersey y su camisa a rayas resultó no ser tan inofensiva como su casto jersey granate. No pude evitar comenzar a besarla con ternura mientras hablábamos. Yo estaba realmente muy cachondo. Tras semanas de oscuridad, en las últimas horas había sido bombardeado con su confesión de lo vivido con Edu... su exhibicionismo involuntario delante de todo un bar... los gemidos de una desconocida vecina... y ahora un vacile inocente, pero que había desembocado en descubrir el cuerpo y el miembro de un cortejador de María.

Ella respondía a mis besos con más humedad... Su lengua tenía vida propia, mostrando, aparentemente, una reciprocidad en nuestra excitación.

Mi mano acabó acariciando su escote, sabía que eso la encendía. Y, durante un beso especialmente tórrido, una de mis manos aterrizó sobre su camisa, a la altura de uno de sus potentes pechos, y apreté con un poco de fuerza, haciendo que María aun incrementara más la lujuria de sus labios y su lengua.

Tras besarnos con aquella rudeza me aparté un poco. María me miraba con la mirada encendida.

Me acerqué otra vez. Y le susurré al oído:

—Sabes que ese chico te va a buscar como un loco toda la noche, ¿no?

—Mmm... ¿tú crees? Besé su mejilla y bajé un poco a su cuello. Subí después para lamer su lóbulo de la oreja mientras mi mano acariciaba de nuevo su escote y se colaba más abajo.

—Cree que te va a ver... y... cree que... te vas a resistir un poco... cree que te convencerá de ir a un par de sitios más... pero piensa realmente que te va a acabar follando...

—Mmm... ¿sí...? ¿piensa eso...? ¿que puede... follarme...? —ronroneaba María en mi oído, con sus manos en mi cintura. Dejándose hacer.

—Claro que lo piensa... ¿qué piensas tú...? —le dije comenzando a desabrocharle un botón de la camisa, temiendo que María me lo impidiese.

—Yo creo que no... que no puede... que es un crío...

—Pero tiene una buena polla... —le susurré echándome un poco hacia atrás, contemplando como la imagen de su escote había cambiado completamente, se veía el encaje de su sujetador negro claramente y sus pechos ocupando las copas con desconsideración.

María, sabiendo que su escote era un tremendo exceso, cogió su copa de la barra y bebió lentamente. Con un orgullo de su cuerpo, por fin, que me dejaba sin aire.

Me acerqué de nuevo y las yemas de mis dedos tenían un amplísimo escote para circular...

—Si Álvaro te viera así...

—¿Qué...? —preguntó besándome.

—Si te ve así se muere... se haría una paja tremenda...

—Mmm... Que se la haga... —de nuevo me ronroneaba en el oído.

—¿Sabes quién se va a hacer también esta noche una paja pensando en ti?

—¿Quién...?

—Un chico que estaba en la cena hoy.

—Mmmm... sí... ya lo he visto

—¿Sí? ¿Te has fijado? —pregunté sorprendido.

—Sí... no dejaba de mirarme...

—Hay mucho niño mirón últimamente —dije llevando mis dedos a desabrocharle otro botón más... No podía creerme que María me lo permitiera... Pasmado y tembloroso alucinaba con que me dejara hacer... Y, entonces, desde mi posición, pude ver su sujetador casi entero; mi mirada se podría colar hasta ver hasta su ombligo si quisiera... Y lo hacía, vaya si lo hacía, mientras acariciaba su cuello y estiraba su labio inferior con mis besos.

—Mmm... qué me haces... —preguntó ella, implicada. Y yo no sabía qué porcentaje de mi éxito era estrictamente por mí y cuanto por nuestro juego.

—¿Tú qué crees? María se puso de pie. Nuestras caras se juntaron. Juntó un poco su camisa y me rodeó con sus brazos para que solo yo pudiera ver un escote que ocupaba más de la mitad de su torso. Nos besamos de forma sucia, sentía que María disfrutaba de que allí no nos conociese nadie. Y acabó por decirme al oído:

—¿Quieres usar... eso?

—¿El qué?

—Lo que has comprado hoy...

—Mmm... sí... —respondí Colé mi mano bajo su camisa... repté hacia arriba, por su vientre, y alcancé su sujetador... lo acaricié... la besé en los labios que estaban fríos y húmedos... y me lancé:

—¿Y quién quieres que sea? ¿Quién quieres que sea con eso puesto?

—Pues...

—Dime.

—Álvaro. Le damos una oportunidad... a ver... cómo se porta.

CAPÍTULO 17

Rodeado por sus brazos quise detener el tiempo en aquel preciso momento. De esas pocas veces que sabes que eres feliz y quieres saborearlo. Su cara cándida e inocente, pero morbosa, sus mejillas coloradas por el alcohol y por el calentón. Su doble travesura de calentar a Álvaro y aquel escote impropio, triple travesura si sumaba su propuesta de usar lo que había comprado. Era un felicidad disfrutable, que se podía hasta coger con la mano, que se podía hasta oler. Pero fue un clímax que bajó un poco cuando, de nuevo, empecé a preguntarme si toda aquella excitación suya podría existir sin el juego, pues aquel juego había empezado como un “plus”, pero tenía trazas de convertirse en una necesidad.

Una de sus manos me abandonó para cerrarse un botón y mirarme. Nos quedaba aproximadamente media copa por beber y hasta que la acabamos apenas nos dijimos nada. Sobraban las palabras y eran casi todo miradas. Mi imaginación volaba de vez en cuando a la imagen de yo, con aquello puesto, penetrándola... sintiéndome poderoso. Haciéndola disfrutar a ella. Disfrutando yo. Allí de pie, bebiendo de mi ginebra, mirándola, oliéndola... visionaba que, una vez en nuestra habitación, ella me llamaba por otro nombre... Al hacerlo, mi miembro palpitaba, harto de aquel local.

María se puso el jersey, salimos de allí y sus tacones comenzaron a resonar por aquellas calles estrechas y semi vacías. Agarrada a mi cintura, no sé en qué pensaba ella, pero yo le daba vueltas a como saldría aquello, aunque estaba relativamente tranquilo. Después de aquellas semanas de presión, con aquello podría ser Álvaro y después volver a ser yo, quizás con una María ya satisfecha. Y podría volver a ser él y yo otra vez. Y aquello me daba confianza. Como si fuera un comodín o un as en la manga del que poder echar mano para salvar mi inseguridad.

Llegamos a la casa y fuimos atacados por una bocanada de calor espeso. Los sofás, la chimenea, todo iluminado por una luz tenue, ambiente creado por el señor de la casa, que daba un aura de picadero que rozaba lo

improcedente. Pasamos junto a los sofás para subir por la escalera de caracol cuando reparé en que no estábamos solos, y es que, el niño mirón de la cena estaba allí, recostado, tecleando en su móvil, seguramente buscando conversaciones diferentes a las que le darían sus padres y su hermana. El chico, en pijama, como si fuera su casa, no parecía tener la intención de apartar la vista de su pantalla, hasta que de reojo vio que la dueña de aquellos tacones era María y no desvió su mirada impúdica hasta que desaparecimos por el piso de arriba.

Mi novia abría la puerta de nuestro dormitorio y mis manos fueron a su culo, sobre sus vaqueros... Aquella luz, aquel silencio expectante que solo tienen los pasillos de hotel... la mirada libidinosa de aquel crío... nuestro plan para aquella noche... todos aquellos agentes creaban una atmósfera tremendamente sexual.

Entramos y su bolso cayó y su jersey voló, y al tercer beso desesperado ella susurró un “tranquilo...” que me obligó a reprimirme.

El siguiente beso fue más manso... pero increíblemente más morboso. Con su lengua en el aire llegó a lamer mis labios lentamente antes de invadirme. Una vez llenó mi boca, me abandonó para susurrarme:

—¿En serio vamos a usarlo...?

—Claro... —respondí sin dudar.

—Estamos locos... —gimoteaba en mi oído, achispada por el alcohol y seguramente también por su imaginación.

No quise retrasarlo mucho más, así que acabé por pedirle un poco de intimidad para ponerme aquello. Me fui al baño no sin antes decirle que no me mirase nada más volver. Me espantaba la idea de ella en la cama, esperándome, y yo apareciendo con aquello puesto.

Me desnudé en el cuarto de baño mientras escuchaba a María haciendo lo propio. No sabía muy bien cómo ponérmelo, no sabía si debía estar erecto o no. Estuve intentando ajustar la cinta en mi cintura, pero no era capaz de hacerme a aquello. Opté por meter mi miembro dentro sin ajustar nada a la cadera y la sensación fue más agradable de la esperada, pues el material era relativamente mullido, su forma repuntaba un poco hacia arriba.

A pesar de que la imagen en el espejo no fue ni la mitad de chocante que cabría esperar, decidí salir de allí sin aquello puesto. Pensé en ir junto a María con eso en la mano y ponérmelo después en la cama, estando los dos excitados.

María había atendido a mi petición y no me miró cuando salí. El

dormitorio estaba iluminado por una luz regulable, muy tenue, y ella llevaba puesto la chaqueta de su pijama de seda blanco, como de chico, pero sus piernas sí estaban desnudas y lucían tremendamente apetecibles.

Flanqueé la cama para colocarme a su lado y le susurré:

—No me lo he puesto.

—¿Y eso? —No sé... lo ponemos ahora. —dije en su oído, dejando caer aquel aparato color carne, atado a su cinta negra, a nuestro lado.

—Me ha vuelto a escribir —dijo María mientras alargaba su mano para coger el móvil de la mesilla.

No entendía muy bien por qué, pero hablábamos en un tono bajísimo, en susurros casi inaudibles.

—No sé por qué no me extraña —le respondí e intentaba hacer memoria de donde había quedado aquella conversación con él.

Miré la pantalla que ponía: “Si no me mandas foto me da igual, yo te imagino”. Hacía más de media hora que lo había escrito, pero estaba en línea.

—Vaya, vaya... —le dije mientras hacía por colocarme tras ella. Me recosté contra el cabecero de la cama y abrí las piernas para que ella se recostase sobre mí, con su espalda en mi pecho.

—Qué pesadito... ¿no? —decía María, pero no posaba otra vez el teléfono sobre la mesilla.

—Es normal... María... debe de estar acabando su especie de botellón en su casa... cree que va a verte...

—¿Entonces?

—Pues yo le respondería...

—Qué... —preguntó María.

—Dile que... pues lo que te está pidiendo a gritos. Pregúntale que cómo te imagina. Te ha escrito lo que te ha escrito justo para que le contestes eso.

—¿Ah sí...? Estás muy puesto tú en esto...

—Hombre... es obvio... —dije en su oído mientras ella le escribía, sorprendiéndome su predisposición pues ni tuve que persuadirla.

Tras hacerlo reptó un poco hacia arriba para que su cabeza cayera sobre mi hombro y nuestras bocas pudieran encontrarse. Era tremendamente morboso esperar la respuesta de aquel chico mientras la lengua de María se encontraba con la mía. Mi corazón latía con fuerza mientras mis manos desabrochaban un botón de su pijama y esperaba con ansia que aquella pantalla se iluminase.

Mi novia quiso que ambos pudiéramos leer a la vez la respuesta: “Te

imagino mirándome con deseo esta noche”.

Desde luego su respuesta había sido bastante decepcionante, y un “psss” salió de la boca de María confirmándome que el mini chasco era compartido.

María estaba dubitativa. En un principio no le quería escribir más. Y esta vez sí tuve que convencerla para darle otra oportunidad.

“¿Y si te miro con deseo qué harías?” le escribimos y susurré en su oído:
—Madre mía... se va a morir.

—Somos malos... —ronroneó María, posando el móvil en la cama y llevando su mano a mi cuello y mi pelo para acariciarme.

De nuevo aquella incertidumbre de ver la pantalla apagada... y mis manos yendo otra vez a desabrochar otro botón que casi liberaba completamente las tetas desnudas de María. Mi mirada se colaba ya por su pecho admirando sus tetas semi tapadas, que descansaban aun tranquilas sobre su torso. La pantalla se iluminó y leímos a la vez, como antes. Y la decepción fue similar. Un párrafo de unas ocho líneas que hablaba de estar a solas... acariciarse... disfrutar el uno del otro... y demás propuestas pueriles que a nosotros se nos hacían tremendamente insuficientes.

—Bueno... ya... —dijo María queriendo zanjar aquello para centrarse solo en nosotros dos.

Mis manos desabrocharon completamente su chaqueta del pijama y fueron a contener sus pechos... Los acariciaba con dulzura... buscando que sus pezones se erizaran. Sus bragas blancas eran el punto de mayor iluminación en aquel dormitorio hasta que su móvil de nuevo se iluminó. El chico escribía otra vez y leímos sin mucha esperanza: “¿Quieres que sea más claro?” La respuesta de María no pudo ser más concisa y veloz: “Sí.” El teléfono de nuevo sin luz. Una de mis manos a su pecho y la otra acariciando la seda blanca de sus bragas. María se entregaba a unas caricias tranquilas, que necesitaban un impulso, y no teníamos muchas esperanzas en que ese impulso viniera de Álvaro y su palabrería naïf.

Casi descartando la ayuda de aquel chico comencé a sobar con más fuerza sobre la entre pierna de María. Tiraba de sus bragas hacia arriba para que estas marcasen su coño, para que sus labios hicieran acto de presencia... cuando la pantalla se iluminó. Leímos: “Desde que te vi el otro día me muerdo de ganas meterte un polvazo increíble. Cuando llegué a mi casa el otro día te imaginaba en mi cama subida encima de mi saltando sobre mi polla. Quiero follarte fuerte y creo que tú también lo quieres. Follarte duro.” María esbozó un “caray...” que sonó como suspiro de excitación. La sorpresa había sido

importante y mi miembro ya palpitaba aplastado bajo el cuerpo de ella.

Lo volvimos a leer mientras con mis dos manos tiraba de sus bragas hacia arriba, haciendo que sus dos labios se marcasen hinchados y humedecidos a través de la seda blanca. Me daba la impresión de que su coño quería escapar de sus bragas cuando le susurré:

—Follarte... duro...

—Ya...

—¿Qué te parece...?

—Mmm... pues... —murmuró mientras su pantalla se encendía. Cogió el móvil y leímos: “¿Te gusta más así?” María respondió inmediatamente: “Así. O más” Tras escribir eso dejó de nuevo el móvil sobre la cama y yo le pedí que bajara sus manos, para tocar aquello que yo llevaba un rato maltratando. Las manos de María fueron a su entrepierna y las mías quedaron libres para acariciar su pecho y coger su móvil. Rebusqué en la conversación mientras él escribía, hasta que conseguí llegar a la foto de su polla. Ambos mirábamos la foto aquella mientras ella se daba placer bajo sus bragas y yo descubría que sus pezones estaban ya enormes...

—¿Qué te parece...? —le susurré mostrándole la foto de la polla del chico.

—Mmm... bien... —casi gemía María, con sus ojos entrecerrados, mirando aquella polla en primer plano, sin dejar de frotarse con tremendo erotismo...

—¿Sólo bien...? Yo creo que te parece una muy buena polla...

—Sí...

—¿Sí?

—Sí... tiene... tiene muy buena polla...

—Se la... chuparías... ¿A que sí...? —le susurré, esperando aun la respuesta del chico, mientras alargaba mi mano para coger la polla de plástico que yacía a nuestro lado.

—Mmm... no sé...

—¿No? Yo creo que sí... —soplé en su oído mientras ponía aquella polla al alcance de su boca.

—¿Por qué no se la chupas un poco...? —insistí posando la punta en sus labios. —Mírala... mira que pollón... —le susurraba, mientras ella, entrando en mi juego sin más miramientos, abría la boca y envolvía con su lengua aquel trozo enorme que emulaba el miembro de aquel chico... María chupaba aquella polla mientras mantenía la mirada en la pantalla, donde estaba la

polla real, y le temblaban las piernas como consecuencia del castigo que sus manos ejercían bajo sus bragas.

Mi polla seguro goteaba ya sobre la parte baja de la chaqueta del pijama de María, mientras le pedía que siguiera chupando, y ambos esperábamos su respuesta, que se hacía esperar.

—Te dice que te quiere follar fuerte, María... ¿Crees que te follaría fuerte con esa polla? —le seguía susurrando, sujetando aquel plástico envuelto por aquella boca que empapaba toda la punta de saliva, llegando a hacer ruido por la cantidad de líquido.

En la parte superior de la pantalla apareció que el chico había escrito. Aparté aquel miembro simulado de María y ella se deshizo de sus bragas, como si ambos quisiéramos tomar aire antes de leer.

Se recolocó sobre mi torso otra vez. Se echó el pelo hacia un lado. Llevó sus manos de nuevo entre sus piernas y ambos leímos: “Te quiero follar de una forma tan salvaje que vas a querer que te folle hasta que amanezca y me vas a pedir que te la meta más profundo cada vez. Creo que quieres un macho que te folle con fuerza.

¿A qué sí? Cuando nos veamos esta noche nos vamos a los aseos y ahí te enseño mi polla y vas a querer follar ya allí, ¿Quieres que te folle allí? ¿¿quieres que te folle fuerte ya en el pub??” María no dijo nada, pero inmediatamente la noté afectada. Excitada. Cachonda. Cerró los ojos y se entregó a su coño. Sus dedos comenzaron a moverse frenéticamente mientras mi polla lagrimeaba más y más sobre su espalda

—Te quiere follar en los baños... María, como a una guarra... —le susurraba en el oído mientras contemplaba alucinado como aquello la había encendido. De nuevo llevé aquella polla de plástico a su boca, que no dudó en acoger, y, chupando de aquello y deshaciéndose allí abajo parecía que podría encontrar el orgasmo en cualquier momento. Yo la calentaba, la incitaba, preguntándole:

—¿Te dejarías follar allí, como una guarra... por ese crío...? —y ella llegaba hasta a gemir mientras chupaba, con los ojos cerrados, mientras seguramente se imaginaba siendo penetrada allí o imaginaba que se la chupaba... Saqué aquello de su boca con cuidado y me moví un poco, para liberar mi miembro que necesitaba libertad inmediatamente... María detuvo su paja, sin su orgasmo, diciendo rápidamente:

—Ponte eso si quieres.

—¿Sí? Oye... Esto es increíble...

—Ya...

—No, pero... no sé... es increíble pero... no es real.

—¿Cómo que no es real? —preguntó.

—Que... —yo le había cortado el orgasmo a María y sabía que le iba a proponer una locura— que... estamos excitándonos por lo que te dice un chico a no sé cuantos kilómetros... y que tenemos a otro chico aquí abajo.

—¿Qué dices? No te entiendo...

—Pues te hablo de... aprovechar que el chico de la cena está ahí abajo...

—Pero... ¿En serio? —susurraba sorprendida, aunque serena, en voz bajísima— Además no creo que siga ahí.

—Bueno, ¿Y si sigue ahí...? ¿Te imaginas tontear con él... calentarlo? —yo sabía que aquello sonaba casi ridículo, con María al borde del orgasmo, con Álvaro escribiéndole... con la polla de plástico pendiente de usar... que eran muchas cosas...

—Pero es que bajo y qué, es que...

—Sabes a lo que me refiero —insistí.

—¿Pero no llega con esto?

—Esto es fantasear, si bajaras sería real.

—¿Y qué le digo? Seguro que ya no está. —María estaba reacia pero no completamente a la defensiva.

—Solo siéntate en el mismo sofá que él... ponlo nervioso... tontea...

—Pero si me ha visto contigo —dijo mientras la pantalla de su móvil se iluminaba.

—Pues sé descarada.

—Estamos locos... Pablo... es un crío... igual no tiene ni veinte años, y si intenta besarme qué.

—Ya sabes que por mí no hay problema...

—Ya, ¿y por mí? La miré, como dejándole ver que la decisión era suya. Ella sabía que yo una vez le proponía algo así no quería poner ningún límite, es más, que cuanto más lejos llegara para mí sería mejor.

—Vamos... —susurré, insistiéndole.

Se hizo un silencio eterno. Como de medio minuto, tras el cual, mientras se incorporaba un poco, dijo:

—Lo queremos todo y nos va a explotar... Se hizo otro silencio mientras María parecía buscar unas bragas que no encontraba. Lo que sí encontró fue el pantalón de su pijama, que se puso.

—¿En serio vamos a hacer esto? —preguntó.

Salí de la cama y abrí sigilosamente la puerta. Caminé los escasos tres metros que nos separaban de la escalera de caracol y me asomé. Hice fuerza con mi mente para tener un poco de suerte. Y la encontré. El chico, a pesar de haber pasado una media hora, seguía allí, con su pantalón de pijama rojo a cuadros y su camiseta negra. Volví al dormitorio mientras María se abotonaba la chaqueta del pijama. Me miró y supo por mi cara que el chico seguía allí.

—Estamos fatal, Pablo, de verdad... —susurró.

—Tómatelo como una venganza, por mirón.

—Ya... venganza... eso sería si... eso, pero tú no solo quieres que lo caliente... —dijo poniéndose de pie. Estaba imponente con el pelo alborotado. Sus pezones aun seguían duros y marcaban la seda blanca del pijama.

CAPÍTULO 18

CAPÍTULO 18 En la penumbra de aquella habitación María y yo planeábamos entre susurros una estrategia creíble.

Mi novia alternaba unos “estamos locos” con unos “¿pero cómo le voy a decir eso?” de manera bastante nerviosa e inquieta. Finalmente, lo más decente que pudimos urdir, fue que bajara con su móvil fingiendo no tener buena cobertura arriba, lo cual era cierto.

Me puse tremendamente tenso y no menos tensa estaba ella, la cual accedía a mi petición, cosa que meses atrás no hubiera sucedido, y yo me preguntaba qué estaba pasando. Estaba claro que el culmen de mi fantasía era verla teniendo sexo con otro hombre y aquella cima la habíamos coronado en la boda. Una cima que yo quería alcanzar más veces. Pero esto era diferente, era más suave, una especie de ramificación de la fantasía primaria que a veces cogía especial fuerza. Y yo me preguntaba si esa ramificación no estaba también atacando a María. Una chica que nunca había disfrutado de sentirse deseada, ni siquiera le había dado nunca ninguna importancia, pero yo empezaba a ver algo allí, en ella. La noche que había conocido a Álvaro, la manera de dejarse mirar, de dejarse querer... Y... también la noche anterior, en el bar... delante de aquellos hombres ¿de verdad ella no había disfrutado? ¿De verdad era todo rubor? ¿No habría mitad rubor mitad un agradable sentimiento de... de sentirse poderosa? ¿Y en la cena con el chico que ahora estaba abajo? ¿Se había sentido solo incómoda o algo le palpitaba en su interior por sentirse codiciada? María me besó, con su móvil en la mano, y yo recibí el beso y la abracé. Mi novia, achispada, algo borracha, tenía una sonrisa intranquila que me contagiaba y me encandilaba. Mis manos fueron a sus pechos, suavemente, y noté los pezones duros a través de la tela. Sus pezones se le marcaban de forma brutal, pero no le dije nada. Bajé una de mis manos a su entrepierna mientras su lengua jugaba con la mía y sentí su coño húmedo, hinchado y blando... solo tapado por el fino pijama.

—¿Estás seguro...? —susurró en mi oído y supe que me estaba cargando

con la responsabilidad a mí, pero era obvio que si ella bajaba era porque algo en su interior deseaba hacerlo.

—Sí...

—¿Y si... le caliente de más... e... intenta besarme?

—Ya sabes lo que quiero... —susurré besando su mejilla y disfrutando de su coño que notaba tierno y suave a pesar de estar tapado.

María salió de la habitación despeinada, acalorada, cachonda, descalza, sin ropa interior y marcando pezones. Yo no sabía quién de los dos estaba más nervioso. Y aquel chico no se podía ni imaginar la suerte que estaba a punto de tener.

La escuchaba descender por la ruidosa escalera mientras me tomaba un tiempo antes de hacer mi primera exploración. Volví a pensar en esa ramificación exhibicionista y pensé en si ambas fantasías podrían confluír. Si de ese exhibicionismo se podría llegar a un acto sexual pleno y que yo pudiera verlo. No parecía en absoluto que fuera a pasar nada con aquel crío pero el ¿y sí...? estaba ahí.

Aunque solo fuera un beso, verla besándose... me mataba del morbo. Me temblaban las piernas, solo, en la soledad y oscuridad de aquella sofocante habitación, imaginándolo.

Yo no tenía ni idea de lo que podría pasar, pero sí sabía lo que quería. Y pensaba que María no sabía qué podría pasar, ni sabía lo que quería.

Dejé pasar dos, tres, cuatro minutos, hasta que cogí mi móvil. María me había escrito en aquel momento:

—Está muy nervioso, esto es una locura.

Me sorprendió que María le hubiera puesto nervioso tan rápido, pero quizás solo con verla ya se había acobardado. Tan nervioso o más que aquel chico le respondí: —¿Sí? ¿Y cómo lo ves? ¿Te gusta? Vi que mi móvil ponía “escribiendo” y yo miraba al techo y resoplaba en silencio. La espera era un suplicio.

—Es guapito... pero... es de locos... no creo ni que tenga 20 años, Pablo.

No quería escribirle más, para que no se desviara de su objetivo, pero ella escribió:

—Álvaro no para de escribirme.

—No lo leas sin mí, por favor...

—No, no estoy leyendo, pero me verá en línea.

De nuevo no respondí, intentando que ella usara las armas que pudiera con el chico, sin perder un valioso tiempo conmigo.

Dejé pasar tres o cuatro minutos más hasta que resoplé y me dispuse a salir de la habitación. Tenía el cuerpo ardiendo y las manos congeladas, como siempre que estoy nervioso. Me puse el pijama tiritando de los nervios, arrimé la puerta y caminé sigiloso hacia las escaleras, preparado para asomarme. Si alguien de las habitaciones vecinas saliera en ese momento me vería de pleno, así que decidí que si escuchaba ruido bajaría, como si me hubieran visto a punto de bajar.

Asomé la cabeza, infartado. Mi corazón no entendía de una lógica que indicaba claramente que no vería nada especial. Los vi. En un sofá de dos plazas, cada uno con su móvil, pero hablando entre ellos. Algo pegados, pero no mucho. Si María levantara la cabeza me vería, para que me viera él tendría además que girar el cuello. El lenguaje corporal del chico denotaba incomodidad, la belleza que miraba con lascivia horas antes la tenía ahora al alcance de la mano... Siempre es más fácil imaginar que sentir. Siempre es más fácil domar tu utopía que afrontar una realidad. Y esa realidad tenía las mejillas sonrojadas, se le notaba de forma tremenda la silueta de sus generosas tetas bajo el pijama y le miraba sabiéndose poderosa, pero a la vez con un gesto coqueto, casi tímido, haciéndole balbucear.

Hablaban en tono bajo y ella estaba algo girada hacia él. Les escuchaba algo sobre alguna foto, y ella se acercó más para mirar el móvil del chico. A los pocos segundos pude deducir, más o menos, que María le aconsejaba qué foto era mejor de varias que tenía él en su teléfono, quizás para subir a alguna red social o para enviarle a alguien.

Me retiré un poco. Como un soldado en su trinchera. Dudé en seguir mirando o no. Lo cierto era que era muy difícil que pasase nada... Era más un deseo que una posibilidad real. Quizás con otra persona, con un hombre, no con un niño... Decidí volver a la habitación y esperar un poco antes de volver a espiar. Una vez allí sentí unos nervios y una inquietud insoportables, pero maravillosos. Me tumbé boca arriba sobre la cama y disfruté de aquella soledad y oscuridad, y de aquel desasosiego que me hacía temblar involuntariamente.

Imaginé que María se hartaba y se acercaba más al chico y comencé a sentir una pequeña erección.

Imaginé que se subía encima de él y me bajé un poco el pantalón del pijama. Allí, tumbado, me topé sin querer con las bragas blancas de María... y me las llevé a la cara mientras me imaginaba que aquel chico por fin se atrevía a hacer algo y llevaba sus manos al culo de ella, haciendo que María

se sentase completamente sobre su entrepierna.

Busqué la parte más húmeda de las bragas de María, bragas que había aplastado contra su coño minutos antes... y olí aquel perfume que era sexo puro embriagándome todo el cuerpo. Aquel aroma a hembra excitada entró por mi nariz y me invadió de tal manera que mi polla palpitó impresionada.

Comenzaba una paja lenta cuando mi móvil se iluminó. Ella me había escrito:

—Está muy muy nervioso... pero hace sus preguntas.

Me incorporé inmediatamente para responderle:

—¿Qué preguntas?

—Me ha preguntado por ti.

—¿Ah sí? ¿Y qué le has dicho?

—Le he dicho que somos amigos.

—¿Por qué lo ha preguntado?

—Para tantearme, supongo.

—Casi le doblas la edad.

—Bueno, es lo que querías ¿no? Me sorprendían gratamente esos avances en apenas diez minutos. Me preguntaba qué estaría haciendo María para conseguir ese progreso.

—¿Le estás calentando?

—Solo me falta morderme el labio al mirarle.

—Joder... —dije soltando el móvil.

Me senté sobre la cama. Resoplé. Y esperé. Miré el reloj. Me tumbé, boca arriba. De nuevo sus bragas en mis manos. De nuevo aquella seda blanca mi cara. Cerré los ojos. Me impregné de aquella fragancia e imaginé. Imaginé y dejé que mi polla lagrimease sola, sin tocarme. Cinco... diez minutos... Sus bragas en mi cara, mi móvil en mi mano. No se iluminaba... Temblé. No pude más. Aparté sus bragas de mi cara. Me subí el pantalón del pijama y me encaminé hacia el pasillo. De nuevo aquellos nervios, aquellos espasmos, aquellos temblores.

Otra vez tras la trinchera, saqué mínimamente mi cabeza para verles: Lo que vi fue más de lo que pude haber imaginado.

Los dos en la misma parte del sofá se miraban fijamente. Encarados. Él se había acercado a ella.

Una pierna de María sobre las suyas... ¿Un botón de María desabrochado? No podía estar seguro.

Ella colorada. A él no podía verle la cara. Podía vislumbrar el pecho de

María respirar, sus tetas hincadas. Sus pezones tiesos... Podrían besarse... en cualquier momento.

No podía ni moverme. Pensaba que podría vomitar de los nervios. Si un huésped apareciese no tendría la capacidad de reaccionar. María llevó una de sus manos al pelo del chico... y después a su cara, en un gesto extraño, algo forzado, y él no se movió. ¿Qué le habría dicho María para provocar ese acercamiento? ¿O es que quizás aquel crío no era tan inofensivo? El silencio era asfixiante. La mano de María seguía en el pelo de él, pero él no hacía nada con las suyas salvo sostener su móvil. Y sus ojos... ¿a donde irían? ¿A la cara de María? ¿A su escote? ¿A sus tetas? ¿A sus pezones? Algo debió de decir él pues ella sonrió. ¿Halagada? La pierna de María, sobre él, era insolente y forzada. Una de las manos del chico por fin cogió vida y fue al encuentro de esa pierna... La cara del chico se inclinó hacia adelante. María, encajonada, no parecía verlo venir. Cuando un estruendo enorme nos mató a los tres.

La puerta de entrada de la casa se abrió. El chico se echó hacia atrás y la pierna de María salió súbitamente de aquel territorio conquistado. Yo, bloqueado, vi como entraba una pareja en la casa, de unos cuarenta y pico años, mientras el chico se retiraba aun más y mi novia se recomponía, colorada y errática, aunque en absoluto la pareja les había visto.

Me aparté, suponiendo, sin equivocarme, que subirían al piso de arriba... Me fui en retirada hacia nuestra habitación y cerré la puerta con cuidado, con tiempo de sobra para no ser visto. Escuché sus pasos por la escalera. Me imaginé a María ruborizada y maldije la intromisión y maldije no poder verles disimulando, pudorosos. Escuché sus pasos tras mi puerta, entrando en su habitación, y caí en que aquella mujer rubia, algo corpulenta, de labios rojos, pelo teñido y semblante serio, era la propietaria de los gemidos de la noche anterior. Su pareja, mediocre e insípida, parecía que se reservaba la sustancia para la intimidad.

Me dejé caer sobre la cama y pensé que aquello seguramente les devolvería a la realidad. Si yo barajaba la posibilidad de que pudieran ser interrumpidos, no por unos desconocidos, si no por la hermana... o los padres del chico... ellos también lo estarían pensando... Roté sobre la cama. Mareado de tantos sentimientos. Cuando mi móvil se iluminó de nuevo. Era María. Mis manos me temblaban... Tenía un presentimiento de que algo aun podría pasar. Quizás solo fuera que realmente lo deseaba, deseaba que aquello no acabase así. Hasta me costó desbloquear el móvil por mis dedos

convulsos... Acabé por leer en mi pantalla:

—Se acaba de ir a la habitación de sus padres a pedirles las llaves del coche.

CAPÍTULO 19

Leí aquella frase tres veces. Las tres igual de nervioso y sorprendido. Sorprendido por el descaro del chico, ¿sin ningún beso le hacía esa proposición? Me daba la sensación de que me faltaba información, pero no quería atosigar a María. Tenía mil preguntas que rebotaban en mi mente, y, la más importante, era la de hasta donde pensaba llegar mi novia con él.

Me asomé a nuestra ventana, y confirmé que desde allí no podría ver los coches que estaban en el aparcamiento de la entrada. Recordé un todo terreno grande que había visto fuera, de familia pudiente, si ese era el plan del chico desde luego allí iban a tener espacio... ¿Pero qué estaba diciendo? ¿De verdad iba a pasar eso? No pude más, y en un arrebato le escribí:

—¿Vas a follar con ese crío? Miré la pantalla. Y lo borré. Ni quería influir en ella ni quería ser injusto. Tras borrar, escribí:

—Bueno... llega hasta donde creas o quieras llegar.

Escuchaba trastear en la habitación de al lado. Cajones, grifos... No me extrañaría nada que al lado se pusieran a follar en cualquier momento, mientras María se iba con el crío a aquel coche. Y yo en el medio celoso, envidioso... desgraciado... pero dichoso a la vez.

Miraba la pantalla de mi móvil permanentemente. Ella lo había leído, pero no respondía. Agudizaba mi oído por si escuchaba la puerta de la casa abrirse o cerrarse. Pero solo escuchaba los tacones de la vecina y las puertas de su armario.

Seguía leyendo mi frase, y ella no respondía. Me di cuenta de que estaba a merced de María. Las ideas eran mías. Las propuestas eran mías. ¿La fantasía era mía? ¿El juego era mío? Eso ya parecía claro que no, pero allí, como en la boda, se llegaría hasta donde ella quisiera. En el fondo, a la hora de la verdad, ella lo manejaba todo.

No pude más y abrí la puerta de la habitación con cuidado. Solo quería ver si estaban en el salón o si ya se habían ido al coche. Si se fueran al coche no podría ir tras ellos. Sería demasiado. No me imaginaba en pijama

intentando espiarles a través de las ventanillas... O podría vestirme para eso... No sabía, me parecía todo una locura.

De nuevo caminé sigiloso por el pasillo. Más nervioso que nunca porque ahora sí era probable que pasara algo, no como la primera vez que había espiado, y con más riesgo de ser descubierto, pues la pareja vecina podría bajar al salón a cualquier cosa. Pero la suerte estaba echada. Me dispuse a asomarme. Tragué saliva. Moví la cabeza. Por un lado deseaba verlos, pero por otro no. Si estuvieran ya en el coche me moriría, de celos, de envidia... y de morbo. ¿Y tan fácil? ¿Todo tan fácil para aquel crío? No entendía como podía sentir envidia de alguien a quién yo mismo le estaba regalando el objeto de la envidia, que no era otra cosa que disfrutar del cuerpo de mi novia. Y los vi.

Allí estaban, sentados de nuevo prácticamente en los mismos sitios. María contra una esquina del sofá, con una pierna encogida y la otra con la planta del pie sobre el suelo, el chico sentado a su lado, girado hacia ella. Muy cerca. María tenía una de sus manos en el pecho de él. Mano que fue de nuevo a su pelo, como acariciándole, como antes. Parecía consolarle con una media sonrisa encantadora y una mueca que parecía querer contagiar tranquilidad.

Yo no veía las llaves del coche por ningún lado. Sobre la mesa estaban los móviles de ambos.

Quizás María se había negado o quizás el padre del chico había boicoteado la operación, seguro sin saber qué tramaba su hijo y el cielo que se le había abierto.

Mi novia le acariciaba el pelo y la mano del chico fue a las mejillas de ella. Me quedé estupefacto.

¿De verdad iban a retomar aquello por donde estaban antes de ser interrumpidos? No podía ni respirar cuando María apartó esa mano de su mejilla de forma disimulada y sosegada, sin dejar de mirarle. Entonces, ella le susurró algo y yo maldije no poder escucharles ni ver su expresión. El chico llevó entonces esa mano apartada a la cintura de ella. Podía ver aquella mano temblar desde la distancia. Esa mano, de ser experta se posaría con decisión y buscaría zonas más prohibidas, pero no era el caso. Me eché hacia atrás.

No podía con aquella tensión. “María... haz lo que quieras, pero no me hagas esto, no me... no nos tengas así”, pensaba para mis adentros. Pero también parecía cierto que ella también estaba sobrepasada. Que sus mejillas coloradas no eran solo por calor y excitación, si no que ella tenía que ser una

manejo de nervios también, incitando a un crío de no más de veinte años, a escasos metros de la habitación de sus padres... Me asomé de nuevo. La mano del chico había subido, cerca del pecho de María que parecía más recostada y el crío más volcado sobre ella. Y ella me miró. Me clavó sus ojos entrecerrados y mientras me miraba fue atacada. El chico se inclinó más y sus mejillas fueron atacadas por unos labios que se posaron sobre su piel llegando a emitir un sonido que rebotó en la inmensidad del salón antes de acabar atravesándome a mi. María no dejaba de mirarme mientras el chico se iba dejando caer lentamente sobre ella, besándole las mejillas... y ella me miraba y no se inmutaba, acogía aquel niño, permitiéndole que se pegara a su cuerpo, casi pecho contra pecho, cuando ella giró un poco la cara, para evitar aquellos besos y para mirarme a mí. Ella, con la cara ladeada apoyada contra el brazo del sofá, recibía aquellos besos que fueron de su mejilla a su cuello, de su cuello a su mejilla y, cuando los dos, cuando María y yo estábamos listos, cuando estuvimos sentenciados... aquel crío llevó sus labios a los de ella.. y la besó dulcemente, y ella recibió aquel beso, sobria, sin dejar de mirarme. A mí se me erizaba toda la piel y de golpe un frío tremendo me envolvió. De nuevo aquella sensación tan ansiada como indescriptible. Ella se besaba con él, con los ojos abiertos, hasta que de mutuo acuerdo decidieron abrir sus bocas y ella, sin dejar de mirarme, dejó que una lengua la invadiera, y sus lenguas jugaron juntas en alguna parte intermedia entre sus bocas... y se dejó hundir más en el sofá... Verla besándose, ver como cerraba los ojos y sus lenguas se fundían... era una punzada en el corazón... pero yo sentía una gratitud infinita, porque seguramente lo hacía por ella, porque se estaba enganchando a aquello, y para sentir otro cuerpo, otro tacto, otra lengua, unos nervios que conmigo no sentiría ya jamás, pero sabía que lo hacía también por mi.

Las manos del chico estaban a la vista. Demasiado a la vista. Disfrutaba de la boca de María, la invadía con su lengua, pero con una mano se apoyaba en el sofá y con la otra la sujetaba por el cuello y la cara, haciendo que el beso fuera más íntimo, como si pensara que tenía que mimarla para acabar de convencerla para llegar a actos más explícitos. María llevó sus manos al culo de él. Cada mano a una nalga. Él sobre ella... Cuanto más se besaban más se acomodaban y más coincidían pelvis con pelvis. Estaban a la altura perfecta para que, sin ropa por medio, pudiera penetrarla.

Penetrarla... Era demasiado... Yo creía que me moría... porque era todo tan nítido, tan claro. Al contrario que con Edu, aquella vez que había sido

más onírico... Ahora todo era más lúcido, menos ansiado, menos buscado, más casual.

María ya cerraba los ojos. Me abandonaba. Se abandonaba. Y yo buscaba un movimiento de cadera del chico, o de ella, que invitara a pensar que se frotaban, que la polla del chico y el coño de María se restregaban, presentándose el uno al otro, pero no parecía que hubiera oscilación allí abajo.

Tampoco las manos del chico buscaban zonas prohibidas y yo me vi pidiendo más y más.

Me retiré otra vez. Para coger aire. Estaba empalmadísimo. A pesar de los nervios mayúsculos que sentía el resto de mi cuerpo, mi miembro parecía ir por libre e impregnaba con líquido preseminal una amplia zona de mi pijama... Colé mi mano bajo el pantalón, allí, contra la pared, sin que nadie pudiera verme... y disfruté de una pequeña paja... de pocos segundos... con los ojos cerrados... y en mi mente solo estaba María, dejándose besar por aquel niño... disfrutando de aquella lengua joven y nerviosa, disfrutando de aquel cuerpo tierno y exaltado.

No pude aguantar mucho tiempo antes de sacar mi mano de allí y volver a asomarme, y lo que vi me mató. Me cruzó un rayo de arriba abajo al ver... al ver que había sido María la que había decidido que una de sus manos no se moviera ya en ambientes inocentes. Lo que vi fue el codo de ella moverse a una altura inequívoca. No podía ver más que su codo moviéndose lentamente, pero era indudable que ese codo, ese brazo moviéndose así, significaba una paja, una paja tremenda a aquel chico que solo usaba sus manos para acariciar la cara de María y apoyarse en el sofá.

No podía ver el miembro del chico, y sí la parte superior de su culo, pues su pantalón de pijama había sido mínimamente bajado para que ella pudiera masturbarle. Yo busqué a María con la mirada, pero ella cerraba los ojos mientras le pajeaba y recibía besos en el cuello de aquel chico que parecía iba a desplomarse sobre ella ante cada sacudida. El brazo de María comenzó a coger un ritmo imponente y el crío no era capaz más que de enterrar su cara en el humedecido cuello de ella... Lo estaba destrozando... lo estaba matando a él... y me estaba matando a mí... y yo quería que el chico se aventurase a hacer algo más y así poder descubrir hasta donde podría llegar ella, hasta donde se podría dejar hacer....

Llegó a mirarme con los ojos entrecerrados y me pareció que al clavarme la mirada la paja se aceleraba aun más. En aquella mirada había implícito un

“mírame”, “mira lo que le hago a este crío” que a mi me excitaba a la vez que me llenaba de orgullo. La miraba. Me miraba. Le sacudía la polla de manera brutal y el chico solo posaba su cara al lado de la cara de María... Su brazo se movía frenéticamente, bloqueando al chico, impidiéndole que ninguna parte más de su cuerpo respondiera... El chico intentaba mantenerse en silencio como podía y... algo pasó... algo pasó y lo vi en la cara de María, un gesto de sorpresa, una mirada decepcionada, y su brazo aminoró la velocidad. El chico no decía nada. Yo no entendía nada, pero el brazo de María estuvo unos segundos moviéndose en una cadencia más lenta... hasta que se paró. Se paró y su brazo se apartó de allí, dejándose caer ese brazo a un lado del sofá.

Se quedaron completamente quietos. María cerró los ojos y el chico no desenterraba su cara ni movía su cuerpo. Cuando de repente la mano de mi novia fue sacudida, como cuando sacudes un termómetro para bajar el mercurio. Agudicé mi vista... me fijé bien... María tenía la mano impregnada del semen de aquel chico.

Tras el clímax llegó la vergüenza. La vergüenza de los dos, pero la de María iba por dentro. El chico se reincorporó y parecía disculparse, mientras ella le escuchaba y parecía comprobar sus daños, sobre todo en el pantalón del pijama, aunque también en la parte baja de la chaqueta. Estiró un poco su pantalón en la zona de la entrepierna, dejándome ver que la corrida del chico había caído, sobre todo, a esa altura del cuerpo de María. El crío se disculpaba mientras ella recogía semen de la zona del pantalón de su pijama que estaba a la altura de su coño... y yo creía morirme del morbo. Ella intentaba que aquello no manchase el sofá y llegó a ponerse de pie de manera incómoda. Toda la zona de su entrepierna era una mancha húmeda con salpicaduras aleatorias a su alrededor. Mientras, su mano manchada seguía impregnada y caía muerta, sin saber a qué limpiarse.

Finalmente un “No pasa nada” salió limpio y nítido de la boca de María.

El chico se giró. Casi me ve. Y me tuve que ocultar otra vez tras la pared.

Aquello era tremendo. Indescriptible.

Desde mi posición escuchaba la voz de María de nuevo tranquilizando al chico “Está bien, no pasa nada”, y yo no sabía si asomarme o volver a la habitación.

—No pasa nada. Ya está. Venga, ya—La escuché decir. Y él dijo algo, pero no lo entendí.

—Que ya está... —volví a escucharla en un susurro. ¿Consolándole?

¿Despidiéndole? Tras unos segundos de silencio me atreví de nuevo a asomarme, con cuidado porque no sabía en qué posición podría estar ahora él, y vi que ella ya se encaminaba hacia las escaleras y él hacia el pasillo de la planta baja. Caminé entonces, tembloroso, hacia el dormitorio. Tenía frío a pesar de estar sudando.

Me quité el pijama y, desnudo y totalmente empalmado, solo tuve que esperar unos segundos a que ella llegara.

Entró y cerró la puerta tras de sí. Estábamos en la casi absoluta penumbra, pero su pijama blanco de seda parecía iluminar un poco la habitación. Me acerqué a ella que lanzó su móvil a la cama. Su pelo alborotado, su pijama calado:

—Estamos locos... Pablo... —susurró.

—¿Y qué?

—Esto es demasiado... —suspiró, con su espalda contra la pared, mientras yo besé sus labios y comencé a bajar... besando su cuello, su escote... sus pechos sobre el pijama, su vientre...

—¿Qué haces... ? —dijo en voz baja cuando vio que yo me encontraba de rodillas ante ella y comenzaba a besar sus muslos... y su entrepierna... sobre el pijama... y me dispuse a besar a través de la fina tela, sobre su coño... allí donde el chico más abundantemente se había corrido...

CAPÍTULO 20

Me apartó ligeramente la cabeza. Con un gesto dócil. Miré hacia arriba. Estaba imponente, acalorada, sudada... Sus tetas desde mi posición parecían enormes... y se pegaban a su pijama por la temperatura de aquella habitación... y de su propia piel.

—¿Estás loco...? —suspiró.

Me aparté un poco. Su pregunta era sin duda retórica, o incluso más bien una afirmación.

La imagen de María era tan impactante que me dejaba sin aliento.

—Mira cómo me ha puesto... —protestó en un lamento que sonó más a excitación que a queja.

Arrodillado, acerqué mi cara de nuevo... llevé mi nariz hasta colocarla entre sus piernas... sobre el pijama... y olí... y me impregné del olor y del tacto del semen que aquel crío había derramado sobre la seda del pantalón de mi novia. Saqué mi lengua y quise buscar el coño desatendido de María, degustando y llegando a disfrutar de que, entre medias, se interpusiera la seda empapada por aquel chico... Aquello estaba caliente, especialmente caliente... El sabor era extraño, insuficiente, era más fuerte el olor. Mi lengua atacó con fuerza y las manos de María se enredaron en mi pelo.

Gimoteó sobrepasada mientras yo lamía a través la seda, calada, sintiendo en mi lengua sus labios abiertos... tiernos y hambrientos... nacidos para guardar una oquedad, pero que ahora renunciaban a su misión, pues se apartaban para que quién quisiese pudiera entrar.

Todo el morbo acumulado de tantas horas se concentraba en mi lengua que lamía sobre la tela y en mi nariz que inhalaba sin cesar el olor a semen de aquel chico y el olor a coño de María. Todo el morbo de aquellas últimas cuarenta y ocho horas, de la confesión de lo que había pasado con Edu, de las conversaciones con Álvaro y de la foto de su polla, de los gemidos de la vecina, de la polla de plástico lamida por mi novia... de la paja de María a aquel chico... todo en tan poco tiempo, después de semanas sin ver la luz... y

ahora... todo junto... me hacían disfrutar de un coño desbordado y de una María superada, cuyas manos abandonaban mi pelo para desabotonarse la chaqueta del pijama.

Miré de nuevo hacia arriba... María, con los ojos cerrados, con la espalda contra la pared, intentaba abarcar con sus manos sus tetas desnudas, que caían colosales e hinchadas en forma de pera, mientras sentía mi lengua apretar su coño.

—Me vuelve loco esto... María... —le dije y ella soltó una de sus tetas para llevar su mano a mi cabeza y obligarme a seguir lamiendo.

—Quítame el pijama... —protestó desesperada.

Ataqué de nuevo con mi lengua y le susurré:

—Si te lo quito no... puedo sentirle a él.

—Estás loco... —repitió, gimoteando con los ojos cerrados, apretándome con una mano la cabeza y sujetándose una teta con la otra. —¿A qué... sabe...?— preguntó, pero no me dejó responder pues aplastó más mi nariz y mi boca contra su coño. María flexionaba sus piernas, tremendamente cachonda, y me empujaba contra sí misma. E insistió:

—¿A qué sabe, eh, cerdo...? Ese “cerdo” sonó crudo, violento, y rebelaba una María casi fuera de sí.

Mi miembro, desnudo, libre, no paraba de lagrimear y más lo hizo al escuchar aquello. Conseguí apartar un poco mi cara para decirle:

—Sabe a semen...

—¿Sí...?

—Sí... a semen de niño mirón...

—Mmmm... más mirón eres tú... y... Se hizo un silencio... me eché hacia atrás y ella abriendo los ojos, mirándome, y matándome, acabó la frase:

—Mirón... y. . cornudo... —dijo destrozándose, destrozándose del morbo. Hacía mucho, mucho tiempo que no me llamaba así.

María volvió a revisar su pijama calado, como había hecho en el salón, y suspiró en un enfado algo fingido:

—Puto crío...

—¿Eché mucho? —pregunté poniéndome de pie.

—Eché mucho y no me avisó. El muy idiota. —respondió mientras se quitaba la chaqueta del pijama con cuidado.

—¿Y la mano? ¿Cómo te limpiaste? —La mano me la dejó perdida, ¿te parece normal no avisarme?

—¿Y a qué te la limpiaste?

—Pues... a él... al final... a su camiseta. Se quedó pasmando. —dijo mientras se deshacía de su pantalón de pijama con un curioso cuidado por no mancharse.

Nos acostamos sobre la cama. Nos miramos. Nos acariciamos. Su rostro tenuemente iluminado por una farola situada a unos metros de la casa. Nos besamos. Con calma, con dulzura, con todo el tiempo del mundo. Completamente desnudos disfrutamos de nuestra piel, de tocarnos, de sentirnos.

Era morbo, pero era amor, más que nunca, aquello nos unía más.

Comencé a escuchar un ruido extraño en aquel momento... Tardé unos segundos en confirmar que eran suspiros, que eran gemidos, que la rubia madura estaba de nuevo follando. No dije nada. María tampoco. Pero no sentí envidia como la noche anterior. Ni mucho menos. Pues ella, ellos, no podían tener lo que teníamos nosotros. Acariciaba a María y recordaba lo sucedido en el sofá con aquel chico y no había relación sexual, de nadie, que pudiera envidiar. Lo nuestro era más, era más puro, era más fuerte. Lo que sucedía al lado me parecía un polvo plano, inútil, comparado con lo que yo sentía en aquel momento. Aquello nos unía más, hacía que todo fuera más intenso, hasta el punto de que el tacto de su piel me parecía diferente, su olor me parecía diferente, y su mirada era diferente, porque esa mirada no solo mostraba placer por mis caricias, si no un brillo desconocido y adictivo por lo acabado de vivir.

Tumbados, de lado, uno frente al otro, completamente desnudos, sudados, le susurré:

—Cuéntame...

—¿Qué quieres que te cuente...? —respondió con sus ojos grandes y expresivos, con sus labios tiernos que me volvían loco.

—¿Tú que crees?

—Está bien... Pues que... tenía unos ojos azules muy bonitos...

—¿Qué más...?

—Pues... que me dijo de donde era...

—Sabes que me refiero a otro tipo de cosas... —le dije sabiendo que solo quería vacilarme.

Su cara se acercó a la mía. Nuestros dedos circulaban caóticos acariciando el cuerpo del otro. Las nalgas, el pecho, los muslos...

—Pues... que besaba bien... que... temblaba bastante... —rió.

—¿Quién? —pregunté.

—Pues él.

—¿Y tú no? —Mmm... no, no creo...

—Vale. Sigue.

—Y... que te veía allí... vigilante... —sonrió encandilándome— y... fue raro. Fue una locura... No sé...

—¿Y su polla? —pregunté yendo al grano.

—¿El tamaño?

—Si, no sé... todo.

—Pues... no sé, fue raro... porque... es que se corrió y ni la tenía dura del todo...

—Joder... ¿Y de tamaño?

—Pues no sé, normal, sin más.

—¿Más grande que la mía?

—Claro. —respondió tajante, sin dejar de acariciarme.

Se hizo un silencio gracias al cual escuchamos con nitidez el disfrute de la rubia teñida de al lado.

—Vaya, vaya... lo dan todo aquí... —susurró.

—Sí... ayer también.

—¿Sí? —preguntó ella llevando su mano, que había acariciado ya todo mi torso, a la zona de mi vello púbico.

—Sí— respondí expectante. Me quedé quieto. Nos miramos. La vecina gemía con más fuerza, ya no eran suspiros ni leves lamentos, si no gritos, alaridos improcedentes.

—Qué... desmadre... —susurró María, de forma entrecortada y casi ininteligible... llevando su mano a mi miembro, cogiéndolo... Estaba duro... y ella echó la piel hacia atrás de manera sutil y meticulosa. Ni me acordaba de la última vez que había hecho aquello.

Durante unos instantes yo preguntaba y ella respondía. Cómo besaba el chico, cómo apenas se había atrevido a tocarla. Cómo ella se le había insinuado, diciéndole que era muy guapo, que en la cena se había fijado en él... Me contó que le decía en qué fotos salía más guapo, cómo le decía que tendría a todas las de su edad locas por él... cómo le puso una pierna encima y le miró fijamente... cómo le había dicho que sus ojos la ponían nerviosa. También que cuando el chico fue a pedir las llaves del coche el padre éste le había dicho que se fuera a dormir... Los nervios por ser descubiertos... el susto al ser interrumpidos... María seguía con aquellas caricias mínimas en mi miembro mientras me contaba, en la penumbra, entre susurros, y sus

suspiros eran solapados por aquellos a veces gemidos, y a veces gritos, provenientes de la habitación de al lado.

—Cuando me besó... no me lo podía creer... Era obvio, pero a la vez no lo podía creer... y... —¿Te gustó? —la interrumpí inquieto.

—Sí.

—¿Por qué?

—No sé... fue tan... diferente... Y... estando tú allí... Me sentía mal, pero a la vez me gustaba... y podía saber que a ti también te gustaba.

—¿Y la paja?

—No sé... él no me tocaba... pero yo le sentía... Sentía aquello allí abajo y no pude evitarlo... o me salió así... yo no pensaba... está claro que no pensaba... La chica gritaba rítmicamente mientras María me contaba y no dejábamos de mirarnos, y ella seguía masturbándose lentamente, cogiéndomela con una fuerza mínima, casi más una caricia cadenciosa que una paja. Y la vecina parecía quedarse sin premio pues se escuchó un sonido masculino, gutural, corto, y algo desagradable, y después el silencio. María no dijo nada. Yo tampoco. El silencio se eternizaba. Mi polla lagrimeaba. Mi mano la acariciaba y ella dijo:

—¿Te pones... eso? Me sorprendió un poco que interrumpiera así aquel momento, pero asentí con la cabeza.

Ella detuvo su mano y yo detuve la mía. Busqué la polla de plástico por la cama cuando vimos que el móvil de ella se encendía. Ambos vimos en la pantalla que Álvaro la estaba llamando.

—Madre mía... aun vamos a tener un lío por este chico.

—Bueno, María, es normal... te estará buscando desesperado. Y borracho. —Le dije, fingiendo tranquilidad, mientras cogía aquello que había comprado, pero me daba algo de corte ponérmelo delante de ella.

—¿Quieres que me ponga algo? —preguntó, deshaciéndose de su móvil, y quizás queriendo evitar la incomodidad de no hacer nada mientras yo me ponía aquello.

—¿Cómo qué? —pregunté de forma automática, tenso y sin mirarla, mientras introducía mi miembro, que seguía erecto, dentro de la goma.

—No sé... los zapatos... las medias... algo que te ponga.

Aquello sonaba realmente bien, pero después de lo vivido hacía unos minutos en aquel sofá yo no necesitaba absolutamente nada, y esperaba que ella tampoco.

—Da igual.

Se dio la vuelta. Sobre la cama. Aquello nos intimidaba un poco. Yo más o menos sentía que lo había colocado bien. La sensación era extraña. La química y la naturalidad que teníamos hacía unos minutos se había perdido levemente. Mi novia a cuatro patas, esperaba a que la penetrase con aquello atado a mi cuerpo. Me daba la sensación de que ella había elegido aquella postura porque le daba algo de vergüenza mirarme así.

Miraba hacia abajo y veía aquella polla fingida que me parecía enorme. Más que la que ya teníamos en casa., sobre todo más ancha. También parecía más realista. Me sentía raro, inquieto, pero a la vez al ponérmela algo me había subido por el cuerpo, como un extra de excitación.

Me acerqué. Subí a la cama también. De rodillas, tras ella. La visión de su culo erguido, esperándome... era majestuoso. Me incliné un poco para observar su coño dilatado. Sus labios, hacia afuera, no habían recobrado su sitio habitual desde hacía minutos o incluso horas.

Llevé una de mis manos a sus nalgas y las acaricié. Ella llevó su melena a un lado de su cuello y, nerviosa, se acarició una teta que colgaba enorme de su torso. Mi mano fue a su coño y aluciné con su fragilidad y su humedad...

—Vamos... —suspiró ansiosa.

Me agarré aquello con cuidado, pensé en lubricarlo pero la sentí tan mojada que decidí invadirla así.

La dirigí con cuidado hasta que la punta se colocó en la entrada.

—Mmm... vamos... —volvió a decir María, impaciente y nerviosa.

Me volqué mas sobre ella... hasta que la punta de aquel pollón comenzó a invadirla. Su suspiro fue tan sentido que me heló la sangre... No quise detenerme. Quise seguir... Y me deslicé un poco más dentro de ella... Y me sentí extraño, extraño por no sentir su interior abrazándome, pero poderoso al escucharla suspirar. Lo que le metía era enorme comparado con lo que en esencia tenía yo, y ella agradecía la penetración de aquello tan grande con un suspiro entregadísimo.

—Dios... es enorme... —gimoteó ella, bajando la cabeza y ocultándola entre sus brazos flexionados, pero acogiéndolo con una entereza que casi asustaba. La penetré hasta la mitad y ella sollozaba a cada centímetro que la invadía. Yo, alucinado, no pude evitar decir:

—Cómo te puedes meter este pollón... María...

—Mmmm... métela entera... —dijo convencida.

De nuevo aquella sensación extraña por penetrarla y no sentir su calor, pero a la vez sentir un poder inmenso por producir en ella ese placer y por

invadirla tan brutalmente. Disfrutaba entrando en ella casi tanto como ella disfrutaba de ser invadida, y María, sin levantar su cabeza, pronunciaba un “dooooo” tan largo como la incursión que sufría.

Llegué hasta el final. De una metida. Y María movió su culo, en un circulo perfecto y amplio, para sentirla entera y exclamó un sollozo tan morbosos que sentí mi polla palpar allí dentro.

Me retiré hasta la mitad y se la volví a meter... la agarré por la cadera y ella llevó su larga melena al otro lado de su cuello y por fin se giró para mirarme... y susurró: “dooooo qué gusto...”

—¿Sí...?

—Sí... es enorme...

—¿De quién es...? —pregunté en un susurro. Me sentía poderoso, calmado, pero pletórico...

—Mmmm.... No sé... —dijo llevando su cara hacia adelante.

—¿De quién es esta polla...? —insistí iniciando un mete saca lento y profundo, disfrutando por fin de entrar y salir de su cuerpo en enormes recorridos... Ella no respondía y yo volví a insistir, pero esta vez dispuesto a poner nombres.

—¿Es la polla del crío de abajo?

—Mmm.... No... —respondió entregada, cogiéndole el punto a aquella tremenda polla, acompasando su cadera con la mía.

Yo, también haciéndome a aquello, y sujetándome a veces la cinta que se movía un poco, insistí:

—¿Entonces...? ¿Es la polla de Edu... o la de Álvaro?

—Ufff... qué gusto... dame así... —dijo levantando la cabeza.

—Dime...

—Ummm... es la de Álvaro...

—¿Sí...?

—Sí...

—¿Te follaría ese chico así...?

—Mmmm.... Sí, joder.... Me la mete así... o más fuerte...

—Imagínatelo... cierra los ojos e imagina que te folla él... joder María... le acabas de hacer una paja a un crío y ahora te imaginas que te folla otro... —le susurraba volcándome un poco hacia adelante...

—Sí... mmm... dios... qué bueno... —gemía ella y yo aceleraba un poco el ritmo.

Al incrementar la velocidad nuestros cuerpos comenzaron a hacer ruido al

chocar el uno con el otro.

Mis huevos se movían adelante y atrás con el ritmo de la embestidas y ella comenzó a llamarme “Álvaro”. Me pedía que le diese caña, que la destrozase. Me imploraba constantemente que la penetrase con más fuerza y más profundamente, siempre llamándome por aquel nombre.

A veces enterraba su cara en la cama, entres su brazos, y a veces levantaba la cabeza, y orgullosa, recibía mis embestidas. Yo disfrutaba pletórico de penetrarla hasta el fondo, me sentía con poder, con poder de satisfacerla, me salía casi completamente de su cuerpo o llegaba incluso a salirme por completo, mirando perplejo la tremenda oquedad que dejaba en su coño al abandonarla. Sus labios enormes apartados, tiernos, expuestos... me pedían a gritos que volviera a invadir aquello y yo obedecía a aquella súplica, llenándola, dándole así un placer inmenso.

En un momento dado, mientras ella gemía sin parar, alcancé el pantalón del pijama de María que estaba sobre la cama y volví a oler aquel semen que había eyaculado el chico sobre la tela. Me deleité inhalando mientras la embestía y ella se retorció del gusto. Acabé después por lanzar el pantalón que aterrizó delante de ella. María volteó su cara, hacia mi, sorprendida, y yo le susurré en el oído, inclinándome sobre ella: “En el fondo te ha puesto cachonda como te ha manchado”. Su respuesta fueron más de aquellos “ahhh... mmmm...” que no paraba de gritar desvergonzada.

“Huélelo...” le pedí que hiciera mientras la penetraba con más fuerza y con una mano le tiraba del pelo... María se llevó aquel pantalón de seda empapado de semen a la cara y comenzó a ahogar allí sus gritos de placer... La follaba tan fuerte que poco a poco habíamos avanzado hasta el cabecero de la cama... allí, contra aquella madera oscura, María gemía en aquel pijama; gemidos que los vecinos tendrían que estar sintiendo dentro de su habitación... y aluciné, pues comenzó a mover su cadera y a acompasarla más con la mía, y comenzó a enterrar un orgasmo con su cara oliendo del semen de aquel chico, yo sentía que se corría pues sus gemidos y el temblor de sus piernas lo anunciaban, mientras le decía:

—Álvaro te folla... Álvaro te folla mientras hueles el semen de otro crío...

—¡¡Ahh... sí...!! ¡¡dios... me folla así...!!

—¡Córrete... córrete así...! ¡¡como una guarra...!! Y ella estalló en un orgasmo tremendo y gritó:

—¡¡Mmmm!! ¡¡Aaaahh...!! ¡¡Me corro!! ¡Dios! ¡¡Álvaro...!! ¡¡Me corroo!

¡¡Ahhhhmmmm!!— De una manera tan impactante que me puso todo el vello de punta.

Allí, a cuatro patas, con su pijama aun en su mano y en su cara, ensartada, se recuperaba de su orgasmo en silencio. No se dejó caer como cuando yo la penetraba con mi miembro, pues, empalada, apenas se podía mover. Fui yo quien me fui saliendo poco a poco... mientras ella resoplaba al sentir el abandono, y yo miraba aquella polla que salía empapada de un liquido blancuzco... dejando una oquedad brutal tras de si... y unos labios que no tenían intención de volver a cubrirlo.

Se recompuso con más entereza y prontitud de lo que yo habría esperado tras aquel colosal orgasmo. Quiso subirse sobre mí. Se dio la vuelta, y, de espaldas y de cuclillas, se montó sobre aquella polla enorme. Pronto subía y bajaba, lo hacía hasta casi salirse por completo, botaba con elegancia sobre mí, a la vez que se agarraba las tetas para que estas no le rebotasen demasiado sobre el torso por el movimiento. Lo hacía con elegancia, con sobriedad, pero a la vez desprendía lascivia... con esa finura y estilo en sus movimientos, pero a la vez esa extravagancia, casi vergonzante, de tener que retener... que domar, sus prominentes pechos al botar así sobre mí. Yo alucinaba de como se salía y volvía entrar; yo agarraba aquel objeto por la base para mantenerlo hacia arriba y ella lo abandonaba y lo volvía a envolver con un coño que parecía no tener suficiente con nada.

El reflejo de la poca luz que entraba por la ventana me permitía vislumbrar como aquella goma se impregnaba aun más, y otra vez, de aquel líquido espeso que vertía María sobre aquel objeto color carne. Su melena caía larga y tupida sobre su espalda sudada... Ella erguía la cabeza, echándola hacia atrás, gimiendo orgullosa... y no necesitó pedirme uno de aquellos “dame...” si no que yo mismo le azoté en el culo... primero sutilmente... y después más fuerte, haciendo que sus gemidos se tornasen en gritos y se solapasen con aquellas palmadas en sus nalgas sudadas... Me sentía poderoso, y legitimado para azotarla... pues con aquella polla le proporcionaba un placer que me autorizaba a castigarla con aquellos golpes... Tras hacer eso durante uno instantes decidí usar la mano para agarrar aquella nalga y apartarla...separándola, buscando así que su coño se abriera aun más... Mientras miraba obnubilado aquella impactante imagen, esboqué un “¿Te follas a Álvaro así, eh? ¿Te lo follas así?” y, casualidad o no, justo tras aquellas dos frases, ella comenzaba un segundo orgasmo, gritado otra vez desvergonzado, y, otra vez sin necesidad de estimularse el clítoris

con la mano para correrse... y de nuevo, tras su clímax, no pudo apartarse sin más, si no que tuve que salirme con cuidado de ella... dejando otra vez aquella brutal cavidad abandonada.

Nos quedamos en silencio unos minutos. Tumbados, ella boca abajo y yo boca arriba.

Decidí quitarme aquello, porque después de sentirme poderoso, quise sentir, sentir yo, que sintiera mi miembro. Para hacerlo me puse de pie sobre la cama, y mientras me desajustaba la cinta María me sorprendió nuevamente, incorporándose lentamente, hasta acabar poniéndose de rodillas ante mí. Me ayudó en mi tarea y mi miembro salió empapado y enrojecido... Ella no lo tocó. No lo agarró. Me miró desde abajo... abrió la boca... mirándome... sacó la lengua... y lo lamió entero.

Llevó su boca a mis huevos y tiró de ellos hacia abajo, con sus labios... con su boca y hasta con sus dientes... y después llevó sus manos a su espalda, adoptando una posición extraña y sorprendentemente sumisa, y lamió el glande. Miró hacia arriba y se introdujo todo mi miembro en su boca, hasta el fondo, y sacó su lengua para lamirme los huevos mientras lo hacía. En una imagen impactante... con las manos en su espalda, su mirada ida de morbo, con mi polla entera en su boca y haciendo mínimos movimientos con su lengua... hasta alcanzarme así los huevos... Creía que me corría en aquel preciso momento, cuando ella se salió rápidamente, haciendo un sonido gutural, por el esfuerzo de meterla entera en la boca, dejando un reguero de saliva y preseminal espeso, largo, enorme, que hizo de puente entre su boca y mi polla hasta que finalmente cayó por su propio peso, aterrizando ese líquido semi transparente sobre sus tetas.

Quise sentirla, quise disfrutar otra vez de su coño abierto, dilatado hasta el extremo. Quise morirme del morbo penetrándola, yo sobre ella, en misionero, y apenas no sentir nada porque una polla más del doble de grande que la mía la había invadido antes. Comencé un mete saca que en seguida se tornó en inusualmente rápido, casi estruendoso por la velocidad, y yo apenas notaba nada y sabía que ella tampoco. Llevó sus manos a mi culo para hacerse a mi ritmo frenético y entre beso y beso comenzó a gemirme: “córrete dentro... córrete dentro...” Mi polla nadaba en la inmensidad de aquel coño que se había dilatado por escribirse con un crío, que se había abierto más al dejarse besar y al pajear a otro crío, que se había hecho enorme al ser penetrada por una polla de plástico mientras imaginaba que era Álvaro quién la follaba... y mi miembro comenzó a convulsionar y a derramarse allí

dentro, haciendo que María ronronease al notarlo, provocándome... y yo resoplaba y bufaba en su oreja y en su cuello, vaciándome... teniendo un orgasmo sentido y placentero... larguísimo... notando cada chorro profundizando en su interior.

Me quedé exhausto sobre ella, dentro de ella, que acariciaba mis nalgas y mi espalda. Y sentí una felicidad plena, una felicidad total, una conexión absoluta, que no sentía desde la noche con Edu, desde que lo había hecho con ella una vez Edu se había ido.

Allí encontraba la paz, dentro de María. Dentro y recién vaciado tras haber sido ella invadida por un amante superior, por una polla mejor. Durante aquellos instantes nuestra unión y nuestra conexión era tan intensa que yo sabía que todo valía la pena por llegar a aquella sensación.

CAPÍTULO 21

Aquella paz se prolongó durante toda la noche. Noche en la cual dormí con una profundidad absoluta. Como si mi subconsciente le susurrara a todos mis músculos, a todo mi cuerpo, desde la cabeza a los dedos de los pies, que no sólo no teníamos ningún problema, si no que aquello era mejor, mejor que nunca, que aquello nos vinculaba; llegando a crear una unión tal, que no hubiera pensado nunca que pudiera existir.

Me despertó la tenue luz del sol de una mañana fresca de diciembre. Sin despertador. Sin sonidos artificiales. Roté sobre mí mismo hasta que mi rostro se encontró cerca de la nuca de María. La abracé, olí su pelo e inhalé un aroma que me hacía sentir en casa aunque estuviéramos de viaje.

Una vez ella también se despertó tardamos bastante en salir de la cama. Finalmente no nos quedó otro remedio, y María acabó por mirar su móvil y, tras decirme que tenía cuatro llamadas perdidas de Álvaro, y que también le había escrito, me lo dio a leer y se levantó en dirección al baño.

Leí, y comprobé que una de aquellas frases que aparecían en la pantalla sonaba bastante airada, o al menos eso me pareció, pero no me sobresaltó, ni rompió mi paz. La frase, que venía a continuación de varios “¿dónde estas?”, decía: “Espero que no me la hayas jugado”.

Esperé a que María volviera del baño para preguntarle:

—¿Qué te parece? Comenzó a recoger su ropa y, tras unos segundos, respondió seca:

—No me parece nada. Que se relaje. Eso sí.

Tras ducharnos, recoger y hacer las maletas, noté que María se hacía la remolona para bajar a desayunar hasta extremos que empezaban a ser sospechosos. Finalmente fue ella misma la que acabó por confesar que no quería encontrarse con el chico... ni con él desayunando con su familia... Miré el reloj, era bastante tarde. Hacía tiempo que había escuchado movimiento en la planta baja.

Dudé en plantear de forma distendida que podría tener gracia o incluso

ser morboso verlo asustadizo, desayunando con su familia, disimulando, pero en seguida descarté la idea y le acabé diciendo que me adelantaría para ver como estaba la cosa por abajo.

Salí al pasillo y me encaminé a la escalera de caracol. Todo parecía tan diferente... Bajé las escaleras, el ruido que hacían parecía distinto, hasta el sofá parecía más pequeño... Descubrí que por la noche todo parecía haber tenido una atmósfera rojiza, que ahora había desaparecido. Una vez abajo no tuve que hacerme el encontradizo con el chico, pues en seguida avisté al padre, la madre, la hermana y al chico, que arrastraba una maleta hacia el vestíbulo. Llegamos a cruzar la mirada un segundo. Era cierto que era bastante niño, quizás hasta lo parecía más al estar con sus padres y su hermana, y sí que podría decirse que era notablemente guapo. Y pensé que él creería que todo se lo debía a ella, a María, pero en realidad me lo debía a mí. Aquella experiencia la contaría durante años a sus amigos y nunca sabría que había sido todo gracias a mí.

Fui al comedor y le escribí a María que podía bajar. Desde allí se podía ver el todoterreno al que subían las maletas. Todoterreno que, por un lado me parecía que había estado cerca de haber sido testigo de algo tremendo... pero por otro, algo en mí me decía que no, que en el fondo allí no habría pasado más que lo que había sucedido en el sofá. Y es que siempre me había parecido que María improvisaba, pero comenzaba a nacer la idea en mi cabeza de que ella quizás lo controlaba, que sabía siempre hasta donde iba a llegar.

Tras dejar la casa paramos en algunos pueblos más de la zona antes de emprender el camino de vuelta, y no hablamos de nada de lo sucedido la noche anterior. Ni de las proposiciones subidas de tono escritas por Álvaro, ni de la paja al chico en el sofá, ni del alucinante polvazo con aquella polla enorme... Era como si fuéramos personas diferentes. Pensé que ninguna persona a la que le dejábamos el móvil, o la cámara, para que nos sacara una foto, podría imaginar de nosotros la existencia de esa especie de... doble vida. Y fue la primera vez que mi mente esbozó, para nosotros, esas dos palabras.

Tampoco al llegar a casa hablamos de aquello. Y llegó el lunes y yo decidí que esperaría a que fuera ella la que sacara el tema, e incluso esperaría a que fuera ella la que demandara volver a tener sexo.

Sabía que sin aquel juego, si no iba yo, ella no iría a mí, pero después de aquel fin de semana increíble, con todo lo que había pasado, tenía el pálpito

de que ella lo buscaría.

Durante los siguientes días solo salió el tema de lo sucedido durante el fin de semana para preguntarle si Álvaro le había vuelto a escribir, y María me decía que no. Y así, sin noticias del chico y sin que María demostrara querer tener sexo, pasó el lunes, y el martes, y el miércoles... Y yo comencé a temer que tuviera que ser yo el que tuviera que claudicar, con el paso atrás que ello supondría. El jueves por la tarde, en el trabajo, comenzaba a estar dispuesto a proponer yo lo que ella no proponía, cuando ella me escribió.

Fue directa. Todo lo directa que María podía ser en ese tema:

—Podrías... ser Álvaro esta noche.

Disfruté de esa frase un rato. Dejé que supiera que lo había leído. Y hasta llegué a tener una pequeña erección solo por leerlo. Mi deleite no era por tener sexo esa noche, ni por el tipo de sexo que sería teniendo en cuenta esa especie de juego de rol, si no porque la puerta no solo no se cerraba si no que era ella, con aquella proposición, la que confesaba que la quería abierta.

Quise jugar un poco más:

—¿Y eso?

—Bueno... ya sabes...

—¿Y si yo soy Álvaro tú quién eres? —pregunté.

—¿Yo? Pues María, ¿no?

—María... ¿solo?

—Pues sí.

—¿No serías más bien... María la caliente pollas...? Ante eso, y tras unos instantes, acabó simplemente respondiendo con tres puntos suspensivos. Yo no dije nada. Hasta que ella continuó escribiendo:

—¿Me vas a llamar así?

—¿Quieres?

—... No estaría mal... Tuve que volver al trabajo. Me jodía infinito que aquella conversación no pudiera fluir. Le escribía cuando podía:

—¿Entonces no vas a las cervezas hoy? —pregunté, siempre un poco con Edu en la cabeza.

—No, no me apetece.

Me sorprendía que todo lo referente a Edu hubiera desaparecido tan súbitamente. Que fuera sustituido para fantasear por aquel chico, justo cuando parecía claro que, tras lo vivido, teníamos más material para fantasear con Edu, y, además, si era cierto que dejaba el despacho podría ser todo más sencillo, menos traumático.

Pronto vi claro que no me iba a ser sencillo salir temprano del trabajo, ni siquiera a la hora de siempre. Tenía que acabar algo y me podrían dar las nueve de la noche o incluso las diez fácilmente.

Se lo hice saber a María.

—Bueno, no pasa nada. —respondió.

—Podrías ir calentado...

—¿Ah sí? ¿Cómo?

—Pues... podrías releer lo que te había escrito él.

—Ya... puede ser.

—O, mejor, podrías escribirle.

—¿Esta noche?

—Sí, mientras no llego.

—Mmm... no sé... No quiero despertar a la bestia...—escribió graciosa.

—Venga, escríbele, tantéale un poco.

—No sé, ya veremos. Venga dale. Así sales antes. —respondió.

Me tuve que poner al trabajo con unas ganas tremendas de acabar. Me costaba concentrarme.

Constantemente se me cruzaban imágenes de lo que podría pasar con María esa noche.

Pasadas las ocho y media leí en mi móvil:

—Me estoy escribiendo con él.

—¿Sí? ¿En que plan? —pregunté ansioso y de golpe alterado.

—Pues... este en seguida se viene arriba... Se me subió algo por el cuerpo. Me excitaba muchísimo que se escribiera, así, con él. María volvió a escribir:

—Mejor te espero para seguir escribiéndole.

—No, no, síguele el rollo.

—¿Yo sola? Es que no sé qué decirle.

—Bueno, inténtalo, venga.

—No sé...

—Venga... ponte una copa de vino, o dos... y ya verás.

—Jaja... el vino es buena idea... lo otro no sé. Creo que es mejor escribirle juntos.

—Vamos, María, no me necesitas para eso.

Sentía un extraño morbo por el hecho de que María pudiera volar libre en aquellos escarceos. Igual que durante el pasado verano, cuando Edu parecía haberle dicho qué bikinis ponerse... por algún motivo yo no quería saberlo

todo. Seguramente si ella se escribía ahora con Álvaro yo acabaría queriendo leer lo que se habían escrito, pero por mera excitación, y quizás ni leyera todo; no quería, me excitaba no saberlo todo.

Acabé por convencerla de que no me esperara para escribirse cosas subidas de tono con él. Entendía que a ella le diera corte, pero no dudaba de su capacidad, pues cuando se iba a la casa de sus padres, muchas veces, nos escribíamos de todo. Le costaba más que a mí, pero se acababa soltando.

Estuve tentado de preguntarle cómo iba con él como unas trescientas cincuenta veces hasta que conseguí salir de la oficina, pero me contuve. Solo le escribí para decir que salía y que en seguida estaría en casa. Incluso en ese momento no le pregunté nada.

Cuando llegué me sorprendió verla en el salón. No sé por qué me había imaginado que estaría en el dormitorio. Ni siquiera se había cambiado. Seguía con la ropa del trabajo, solo se había quitado la chaqueta pero mantenía la falda gris y la camisa azul marino. Vi dos cosas que en seguida me descubrieron que aquello iba a ser ya e iba en serio: primero la cara acalorada de María, su pelo alborotado, y, segundo, que en el sofá yacía aquella polla de plástico, con aquella cinta negra, el arnés que yo debía ponerme para ser Álvaro. También supe en seguida que María había hecho su liturgia de cuando volvía del despacho, aquello de quitarse el sujetador para estar más cómoda y volver a ponerse la camisa. Uno no tardaba ni medio segundo al verla en saber que aquellas tetas bailaban libres bajo la seda de la camisa. Lo que para nada era normal era que mantuviera los zapatos de tacón puestos.

Apenas hablamos antes de besarnos en el medio del salón. Sus besos eran húmedos, pero tranquilos, largos... su lengua se movía con lentitud, pero con precisión. Le susurré:

—No te has quitado los zapatos... llevas una hora taconeando por ahí... Ella no respondió, y pegó más su cuerpo al mío. Yo proseguí, retrasando todavía lo bueno, lo de Álvaro, queriendo jugar con un tema previo:

—Tendrás contentos a los vecinos de abajo... Siguió sin responder y nos besamos de nuevo... Pasé una mano por su cuello para besarnos con más ansia y con la otra acaricié una de sus tetas sobre la tela. Ella acabó respondiendo casi en un gemido en mi oído:

—Más contentos se van a poner ahora... —¿Sí?

—Sí... Vamos... ponte eso —me ordenó ansiosa.

CAPÍTULO 22

Tras decírmelo, mi camisa y mi jersey volaron, en un solo bloque, y quise disfrutar de sus labios, de su cuello... de su cuerpo... antes de obedecer.

—Qué os habréis escrito para que tengas esa cara... —le susurré.

—¿Qué cara...? Yo no le he escrito nada... —dijo dándome pequeños besos en la mejilla.

—Seguro...

—Sí... si lo escribe todo él, además.

Hablábamos en suspiros. Sus manos en mi pecho desnudo. En mi vientre. Iban a mi nuca para besarnos con más ganas. Mis manos a su culo, sobre su falda. A sus tetas, sobre su camisa. A su melena, para enredar allí mi mano y atraer sus labios a los míos.

Tras un beso especialmente guarro, en el que mi lengua peleó con la suya dentro de su boca, alucinando con la humedad y la firmeza de su lengua, le apreté con un poco de fuerza una de sus tetas y su respuesta fue protestar en un gemido y empujarme, jugando, haciéndome recular. A ese medio metro de distancia vi su cara acalorada, sus mejillas ardientes, sus pezones marcando la camisa... Le iba a decir lo que me ponía verla así, pero ella fue más rápida, y, dando un paso hacia mi y llevando sus manos a mi cinturón, insistió, mitad burlona, mitad autoritaria:

—¿Te lo pones tú o te lo pongo yo...? Mis pantalones desaparecieron y, tras un botón de su camisa desabrochado y dos besos tórridos, aterrizamos en el sofá. Solo yo perdía prendas de ropa, ella, por no perder no perdía ni ropa, ni elegancia ni autoridad, pues me acabó señalando su móvil que estaba en el sofá y me dijo:

—Venga. Lee. Lo estás deseando.

Sentado. Completamente desnudo. Cogí su móvil mientras ella reptaba, hacia abajo, dándome besos en el abdomen... dejando pequeños soplidos que me erizaban la piel.

Mientras descendía y me besaba miraba hacia arriba. Me veía hurgar en

su teléfono hasta que, finalmente, me pidió que se lo diera, para encontrar ella con más facilidad lo que debía leer. Se puso de pie entonces y su dedo pulgar se deslizaba por la pantalla buscando donde yo debía empezar. Al haberse puesto en pie, después de haberse deslizado sobre mi cuerpo, su falda se había recogido un poco, y pude ver el encaje de sus medias oscuras, a la altura de la mitad de sus muslos. La imagen era tremenda: María, con el pelo alborotado, su camisa con un botón abierto de más, enseñando un canalillo que descubría casi la mitad de sus tetas, con sus pezones imperturbablemente duros atravesando la seda, en tacones y medias... descubiertas por aquella falda algo retirada... Impactado, miré después como mi polla descansaba hacia un lado, palpitando, y comenzando a gotear...

—No te conocía yo esas medias... —le dije.

—Ya... las compré ayer al salir del despacho —respondió sin mirarme, aun rebuscando en la conversación.

—Pues... ¿no son un poco de guarra? —quise provocarla.

—¿Sí? ¿Tú crees? —respondió inalterable. Con una mezcla de desgana y altanería.

—Yo creo que bastante ¿no?

—Puede ser... —respondió, creo que sin ser consciente del peso de sus palabras en un “yo” que por fuera mantenía la compostura, pero que por dentro estaba agonizando.

Se hizo un silencio que yo aproveché para sentarme mejor. No tan hundido en el sofá. Y ella acabó por darme su móvil. Se arrodilló entre mis piernas, echó toda su melena a un lado de su cuello y me besó en uno de mis muslos, con cuidado. Alargó sus brazos hacia adelante y posó sus manos en mi pecho mientras jugaba con el interior de mis muslos.

Mi vista fue a su teléfono y ya de una primera pasada descubrí que no mentía cuando decía que el chico escribía casi todo. María se limitaba a escribir “¿Y eso?” “¿Y qué más?” “Sigue” y frases similares, que precedían a auténticas declaraciones de intenciones descritas minuciosamente, en contundentes párrafos.

Mientras yo aun intentaba ubicarme y rebuscar en lo que más me excitaba de lo que leía, María me sorprendió, envolviendo mi miembro con su lengua... Miré hacia abajo y ella se apartaba el pelo con una mano, mantenía la otra en mi pecho y lamía la punta de mi miembro con delicadeza, dándole golpes pequeños, levantándola, lamiéndola... Y no quiso torturarme mucho más, pues acabó por dejar de jugar... y decidió metérsela en la boca.

Entera. Sin avisar. Y yo sentí un calor inmenso. Resoplé... Tuve que cerrar los ojos... Y sentí que mi polla crecía en su boca, que cada palpitación de mi cuerpo, de mi miembro, era un centímetro más en su interior.

Los entresijos de nuestras mentes eran inescrutables. María, que parecía no hacer caso a mi polla o incluso despreciarla, ahora se deleitaba con ella gracias a haberse excitado con otro chico. Y yo, que tenía la autoestima por los suelos y me avergonzaba de mi miembro exiguo, al saber que pronto tendría la ayuda de aquella polla de goma, y podría satisfacerla, no sentía ni rastro de la inseguridad que me había bloqueado durante semanas.

María abandonó mi miembro y dejó que un hilo de saliva comunicase, a prácticamente una cuarta de distancia, su boca entre abierta con la punta de mi polla. Me miró y rompió aquel hilillo de saliva con una mano, mirándome, en un alarde exagerado, provocado y provocador.

—¿Qué... te parece... ? —susurró.

—¿Lo que me acabas de hacer o lo que te escribe?

—Lo que me escribe...

—Pues... qué me va a parecer... que se muere por follarte... Mi novia decidió bajar un poco el pistón. Volviendo a besar con delicadeza el interior de mis muslos. Con mucho cuidado y lentitud, mientras yo leía como el chico le decía que se había masturbado pensando en ella... y ella le decía que era un guarro... él le preguntaba si quería saber en qué pensaba al hacerlo y ella respondía un “cómo quieras” que, en el fondo, entrañaba una petición expresa.

Álvaro le escribía que se imaginaba que la noche que se habían conocido iban a los baños del pub y ella allí se la chupaba... y que después iban a casa de él y él allí le comía el coño. Tras aquella afirmación tajante, el chico le preguntaba cómo tenía el coño, si se lo afeitaba, y María le decía: “No te pienso responder a eso”, y el chico le decía que no tardaría ni tres minutos en correrse mientras él se lo comía. María dudaba de sus capacidades y se lo hacía saber, picándole, incitándole... Y Álvaro acababa por anunciar que, tras aquello, lo que le haría, con lo que fantaseaba para masturbarse, era darle por el culo. “Después de comerte el coño te daría por el culo”. Afirmaba el chico, de forma contundente, y de mi polla brotó una gota al leerlo... María no respondió a aquella brutal propuesta, que teniendo en cuenta el tamaño de su miembro, más bien podría ser una amenaza. El chico le decía que estaba obsesionado con su culo, con el pantalón blanco que había llevado aquella noche... Llegaba a describirlo, diciendo que no era redondo y saliente, si no

que sus nalgas bajaban con forma como de corazón invertido. María se extrañaba por esa expresión y lo mismo hacía yo. Y mi novia le decía que pensaba, pues no había dejado de mirárselas, que le gustaban más sus tetas, a lo que Álvaro le respondía que pensaba que no le había pillado.

Simultáneamente a que María abandonara mis muslos y se pusiera de pie yo esboqué un:

—Joder... María...

—Qué...

—Que... qué fuerte lo de que te daría por el culo.

—Ya... —respondió ella mientras, de pie, frente a mí, llevaba sus manos a sus caderas, bajo su falda, y comenzaron a descender de allí unas bragas negras. Las sacó por una pierna, después por la otra... y las dejó caer a mi lado.

—¿Te has tocado mientras lo leías...? —pregunté.

—No...

—¿Seguro?

—Mientras leía eso no. —dijo sentándose sobre mí, quedando mi miembro a centímetros de su entrepierna y yo pensé que quizás me montaría, dejando lo de la polla de goma para después.

Con su falda subida hasta la altura de su vientre llevó una de sus manos a mi miembro y lo sujetó con firmeza, cubriéndola entera. Yo bajé un poco en la conversación hasta que leí un párrafo en el que el chico describía como le daría por el culo. Como entraría y saldría su polla de su culo: “Te pondría como a una perra en mi cama y te daría por el culo a lo bestia, mis compañeros de piso iban a alucinar con la guarra que me estaría follando”. Le preguntaba a María si le ponía cachonda que la llamase guarra y ella, en la primera señal clara de excitación mutua, respondía con un “sí” que servía para encenderle más, y que no entrañaba falsedad alguna.

—¿Te tocaste cuando te escribí esto? —le pregunté enseñándole el móvil.

María, sin soltar mi miembro, que sobaba con cuidado, miró la pantalla, y bajó un poco con el dedo sobre ella.

—Aquí —me dijo. Y llevó sus dos manos a mi miembro y a mis huevos, acariciando todo con casi desesperante suavidad.

Y yo leí un párrafo en el que el chico le decía que, tras darle por el culo en su dormitorio, se la follaría en el salón, para que todos sus compañeros de piso supieran la pedazo de guarra que se estaba follando. Que sus tres

compañeros de piso la llamarían guarra y puta mientras él se la follaba en todas las posturas posibles... que se la follaría indistintamente por el coño y por el culo, y que finalmente se acabaría corriendo en sus tetas, que su culo era para follárselo y que sus tetas eran para correrse en ellas. “Joder, me correría en esas perolas enormes que tienes delante de todos, ¿Te imaginas?”. Le había escrito de forma soez y con aquella palabra “perolas” que a mí me sonaba tan extraña como vulgar.

El chico le escribía, afirmando que seguro que ella se estaba masturbando al leerle, y le acababa pidiendo una foto. “Ya que te pajeas con lo que te escribo y el sábado me has dejado tirado, por lo menos mándame una foto de tu coño, quiero ver cómo lo tienes”. Yo me sorprendía de sus formas.

Todo sin que apenas María le incitase. Ella respondía a su petición con un escueto “No”. Seguí leyendo... y María me quitó el móvil.

—Venga. Ya está. Ponte eso.

Por un momento, una vez se había subido encima de mí, había pensado que quizás decidiera follarme sin más. Montarme, sin necesidad del arnés, pero me dejaba claro que no.

Cogí aquello y nos pusimos de pie. No tardé en ponérmelo ni la mitad de tiempo que la primera vez.

Y no me dio vergüenza. Encajé sin problemas mi miembro dentro de aquel hueco y ajusté la cinta negra a mi cintura. María me dijo que me sentara otra vez. Lo hice y sujeté aquel cilindro por la base, y me pareció enorme, más incluso que la primera vez, y mucho más que el otro miembro que ya teníamos desde hacía tiempo. Y hasta dudé en decirle a María si no necesitaríamos algún tipo de lubricante... pues me parecía imposible que pudiera introducirse aquello sin más. Pero ella se dio la vuelta, de pie, me dio la espalda, flexionó las piernas y, mientras con una mano recogía su falda, con la otra alcanzaba la polla, dispuesta a sentarse sobre ella. Llevé mis manos a sus nalgas, para ayudarla a montarla... la mano que estaba en su falda, fue a su coño... para separar sus labios... y pronto comenzó a hacer bajar su cuerpo... para aterrizar allí... para empalarse sobre mí... Lo hacía en silencio. Yo quería ver su coño abrirse, separarse, para asumir aquello, pero no conseguía ver bien.

Soltó un “uufff...” de impresión, y de gusto, al notar como aquella polla se abría paso en su interior... Fue descendiendo... hasta la mitad, y entonces su mano abandonó aquella polla y sus dos manos fueron a su falda. Veía ahora sí con nitidez como se iba enterrando aquello en su interior, como su

coño engullía aquella monstruosidad y ella esbozaba unos sonidos guturales, de placer puro, como ella echaba la cabeza hacia atrás, cerraba los ojos, toda su melena caía por su espalda... Hasta que acabó por empalarse por completo... hasta el fondo... soltando un “¡Mmmm...! ¡¡ohh!! tan puro y tan morboso que mi polla, presa en aquel interior, rebotó sola y desesperada. No contenta con eso completó el movimiento dibujando un círculo con su cadera. Completo. Acompañándolo de otro “¡Mmmm!” tremendo. Se recreaba en aquella penetración completa. Parecía que ya solo le servía en su interior una brutalidad así de excesiva. Aquello era todo para ella, se retorció del gusto y cerraba los ojos como si en el fondo supiera que se lo merecía. Y aun se quiso dar más gusto y demostrarse a sí misma que ella podía con aquello y con más, levantándose de nuevo, hasta casi salirse por completo... vertiendo un reguero transparente que a mi me dejaba boquiabierto... reguero que ella desconocía y que a mi me mataba, antes de volver a enterrarse con una decisión y un regocijo impactante.

Totalmente incrustada, empalada en aquella polla enorme, decidió quedarse quieta un instante, tras el cual llevó sus manos hacia adelante. Yo no la veía, pero se desabrochaba los botones de la camisa. Tras hacerlo se la abrió, y se remangó un poco las mangas. Finalmente llevó sus manos a sus pechos, para contenerlos en lo que ella ya sabía que se venía, y es que comenzó a subir y bajar, al principio lentamente, creando una imagen que entrañaba una mezcla extraña, entre la zafiedad de aquel aparato y la elegancia de su camisa de seda abierta, su falda y sus tacones. Era una mezcla entre finura y ordinariez. Sus movimientos y sus gemidos eran todo refinamiento... pero lo que su coño soltaba era puro sexo, sexo sucio y desinhibido.

Se follaba aquella polla enorme, subiendo y bajando, resoplando y agarrando sus tetas con ternura, con delicadeza, como si se sintiera más mujer, más hembra, por contener sus tetas mientras montaba aquello. Se follaba aquella polla olvidándose de mí, y yo me excitaba con la vista, pero quería más sentidos. Alcancé sus bragas y, buscando el punto más húmedo, las llevé a mi nariz. Inhalé aquel aroma denso, brutal, a hembra, que demostraba que se había excitado tremendamente al leer lo que Álvaro le había escrito... La suavidad de sus bragas eran tacto maravilloso en mi cara, y el olor de su coño allí posado era un deleite para mi olfato. Sus suspiros y gemidos envolvían todo el salón... y yo quise que volviera a mí, preguntándole por Álvaro...

—¿Te ha puesto cachonda... ? ¿A qué sí...? María se echó un poco hacia adelante. Sin responderme. Y cambió el sube baja para moverse adelante y atrás.

—Tus bragas apestan María... ¿Te puso cachonda...?

—Mmm... joder... joder, sí...

—Te quiere follar... ¿a que sí...?

—Mmmm.... Sí.... Joder... ¡me quiere follar...! —resoplaba... bufaba al aire cada vez más cerca de su orgasmo.

—Te quiere follar delante de todos...

—¡Mmm...! ¡Joder...!

—¿Te dejarías... ? ¿Eh? —dije acompañando la pregunta con un azote en su culo.

—¡¡Auuu...!! ¡¡Mmm...!! ¡¡joder...!! ¡¡sí...!!

—¿Sí? ¡Dímelo! —insistí dándole de nuevo en el culo.

—¡¡Auuu...!! ¡¡síiii!! ¡¡Jo-der...!! Ahh... que me vean todos.... mientras me folla...

—¡Es un cabrón, eh! Te... insulta... pero a ti te pone...

—¡¡Mmmm...!! ¡¡Ahhh... Ahhh!! —gemía ella cada vez más y más entregada.

—Joder... te llama guarra... te llama puta... y le dices que te gusta.

—¡¡Mmmmm...!! ¡¡Sí! ¡¡Sí!!... ¡¡Dios...!! ¡¡Me corro...!! ¡Me corro ya...!

—¿¿Yaaa??

—¡¡Sí... Jodeer...!! ¡¡Álvaroo!! ¡¡Me corro!! ¡¡Así, Álvaro, Jodeer!! — exclamó en un grito que me puso la piel de gallina.

—Córrete, Joder... Córrete... Calienta pollas... Que es lo que eres... — grité mientras le apretaba las nalgas con fuerza y se las azotaba.

—¡¡ Mmmm!! ¡¡Ahhhh!! ¡¡Ahhh! ¡¡Jodeer!! ¡¡Me corrooo!!

—¡Córrete... Joder...! ¡¡Que vean todos cómo te corres!! María se retorció, se mataba, en un interminable orgasmo. Moviéndose frenéticamente adelante y atrás... totalmente ida... gritando que se corría... llamándome Álvaro... seguía moviéndose y gritando y yo le azotaba en el culo, siempre sin dejar de sentir sus bragas en mi nariz, siempre sin dejar de oler aquel aroma que me recordaba que era verdad lo cachonda que se había puesto al leer como Álvaro se la follaría delante de todos... De nuevo, como el fin de semana anterior. María se quedaba exhausta, pero apenas se podía mover al estar empalada por aquella enorme polla. Tuve que ayudarla a salirse. Parecía

que tenía las piernas agarrotadas. Acabó por caer de lado, hacia el sofá. Estaba empapada. Sudando tremendamente. Boca arriba, con la falda subida hasta su abdomen, con las medias, los zapatos, las tetas hinchadas, completamente fuera de una camisa abierta y húmeda por el sudor... Pero a mí me daba igual que estuviera exhausta... Me saqué aquello y me dispuse a tumbarme sobre ella.

Mientras me lo quitaba, la miraba, derrotada, derrotada de placer... y miraba su coño, abierto, abiertísimo, enrojecido... Apunté mi miembro y me enterré en ella. Aluciné. No me lo podía creer.

Sentí menos que nunca. Mi miembro nadaba en la inmensidad de un coño encharcado... La penetraba y ella no emitía ningún sonido. Ni siquiera jadeaba. Y era tan humillante que me volvía loco.

Encima de ella, en misionero, la embestía con dureza sobre el sofá y ella apenas abría los ojos.

Acabó por llevar sus manos a mi culo en su primera muestra de sentirme. Su silencio, la amplitud de su coño, todo me hundía a la vez que me excitaba. Su mutismo y su falta de respuesta era tan condescendiente como humillante... Con aquel coño tan abierto... tan capaz... La hacía a ella tan hembra y a mí tan poco hombre... que me ponía tanto que, a pesar de no sentir casi rozamiento comencé a descargar en su interior en no más de tres minutos desde que la había penetrado. Me dejé ir dentro de ella y gemí desvergonzado, sin importarme que mis sonidos pudieran sonar ridículos al no ser acompañados en absoluto por ni un suspiro suyo... Me corría en su interior abundantemente, con mi cara enterrada en su cuello... allí jadeaba mis gemidos de placer... mientras ella acogía todo aquello sin inmutarse.

Me quedé mareado. Adormilado. En su interior. Sentía como mi miembro se recogía solo hasta finalmente salirse de ella.

—Cuidado, que va a caer —dijo María, con total entereza, refiriéndose a no manchar el sofá. Se llevó allí una mano y yo fui, aun mareado, a por papel higiénico. Mientras nos limpiábamos resoplábamos y llegamos a conectar con la mirada, y sonreímos, de nuevo con aquella conexión.

Como si fuera un secreto, una trastada, de dos, que los dos controlábamos, que los dos la hacíamos nuestra aunque más gente la conociera.

—Creo que no has visto la foto —dijo tras acabar de limpiarse.

—¿Qué foto? María rebuscó de nuevo en la conversación. Fue hasta casi abajo. Al parecer, después de escribirle Álvaro que sabía que se estaba

masturbando leyéndole le había pedido a ella una foto. Ella se lo había negado. Y él, sin que ella se lo pidiera, le había enviado una. Cuando la foto comenzaba a asomar por la pantalla María retiró el móvil

—¿Seguro que quieres verla?

—Claro.

—¿Ahora? ¿No quieres reservarla para otro momento ya que no la has visto?

—No... no... María... en tacones, medias... la falda en la cintura... la camisa abierta... las tetas hinchadas... las areolas enormes, los pezones salientes... y el coño, que aun estando de pie, se le notaba tremendamente abierto, con los labios abultados y hacia afuera... lucía como una auténtica bomba sexual a la vez que bromeaba dulcemente, y yo no entendía como conseguía ser dos cosas, casi contrarias, a la vez...

—Está bien —dijo enseñándome la foto... en la que aparecía una polla... la polla de Álvaro, bastante grande, reposando en su abdomen. La foto estaba sacada como desde la cara de él, estando él tumbado boca arriba. La polla, apuntaba hacia la cámara y todo lo que la rodeaba era semen... Sí, tenía todo la punta embadurnada y todo su abdomen lleno de liquido blanco y espeso. Debajo de la foto ponía: “Para que veas cómo me pones, ZORRA”.

Me quedé callado. Pero mi cara debía de ser un poema. No había nada más en la conversación.

Eran las once de la noche, y no habíamos cenado. Y, cuando íbamos a hacerlo me imaginé a María en el sofá, antes de que yo llegara, escribiéndose con él... metiendo su mano bajo su falda y sus bragas... tocándose, matándose del gusto... y recibiendo aquella foto y mirándola sin parar... con los tacones anclados en el suelo, con sus tetas enormes, con sus pezones duros por la excitación, y destrozando su coño imaginando que aquel chico se la follaba, fantaseando con que se la follaba delante de sus amigos... corriéndose... tremendamente cachonda al imaginarse aquello... y la asalté... ..y le propuse ponerme otra vez el arnés... y follamos hasta la una de la madrugada aquel jueves, en el que no cenamos, y ella me llamaba Álvaro y yo la llamaba caliente pollas, y yo, por primera vez, metí un dedo en su culo mientras la penetraba a cuatro patas, y ella no protestó, y tuvo su primer orgasmo con mi dedo allí... y no suficiente con eso se corrió otra vez más, demostrándome, recordándome, el potencial sexual desaprovechado que ella contenía... y tras ese segundo orgasmo en el que se corrió de forma impactante, de nuevo me quité el arnés y la penetré frenéticamente, pero ella

apenas notaba mi miembro, que se movía rápida pero infructuosamente en la inmensidad de aquel coño enorme... de mujer en plenitud, que mi polla no se merecía. No fui capaz de correrme al no sentir absolutamente nada por la dilatación tan tremenda... y me acabé corriendo en sus tetas... sabiendo que era con lo que Álvaro se pajeaba. Y, escuchando de María unos “vamos Álvaro... quiero que me manches las tetas...” acabé por explotar en un orgasmo que casi hizo que me desvaneciera antes de acabar de salpicar las tetas de María.

Aquella noche supuso un antes y un después, ya que supimos que nuestras relaciones sexuales nunca volverían a ser... normales, a ser como las de todas las parejas. No era un *plus*. No. Era ya una necesidad. No nos lo dijimos, pero era obvio, era obvio que ambos sabíamos que de allí ya no podríamos salir, que ya era imposible volver a lo convencional.

También parecía claro, claro y mutuo, que la fantasía, otra vez, tarde o temprano, se nos haría insuficiente.

CAPÍTULO 23

Tuve que darle bastantes vueltas para descubrir qué era lo que había cambiado, por qué lo que hacíamos tenía una magnitud diferente a lo vivido meses atrás. Y es que usar aquel aparato a la vez que fantaseábamos con otra persona lo veníamos haciendo un tiempo, otro miembro que sustituía al mío, otro chico. Edu por Álvaro, nuestro primer consolador por aquel arnés. Pero mi sensación era completamente diferente.

Medio dormido, frente a la máquina de café de mi oficina, de aquel viernes de diciembre, sentía, absurdamente, que la gente me miraba. Como cuando uno liga en la universidad y después va a clase y siente que todos le miran, que saben que ha triunfado, cuando en realidad nadie lo sabe, ni le importa. Y me preguntaba, por qué aquella sensación de éxito, casi desconocida, si objetivamente casi nada había cambiado. Es más, quién supiera que a mi novia se la había follado, en mi presencia, un compañero suyo de trabajo, dos meses atrás, y que desde entonces aquello no había vuelto a ocurrir, y ni siquiera habíamos estado cerca de que volviera a ocurrir, pensaría que estábamos dando pasos atrás, o que estábamos estancados, y yo me preguntaba por qué mi sensación era completamente contraria a eso.

Sorbía mínimamente de aquel café amargo, que rozaba lo desagradable, y que seguramente tuviera más placebo que cafeína, cuando desfiló por mi lado, en dirección al pasillo, una chica de mi oficina, de las pocas chicas que había allí. Mis ojos se fueron a sus zapatos de tacón, a sus piernas largas, a su falda, e, irremediablemente mi mente voló a María y a sus medias nuevas. ¿Por qué? Y de sus medias mi mente fue a sus zapatos, zapatos de tacón que ella, después de llevar en casa una hora o más no se había quitado, y se había escrito con Álvaro, y masturbado pensando en él, sin quitárselos, ¿por qué? Y de eso salté al sábado anterior, en la casa rural, cuando María, mientras yo me disponía a ponerme aquel arnés por primera vez, me había preguntado si quería, para follar, que se pusiera unas medias o unos zapatos. De pronto tuve una sospecha, por no decir certeza, de que aquella propuesta, para excitarme,

quizás fuera para excitarse ella. Por qué, si no, iba a imitar ese atuendo en la soledad del salón, estando ella a solas con su móvil, con Álvaro.

Eso podría ser un detalle aislado, pero sumado a lo sucedido en aquel bar, con aquellos hombres admirándola, lo del chico en el sofá... Sospechaba, de nuevo, o volvía a tener casi la certeza, de que María estaba descubriendo, o disfrutando, de su sexualidad, y cuando decía sexualidad me refería también al poder, al abuso, que producía en los hombres. No era tanto provocación como sapiencia, conocimiento. Sabía que los mataba, y comenzaba a disfrutar de ello.

A ese despertar de María había que añadir que, cuando fantaseábamos con Edu, meses atrás, más parecía un favor que me hacía que un disfrute puro de ella. Ahora, sin embargo, mientras fantaseábamos, ella apenas se acordaba de mí. Vivía realmente que era Álvaro quién la follaba. Y su manera de disfrutar de nuestra polla de plástico era la de una mujer que folla por ella y para ella. Y recordé como montaba aquello enorme y se acariciaba las tetas, gustándose, vanagloriándose de su potencia y de su feminidad, disfrutando, con orgullo de su cuerpo y de su sexualidad.

Y sus orgasmos, sin necesidad de estimular su clítoris para alcanzar el clímax. Su excitación, las dimensiones de lo que se introducía o un mayor conocimiento de su cuerpo, le permitían alcanzar el orgasmo, o varios, de una manera hasta entonces desconocida.

Y ya no se avergonzaba, ya no, tras acabar, se intentaba justificar con que había dicho cosas que no sentía. Se follaba aquella polla enorme llamándome Álvaro, y se quedaba dormida plácidamente.

Lo único que podría ser similar, era que ella ya se había escrito con Edu frases subidas de tono, interacciones guarras, como con Álvaro, pero había de aquella una culpa, un “me niego a que me excite” que ahora había desaparecido.

Toda esa suma de cosas me parecía que suponían un avance infinitamente más importante que que hubiera vuelto a follar con Edu y que, tras hacerlo, se arrepintiese y dijera que había sido una locura, que no volvería a pasar jamás. Aquel despertar paulatino de María me excitaba, y me tenía más en vilo, que una infidelidad aislada, con su arrepentimiento posterior.

Sin embargo no todo era control, seguían habiendo cosas que se me escapaban, y es que yo seguía sintiendo que una cosa no me cuadraba, y, ese sentimiento, con tintes, lo sabía, quizás algo paranoicos, se acentuó al día siguiente, sábado.

Aquella mañana habíamos quedado con una pareja, amigos desde hace tiempo, para desayunar.

Aunque, realmente, la invitación de su amiga consistía en un, palabras textuales... *brunch*... Mi momento con María, era espectacular, inmejorable, seguramente el mejor en nuestros... justo en aquel momento, cinco años y medio de relación. Mi novia se fue a la ducha a media mañana y yo acabé entrando con ella, con intención cariñosa, pues era Pablo, no Álvaro, y Pablo ya no follaba con María. Querer que Pablo follase con María allí, sería ponerla en un auténtico compromiso. El caso es que nos enjabonábamos y surgió el tema de Álvaro, que casi con certeza saldría esa noche, que quizás le escribiría... y yo, seguramente porque tenía permanentemente en la cabeza la duda de qué pasaba con Edu, le planteé fantasear con él en lugar de con Álvaro, quizás representar lo sucedido en su habitación el día de la boda. Pues, sin más ni más, se desencadenó una bronca, o más bien, ella se enfadó tremendamente conmigo. Que me olvidara de Edu, que qué coño me pasaba con él, que ya me había dicho que si pasaba algo con él ella misma me lo diría.

Estalló en una retahíla completamente absurda, desproporcionada, y, sobre todo, impropia. Impropia de una María que si algo la caracterizaba era su cordura y su personalidad poco dada a altibajos.

Desde luego ella y enfados sin motivo eran completamente antagónicos.

Afortunadamente no tardamos ni quince minutos en arreglarlo. No hubo falta ni palabras. En el salón, María, en pantalones pitillo y jersey enorme y rojo, de cuello vuelto, cogía su bolso y se recogía el pelo en una cola. Me vio llegar, ya listo para salir, y me miró dulcemente, de reojo, señal suficiente, inequívoca entre nosotros, para que me acercara. La abracé por detrás y cogimos aire a la vez... le besé en la mejilla mientras la aprisionaba. Sentía su olor. Su amor. Y ella sonrió, casi rió, y se auto inculpó, graciosa, que se le había ido la olla totalmente en la ducha. No le dije nada. Solo me limité a disfrutar de su olor, de su tacto y de su gracia. Pero, no por su disculpa, por otro lado inusual en ella, me quedé más tranquilo, ni desapareció de mi mente el germen de una idea que, no es que me tuviera alarmado, pero, digamos, estaba ahí.

Ese *brunch* estaba siendo agradable y, habría sido tranquilo, si no fuera porqué María, aprovechando un momento en el que la otra pareja se enredaba en quién era el elegido para contar una anécdota, me enseñó su móvil disimuladamente. Pronto descubrí que, no solo habría que disimular, si no

que prácticamente me tenía que escorar hacia la pared y mirar en todas direcciones para que nadie pudiera ver la pantalla, pues le había escrito Álvaro, y lo último que aparecía en la conversación era aquella foto que si en casa era impactante, en un espacio público lo era infinitamente más... adornada abajo además con aquel “Para que veas cómo me pones, ZORRA”.

Debajo de aquella frase había ahora una nueva, un simple: “¿Esta noche sales?”, que María y yo sabíamos entrañaba un tácito: “Ojalá salgas esta noche, me muero por follarte”.

Apagué la pantalla y le devolví el móvil con total disimulo. Durante un par de minutos escuchábamos a nuestros amigos pero María y yo estábamos más conectados, el uno con el otro, que con nuestros interlocutores. Eran instantes de complicidad, de secreto, de conexión, sin necesidad siquiera de mirarnos.

Mi novia podría dejar aquella pregunta de Álvaro sin responder horas o incluso días, y no le quise proponer nada.

Era media tarde y no sabíamos si salir a cenar o ya quedarnos en casa. Por un lado hacía bastante frío, pero por otro cuantas más horas pasásemos en casa más corto se haría el fin de semana, y yo, a pesar de ser aun sábado, ya empezaba a sentir la losa del lunes pendiente de una fina cuerda. Al final decidimos ir a cenar a una ciudad cercana. Una vez sentados en el restaurante y con los móviles de ambos en la mesa, el suyo se iluminó. Su cara me indicó que era Álvaro quién le había escrito.

María se aclaró la voz y anunció en tono bajo y con encanto:

—Dice... nuestro amigo Álvaro... Marcó los tiempos, queriendo jugar conmigo, queriendo crear intriga.

—¿Qué dice...? .pregunté en voz baja, como si fuera secreto de estado, información confidencial.

—Pues dice... con su... educación y... tacto... medida... habitual... Sonreí. Y ella prosiguió:

—Dice... ¿Entonces sales o no? —dijo ella y posó de nuevo el teléfono sobre la mesa.

—¿Solo eso?

—Sí...

—¿Y qué le vas a decir?

—Lo primero que se espere un poquito —dijo ella, juguetona, ya algo achispada, acabando la primera copa de vino.

Me llamaron entonces por teléfono, era del trabajo, sábado por la noche...

en la pantalla aparecía el nombre de uno de mis jefes. Me quedé blanco. Intenté fingir tranquilidad, más que para María, para engañarme a mí mismo, y mientras me levantaba para ir a hablar fuera dije: “Es mi jefe, o me llama sin querer o se ha muerto alguien”.

Como casi siempre que algo parece que va a ser un problema al final no lo es, y, en este caso, todo lo contrario. Mi jefe estaba en la cena de empresa a la que solo iban los jefes de departamento y se había enterado de que pensaban en mí para otro puesto mucho más importante que el que yo tenía.

La conversación continuó y aun mejoró más, pues no solo era que pensaban en mí, si no que era, de largo, el que más opciones tenía. Se lo agradecí enormemente. Además, el hecho de llamarme inmediatamente, denotaba un afecto que en el mundo laboral suele escasear.

Volví al salón y vi a María, en tacones, medias, falda negra y blusa granate de lunares. Vestida para cenar siempre llamaba la atención aunque no quisiera. No había marido, padre o camarero que no la escanease de arriba abajo. Me gustaba, sobre todo, cuando entraba una pareja, de esas que se ve que no tienen confianza, quizás la primera cita... en la que el hombre entra ilusionado por la velada que le espera y, al ver a María y comparar con lo que le acompaña, su júbilo baja considerablemente. Se sienta con su cita y mira de reojo a María, deseándola... y, lo que es más cruel, extrañando lo animado que estaba con su de golpe, tremendamente mediocre ligue, antes de ver a María.

Quise retrasar la noticia, pero mi novia me lo impidió. No paró hasta que tuve que representarle la conversación con mi jefe casi palabra por palabra. La alegría de María era tan intensa que, aunque fueran noticias para mí, siempre acababa pareciendo más contenta que yo, y, quizás fuera así.

A pesar de mi alegría contenida, maldije no poder beber para celebrarlo, pues me esperaba media hora de coche, y le dije a María que bebiera por mí. Le brillaban los ojos por el alcohol y por mis buenas noticias y yo no quise desaprovechar ese buen humor para preguntarle si no le iba a responder a Álvaro.

—Igual le digo que no salgo y ya está.

—¿Sí? ¿No quieres... decirle que quizás sí salgas? No conseguí convencerla. Tampoco insistí mucho, pues en seguida vi que no estaba por la labor.

Parecía que su alegría despertaba su vena compasiva y no quería calentar al chico para nada.

Finalmente le respondió con un conciso: “Hola. No, no salgo”. Que el chico, en línea, leyó al momento y se contuvo de insistir más.

No fue hasta el momento justo en el que entramos en casa, y María dejó su bolso sobre el sofá y sacó el móvil, que me dijo:

—Me ha escrito otra vez.

Me lo dio a leer. Simplemente ponía: “Pues es una pena”.

Justo acabé de leer y le iba a devolver el móvil cuando María me dijo:

—Voy al baño un segundo. Pregúntale que por qué es una pena. Y ponte eso. Que yo voy en seguida.

CAPÍTULO 24

Desfiló hacia el cuarto de baño con un porte abusivo, que rondaba la arrogancia. Dejándome al mando de su móvil y de aquella conversación que podría quedar en nada o dispararse. Por un lado me reconfortaba esa confianza para que yo me hiciera pasar por ella, pero por otro disfrutaba más cuando ella volaba libre en aquel tonto, por no decir provocación.

Escribí exactamente lo que me pidió y me fui al dormitorio. Comencé a desnudarme mientras miraba de reojo si respondía. No me había quitado la parte de arriba y ya veía el móvil iluminarse:

—Es una pena porque me gustaría verte el culo —respondió y yo me quedé pensativo. Nervioso.

Intenté imitar los tiempos de María, suplantarla exactamente, y acabé escribiendo un “pues mala suerte...” Me quité los pantalones y pasó algo que no esperaba para nada. De todas las cosas que podría imaginar que podría responder, en absoluto podría pensar que yo apareciera en la conversación. Y es que leí:

—No habrás quedado con el chico aquel al que le gusta mirar.

Qué responder a eso... Desde luego la conversación no iba por los derroteros esperados.

Me desnudé completamente. María no podría tardar mucho más. Y busqué aquel arnés.

Mi novia entró en el dormitorio en el momento justo en el que lo acoplaba a mi cintura. Pero ella, al entrar, no se fijó en mí, si no que fue al móvil que yacía sobre la cama y comenzó a leer las pocas frases que nos habíamos escrito.

También se quedó pensativa unos segundos, tras los cuales la vi teclear.

—¿Qué le pones? —pregunté ansioso.

Ella seguía escribiendo, escribía bastante, sin responderme, y yo hacía tiempo ajustando del todo aquello, aquel cilindro, que me costaba más encajarlo al no tener el miembro demasiado erecto.

Finalmente no me dijo de palabra lo que le respondía, si no que me lo dio a leer: “Eso a ti no te importa. Y yo creo que quieres que salga para algo más que para verme el culo”. El chico le había respondido: “Claro que no solo para vértelo, para metértela por el culo también”.

Sentí mi miembro repuntar en el interior de aquella goma, miembro que parecía leer más rápido que el resto de mi cuerpo. De golpe María sabía jugar con él de una forma sorpresiva, como si guardase un saber innato. Álvaro escribió entonces: “¿Quieres más?” Y me quedé esperando su continuación un tiempo, en el que se podía leer, en la parte superior de la pantalla, la palabra “escribiendo”, así que se venía, seguramente, uno de aquellos párrafos enormes y explícitos en los que Álvaro daba rienda suelta a su imaginación y no escatimaba en vocabulario soez. Y yo no daba crédito a que fuera el mismo chico de las primeras frases, en las que parecía imposible que escribiera nada, siquiera, mínimamente picante.

Quise que fuera María la encargada de leer aquello que, cuanto más tardaba en plasmarse en la pantalla, más prometía. Vi que ella ya se había desecho de su falda, que colocaba sobre una silla con sumo cuidado, sin haberse quitado los tacones, y le devolví el móvil y me recosté en la cama, con aquel tremendo cilindro apuntando al techo. María caminaba por el dormitorio, fingiendo indiferencia, pero yo sabía que estaba tensa mientras esperaba la ansiada respuesta. Con una mano sujetaba el móvil y con la otra iba desabrochando los botones de su camisa de lunares. Supe el momento justo en el que le entró el mensaje, por su cara, de sorpresa, seguramente por el tamaño del texto, o quizás el texto contuviera alguna foto. Detuvo su paseo aleatorio y errante debajo del marco de la puerta de la habitación, y allí, de cara a mi, se apoyó y comenzó a leer. Leía nerviosa, tocándose el pelo. Inquieta. Podía notar como sus mejillas subían de temperatura y cómo su mano hasta le temblaba un poco. Su dedo descendía por la pantalla y me regaló una imagen que me dejó sin respiración: Echó su cabeza a un lado, moviendo su melena bruscamente y acabó por desabrochar todos los botones de su camisa, mostrando un sujetador negro, de encaje, impactante, por elegante y por voluptuoso, con unas copas firmes que tenían la dura tarea de reprimir aquellas extraordinarias tetas. Y, no contenta con eso... una vez esa mano acabó su trabajo... la bajó, la coló bajo sus bragas negras... y supe el instante exacto en el que sus dedos alcanzaron su coño. Mi polla creció hasta el máximo, de nuevo en aquella prisión, y yo no sabía si ella leía o releía... pero comenzaba a masturbarse lentamente, allí, de pie, apoyada contra el

marco de la puerta, en zapatos de tacón, medias, bragas y camisa abierta. De nuevo con aquellas medias de guarra. De nuevo sin quitarse los zapatos de tacón para leerle. De nuevo con la camisa abierta, y con su cara enrojecida. Con su mano que sujetaba el móvil, temblorosa... y con la otra mano hurgando... dándose gusto, placer... Creía que sería un momento, un calentamiento, que aquella paja era solo un preludio. Pero no: Cerró los ojos y dejó caer muerto el brazo que sujetaba el móvil. Y allí, de pie, con los ojos cerrados, como si yo no existiera, siguió y siguió masturbándose, dándome un espectáculo privado, aunque no daba la sensación, en absoluto, que se acordara de mí. Tres, cuatro minutos... flexionaba un poco las piernas... comenzaba a abrir la boca... y yo no daba crédito a que se fuera a correr así. Su mano aceleró, parecía usar dos dedos para frotarse el clítoris, veía su mano bajo sus bragas moviéndose con una maestría pletórica. Tras un “Mmmmm... ¡Ooh!” Dicho a toda velocidad, comenzaba un orgasmo, desvergonzado, pero a la vez discreto, con jadeos casi silenciosos, abriendo y cerrando la boca mínimamente y temblándole las piernas en el momento del clímax de una manera que llegaba casi a asustar.

Acabó por abrir los ojos. Y mirarme. Estaban llorosos del gusto que se había dado. A qué clase de seguridad había llegado para hacer alarde de semejante espectáculo. A qué nivel de conformidad con su cuerpo había llegado para gustarse así... En qué punto superlativo de conocimiento de su coño, de su cuerpo, había llegado para correrse de aquella manera... Volvió en sí. Pensé que quizás había tenido suficiente. Miró su móvil otra vez. Escribió algo, rápidamente, y yo pensé que esperaría la respuesta, pero se acercó a mí y me preguntó si quería leer.

Cogí su móvil y lo primero que leí fue la última frase de ella, que entrañaba una queja que nadie se podía creer: “Eres un guarro, hoy te has pasado de grosero”.

Subí por la conversación hacia arriba y comencé a leer, casi en diagonal. El chico le había escrito un un montón de cosas, de propuestas, pero llegué a una, quizás la más guarra, que parecía que tocara las teclas justas de María; volvía a incidir en follársela por el culo y volvía a insistir en que la follaría en el salón de su casa delante de todos sus amigos, pero esta vez ellos no solo miraban: “Te pondría a cuatro patas en el sofá, te rompería el culo, y mis amigos te irían metiendo la polla en la boca, uno por uno, durante horas”.

—Joder... —suspiré sin querer. Tremendamente excitado.

El chico no respondía, quizás se hiciera el duro, pues no me podía creer

que se creyera que a María le hubiera molestado lo que le había escrito. Lo que vino después fue sencilla y llanamente la nueva María, o María la caliente pollas, como la llegaba a llamar durante el acto. Ella me llamó Álvaro desde el primer beso y nos volcamos en la sesión más larga y quizás más intensa que hubiera tenido nunca con ella. Gracias a aquel arnés follamos casi tres horas, en los que volví a penetrarla a cuatro patas mientras le metía un dedo en el culo. Su agujero estrecho acogía mi dedo con ansia mientras de su boca acababa gritando “¡Vamos, Álvaro! ¡Rómpeme... joder! ¡Rómpeme el culo!”. No contentos con eso acabamos por hacer uso también de nuestro primer consolador, el cual tenía aquella ventosa en la base, que nunca habíamos usado. Pegamos la ventosa al cabecero de la cama y yo me follaba a María como a una perra mientras ella comía la otra polla, y fingíamos que Álvaro la ensartaba desde atrás mientras sus amigos le follaban la boca sin parar. Yo veía como ella, con los ojos cerrados, gemía, completamente ida, y acogía la mitad de aquel otro miembro como podía... y le caía saliva por la comisura de sus labios, sobre la almohada, de una manera grotesca y abundante.

Durante las tres horas que follamos no se quitó las medias ni los zapatos. Yo fingí que era un favor que ella me hacía, cuando sabía que era al contrario. María tuvo varios orgasmos, cada cual más brutal, cada cual más salvaje, y de nuestras bocas salieron frases que yo creía que nunca pronunciaríamos ni escucharíamos.

Cuando ya no podíamos más la penetré sin arnés, como era costumbre, sintiendo, o no sintiendo, aquella amplitud que me humillaba, aquel silencio vejatorio. En misionero la embestía haciendo uso de las pocas fuerzas que me quedaban, nuestros cuerpos eran todo sudor, sudor que se había hasta enfriado. María subía las piernas y se agarraba a mis nalgas en silencio y yo me agarraba a las suyas y las sentía empapadas y casi frías. Llegó a subir las piernas aún más, y las flexionaba, para que la penetrase mejor, y hasta así, en una postura, con sus piernas tan arriba, que pudiera parecer ridícula, ella parecía mantener aquella elegancia. De nuevo guarra y elegante a partes iguales.

Tras tres horas de sexo, parecía imposible que pudiera correrme, pues el rozamiento era nulo, y María, sabiéndolo, acabó por proponerme que me corriera en sus tetas, la fantasía de Álvaro, pero finalmente conseguí vaciarme dentro... sintiendo un placer y una conexión inmensa. Y nos dio igual que mi polla, al encogerse, se saliera y se derramara semen por la

cama... nos dormimos así, prácticamente con un cuerpo dentro del otro y María sin quitarse las medias y los zapatos.

Aquello acabó por convertirse no solo en lo habitual, si no en el único tipo de sexo que teníamos.

CAPÍTULO 25

En las siguientes semanas usábamos, literalmente, a Álvaro, para aquel juego. María alguna vez le prometía que saldría esa noche, engañándole, pero después de recibir sus párrafos soeces, le acababa diciendo que al final no podía. Llegó un punto en el que cada vez era más difícil que entrara en el juego, pero, al menos hasta el momento, casi siempre acababa cayendo.

Paralelamente a lo que sucedía con Álvaro yo seguía con la mosca detrás de la oreja sobre qué pasaba con Edu, ¿por qué aquella desaparición? ¿por qué aquel rechazo? Pero no quería volver a preguntarle por él, y escribirle me parecía una traición. Quizás fuera absurdo, pues ya había hecho cosas peores a espaldas de María, pero estábamos tan bien que me negaba a hacerlo.

Para colmo, por unas cosas o por otras, María parecía no poder o no querer nunca ir a lo de las cervezas de los jueves. Produciendo en mí aun más misterio, por no decir sospecha.

Solo supe de él a mediados de mes, cuando María se iba a unas jornadas. De pasada, y rápidamente, mi novia me dijo: “por cierto, Edu no va”. Gracias a eso supe, por lo menos, que seguía en el despacho. Durante esas jornadas, que, además, se juntaron con que ella se fue a casa de sus padres por lo que estuvimos más de cuatro días sin vernos, me costó horrores no caer en la tentación de tantear a Víctor y creo que, si no lo hice, incluso más que por lealtad, fue porque tenía esperanzas en que, gracias a la cena de Navidad de su despacho, María, por sí misma, me pudiera confesar algo.

Pero al final María no fue a aquella cena. Dijo no encontrarse bien y quiso quedarse en casa ese sábado. Sábado en que, de nuevo, urdimos un plan, esta vez que María tenía una cena con sus amigas, para que Álvaro diera rienda suelta a lo que le haría al verla, por fin. Mala suerte para Álvaro, al final María no había conseguido liar a sus amigas para ir a los mismos pubs en los que estaba él... Fueron unas semanas en las que mi vida tenía cuatro vertientes claramente marcadas: Por un lado nuestra vida sexual era alucinante. No follábamos más de dos veces por semana, pero cuando lo

hacíamos eran unos polvos totalmente inenarrables, gracias, evidentemente, a lo que nos traíamos con Álvaro. Comenzó a hacerse costumbre que introdujera un dedo en su culo mientras la penetraba, algo que meses atrás ni me hubiera planteado, pero la obsesión de Álvaro por su culo casi nos obligaba a hacerlo; además ella parecía acoger cada vez con más facilidad mi dedo y centrarse así en un placer más intenso. Sobre las medias y los zapatos, no es que se los pusiera a propósito para follar, pero si venía así vestida del trabajo hacía por quitarse la falda, o incluso los pantalones, y dejarse las medias y los zapatos puestos; ella fingía que lo hacía por mí, y yo fingía que no sabía que lo hacía por ella.

Casi siempre usábamos solo el arnés, pero algunas veces volvíamos a hacer lo de pegar el otro consolador en el cabecero de la cama y representar así, como Álvaro la follaba desde atrás y sus amigos le follaban la boca por delante. Los mejores orgasmos de María, sin duda, eran representando eso.

Álvaro no siempre entraba al trapo, cada vez costaba más, cuantas más largas le daba más difícil se hacía, por lo que a veces teníamos que conformarnos con releer lo que le había escrito otros días y revisar sus fotos. Sobre eso él también quería su parte, y es que le pedía fotos a María con frecuencia, pero ella no le daba nada. Una vez, ya desesperado, le pidió sencillamente una foto de su culo enfundado en el pantalón blanco con el cual la había conocido. Intenté convencerla, era una auténtica chorrada, nadie, obviamente, la reconocería. Pero se negó, y yo irremediamente pensé en lo que pasaría si supiera las fotos suyas que le había enviado a Edu... La misma noche que Álvaro le pidió eso sin recompensa, le acabó preguntando si aquella noche en la que se habían conocido había llevado bragas o tanga. Obviamente había llevado tanga, aunque raro en ella, pero con aquel pantalón blanco tan fino no le quedaba más remedio. Pues ni eso le dio María, que lo mantenía a raya, con un “No seas guarro, qué te importa eso”, zanjaba casi todo, pero él volvía a caer.

Lo cierto es que solo le daba algunas... digamos... respuestas motivadoras cuando él, tras algún párrafo bien cargado, le acababa preguntando: “¿¡te gusta lo que te escribo!?” y ella podía responder, como mucho, algo así como “no está mal...”. Otras veces él le preguntaba después de otro párrafo enorme con un “¿sigo?” y ella se ceñía a responder “sigue”, pero realmente no le daba prácticamente nada.

Me llamaba la atención como Álvaro parecía acertar justo con la tecla, la tecla nueva, realmente, pues le tocaba esa ramificación de la fantasía,

exhibicionista, de sentirse observada, y cuando él volvía con aquello de “mis amigos te miran mientras te follo” o algo más suave del estilo: “en el pub todos te miraban pero solo yo tuve huevos a hablarte porque soy el que más ganas tengo de follarte...” María cambiaba el semblante, encendiéndose. La obsesión por su culo no era igual de compartido; cuando incidía en su trasero me daba la impresión que a ella le daba más igual y lo dejábamos apartado hasta que le introducía el dedo en el culo.

Decía que esa era una de las vertientes de mi vida en aquellas semanas. La segunda tenía que ver con Edu, que cada vez me parecía más extraño. Intentaba no darle muchas vueltas, pensar en que quizás no pasase nada, pero tenía el palpito absoluto de que algo se me tenía que estar escapando.

Por otro lado estaba mi vida laboral, en la que conseguí el puesto sin apenas sufrimiento, con un par de entrevistas personales, en las que parecía que con no decir que quería matar a media oficina, no había manera de estropearlo.

Y por último, mi vida amorosa con María... estaba en un momento absolutamente pletórico, tanto, que entre ese amor, esa conexión, y nuestra estabilidad profesional, ahora sí, los dos totalmente asentados, me hacía plantearme algo que creo ambos estábamos pensando. Solo me echaba para atrás, sobre esa propuesta, el hecho de tener aquella vida sexual tan extraña, pero no parecía que aquella parte de nuestra vida fuera a cambiar.

Las navidades las pasamos cada uno con nuestra respectiva familia, sobre todo porque la abuela de María estaba un poco mala. Estábamos casi todo el rato colgados del teléfono, y el tema estrella era hablar sobre el viaje que teníamos programado para mediados de enero. Un viaje a la costa oeste de Estados Unidos que pudimos cerrar gracias a que María consiguió finalmente que le dieran unas vacaciones atrasadas que venía arrastrando; lo cierto era que aparte de días debidos, hacía bastantes horas de más y seguramente eso también fue clave. En Nochevieja tampoco estuvimos juntos y, para compensar esta separación a la que no estábamos acostumbrados, decidimos que en el viaje nos montaríamos nuestra propia Nochevieja y que, antes de eso, nos reserváramos para nosotros el primer fin de semana del año: Nos fuimos a una cabaña en el bosque, preciosa, que en realidad era para cuatro, pero la cogimos para los dos. Fueron dos días maravillosos de jerseys gordos y cafés en tazas de latón, de chimenea, caricias y besos hasta quedarnos dormidos, sin relojes, sin casi nada más que nosotros dos... Fueron cuarenta y seis horas de amor puro y dos horas increíbles en las que Álvaro se la folló

a lo bestia en el suelo, en la alfombra, frente a la chimenea.

Durante aquel fin de semana en la cabaña me decidí a dar el paso. Le propondría casarnos en el viaje a Estados Unidos, sabía hasta el sitio exacto donde lo haría. De verdad que ella parecía leerme la mente, pues a veces sacaba el tema de que se había casado tal o cual famoso o amigo lejano, y que si ese tipo de boda le gustaba o no, y demás comentarios, que por si solos no entrañarían mucho, pero del contexto general se desprendía todo.

Y llegó el ansiado momento de irnos de viaje. Estábamos en la víspera y María había salido a comprar unas cosas que quería llevar. Yo estaba haciendo la maleta, un poco intranquilo porque al día siguiente, por la mañana, iría a comprar el anillo al que le había echado el ojo, y nos iríamos al aeropuerto después de comer. Pero uno siempre cree estar intranquilo hasta que pasa algo que deja lo anterior en una preocupación absurda, y es que, me escribió al móvil una de las últimas personas que me podría imaginar. Era Víctor.

Me decía que le había parecido verme yendo a recoger a María la tarde anterior. Yo ni me acordaba de la última vez que la había ido a recoger, es más, seguramente había sido la vez que había visto a Víctor por última vez. Dudé en ni responder, en hacerme el loco, pero finalmente, pensando que la cosa se quedaría ahí, le dije que no, que imposible que fuera yo. La conversación siguió y yo estuve a punto de cortarla innumerables veces. Quizás lo que pasaba era que en el fondo no quería hacerlo.

Y sobre volaba constantemente el ansia de saber de Edu. Y acabé cayendo. Y tan pronto lo escribí supe que no había sido buena idea, que Víctor, de alguna forma, disfrutaría de tener más información que yo, y la usaría a cuenta gotas para demostrar su control y su superioridad:

—¿Y de Edu? ¿Sabes algo que me pueda interesar? Aquel “que me pueda interesar” me sonó terrible tan pronto lo vi escrito. No me entendía ni a mí mismo.

—Pues... bueno, sabrás que hace unas cuantas semanas que es el jefe de María ¿no? Me quedé petrificado. Le iba a escribir que no, que no tenía ni idea, pero tuve la suficiente lucidez para escribir lo contrario:

—Sí, sí, eso claro que lo sé.

—Bien. Oyes, ¿Qué te ha dicho María sobre por qué no fue a la cena de navidad?

—Se encontraba mal.

—¿Se encontraba mal? Creía que se habría inventado algo mejor.

Me sulfuré. Sentado en el sofá miraba el reloj compulsivamente. No entendía nada de lo que me contaba aquel cretino y María tenía que estar al llegar. Lo de que ella no me hubiera dicho que ahora Edu fuera su jefe, indudablemente me jodía, pero una especie de sistema de auto protección en mi subconsciente me indicaba que no pasaba nada y, sobre todo, que no preguntase más. Pero fui incapaz:

—¿Cómo que inventado algo mejor? ¿por qué lo dices?

—Hombre, sabrás que María le ha tanteado para repetir, para que se la folle otra vez.

Mi corazón de golpe se puso a ciento ochenta pulsaciones. “No me lo creo...” suspiré dos veces en voz baja. Mis manos, que hacía tiempo que sudaban, comenzaron a temblar, en espasmos incontrolables... Ya no sabía ni dónde estaba ni qué estaba pasando.

Víctor, aunque no obtuviera respuesta, actuaba como una hiena, sin intención alguna de soltar su presa:

—Y Edu la mandó a la mierda, porque está con Begoña, la de prácticas, y desde entonces ella le evita, lo que puede, porque es su jefe, por eso no fue a la cena de navidad.

No entendía nada. No me lo creía. Ni entendía el sadismo de aquellas frases. Sobre todo ahora que yo ni le respondía.

—Ni un puto jueves va ya a tomar nada, ¿no? —preguntó burlón, astuto, hiriente, y de forma retórica.

—No le apetece. —respondí sin saber ni lo que estaba diciendo.

—Ya... como la cena de navidad. Lo que no le apetece es sentarse al lado de Patricia, las dos folladas por Edu, sabiendo que ahora se folla a la chiquita nueva.

María entró por la puerta. Me cayó el móvil al suelo.

CAPÍTULO 26

A duras penas conseguía recoger el teléfono mientras María entraba, espléndida, en el salón, y yo sentía que me faltaba el aire. Apagué la pantalla, como si estuviera haciendo yo algo malo. Y no tuve tiempo ni de pararme a pensar, pues mi novia intentaba enseñarme unas botas que se acababa de comprar e iniciaba una batería de preguntas: ¿Vas a llevar esto? ¿Vas a llevar lo otro? Que yo oía pero no escuchaba.

Tan desconcertado estaba y tanto me aturdía María que tuve que irme al cuarto de baño. Cerré la puerta tras de mí e intenté tranquilizarme.

Mire el móvil. Víctor no me había escrito más y no estaba en línea. Me sentí como si me hubiera pegado una paliza, pero me hubiera perdonado el tiro de gracia. Lo peor de todo era que todo lo que él contaba encajaba como un guante en todo lo sucedido en las últimas semanas. Que fuera su jefe tenía que ser cierto, pues era fácilmente comprobable. Lo de que María le había tanteado para repetir... la verdad era que no me lo acababa de creer. No me podía imaginar el momento, el contexto, en el que María en el trabajo le dijera eso a Edu. Tal como era, además, de orgullosa. Es que no me encajaba que lo desease y lo expresase abiertamente, era impensable esa claudicación hasta el punto de hacérselo saber. Tampoco entendía ese extraño papel de Víctor de representante de Edu.

Le habría preguntando a María casi inmediatamente si no fuera porque nos íbamos de viaje al día siguiente. Además no podía confesar porqué lo sabía... Todo aquello me había explotado en las manos, sin previo aviso... y yo haciendo la maleta y con mi mente en el anillo del día siguiente... Acabé optando por ducharme, como si fuera una forma de ganar tiempo. Y sin duda el agua me calmó un poco. Me auto convencí de que Víctor no era de fiar y si no era de fiar él, no tenía porque ser de fiar lo que decía. Su disfrute contándome aquello entrañaba una tremenda maldad, de alguien que iba a hacer daño, no me lo había contado como aviso de conocido, en absoluto.

Continué haciendo la maleta, pero María parecía tener un radar para todo

lo que me pasase por la mente. No tardó ni cinco minutos en preguntarme que qué me pasaba, que estaba raro. Le dije que estaba nervioso por el viaje, pero no me creyó, sabía que eso no me pegaba demasiado.

Pensé que a la mañana siguiente estaría más tranquilo, pero la punzada seguía ahí.

Fui a comprar el anillo, algo discreto, algo que sabía seguro que a María le gustaría, y volví a casa con mi plan intacto de haber ido a comprar un cargador portátil para el móvil y un adaptador de enchufe de Estados Unidos, que también llevaba conmigo. Me sentía realmente estresado.

Incómodo. No veía el momento de estar sentado en el avión.

Otro tema que estaba sobre la mesa mientras aquella mañana acababa de hacer la maleta era qué hacer con el arnés. Irnos veinte días de viaje sin él era total y absolutamente sinónimo de estar veinte días sin follar. Pude haberlo cogido, sin más, decirle a María que lo cogía y ahí moriría la historia, pero quise ver cómo actuaría ella. Esperé y esperé, hasta el final. Ella tenía que saber, tanto como yo, que no habíamos hablado de llevar eso. Ya teníamos las maletas cerradas, habíamos comido, íbamos a llamar al taxi. Yo empecé a desesperarme. La miraba furtivamente, casi implorándole que sacara el tema. Como casi siempre era más fuerte que yo. Pero quizás fuera por mosqueo que mantenía desde lo de Víctor, que no le dije nada.

Llamamos al taxi y, tras colgar, nos quedamos en silencio.

Allí, sin hacer nada, en el medio del salón... a minutos de irnos. Decidí rendirme.

Cuando ella me dijo:

—¿Has cogido... eso? Esperé unos segundos para responder... No era alegría, era alivio.

—¿El qué? —pregunté, haciéndome el loco.

—Pues... eso... para, bueno, lo de Álvaro.

—Mmm, no —respondí.

—Pues a mí no me cabe más en la maleta, ya vi que a ti sí. Si quieres, mete los dos, si te caben. Voy a mirar el pasaporte otra vez —dijo rápidamente, agachándose para revisar su maleta, otra vez, mostrando un poco de vergüenza.

Le hice caso. Le hice caso porque a mí también me convenía. Pero seguía con aquello clavado que me impedía ser el de siempre con ella.

Las desgracias nunca vienen solas y es que, cuando llegamos al aeropuerto, vimos que teníamos un poco de retraso. Sentado en los

incómodos asientos del aeropuerto y con María al lado, pasó lo que tenía que pasar. Diría que estallé, pero el estallido estaba dentro, así que, con toda la calma posible, y tragando mucha bilis, dije, buscando un tono sereno y que no levantara sospecha:

—Te quiero preguntar solo una cosa sobre Edu... ¿Sigue en el despacho? María sin duda se extrañó. Mirando las redes sociales en su móvil, tardó un poco en contestar:

—Pues... si te digo la verdad, no solo sigue, si no que ahora es algo así como mi jefe.

Diría que me tuve que hacer el sorprendido, pero me sorprendió de verdad. Dicho de su boca me parecía diferente, a parte de ser la absoluta confirmación:

—¿Y eso? ¿No iba a cambiar de despacho?

—Pues... no sé si fue de farol o de verdad le ofrecían tanto en el otro despacho. Pero al final le hicieron una especie de contra oferta subiéndole de categoría y se quedó.

—Joder... ¿Cuántos años tiene?

—No sé... unos veintinueve, creo. Sí, veintinueve.

Él, veintinueve, María treinta y cinco, y era su jefe. Y ella llevaba bastante más tiempo que él en el despacho. Yo sabía que estaba forzando la máquina. María estaba incómoda. Yo no quería discutir, pero estaba dolido y eso me hacía seguir adelante.

—¿Y qué tal jefe es? Se hizo un silencio. Desde luego yo la estaba llevando al límite. Pero ella intentaba disimular que hablábamos de Edu como si hablásemos de cualquiera. Acabó por responder:

—Pues... bueno, podría ser peor. Por su culpa voy más que antes al juzgado y ya sabes que a mí me gusta más meterme en mi despacho...

—¿Vas con él al juzgado? —interrumpí molesto. Aquello sí que era más importante que el hecho, casi protocolario, de que estuviera por encima de ella en el escalafón.

—Bueno, a veces, vamos varios.

—¿Y por qué no me has contado todo esto? Habíamos quedado en que...

—Habíamos quedado en que te contaría cosas que tuvieran que ver con todo lo que ha pasado, no chorradas —me interrumpió, ella también, queriendo contraatacar— Me voy a por agua a la máquina, ¿quieres algo?

—No.

María se levantó. Yo quería enfadarme con ella. No entendía aquellos

secretos a estas alturas. Pero es que no podía enfadarme... La miraba, como se alejaba en la distancia... en vaqueros ajustados y en jersey de lana amarillo, que la hacía dulce, jovial, y tremendamente adorable... Se podría decir que yo estaba molesto, no enfadado del todo. Y ella lo que estaba era incómoda, pero esa incomodidad suya no producía más que que mi intriga aumentase más y más.

Volvió y se sentó de nuevo a mi lado. No le di ni un respiro:

—¿Algo más que deba saber? —pregunté sabiendo que la palabra “deba” le iba a molestar.

Ella, aunque incómoda, se le notaba contenta con el viaje, con pocas ganas de discutir y muchas de cambiar de tema, pero aguantó y continuó:

—Pues... está con una chica ahora. Una chica nueva. De prácticas. Un poco alucinante la historia.

—¿Y eso?

—Pues... a ver... ¿te cuento? —preguntó en un tono claro de son de paz, como si por contarme la historia de esa chica quedase exonerada de culpa de no haberme contado nada de Edu.

Mi cara debió de ser un poema. Y se vio obligada a explicarme inmediatamente.

—Pues nada que... la chica vino... Bueno la chica encantadora, súper responsable, trabajadora, veinticuatro añitos. Una niña. De estas que cogen un año o seis meses, ya no sé cuanto las cogen.

Pues eso, que vino hablando de su chico todo el rato. “Mi chico” le llamaba, “mi chico esto”, “mi chico lo otro”. Pero vamos, en plan planes de boda, con veinticuatro años. El chico se quedó en su ciudad, creo que fue su primer novio, del instituto, vamos. Y nada, a los dos meses, estaba liada con Edu.

—Joder...

—Ya es que... además... Paula hasta decía, “esta es del Opus”, “que si es virgen que si tal”. Está claro que no.

María contaba de forma bastante aséptica. No disfrutando del cotilleo, pero parecía no poder evitar dar detalles. Más de los que yo esperaba.

—¿Tienes foto? —pregunté.

—¿De ella?

—Claro.

—Mmm... —pensó un poco— No, no tengo.

—¿Cómo se llama? Que la voy a buscar en redes sociales —dije sacando el móvil.

María me dijo su nombre y apellidos y no tardé en encontrarla.

—¿Lo tiene abierto? —preguntó y quiso ver el móvil conmigo.

—Sí, lo tiene bastante abierto —le dije y comencé a pasar fotos. Lo cierto era que era una auténtica monadita de chica. Muy cría. Menuda. Pero de cara muy guapa. Me recordaba a Alicia, la pija andaluza que se había follado Edu en aquellas jornadas y en su casa, poco menos que en mi presencia, pero esta tal Begoña, venía a ser la versión madrileña. Parecía que fabricasen aquel tipo de chica en el gremio de María y Edu como si fuera una cadena de montaje. Con sus perlas correspondientes en las orejas, la sonrisa perfecta de ortodoncia en los años de colegio, los ojos grandes, el pelo castaño y lacio.

—Es una monada —dijo María robándome la palabra.

—La verdad es que sí.

—La princesita la llama Paula. Más pija y no nace... —dijo María, y me pareció dicho con algo de inquina.

—Vale —dije apagando la pantalla— ¿algo más? —pregunté en un papel intimidante con ella, que no me pegaba demasiado— Lo digo por si en cuatro días me vas a decir “ah, pues por cierto Edu...” En aquel momento María cambió el gesto. Yo supe que había abusado.

—Está bien. Si te hace ilusión te reconozco que podría habértelo dicho, pero es que me irrita hablar de él —dijo ella claramente en otro tono.

—Bueno, ¿y nada más? Es tu jefe y no suelta ni ha soltado nunca, ni una sola vez algún comentario después de lo que ha pasado.

—Mira, Pablo, vamos a dejarlo, anda. Por mi parte estamos de viaje ya.

María se levantó y fue a mirar las pantallas. Volvió y dijo seca:

—En media hora está la puerta.

Nos quedamos en silencio. Uno, dos, tres minutos. Fue María quien detuvo aquella hemorragia absurda:

—Mira, quiero zanjarlo, ¿vale? Estamos bien. Estamos genial. Lo de Álvaro es... muy fuerte. Y lo pasamos bien. Pero Edu... —¿Edu qué?

—Mira. Te lo voy a contar. —dijo girándose un poco hacía mi.

Me quedé pegado al asiento. Expectante. Por un lado tenía ansiedad porque confesara ya. Por otro no sabía si querría saberlo.

—Es que prefiero acabar ya. Si me preguntas si no hace algunos comentarios sobre mí, te digo que no. Nunca. Jamás. Ha dicho nada que me

pusiera en un compromiso estos... en estos... tres meses que han pasado desde... eso. ¿Que hace comentarios de mierda? Sí. Que de vez en cuando me dice... alguna babosada machista en plan... “mañana ponte guapa que al juez le gustas”, pues sí, y le miro con cara de asco y ahí muere la historia, y se pasa una semana encantador, como si no hubiera pasado nada.

Yo estaba cada vez más despistado. No sabía hacia dónde iba María. Aquello, que si me lo hubiera contado tres días atrás me habría impactado, ahora, comparado con la confesión que esperaba, me parecía una chorrada.

—Y sé —prosiguió— ¿quieres que te diga lo que sé? —preguntó dejándome en vilo— ¿sabes por qué sé que es un cabrón? María estaba muy encendida, y llegó a levantar el tono. Yo necesitaba saber ya qué estaba pasando.

—Porque... lo que pasó el día de la boda... sé... por... fuentes muy fiables, que se lo contó al informático ese feo con el que te vi hablando aquel día.

—¿Cómo lo sabes? —pregunté de forma automática.

—Eso da igual.

Se hizo un silencio. Que ella rompió. Y yo ya no sabía si me hablaba a mí o se hablaba a ella misma, además utilizando un vocabulario que ella no solía usar:

—Y... ya bastante humillante es, cruzarte con un imbécil que te ha follado, porque me jode que al final me haya follado, para tener que verle la cara al otro también y saber que lo sabe.

—Bueno, María... —intenté calmarla.

—Así que, si te parece bien —dijo irónica— dejamos el tema de Edu aquí.

CAPÍTULO 27

Intentaba ordenar toda aquella información simultáneamente a intentar descifrar si aquel enfado de María era real o todo aquello obedecía a una sobre actuación para que dejara de preguntarle.

Era lógico y normal que le pareciese mal que Víctor lo supiera. Entendía la humillación que tenía que suponer tener de jefe a alguien como Edu, para el cual María no parecía ser más que una medalla más que colgarse, y, para colmo tener que encontrarse de vez en cuando con Víctor. Dentro de esa parte yo no sabía si María era conocedora de que Víctor seguramente supiera que yo había estado delante, consintiendo los cuernos. Seguramente no.

Y digo que no sabía si María no exageraba un poco el enfado, porque era bastante de esperar que Edu se lo contase por lo menos a una o dos personas. Creo que tanto mi novia como yo habríamos firmado que Edu se lo hubiera dicho, dentro del despacho, solo a Víctor. Y si quién le dijo que Víctor lo sabía, seguramente Paula, no sabía de nadie más que lo supiera, ni ella había notado cosas raras de nadie más, en el fondo hasta se podría decir que eran buenas noticias.

Si es complicado reconciliarse tras un enfado, más lo es tras algo que no sabes si ha sido un enfado realmente, pues creo que ambos fingíamos estar enfadados, ella para acabar con el tercer grado y yo para esconder mi verdadero sentimiento que era el de desconcierto.

Nos quedamos en silencio un largo rato. Hasta que un movimiento de gente, en busca de la puerta de embarque, nos hizo volver al mundo real.

Ya sentados en el avión yo miraba por la ventanilla cómo nos alejábamos de tierra firme, mientras luchaba internamente por creer a María. Ella, al omitir que hubiera tanteado a Edu, venía a decirme tácitamente que Víctor me había mentado. Pero era claro que algo había pasado la primera semana de diciembre, aquella semana tras nuestra escapada a la casa rural, en la que había decidido esperar a ver si ella proponía volver a follar con el arnés y finalmente lo hizo, cinco días más tarde, eligiendo a Álvaro para nuestro

juego, para que yo fuera él. Dos días después de eso le había propuesto fantasear con Edu y ella había montado en cólera, es decir, unos nueve o diez días después de que ella me hubiera confesado como Edu la había follado... Era ciertamente extraño que tras aquella descripción minuciosa, tras aquel polvo tremendo recordándolo todo, diez días más tarde, solo por hablarle de él se enfadase de aquella manera. Algo tenía que faltar en medio.

Seguía y seguía dándole vueltas a la cabeza, intentando buscar posibilidades, verdades a medias de Víctor y de María, y llegué a pensar que quizás en esa semana nombraran a Edu jefe de María, ella al ver que tendrían mucho más trato le habría propuesto hablar con él para zanjar el tema y dejar las cosas claras y él, siendo un creído como era, lo hubiera interpretado como un tanteo. Era uno de los pocos supuestos que se me ocurrían en los que ella salía bien parada.

No hubo un momento concreto en el que volvimos a ser nosotros. Que ella se quedase dormida sobre mi hombro, que yo me riera de su jersey, pues con él parecía más un peluche que una persona... que su compañero de fila ocupase asiento y medio y yo aceptase intercambiar el sitio con ella para que pudiera estar más cómoda.... Fueron elementos que, sumados a la ilusión del viaje, acabaron por minar poco a poco nuestra distancia.

Una vez en nuestro destino alquilamos un coche y casi no parábamos de movernos. En cierto modo nos llegamos a arrepentir de haber montado el viaje de aquella forma tan estresante. Apenas en algún hotel estuvimos más de una noche... Y, casi siempre llegábamos rendidos a la cama... Pasaban los días y seguíamos de un lado para otro, alimentándonos de comida rápida, y creo que a los dos nos hubiera gustado alguna cena más tranquila y sobre todo elegante, y a mi, en particular, algo que diera pie a aquel incipiente exhibicionismo de María.

Había que entender que no estábamos en un contexto sexual como el de la mayoría de las parejas.

El sexo no surgía de abrazarse por la noche o en la cama por la mañana. Si no que requería de mensajes de Álvaro, que aun no llegaban, o elementos morbosos exhibicionistas, que nos impulsasen a que yo me pusiera aquel arnés. Nuestros polvos eran salvajes pero no con una periodicidad muy alta, pues requerían de muchos elementos.

Esa mini abstinencia sexual sumado a mi estrés porque había programado la pedida para casi el final del viaje a veces me tenía un poco tenso. Hasta dudé en adelantar mi propuesta para un momento más inmediato, pero, día a

día, conseguía mantener mi plan.

No tuvimos noticias de Álvaro, el cual obviamente no sabía nada del viaje de María, hasta que un día, atardeciendo, mi novia recibió un par de párrafos enormes de los suyos. Por la diferencia horaria él lo habría escrito de madrugada, volviendo de salir de noche, pero nosotros aun no estábamos en el contexto para leerlo detenidamente, así que decidimos dejarlo para cuando llegásemos tarde al hotel.

Tantos días sin sexo y la promesa de aquel texto nos tenía inquietos, pero cuando lo leímos nos sentimos un poco decepcionados. Yo ya me había puesto aquella polla de plástico y aquella noche estábamos bastante descansados, por lo que tuvimos una buena sesión de sexo a su costa, pero nos acabamos basando más en sus fotos y textos anteriores que a lo escrito aquel día. Tras aquel polvo de más de una hora, María, cansada, y quizás con ánimo de provocar para que la próxima vez estuviera más ocurrente, le escribió si es que nunca conseguía ligar con nadie para llegar así de cachondo de madrugada. El chico, que parecía no dormir nunca, le escribió que es que tenía el listón muy alto, que si quisiera una cualquiera lo tendría fácil. María le dijo que no se creía esas fanfarronadas y él le acabó respondiendo: “Igual cuando te escribí acababa de follarme a una, no sería la primera vez”. Y no le acabamos de creer, pero tampoco tenía, cien por cien, porque ser mentira.

Al día siguiente era sábado, por lo que en el fondo María y yo esperábamos otro de aquellos mensajes de Álvaro. Pero éste no llegó. Pasaban los días y no escribía nada. Lo cierto era que habían pasado aproximadamente dos meses desde la única vez que se habían visto en persona, y alguna vez el chico se tendría que cansar. Además, María no le daba apenas ni una frase que pudiera recargar sus pilas.

Habíamos intentado que cuadrara “Nuestra Nochevieja” para el día 31 de enero y así hacerla exactamente un mes después de lo que tocaba, pero ese día estaríamos de ruta, así que lo adelantamos al viernes anterior. Además, era de las pocas veces que pasábamos varias noches en el mismo sitio y estábamos más centrados y descansados. Esa noche decidimos cenar en el hotel, ya que en la planta baja tenía un gran restaurante, muy diáfano, al que iba a cenar bastante gente aunque no estuviera hospedada.

Por fin pudimos ducharnos con calma, arreglarnos un poco y crear un poco de ambiente que aumentara nuestra excitación. Yo había metido una americana en la maleta, para, por lo menos, cenar vestido de forma algo elegante esa noche, pero no esperaba lo que me encontré al ver a María.

Salí de la ducha, me sequé con calma y me vestí dentro del propio cuarto de baño. Cuando salí y la vi sencillamente aluciné. Llevaba puesta una americana larga de color verde agua, que le llegaba hasta la mitad del muslo, lo suficientemente abajo como para que no se viera la mini falda que, supuse, llevaría debajo. Tampoco se veía nada que llevara en la parte de arriba, seguramente alguna camiseta o algún top, pero no se veía. Además vestía unas botas altas, hasta la rodilla, con un estampado como de serpiente, que al parecer estaban de moda y María me había enseñado en la víspera del viaje y, sin hacerle mucho caso, me habían parecido una horterada, pero así puestas encajaban perfectamente y tampoco eran tan llamativas. Lo que era llamativo, hasta dejar sin aire, era que parecía que solo llevaba la americana y las botas.

Mi cara debió de ser un poema pues no me preguntó qué tal. De hecho llegó a ruborizarse un poco y me dijo que si bajábamos ya.

Otra vez en la cena aquella mágica sensación de ver el deseo en los ojos de todos los hombres que la avistaban. Era un hormigueo constante y maravilloso. Y cada vez era más obvio que ella era consciente de aquel poder, que llegaba a disfrutar de aquellas miradas de los casados y de los comentarios en voz baja, y en cualquier idioma, de los solteros. Además era una provocación sutil, apenas se le marcaban las curvas que tenía, no era vulgar, todo lo contrario, con su americana remangada lo justo y alguna pulsera discreta.

A veces me parecía que cuanto más sobria vestía, incluso algo masculina, como esa noche con aquella americana recta, más feminidad irradiaba.

Y me volvía loco cada vez que algún camarero se acercaba, y más cuando se levantó para ir al baño, y más cuando el champagne fue bajando... Hasta el punto que llegó un momento en el que no pude evitar susurrarle:

—Te miran todos... Su respuesta ya no fue como habría sido meses atrás. Ya no había rastro de aquellos: “estás loco”, “la gente está a lo suyo”, ni aquellos “tú crees que todos quieren... conmigo”. No. Su respuesta fue: “Pues que miren”, dicho con una seguridad y una auto conciencia imponente.

Salimos de la cena con la intención de tomar una copa por allí cerca. Fuimos hacia recepción a preguntar por algún sitio y yo caminaba al lado de María, y se me hacía raro verla en botas altas, pero las llevaba como si las vistiera a diario. El chico de recepción nos dijo que al ser viernes y zona de negocios no habría mucho ambiente, pero nos indicó un local no muy lejano, pero al que había que ir en taxi. Nos inclinamos por esa opción, tampoco teníamos otra. Además, así no tendríamos que abrigarnos, al ir de puerta a

puerta. Y pronto íbamos en el coche y parecía un poco una ciudad fantasma, noche cerrada, pero, afortunadamente, cuando llegamos al sitio indicado descubrimos que al menos allí, para tomar una copa o dos estaríamos bien. El local estaba casi completamente ocupado por hombres y mujeres de negocios que trabajarían en oficinas cercanas y tenía pinta de que no cerraría demasiado tarde. Yo, de nuevo, volví a disfrutar de las miradas furtivas y de los cuellos torcidos... pero nos faltaba algo. Algo más.

Tras hablar un poco del viaje, de programar lo siguiente y ordenar un poco lo que nos quedaba, cambié bruscamente de tema:

—Sabes que puede parecer que no llevas nada debajo, ¿no? —le susurré, los dos sentados en unos taburetes junto a una mínima y bastante alta mesa redonda.

—Es un vestido americana, se lleva así.

—Bueno, eso no cambia que pueda parecer que no llevas nada debajo...

—Pues te puedo asegurar que algo llevo —rió, y la noté más tocada por el champagne y el vino de lo esperado.

Me quedé mirándola. Le brillaban los ojos. Se le humedecían los labios cada vez que sorbía del cocktail. Hablamos de que había merecido la pena postergar nuestra Nochevieja. Y el viaje, en el fondo, estaba yendo genial, como lo esperado o incluso mejor. Recordamos varias anécdotas que habíamos tenido conduciendo, ambos hablábamos bastante bien inglés, pero eso no había evitado que nos hubiéramos perdido varias veces... enfadándonos... De esos mini enfados de quince segundos que ahora nos hacían reír.

Tras un breve silencio me dijo:

—¿Sabes qué?

—Qué.

—Que llevo debajo cosas... pero no todas... Me quedé extrañado. Gratamente extrañado. Desde luego no era muy dada a esas sorpresas.

Le indiqué con la mirada que era todo oídos, o todo ojos, y ella desabrochó el único botón que mantenía su americana larga cerrada. Ante mí apareció un top lencero sedoso, negro... satinado... que deslumbraba a pesar de su oscuridad... Y no había que ser muy avisado, más bien no había que estar a menos de diez metros, para saber que bajo aquel top no había nada más que dos tetas imponentes y dos pezones tremendos que maltrataban la seda sin ningún complejo. Alucinaba como mantenía aquellas tetas erguidas a pesar de su tamaño... era un escándalo, y pensé que había tenido que

disimular a propósito, todo aquel tiempo, para que no se notase que iba sin sujetador, a pesar de la americana tapándola; quizás había planeado desde el principio no mostrarme aquel secreto hasta aquel momento.

—Joder, María... —dije y ella cerró un poco la americana.

—Qué... —dijo intranquila, mirando disimuladamente a izquierda y derecha.

—¿Y eso...? ¿Y... bragas...? —pregunté mirando hacia abajo, viendo que lo que llevaba debajo no era una mini falda si no unos shorts también negros y de textura similar al top, y que parecían finísimos; más parecían un pantalón corto de pijama.

—Bragas sí... ¿No te llega? —preguntó tonteando.

—Claro que sí... Ábretela otra vez.

—¿No es... un poco desmadre...? —preguntó, pero daba la sensación de que en el fondo deseaba obedecer.

—No nos conoce nadie.

María se abrió de nuevo la americana y las tetas bajo la tela aun me parecieron más tremendas, el relieve que formaban era escandaloso y cómo se le marcaban los pezones un abuso. Y no solo era eso, el escote dejaba sin aire, se veía no solo el nacimiento de sus pechos, si no bastante mas... y un canalillo ancho... La libertad de sus pechos era casi total... Bebíamos en silencio... Yo la devoraba con la mirada. Pero aun faltaba algo. Los dos lo sabíamos.

Era tan obvio que, tras un par de minutos, ella, sin cerrarse la americana, dijo:

—¿Qué hora es allí? ¿Le escribo? Me subió un cosquilleo por el cuerpo. Aquella pregunta llevaba implícita una necesidad de jugar.

Inevitable. Me acerqué a ella... Llevé mi cara cerca de la suya... Me embriagué del olor de su melena espesa que me envolvió de arriba abajo, estuve tentado de acariciar su pecho, pero me contuve, y le respondí: —Allí serán... como los 5 o 6 de la madrugada.

Abrió su bolso, cogió su móvil y entró en los chats. Entró en la conversación con él. No hacía mucho que se había conectado. María me miró como pidiéndome ideas. Hacía una semana que no escribía. Yo no sabía qué decir. Ni sabía si estaría despierto, ni si volvería a picar otra vez. Besé su mejilla y rocé disimuladamente su pecho, con el dorso de la mano, roce que se me hizo insuficiente, así que opté por palpar su teta más cercana a mí, recogerla con mi mano sobre la tela, levantarla un poco, sentir su pezón en el

medio de la palma, y dejar caer su teta otra vez.

—Shhh... para... —dijo encantadora, en un susurro, apartándome disimuladamente la mano. Para llevar entonces ambas manos a su móvil y teclear.

Besaba lentamente su cara y su cuello. Y ella se dejaba y escribía. Acabé por girar mi cara y leer en la pantalla algo que desde luego no esperaba. Quizás María temiera tanto como yo que ya no iba a ser posible que el chico cayera más en la trampa. O quizás fuera el alcohol, o que al estar de viaje le diera todo más igual. Leí:

—Si esta noche eres original te mando foto.

—¿Qué te parece? —me preguntó antes de que pudiera digerir lo que acababa de leer.

—¿Foto de qué? —alcancé a preguntar.

—No sé. Ya veremos. A ver como se porta.

La excitación. La tensión. La intriga... sumado a ver a María marcando tetas de aquella manera, me estaba volviendo loco. No suficiente con eso, me daba la sensación de que unos tres o cuatro señores, que pasaban de los cincuenta, que estaban en una mesa cercana a la nuestra, eran conscientes de lo que María no llevaba.

Álvaro no solo no respondía, si no que no se conectaba. La espera era insoportable. Las copas fueron bajando y nos empezábamos a desesperar. Realmente lo necesitábamos, necesitábamos aquello. Y me daba la sensación de que ella aún lo necesitaba más que yo.

Estábamos a punto de desistir, a punto de irnos. A pesar de mi calentón por el exhibicionismo de María, quizás la cosa se enfriase de camino al hotel y ni llegásemos a follar. Podríamos releer los párrafos de Álvaro, pero por algún motivo no era igual si la interacción no era prácticamente simultánea.

María posó su copa. Acabada. Y ya nos íbamos, hasta que, en ese preciso momento, uno de aquellos hombres de la mesa de al lado pasó por nuestro lado, por el lado de María, y le dijo algo.

Al principio pensé que era un comentario, quizás desagradable por cómo llevaba una hora marcando tetas a escasos metros de ellos. En un primer impulso pensé que sería algo así y que pasaría de largo. Pero no. María le dijo que no le había entendido. Y él se lo repitió. Y María lo entendió, y yo lo escuché.

Le dijo, en inglés, que por qué no se unía a su mesa. Al usar la palabra

“you”, yo no sabía si la propuesta era solo para ella o también para mí. Pero era obvio que la querían a ella.

CAPÍTULO 28

No pude ni reaccionar. Ni María tampoco. Antes de que se diera cuenta, se veía obligada a bajar de su taburete, pues aquel hombre, educadamente, casi solemnemente, le pedía disculpas por no haberse presentado. Miraba de reojo como se estrechaban la mano mientras yo era abordado por sus dos colegas que hacían lo propio conmigo. Viéndome obligado también a bajarme de mi asiento y estrecharles la mano.

A un lado de la mesa sus amigos invadían mi espacio, y al otro, aquel hombre le hablaba distendidamete, mientras María, ocultaba con su americana sus pechos de forma que pretendía ser disimulada, pero más bien conseguía lo contrario.

Todo había ocurrido en medio minuto. Cuando me pude dar cuenta mis nuevos amigos tenían sus cocktails posados en nuestra mesa y me preguntaban de qué parte de Europa era.

Aquel asalto, aunque con un poso cortés, había sido ciertamente violento, y yo intentaba escucharles a la vez que tenía puesto el oído en la conversación de María con el otro hombre.

Llegué a girar la cabeza un momento mientras fingía interés por lo que me contaban, y me pude fijar mejor en aquel hombre que le hablaba a María con voz seria y madura, pero limpia. Tendría unos cincuenta y pocos años, o incluso algo más. Con el pelo íntegramente canoso y barba también blanca y recortada meticulosamente. Tenía mucha planta, mucho porte. Era grande pero proporcionado, fornido, no desgarrado. Su traje no tenía pinta de ser barato y su chaqueta parecía, cuando me daba un poco la espalda, una manta enorme.

Recibía las frases de aquellos hombres por lo que, al tener que prestarles atención, me impedían obtener el tiempo necesario para fijarme también en María. Me contaban que eran de una ciudad cercana, cercana para las distancias de allí, lo cual a mí me parecía lo contrario, y estaban allí por negocios. No me dijeron el motivo de su intromisión, pero parecía claro. Le

estaban haciendo la cobertura a su colega de forma descarada. Y yo no alcanzaba a entender cómo estando conmigo, incluso habiéndola besado en la mejilla en su presencia en algún momento, habían tenido el descaro de abordarnos.

Yo estaba nervioso. Suponía que en cualquier momento escucharía un “vámonos” de María, pero no se producía. Antes de que me pudiera dar cuenta, mientras uno me entretenía, su amigo había ido a la barra y había vuelto con los cocktails exactos que María y yo habíamos estado tomando.

Intenté mirar a María cuando uno de ellos levantó la voz, captando mi atención, haciéndome una pregunta que me vi obligado a responder. Cuando me pude dar cuenta hablaban, y yo escuchaba e intentaba participar, para disimular, de California y de Europa, de diferencias culturales y de forma de vida. Me llamaba la atención de que no hablaban de España y Estados Unidos, si no que la comparación la enfocaban de aquella manera.

Tuvieron que pasar más de cinco minutos hasta que yo pudiera colocarme, alrededor de aquella mesa, de forma que pudiera escuchar algo de la conversación de María con aquel hombre.

Escuchaba frases sueltas. De él. La estaba adulando.

Yo seguía sometido a mi marcaje, pero no daba la impresión de que el cortejador de María tuviese con ella una actitud tan invasiva, si no todo lo contrario, le daba su espacio y por lo que podía ver de reojo del lenguaje corporal de María, ella estaba más relajada. Sorbía de su copa que posaba de nuevo en la mesa, sonreía nerviosa cuando él hablaba de ella y asentía serena cuando hablaban de otra cosa. Se dejaba cortejar con entereza. Sin prisa por cortarle. Tampoco él parecía apresurado, si no todo lo contrario.

Parecía una especie de intento de conquista a la antigua. Pero no se desprendía que fuera impostado.

Y escuché otro halago por su parte y conseguí mirarla, mirarle a la cara, y lo que vi me disparó las pulsaciones, su expresión facial, sobre todos sus ojos... Aquel hombre la atraía.

Fue chocante. Me sorprendí a mi mismo, tan seguro de mi cábala, solo por aquella mirada. Pero es que... era muy inequívoca. Cuando su lenguaje gestual aun parecía seguro, pero sus ojos enfocaban con semejante intensidad... Es que no tenía ninguna duda. El paso de creer que pasaría de él inmediatamente a ver aquella mirada me sorprendió y me impactó, por insospechado, y por relevante.

Mis manos comenzaron a temblar. Aquello lo cambiaba todo. Todo

estaba pasando demasiado rápido. Otra vez aquella sensación de descontrol. En teoría aquel viaje iba a ser un oasis en medio de tanta tensión emocional como consecuencia de nuestro juego. Y, de golpe, me veía en medio de aquello, sin haber planeado nada, sin verlo venir, y, sin saber cómo reaccionar. Otra vez aquellos nervios... y aquel hormigueo, por ver a María siendo el objetivo claro de otro hombre. Pero, sobre todo, era su semblante, su mirada de que sí, de que aquel hombre le atraía, era lo que más me mataba.

Apenas conseguía articular ninguna palabra coherente, para colmo en otro idioma, mientras buscaba a María con la mirada, mirada que no encontraba. Aquel hombre seguía adulándola, pero sin hacerla sentir incómoda del todo. Pero yo la conocía, y notaba en sus gestos que, a pesar de estar a gusto, se sentía un poco intimidada. Tenía aquella mirada mansa, de no sentirse con el poder, con el control del cortejo. Acostumbrada como estaba a dominar hasta el maltrato a Álvaro, lo vivido con aquel otro niño en la casa rural, que de niño que era no habíamos vuelto a hablar de él, como si fuera un tabú implícito, y de golpe se veía atacada, educada y sutilmente, por un hombre veinte años mayor, con aquel temple, en otro país... con aquella percha, aquella planta imponente, que parecía embelesarla.

Fueron pasando los minutos hasta que conseguí por fin conectar mis ojos con los de María. Su mirada no la entendí. Mostraba tranquilidad, eso sí. Pero no estaba seguro de si me estaba pidiendo permiso para hacer algo. Suponía que no, sobre todo porque a aquellas alturas era obvio que yo siempre iba a querer que pasase algo... pero me pilló por sorpresa, porque empecé a pensar precisamente en eso, en si realmente podría pasar algo.

Dudé en excusarme para ir al cuarto de baño y así a la vuelta poder colocarme otra vez de tal forma que pudiera escucharles. Sopesaba eso mientras seguía mi conversación banal con mis captos e intentaba volver a mirar a los ojos de María, la cual, con los ojos grandes y achispados bebía de aquel cocktail, con la mirada profunda, clavada en él, sin perder ni un detalle de lo que le decía, con una atención y una intensidad que a cualquiera le abrumaría. Allí plantada, con las botas ancladas al suelo y aquella americana algo abierta... lo suficiente para que se le vieran los shorts y el canalillo, pero no lo insuficiente como para que se le viera la silueta de las tetas y los pezones maltratando la seda negra... que era lo que no solo yo sabía, si no todos sabíamos, como consecuencia de su exhibicionismo previo. María, allí, era una auténtica bomba, contenida, por detonar, que a mí me estaba matando, pues no me decía nada y yo hacía tiempo que empezaba a necesitar

saber qué quería.

Finalmente pude recolocarme casi al lado de ella, con la pequeña mesa en medio, pero, en paralelo, les alcanzaba a escuchar. Ella sonreía y sorbía de su pajita y aquel hombre no cambiaba el semblante. Era como un martillo, constante y sin duda perspicaz para captar así la atención de María. Cuanto más me fijaba, quizás por las complexiones y por el lenguaje corporal, más vulnerable me parecía ella y más imponente me parecía él; y quise observarle bien, con imparcialidad, y apartando las reticencias por la edad, acabé por rendirme: era un hombre maduro ciertamente atractivo.

Otra vez uno de mis asaltantes solapó las voces de ellos de tal manera que no podía captar tres frases seguidas que me iluminasen sobre el contenido real de la conversación de María con aquel hombre, y yo maldije que no pudieran ser como una radio a la que apagar. Su bloqueo era exhaustivo y yo no alcanzaba a entender cómo, por mucho que le cubriesen, podían plantearse aquel tipo de asalto a una mujer, estando su novio al lado.

María posó su copa por última vez. Yo hacía tiempo que había terminado la mía y le preguntaba al que nos había invitado cuanto le debía. El hombre me decía que no le debía nada y cambiaba de tema, mientras yo ya esperaba que María me dijera que se quería ir, cuando pude por fin escuchar sus frases con él de manera más continuada.

Quizás al ver nuestras copas finiquitadas aquel hombre quiso intentar un cambio de ritmo, pues llegué a escuchar perfectamente cómo le decía que era la chica más guapa que había visto en mucho tiempo. Me quedé sorprendido. Quieto por un momento. Como si por quedarme así pudiera escuchar mejor.

María no le respondió a aquello y no pude ver si le había respondido de gesto, así que me giré para verlos, aprovechando que, por una vez, ninguno de los otros dos hombres me hablaba.

Cuando, entonces, aquel hombre le puso la mano en la mejilla a María, que se sonrojó, y yo me quedé helado. Su mano, que en otra persona parecería forzada, en él no. Todos los gestos que hacía podrían ser peculiares pero se veían auténticos. Su mano allí daba una impresión de sobre protección, pero también de dominio. Le dijo algo al oído que no escuché. Al ver sus caras tan cerca me infarté. María no me buscaba con la mirada y aquel hombre retiró su cara de su oído y su mano de su mejilla, y le dijo en voz baja, aunque lo pude escuchar:

—¿Seguro que es tu novio? A mí me subió algo tremendo por el cuerpo, aun más. Y no tuve tiempo a sentir más hasta que María respondió:

—Si.

—¿Y por qué no lo parece? El hombre hablaba claro y seguro. Con una dicción y con una elocuencia que seducía.

—¿Cómo que no lo parece? —respondió ella, incómoda, sin saber ni dónde poner las manos.

—No sé, llevaba un rato observándoos. Hay algo raro.

—No hay nada raro. —replicó ella, más incómoda, llegando a llevar una de sus manos a apartar un pelo que no molestaba, de forma automática y precipitada.

—Hay algo raro y mandas tú. —dijo aquel hombre categóricamente.

—¿Yo? Yo no mando nada —sonrió María, intentando quitar tensión, fuera como fuera.

Se hizo un silencio terrible. La mano de aquel hombre fue hasta acariciar con el dorso la mejilla y cuello de María. Mano que ella no apartaba. Y finalmente él dijo:

—Sí que mandas. Las mujeres guapas siempre mandan. Mandas en él. Mandas en mi. Mandas en todo este sitio... Yo estaba siendo testigo de aquel cortejo extraño, inusual, y estaba bloqueado, como bloqueada parecía estar María, que solo respondía con silencios. Silencios que aun calentaban más el ambiente y asfixiaban más que las propias frases de aquel hombre, el cual parecía querer llegar hasta el final.

—¿Si no es tu novio porque parece que ahora podría besarte? —preguntó, y aquella pregunta cayó como un proyectil en mi cuerpo, en el de María, y alrededor de toda la mesa.

Se hizo otro silencio irrespirable. Pensé que ella me miraría, pero no lo hacía, no reaccionaba. Y los otros dos hombres hablaban entre ellos y María seguía con su semblante que había pasado de nervioso a sobre pasado, pero intentó fingir arrogancia:

—No puedes —susurró

—¿Seguro?

—No, no puedes —repitió en un susurro más tenue.

El hombre se acercó lentamente, posó su otra mano en el otro lado de la cara de María, acercó su cara a la suya, llevó sus labios a los suyos y ella cerró los ojos lentamente, en una caída de ojos eterna y cuando me pude dar cuenta sus labios se juntaron, los brazos de María caían muertos y rectos hasta que la lengua de aquel hombre invadió su boca y sus manos fueron a la cintura de aquel hombre. Que besaba a un metro de mí, allí de pie, a María,

delante de mi y de sus dos colegas, le metía la lengua a María y disfrutaba de su lengua y de su boca, y ella se dejaba humedecer los labios, se dejaba invadir... se dejaba besar y mantenía sus manos con sutileza en la cintura de él y no hacía por parar aquel beso eterno que me partía el alma a la vez que me mataba del morbo, por la humillación que entrañaba aquel acto, aquella desfachatez de conquistarla paso a paso en mi presencia, hasta besarla, hasta fundirse con ella en su boca. Así. Tan fácil. Se comía la boca de María y yo infartado y bloqueado quería morirme, de celos y de morbo. Y le odiaba a él por su osadía, le envidiaba por su seguridad y... amaba a María como solo la amaba en aquellos momentos... Acabó por separarse de ella y abrieron los ojos. Mantenían las manos en sus respectivos sitios y yo esperaba la mirada de María, la mirada hacia mí, creo que todos la esperábamos. Y se produjo: Giró la cabeza hacia mí, pero no le dio tiempo a mostrarme nada con sus ojos, pues su mejilla fue atacada frontalmente por un beso, suficiente para que entrecerrara los ojos. Las manos de aquel hombre abandonaron la cara y el cuello de ella para postrarse en la cintura de María, por dentro de la americana. Completamente pegados, su boca fue de su mejilla a su cuello y ahí ella cerró los ojos completamente.

No fui capaz de seguir mirando. Pero aun apartando la mirada seguía viendo la imagen de María entre cerrando los ojos acosada por aquel beso en su cuello. Tan vulnerable, de repente, ante aquel hombre. Y yo no podía ni resoplar para quitarme aquella tensión. Mi cuerpo decidía cuando respirar y cuando no. Sin querer mi mirada acabó topando con la mirada de los otros dos hombres que inexpresivos parecía que habían cumplido su misión y ya no se veían en la necesidad de hablarme.

Volví a mirar a María y de nuevo se dejaba besar. Unos besos que empezaban y acababan cuando él decidía. Pero lo que más me mataba no era cuando su lengua la invadía, ni cuando la caída de ojos de María mostraba placer y además clemencia, si no que cuando él cortaba el beso, María parecía recriminarle con la mirada que no siguiera matándola con su lengua... Sus colegas apartados, ellos besándose, él besándola con aquella suma lentitud y delicadeza y yo, en el medio, sentía un sentimiento de humillación tremendo... me sentía tan cornudo, pero a la vez tan excitado, que me parecía imposible llegar a sentir algo con semejante intensidad.

María seguía sin mover las manos de la cintura de su exitoso conquistador. Y las de él la acariciaban, siempre con sosiego y ternura y siempre en zonas accesibles y no prohibidas. Haciendo gala de no tener prisa

y de no querer forzar a María, la cual recibía aquellas caricias y aquellos besos con entrega contenida, dejándose hacer, como llevaba toda la noche haciendo. Dejándose conquistar, dejándose besar... dejándose acariciar en una actitud dócil y hasta sumisa, que yo no veía desde el día de la boda.

Hubo un beso en el que sus lenguas se fundieron ligeramente fuera de la boca de María, y sentí un golpe en el pecho. Y tras ese beso ella llevó una de sus manos a su melena y la colocó, presumida, sin llegar a abrir los ojos, para besarse otra vez. La vi guapísima, radiante, elegante... El premio que se llevaba aquel hombre no tenía precio... Y él tras aquel beso le dijo algo al oído y ella asintió. A los pocos segundos María cogía su bolso y se iba con él a la barra. La sensación de que se la llevaba, de que me la arrancaba, me destrozaba, a la vez que me excitaba. La conducía con la mano por su espalda, a la altura de la cintura, pero parecía que hasta sin tocarla... Y yo me quedé solo en la mesa. Destrozado, pero a la vez con un sentimiento agradable tremendamente extraño.

Los observaba en la distancia. María, acodada en la barra, con aquellas botas, con la americana que parecía que no llevaba nada debajo... Cualquiera que los viera pensaría: “vaya preciosidad de chica se ha ligado este maduro” o en una versión más grosera: “vaya pedazo de hembra se va a follar esta noche este viejo”.

Y la palabra follar cayó como un rayo sobre mi cuerpo. ¿Y si era posible? Había visto el deseo en sus ojos, y aquel hombre sabía lo que hacía, y estaba claro que no iba a parar.

CAPÍTULO 29

Yo sufría. Literalmente agonizaba. Ellos ahora no se besaban y bebían y hablaban otra vez. María no me buscaba con la mirada. Y no me parecía mal. De hecho llegaba a disfrutar de que no lo hiciera.

Mi soledad me hacía sentir más si cabe todo. En mi cabeza seguían rebotando las imágenes de la boca invadida por la lengua de aquel hombre. La imagen de los ojos cerrados y entregados de María, sus manos posadas en su cintura, con cuidado, sorprendida, vulnerable... no hacían si no aumentar mis celos... mi humillación, y también mi excitación.

Volví a mirarles y él le dijo algo al oído y ella rió, y aquella sonrisa que le mostró me mató más que un beso. Sentí que, de celos, me podría desmayar allí mismo. No sé si fui yo, con mi mente, quien dio la orden, o fue mi propio cuerpo, como si tuviera un mecanismo de supervivencia, un botón que pulsar de forma automática en el momento justo antes de entrar en colapso. Cuando me quise dar cuenta caminaba erráticamente hacia la barra y me colocaba a la espalda de María. En aquel momento el hombre volvió a colar las manos por dentro de la americana de ella, sujetándola por la cintura, sobre la seda de su top negro, mientras introducía su lengua otra vez en su boca. Aquello era sadismo. Sadismo puro. Sadismo de él. Y sadismo el mío.

María no era consciente de que yo estaba a su espalda. De que podía sentir a través de ella como disfrutaba de nuevo de otro beso... Mi novia, indudablemente caliente, se dejaba besar una y otra y otra vez por aquel hombre que de nuevo cortaba los besos cuando quería y tras hacerlo la miraba, a la cara, y yo no me podía creer que su mirada no fuera a su escote de vez en cuando. Ella se cerraba la chaqueta con frecuencia, pero, entre beso y beso, irremediamente aquello se abría, y yo podía imaginar la visión de los pechos de María que tendría aquel hombre. Sus pezones seguramente erectos. Su escote descarado... sus tetas bajo la tela pidiendo a gritos ser descubiertas. Si la tenía así de encendida por unos besos, si la acariciase en otras zonas se podría iniciar algo que a mi me mataría... que yo pensaba que

aquel osado no se merecía... y que a mi novia quizás acabara por encenderla.

Pero no lo hacía. No entendía cómo era capaz, pero parecía no querer cruzar aquella línea.

De nuevo la hizo reír y eso produjo que la cara de María se girara hacia la barra y pudiera percibirme de reojo. Algo dentro de mí aprovechó aquello y decidió que no podía más, y pronunció su nombre:

—María. María, me voy al hotel.

Ella se quedó en silencio. El hombre bebía de su copa, sin interrumpir, sin ponerse nervioso en absoluto. María se giró del todo, me miró y no me dijo nada. Y yo proseguí:

—Tú quédate.

—¿Estás seguro? —dijo.

—Sí, llámame con cualquier cosa.

—¿Seguro? —repitió. Pero el deseo estaba allí, se sabía, todos sabíamos que aquellos ojos irradiaban un deseo que impresionaba... Su pregunta era casi retórica, no me pidió realmente que me quedara, no me dijo que no se fiaba de aquel desconocido y que no quería que la dejara sola... No. Y aquello me dolió, lo suficiente como para irme sin decir nada más.

Es indescriptible la sensación, los sentimientos, el agobio, la asfixia, que sentía en el taxi, en la recepción del hotel, en el ascensor, en el pasillo, en la habitación... Desesperación. Mareos. El silencio más absoluto en nuestra habitación de hotel me mataba. Ahora los nervios por esperar un mensaje de Álvaro me parecían surrealistas. Nervios, morbo... En mi mente se cruzaban imágenes de ellos dos... salteadas... dispersas... aleatorias... Era alucinante la seguridad con la que la había abordado aquel hombre. E impactante la mirada de rendición, tan inusual y casi antes de empezar, de María.

Me dolía todo el cuerpo a la vez que mi mente no dejaba de imaginar, de suponer, de adivinar lo que podrían estar haciendo. Mi imaginación volaba a una velocidad que mi mente no era capaz de digerir y mi polla no era capaz de tolerar.

Me desnudé. Temblando. Miraba el móvil constantemente a pesar de tenerlo con el sonido activado.

Completamente desnudo me senté al borde de la cama y me llevé las manos a la cara. Con la polla parcialmente erecta y todos mis músculos palpitando, con escalofríos, tiritando. No sabía si tenía calor o frío. No sabía si podría dormir, caer rendido por la tensión o sería totalmente imposible... Solo quería saber, saber lo que estaba pasando.

Me preguntaba cómo aquel hombre había adivinado que tenía vía libre para intentarlo con ella, que su novio lo toleraría, que extraña imagen podríamos dar para que lo pudiera adivinar. Llegué a plantearme que pudiera ser que María le hubiera echado algún tipo de mirada, pero me parecía extraño... Quizás simplemente había sido suerte... No tenía la cabeza para llegar a ninguna conclusión, y lo cierto era que no me importaba. Solo me importaba saber. Saber qué estaba haciendo María. Por mi cabeza se seguían cruzando las escenas más dolorosas y morbosas a partes iguales que mi cuerpo podía tolerar.

Estuve casi media hora en aquella postura. Como si fuera un drogadicto intentando superar la abstinencia. Temblando en espasmos involuntarios. Cuando escuché el ascensor abrirse en mi planta. Mis manos se apartaron de mi cara y mi cabeza se irguió. Escuché unos tacones y una voz femenina, hablando con alguien. No era ella.

Dejé caer mi torso hacia atrás. Mi polla caía rendida, sin entender nada e impregnando todo lo que rozaba con aquel líquido transparente que solo conocía de la parte morbosa de lo que estaba pasando. No conocía de mi desasosiego, de mi humillación, de mis celos... Miré el móvil. Hacía una hora que los había dejado solos. Me moría allí. En aquel castigo voluntario. Encerrado entre aquellas cuatro paredes que parecían reírse de mí, de mi locura, de mi tensión, de mi masoquismo.

Cuando había pasado lo de Edu no había llegado a sentir eso. Cuando estaba en la habitación de Paula no había sentido esa desazón. Quizás porque entonces lo sabía. Sabía que Edu se la estaba follando, pero ahora no, ahora no podía estar seguro, y esa intriga me tenía permanentemente al borde de un síncope fatal.

Había pasado una hora y media. Aquel local no cerraría tan tarde. Si María no había vuelto era porque pasaría la noche en el hotel de él. Estaba claro. Mi mente, al pasar aquella hora y media, vio clarísimo que María, mientras yo me compungía, temblando masoquista en aquella cama, estaba disfrutando, entregándose a aquel hombre, que ya la estaría penetrando en todas las posturas posibles. Deleitándose con el cuerpo de María, follándola sin entender, pero sin importarle, cómo yo podría ser tan idiota de entregarle semejante mujer. Me imaginaba a María completamente desnuda, sudando, cabalgando la polla dura de aquel hombre, gritando entregada hasta perturbar a los vecinos de habitación de aquel hotel. Me imaginaba a aquel hombre yendo a besar y a morder aquellas tetas preciosas y excelsas sin entender y

sin importarle cómo yo se las había entregado.

María, muerta de placer degustaría la polla de aquel hombre con su boca, cada vez, al cambiar de postura, se la comería y le miraría a la cara... y ella no pensaría en mí, solo tendría ojos para aquel hombre, como había demostrado durante casi toda la noche.

En esas ensoñaciones, que me parecían absolutas certezas, me encontraba, cuando escuché de nuevo la puerta del ascensor. Miré el móvil. Habían pasado casi dos horas.

Escuché pasos. Pasos de tacones. Hacía mi lado del pasillo. No hablaba con nadie. Y parecían solo pasos de una persona. Lo cierto era que deseaba que fuera ella, que viniera, que hubiera hecho lo que hubiera deseado, pero que viniera a salvarme. Unos nudillos golpearon mi puerta. Y me alegré.

Sentí un alivio tremendo que me permitió ponerme en pie con por lo menos algo de entereza.

No sé por qué abrí un poco la puerta y me retiré y me planté de pie, desnudo, con la polla semi erecta.... en el medio de la habitación.

María entró. Visiblemente ebria. Colorada. Con la melena revuelta y desordenada. Y me miró y avanzó, tocada, pero decidida. Dejó caer el bolso sobre la cama. Y se me acercó. Frente a frente no llegó a mirarme a la cara y me dijo al oído:

—Fóllame...

—Qué ha pasado... —pregunté inmediatamente y en su mismo tono.

—Fóllame... por favor... —suplicó en un suspiro, con los ojos cerrados, rendida.

—Pero qué pasó... —volví a insistir, mientras me atreví a acariciar su cara con una mano infartada.

Los dos con los ojos cerrados nos tocábamos aleatoriamente. En la cara, en la cintura, en el torso.

Yo le repetía una y otra vez que me contara qué había pasado... Su americana cayó al suelo y mi polla lagrimeante impregnaba, sin control, sus shorts y su camiseta... y ella mantenía sus ojos cerrados, implorándome, seguramente como nunca, que la follara.

Besé su cuello y su escote... y comencé a descender. Si ella me pedía por favor que la calmase yo le pedía por favor que me contase qué había hecho con él... qué había hecho él con ella... Seguí reptando hacia abajo... Solté un tirante de su top negro lencero, lo dejé caer por uno de sus brazos y salió a la luz un pecho enorme e hinchado. Lo toqué, estaba durísimo y más erguido

que nunca. El pezón parecía querer salir de su cuerpo y la areola me pareció colosalmente extensa... Con aquella teta al descubierto María gimió... y susurró:

—... No pasó... nada...

—Cuéntamelo... María... —Yo no la podía creer.

Llegué a descender hasta arrodillarme delante de ella. Y llevé mi cara a sus shorts. Posé allí mi nariz sobre la seda de aquel pantalón corto y María subida a aquellas botas y con aquel pecho al descubierto llevó sus manos a mi pelo, enredó allí sus dedos y gimió en un suspiro... repitiéndome:

—No pasó... nada... Levanté la mirada. Y ella me miró. Allí abajo. Sumiso y abandonado a ella. Desesperado por su confesión.

—Solo... lo que viste... nos besamos... —dijo con la mirada ida de deseo.

Tiré de sus shorts hacia abajo y los conseguí sacar por sus botas gracias a que su cintura era bastante elástica, y quise oler sus bragas sin quitárselas. María flexionó un poco las rodillas, facilitando que yo pudiera incrustar mi nariz en su entrepierna y embriagarme de forma tremenda de unas bragas que olían a sexo de una manera infartante. Le hice saber que sus bragas olían a coño. Le hice saber que sus bragas estaban mojadas... Ella, al escucharme, enredaba con más fuerza sus dedos en mi pelo... Le excitaba la confirmación de su humedad... aunque sin duda ya lo sabía.

Llevé mis manos a sus bragas y las bajé un poco. Me quedé boquiabierto, allí arrodillado, al descubrir que un hilillo transparente y espeso que emanaba de su coño no quería abandonar aquellas bragas... y un círculo más oscuro sobre la seda negra delataba una excitación extrema. No parecían las bragas de la chica elegante que había salido horas antes de aquella habitación, parecían las bragas de una hembra en celo, tremendamente cachonda.

Con sus bragas en mis manos hundí literalmente mi nariz en su coño, casi pude sentir sus labios tiernos y dados de sí acariciar mi cara... y olí de nuevo aquel olor a mujer... aquel olor a coño excitado y abierto por otro hombre.

—Cómo te huele, María... —resoplé extasiado...

—¿Sí... ? —preguntó en un suspiro mientras echaba su cabeza hacia atrás...

—Sí... —respondí y saqué mi lengua y noté un sabor salado y maravilloso, como si estuviera bebiendo literalmente de su coño... —Joder... cómo te huele... —susurré, casi para mi mismo... mientras ella flexionaba más las piernas para que mi lengua pudiera llegar más lejos... Le estuve un

rato comiendo el coño, allí, arrodillado, casi a cuatro patas, con mis manos yendo a su culo desnudo para sostenerme, mientras ella, con aquellas botas enormes y aquella teta colosal, que le daba una imagen tremendamente sexual e impactante, se acariciaba aquella teta, gustándose, mientras me sujetaba la cabeza con la otra mano para que la comiera más adentro. Ella susurraba unos “cómemelo...” totalmente desvergonzados y hasta me llegaba a marcar el ritmo de la comida de su coño con su mano... Yo seguía absorbiendo de aquel coño que parecía querer salirse de su cuerpo y cada vez que me apartaba un poco lo observaba con los labios más separados... enterraba mi nariz en su vello púbico, que era todo él un charco espeso y volvía a sacar mi lengua para alcanzar las partes más húmedas de su interior.

Me aparté. La miré. Ella con los ojos entrecerrados, no dejaba de acariciar su teta, pero no liberaba la otra, dando una imagen de guarra increíble. De nuevo ella parecía vanagloriarse de aquella exhibición, de aquel erotismo brutal que sabía que irradiaba. Allí, arrodillado, mirándonos, alargué mi mano para buscar introducirlo en su interior, en su coño, dicho dedo entró de una forma bestial, sin resistencia alguna. Y usé otro dedo... de forma similar... como si nada, absolutamente como si nada...

—Estás abiertísima... —susurré y ella me volvió a repetir en una súplica:

—Fóllame... fóllame, Pablo, fóllame por lo que más quieras.

Me puse de pie, frente a ella, y mis labios fueron a su mejilla, y fueron besando su cara lentamente hasta encontrarse con unos labios cálidos, que venían de besar innumerables veces a otro hombre, y que se fundieron con los míos, impregnándose entonces de lo que yo traía de su interior. Y los dos nos fundimos en un beso tremendamente guarro, que sabía a nuestras bocas, pero a la vez sabía a su coño, y ella no rehusó el beso, si no que saboreó a través de mi, su coño empapado, su coño empapado por otro, su coño empapado por un culpable, que no era yo.

Le insistí. Allí de pie. Cara con cara. Mientras soltaba su otro tirante y su top se iba bajando lentamente hasta enrollarse en su cintura. Acariciaba sus tetas tibias con las yemas de mis dedos, le soplabo en el oído mientras la besaba, y le suplicaba que me contase qué había pasado.

Ella, por fin... llevó sus manos a mi miembro, demostrándome que cuando estaba excitadísima sí lo tocaba, y comenzó a acariciarlo de forma tremendamente sutil, mientras me contaba que habían estado hablando y besándose en la barra hasta que el local había cerrado.

—¿Y allí no te tocó más?

—No...

—¿No te acarició las tetas...? ¿Cómo yo ahora...?

—No... No... No nos tocábamos más de lo que tú viste... Y... —me susurró en el oído mientras echaba la piel de mi polla hacia atrás con una delicadeza imposible— y... salimos fuera y me preguntó si quería que me dejara en mi hotel... o si quería ir al suyo... Mis manos seguían acariciando sus tetas con dulzura y cuanto más sutil era más me parecía que se endurecían sus pezones... Sentía unos nervios casi insoportables por su narración a la vez que, al sentir sus manos acariciando mi polla, me aliviaba y me reconfortaba.

—¿Y qué le dijiste? —pregunté.

—Le dije que me iba en taxi a mi hotel...

—¿Y por qué...? ¿Por qué le dijiste eso...? —pregunté sin saber qué quería escuchar.

—No lo sé... —respondió, con los ojos cerrados, con su cara en mi cara...

—¿Por qué? —insistí y ella no respondió— ¿No querías... que te follara...? —pregunté en su oído, gimiendo por la paja que comenzaba a hacerme y temblando de nervios por saberlo todo ya.

—No lo sé...

—¿No sabías si querías que te follara...?

—No...

—¿Y qué pasó después?

—Pues... insistió en traerme él.

—Y aceptaste...

—Sí...

—¿Vinisteis en su coche?

—Sí...

—¿Y qué pasó...?

—Me trajo hasta aquí... y ya...

—¿Ya...?

—Sí... nos despedimos fuera del coche.

—¿No os tocasteis en el coche? —No...

—¿Ni al parar el coche?

—No...

—Y os besasteis al final

—Sí...

—¿Y no te tocó...? ¿Ni al final...?

—No... —dijo en un tono diferente, algo despechado, apretándome la polla con un poco más de fuerza.

—¿Y querrías que te hubiera tocado...?

—Sí... joder, sí... Dios, Pablo, fóllame ya...

—¿Y cómo llegaste así... tan cachonda? Estabas abiertísima...

—Ya...

—¿Lo sabías...?

—Sí... joder... me... me toqué en el ascensor...

—¿Qué? —pregunté extasiado e incrédulo.

—Ahora... al subir... joder... me toqué un momento... y aluciné... Pablo, dios, fóllame de una vez

—volvió a implorarme en el oído.

Me imaginé a María en el ascensor, apoyada en el lado opuesto del espejo, viéndose en él, despeinada acalorada, excitada, y colando una mano bajo sus bragas y sus shorts... mirándose... muerta de deseo... jodida por no haber sido siquiera tocada... flexionando las rodillas para comprobarse mejor... mirándose, orgullosa de su cuerpo, pero decepcionada por no haber sido usada... con sus tetas enormes queriendo escapar de aquel top y sin entender nada... sin entender cómo no había querido tocarlas... lamerlas... y su coño sin entender por qué aquellos dedos conocidos la palpaban en aquel ascensor, en lugar de estar siendo invadido y destrozado por la polla de aquel hombre.

María no aguantó más e hizo porque ambos cayéramos sobre la cama.

—Me pongo eso —dije yendo a por el arnés.

—No, no te pongas nada... métemela, métemela ya. —dijo sorprendiéndome, tumbada boca arriba, con los tacones de las botas clavadas en las sábanas, pareciendo más grandes y bastas en aquel contexto.

Me tumbé sobre ella y ella inmediatamente me la cogió para dirigirla, para penetrarse. No tardó ni dos segundos en apuntar correctamente y tiró de mí para que la invadiese. Necesitada. Hambrienta.

Quería meterse aquello y me usaba, tirando de mí. Comencé a deslizarme entonces por su interior, hasta el final... y senté un calor y una humedad inmensas... cerré los ojos al fundirme con ella... la besé en la cara, en el cuello... y ella jadeó levemente... en un suspiro insuficiente. Esperaba un alivio y no encontró casi ni consuelo. Comencé a ir hacia adelante y atrás, con cuidado de no salirme, pero no le llegaba, estaba claro que no le llegaba,

e intentó ser paciente, pero acabó por pedirme que le diera más fuerte. Aceleré el ritmo, intentado buscar así más rozamiento, pero apenas sentía nada... su coño, otra vez tremendamente abierto, era demasiado que colmar para mi miembro... y ella apenas suspiraba y estaba muy lejos de gemir.

Seguía moviendo mi cadera adelante y atrás, ya con frenesí. Sus manos fueron a mi culo para ayudarme en aquel ritmo y mis codos se apoyaban a ambos lados de su cuerpo para sostenerme. La cadencia no podía ser más alta, pero ella seguía apenas sin jadear... Tuve que parar el ritmo... hasta casi parar del todo, pues no podía más y ella me pidió entonces que me pusiera el arnés.

Implícitamente me estaba diciendo que no sentía nada. Que su coño, tan abierto porque otro hombre la había puesto terriblemente cachonda... era demasiado para mi exigua polla... Otra vez aquella sensación de que María sexualmente estaba a otro nivel con respecto a mí... y que llevaba años conformándose cuando sabía que podría conseguir cuando quisiera el amante que, no solo quisiera, si no que seguramente se merecía.

Me retiré, de nuevo tocado en mi orgullo, inseguro... Buscando en aquella polla ficticia una seguridad que me hiciera complacerla. Mientras me la ajustaba veía como María, sin quitarse las botas, se daba la vuelta y se ponía a cuatro patas, esperándome, mirando hacia el cabecero de la cama, sin más ropa que el top enredado en su cintura y aquellas botas que clavaban la punta en las sábanas. Su imagen era brutal, tremenda, y casi grotesca, con aquellas botas hasta las rodillas y aquel coño abiertísimo, esperándome... pero esperándole a él, a aquel hombre del que yo no sabía ni su nombre, pero a buen seguro María iba a pensar en él cuando la penetrase. A buen seguro iba a imaginar que era aquel atractivo maduro quién la estaba follando... y quién sabe si no se estaría arrepintiendo de tener que usar la imaginación y aquella polla impostada... cuando podría haber tenido al original, montándola y destrozándola, en su habitación de hotel, durante toda la noche.

Me coloqué tras ella y ella levantó su cabeza, hacia adelante. Queriendo saborear, ahora sí, una buena polla abriéndose paso en su interior. Yo, con aquello puesto, más seguro, marqué más los tiempos, apoyé una mano en su cadera y apunté con la otra mano... Intenté penetrarla, pero no encontraba el punto exacto. Llevé entonces mi mano a sus nalgas... para separarlas y abrir así mejor su coño y apunté de nuevo... María se desesperaba, inquieta, no aguantaba más sin ser invadida.

Movía su cabeza y echaba su pelo a un lado, para que cayera toda su

melena por el lado izquierdo de su cuello. Conseguí embocar la punta y pude sentir su suspiro y cómo cerraba los ojos. Solo la punta de aquello tenía una anchura que duplicaba, o más, mi miembro, y ella lo agradeció infinitamente.

Me deslicé hasta la mitad por su interior y ella ronroneaba complacida... Soltó un “dios... qué gusto...” y yo me seguí enterrando en su interior, centímetro a centímetro, con aquella polla que no tenía final, con aquel coño que no tenía fin... Hasta que la empalé por completo y ella, como otras veces, movió su cadera en un círculo para sentirse plena.

Comencé a penetrarla lentamente... para después acelerar más. Ella al principio jadeaba, pero después gemía... y cuando la sentí excitada, a la vez que complacida, sí me atreví a susurrarle:

—Querías que te hubiera follado... Ella no respondía y echaba su cuerpo hacia atrás con violencia, para metérsela más y más, hasta el fondo.

La sujeté por la cadera, para que no se moviera, y la volví a penetrar lentamente, para que pudiera escucharme:

—No entiendes por qué no ha insistido... Si te lo hubiera propuesto solo una vez más ahora te estaría follando... —le dije mientras la sujetaba y ella apoyaba sus codos en la cama y enterraba su cara cerca de la almohada.

—Dame... joder... ¡dame más fuerte...! —me pedía ella, entregada y molesta porque hubiera aminorado el ritmo.

—Te tendría que estar follando ahora... ¿Te imaginas?

—Mmm... dame, ¡Dame, joder...! —volvía a protestar porque no aceleraba.

—Joder ,María... lo querías... lo queríamos todos... y él también quería follarte....

—Mmmm sii... joder... dame... no seas cabrón... Entonces sí aceleré el ritmo. Sin previo aviso. Frenéticamente. Comencé a follarla salvajemente.

Con tanta violencia que tenía que agarrar un poco la cinta del arnés con una mano para que no se descolocara... María comenzó a gemir, a gritar, produciendo un auténtico escándalo que tenía que estar escuchándose prácticamente en toda la planta del hotel. Ella se levantó un poco, para apoyarse no con sus codos si no con las palmas de sus manos y yo la embestía tan fuerte que sus tetas rebotaban entre sí por la violencia con la que la empujaba. Sus ¡!Ahhh! ¡dios! se hicieron cada vez más sonoros y cada vez más frecuentes, pero ella erguía la cabeza, orgullosa.. y se imaginaba seguro que era aquel hombre quién la follaba, aquel hombre corpulento, la destrozaba en su hotel y la follaba como a una puta, como a una guarra

cualquiera que acababa de conocer... y ella se retorció del gusto imaginándolo... y yo la sentía cerca del orgasmo y le llegué a insistir una vez más que me confesase que había estado a una sola frase de él de haber acabado en su hotel. Y se la metí hasta el fondo y me quedé dentro de ella, quieto, para que fuera ella la que se moviese adelante y atrás y así buscarse su orgasmo... pero no lo hizo. Se quedó quieta un instante. Pensé que estaría recuperando fuerzas para comenzar a moverse, para comenzar a penetrarse y buscar su orgasmo, pero no, se salió, lentamente, hacia adelante, sin culminar su orgasmo, y dejando un reguero brutal y viscoso que embadurnaba aquel cilindro color carne. Se salió y yo pude ver el agujero de su coño, tremendo... Una oquedad alucinante... Y ella dijo sin voltearse:

—Métemela tú... méteme tu polla en el culo.

—¿Cómo? ¿Qué? Pregunté sin entender nada.

—Dios, Pablo... necesito una polla... una polla caliente... Méteme la tuya en el culo, necesito sentir algo caliente dentro. Necesito... una polla caliente... y unos huevos golpeándome... No puedo más con esto... —no era una petición, era una súplica. Y lo decía sin mirarme... sin querer ser juzgada... Comencé a quitarme el arnés. Alucinado. Incrédulo. Lo dejé sobre la cama y me puse de rodillas tras ella. Mi polla bastante erecta y enrojecida recibió a mi mano que intentaba ponerla completamente a punto, intentaba ponerla completamente dura para darle por el culo a María.

Me masturbaba tras ella, pero ella no tenía más paciencia:

—Méteme un dedo —pidió, siempre sin girarse, avergonzada, mientras yo me pajeaba.

Introduje con cuidado, poco a poco, en su interior, en su ano, un dedo que entró con relativa facilidad. Ella bajaba la cabeza y erguía sus nalgas para que la penetración fuera más fácil.

Intenté un segundo dedo y comenzó a quejarse. Se quejaba pero no me pedía que parase. Llegué a meter casi el segundo dedo en su interior, pero se quejó otra vez, y un “Auu... para... para..” salió de su boca.

Decidí intentarlo. Me incorporé un poco más, poniendo las plantas de mis pies sobre la cama, y me puse como de cuclillas, dirigiendo mi miembro a la entrada de su ano. María no levantaba la cabeza y erguía la cadera para facilitarme la entrada. Llevé la punta a su culo y empujé con cuidado. Nunca lo había hecho. Ni María, según me había dicho. La intenté penetrar... me moría de morbo a la vez que sentía unos nervios terribles por no estar a la altura y desaprovechar aquella oportunidad, a la vez que decepcionarla. Lo

intenté con más fuerza pero no conseguía abrirme camino y mi miembro perdió dureza, hasta el punto de doblarse un poco al empujar. Me salí y di un par de golpes con mi polla en sus nalgas para endurecerla. Me salió automático y me vi raro y me puse más nervioso.

Cuando ella susurró:

—Métemela... Pablo... métemela en el culo... dios... como puedas... — me suplicó María, casi llorosa, y aquello no hizo si no meterme más presión... Lo volví a intentar, sin tenerla completamente dura y se volvió a doblar. Y María resopló. Desesperada. Y aquel resoplido me mató.

Y lo que vino después me mató aun más. Se dio la vuelta y cogió la polla de plástico que yo había dejado sobre la cama. Me pidió que apagara la luz y se tumbó, boca arriba, en un lado de la cama.

Yo no la veía bien, pero podía sentirla. Me tumbé a su lado y sentía como boca arriba, con las piernas abiertas y con las botas clavadas en la cama, se introducía aquella polla en su interior, y buscaba un orgasmo, pensando en aquel hombre, que al menos la calmara un poco.

Comencé a escucharla jadear. Yo inmóvil. A su lado. Escuchaba su respiración agitada y rebotaba en mi cabeza aquella frase suya, aquella súplica en la que pedía una polla caliente en su interior, una buena polla dura y caliente, y unos huevos golpeándola... No mi miembro mínimo y nuestro gélido consolador... Era una humillación tremenda sentir como comenzaba gemir, a mi lado, clavándose aquello, ensartándose ella misma aquella polla mientras pensaba en aquel hombre. Arrepintiéndose, seguro, de haberle dicho que no, arrepintiéndose de que aquel hombre no le hubiera insistido, una vez más, solo una vez más.

María gimoteó un “Ahhh.... Ahhmmm” contenido, discreto, pero a la vez claramente audible, sin importarle que yo la escuchara claramente, y la cama comenzó a temblar con ella... durante unos segundos aquellos temblores delataban un orgasmo, ansiado, pero insuficiente, una triste sombra de lo que podría haber vivido, y de lo que seguro estaba imaginando, mientras se maltrataba con aquella goma inerte.

Mi novia acabó de correrse, y suspiró, al menos algo calmada. Y yo me preguntaba si se arrepentía... si tras aquel penoso orgasmo que había tenido con aquel frío cilindro se arrepentía de no haber pasado la noche con aquel hombre al cual había besado y había mirado con indisimulable deseo... Noté como se quitaba las botas, que caían, pesadas, sobre suelo. Y María se giró, dándome la espalda, dejando en mí un vacío y un silencio asfixiante. Cerré

los ojos y no sabía ni qué sentir después de todo lo que había vivido aquella noche.

CAPÍTULO 30

Tenía un palpito extraño, una sensación negativa, pero era el día, se lo iba a pedir, se lo iba a proponer. No podía aguantarme más.

Caminábamos por los jardines del Palacio de Bellas Artes de San Francisco; el sitio que yo había escogido hacía tiempo... y estaba muerto de nervios, pero, lo que era peor y pensaba que no sentiría cuando había comprado el anillo: estaba muerto de miedo.

No habíamos hablado de lo sucedido con aquel hombre desde que había pasado. Varios días obviándolo, escurriendo el bulto, como si nada hubiera pasado, a pesar del enorme elefante en la habitación.

Seguíamos con el paseo y algo dentro de mí me pedía que no lo hiciera, que no era el momento, pero otra parte de mí no podía aguantarlo más. Desde luego no era el contexto soñado ni las sensaciones adecuadas, pero no me veía volviendo con el anillo en la maleta.

Caía la tarde, era la hora exacta, la luz exacta. Era el momento. Pero mis sensaciones seguían sin ser las adecuadas. Todo me parecía un mal presagio. Quizás fuera paranoia, pero cada gesto de María hacia mí, desde lo sucedido la noche en la que había conocido aquel imponente hombre, me parecía querer indicar que no lo hiciera.

Paseaba con ella y hasta a veces no me daba la sensación de que fuera ella la que me acompañaba.

La sentía extraña... pero no podía retrasarlo más. Tenía que soltarlo. No podía soportarlo ni un segundo más.

Fue un salto al vacío. Sin red. Tan pronto detuve nuestro paseo y cambié el gesto, algo me subió por el cuerpo, María se extrañó y me pareció que me decía con los ojos: “Sé lo que vas a hacer. No lo hagas.” Pero ya era tarde, había activado los mecanismos, los automatismos ensayados... Y tras una breve y nerviosa introducción... me llevaba la mano al bolsillo del abrigo... Comencé a extraer de allí lo que ya era obvio cuando María llevó su mano a mi brazo y me detuvo.

De manera terroríficamente gélida me impidió sacar la caja y me dijo:

—Pablo, no.

La miré a la cara. Parecía otra persona. Me acaba de matar. Continuó:

—No me quiero casar contigo... de hecho ni siquiera estoy segura de seguir con esto... Sentí como si me clavaran un cuchillo en el pecho y algo me hizo erguirme, me levanté. Levanté todo mi tronco de la cama y abrí los ojos súbitamente. Me desperté.

Miré a izquierda y derecha. María yacía a mi lado, dormida. Entraba algo de luz por la ventana. Vi las botas estampadas de María en el suelo. El arnés, la polla de plástico sobre la cama. Seguía mareado. Aquello no había podido ser más real. Nunca había tenido un sueño tan sumamente sentido y vivido. Pero fue un alivio tremendo.

Me dejé caer lentamente otra vez sobre la cama. No quería despertarla. Boca arriba, con los ojos abiertos miraba un punto exacto del zócalo del techo. ¿Había sido un aviso? ¿Mi propio subconsciente me estaba diciendo que no lo hiciera? ¿De verdad le podía proponer aquello, con lo que estábamos viviendo en el aspecto sexual de la relación? Recordé a la María del sueño. Con los rasgos más marcados, parecía mayor, seria... hasta triste... Se me revolvía algo por dentro al recordarla, como una desazón... algo desgarrador.

Recordé también lo vivido con aquel hombre. Me preguntaba en qué grado de insatisfacción sexual tenía que encontrarse María para besarse con aquel desconocido apenas a los veinte minutos de conocerse. Y no lo había hecho por mí. Había habido un déficit de miradas entre ella y yo durante aquel flirteo y una prácticamente inexistente conexión visual una vez habían comenzado a besarse.

Me daba la sensación de que si no se había ido a su hotel a follar con él había sido por un milagro, un casual malentendido. Y es que cuando yo lo hacía con María, fantaseando con Álvaro, y después durante unos días no lo hacíamos, yo consideraba que llevábamos entonces unos días sin follar, pero comencé a plantearme que las cuentas de María pudieran ser diferentes, quizás ella consideraba que llevaba sin hacerlo desde Edu, desde que Edu se la había follado en la boda. Cuatro meses. Que lo que hacía conmigo y con el arnés no pasaba de parche insulso, de pantomima insuficiente.

Busqué dentro de mí lo que había sentido aquella noche. Y era algo diferente a lo de Edu e incluso a lo fantaseado con Álvaro. Intentaba explicarme a mi mismo por qué me había dolido más. Me preguntaba si

hubiera querido que María se hubiera ido a su hotel y estaba prácticamente seguro de que sí; me excitaba terriblemente que follaran y después me lo contara. Pero por algún motivo había un extra de dolor. Quizás fuera porque a Edu, en un primer momento, lo había elegido yo, que Álvaro seguramente a María le atraía, pero yo siempre había dado el visto bueno. Pero, con este, había sido demasiado suyo, demasiado elegido por ella. Era terriblemente egoísta por mi parte, pero el hecho de no haber participado yo para nada en lo que había pasado me dolía. Además, la conquista, tan sencilla... sumado a sus sonrisas en la barra... Casi daba gracias de que aquel hombre no viviera en la misma ciudad que nosotros.

Me giré. Intenté dormir. Pero no podía, y es que vino a mi, inmediatamente después, aquello que María había dicho de una polla grande y caliente... y unos huevos golpeándola. Había confesado, se le había escapado, que veía en el sexo con el arnés una frialdad absoluta. ¿Cómo nos podíamos plantear realmente basar todas nuestras relaciones sexuales en una fantasía...? Poco a poco nos habíamos metido en un callejón sin salida. No sabía en qué momento aquello había pasado de fantasía extra a elemento imprescindible, pero había significado seguramente el principio del fin.

De golpe todo me parecía terrible, y, lo que era aun peor: insalvable.

Me quedé dormido, tremendamente afligido. Angustiado. No le deseaba a nadie lo que estaba sintiendo... por lo que estaba pasando... era demasiado doloroso. Lo que no sabía en aquellos momentos, era que María vendría a salvarme.

CAPÍTULO 31

A la mañana siguiente desayunábamos en el hotel, esta vez con compañía; por casualidad habíamos conocido a un matrimonio de españoles que llevaban una ruta similar a la nuestra, yendo además, no solo cargados con maletas, si no con un niño y una niña realmente pequeños, de unos cuatro y ocho años. Yo hablaba con los adultos mientras María interactuaba con los niños, sobre todo con el más pequeño, y por el rabillo del ojo veía a la María adorable de siempre, no al horror con el que había soñado.

Básicamente les estaba tomando el pelo con un juego que se había acabado de inventar, pero el niño pequeño se moría de risa y, al hacerlo, María se tomaba la licencia de hacerle cosquillas en la barriga, haciendo ya con eso que él se desternillara. Cuando veía a mi novia así, me daba cuenta de lo que tenía y de la locura en que la había metido, y recordaba lo felices que éramos antes de aquel dichoso juego que nos estaba llevando a unos límites cada vez más peligrosos. Aunque en aquellos momentos pensara con la cabeza y me dijera a mi mismo de cortar todo, de dejar todo aquello de las fantasías, los cuernos... el exhibicionismo... sabía que, primero, en el fondo no quería dejarlo y, segundo, sabía que ya no había vuelta atrás, que nunca volvería ser igual.

Nos despedimos de ellos y volví a pensar lo que había pensado cuando habíamos estado por los pueblos de la casa rural, y es que esa pareja no se podría ni imaginar que tan solo diez o doce horas antes María se estaba besando con un desconocido, que de milagro no se la había follado... que de casualidad no estaríamos en aquel momento desayunando, si no ambos en la cama y ella contándome lo que había hecho con él. La miraba despidiéndose de los niños, en vaqueros, camisa rosa y jersey blanco de lana tremendamente holgado, y pensaba que si le dijeran a esa pareja lo que había hecho María la noche anterior no se lo podrían creer.

Reanudamos el viaje en carretera. Nos esperaba un largo camino hacia un Parque Nacional y yo no sabía cómo íbamos a fingir durante todo ese tiempo

que no había pasado nada. Pero cómo sacar el tema... Los dos disimulábamos que todo estaba bien, pero los silencios eran tremendamente incómodos.

Tan desesperado llegué a estar en uno de aquellos vacíos en nuestras conversaciones que, sin pensar, dije:

—¿Y Álvaro? ¿Te ha escrito al final?

—Sí. Bastante.

—¿Ah sí? —pregunté sorprendido— ¿Y?

—No lo he mirado. No quiero que vea que lo he leído. Ya me estará pidiendo la dichosa foto.

Eso fue lo único relacionado con nuestro caos sexual. Nada de lo del hombre de la noche anterior.

Nada de sus palabras sobre aquel arnés insuficiente. Nada más de Álvaro. Por supuesto nada de Edu.

Llegamos a nuestro destino. En pleno atardecer. Las vistas de aquellas estructuras geológicas... los desfiladeros... el tono rojizo... era absolutamente espectacular. Uno de los sitios más impactantes que había visitado. Nos quedamos en silencio un largo rato, pero esta vez el silencio no era perturbador, si no casi lo contrario. Estábamos maravillados y yo no podía desear estar con otra persona... vivir aquello con María me llenaba aun más. Estaba en el sitio exacto con la persona exacta, incluso soñada.

María inhaló aire, con profundidad, en un largo recorrido, cerró los ojos, y dejó que una suave brisa acariciara su rostro. Yo miraba su cara, su belleza, su paz... sentada a mi lado. Abrió los ojos y me miró, riéndose de que la estuviera mirando.

Nos quedamos callados. No se escuchaba absolutamente nada. Y fue ella la valiente:

—Bueno... ¿No me vas a preguntar nada más de lo de ayer? El momento tenía que llegar. Su tono fue dócil. Parecía querer simplemente poner las cartas sobre la mesa. Los dos lo queríamos. Aunque yo prefería que hablara ella.

—No sé... cuéntame lo que tú quieras —respondí.

Se hizo otro silencio. De golpe nos costaba buscarnos con la mirada.

—A ver... —volvió a lanzarse— sé que tenemos un lío importante... que... esto no es nada normal... pero sea lo que sea, el problema, sé que... eso, que lo acabaremos solucionando.

María no parecía esperanzada, si no segura, totalmente segura. Lo decía

además con sobriedad. Y como si aquella frase la hubiera estado ensayando en su cabeza.

Se hizo otro silencio que María rompió acabando de alegrarme:

—No sé, lo acabaremos solucionando. No sé si en una semana, en tres semanas, o en tres años, pero lo acabaremos solucionando.

Aquel “o en tres años” se convirtió, de golpe, en lo más valioso que había escuchado en toda mi vida.

No pude evitar sonreír. Sin querer.

A pesar de aquella alegría inmensa y repentina, mi subconsciente se quiso meter inmediatamente en un jardín del que no sabía si saldría bien parado:

—No sé si tiene solución todo... María. A ver, igual sí, pero...

—¿Pero qué? —me interrumpió— Nada será tan grave que no tenga arreglo.

—Pues... —dije dudando si echarme atrás— esto... lo de la excitación o... vamos...

—¿Qué? —preguntó ansiosa.

—Pues eso... que... si yo no te excito... no te pongo... puede que tenga difícil solución.

—Eso no es así y lo sabes —replicó casi sin dejarme acabar la frase.

En ese momento escuchamos a un grupo bastante numeroso de gente, turistas, que se acercaban a nuestro rincón privado. Pero María ni volteó la cabeza para mirar. Prosiguió: —Es más, ayer... me pusiste... muchísimo.

—¿Ayer? ¿Cuándo? ¿Por qué?

—Pues... una vez que me miraste, cuando yo me besaba con él.

—Si casi ni me miraste en toda la noche —dije, sin intención de hacer un reproche, pero sin duda aquello sonaba a exactamente eso.

—Sí, alguna vez te vi como me mirabas después de besarme con él... Y me pusiste...

—¿Te puse yo o te puso que te mirara?

—Es lo mismo.

—No, no es lo mismo —dije.

—Sí, porque si me hubiera mirado otro no me habría puesto ni la mitad. Entonces sí que es por ti.

—¿Y por qué te puso? —pregunté sin tenerlas todas conmigo.

—Pues porque... vi... no sé... es difícil de explicar.

—Inténtalo...

—Pues... a ver... porque al mirarme... la forma, no sé. Mira... diría que

fue porque me juzgaste.

—¿Te juzgué? —respondí sorprendido y de forma automática.

—Sí. Me juzgaste. Me miraste y...

—¿Qué?

—Pues que esa mirada estaba diciendo... vamos... que me llamaste guarra con la mirada, básicamente.

A María le estaba dando algo de vergüenza contarle, y a mi escucharlo, y no dejaba de sorprenderme que después de todo lo vivido aun nos diera corte hablar de esas cosas.

—¿Y eso te puso? —pregunté, algo reconfortado.

—Sí, me puso. Mucho. Es más... creo que gran parte de... de lo... excitada que me puse, o de lo que me ponía besarme con él... era por esas miradas. Que el hombre era atractivo... sí... pero ese punto de... de... pecaminoso... —dijo nerviosa y pronunciado yo creo esa palabra por primera vez en su vida— pues... lo daba que me mirases.

—¿Y cómo es que te besó? —pregunté, cuando yo lo que quería preguntar realmente era que cómo es que todo había sido tan aparentemente sencillo.

—No sé... Me cogió por sorpresa. Tenía mucha labia... ¿y acaso no crees que está permanentemente en mi cabeza que tú quieres que yo haga cosas con otros? Eso al final... pues... suma, no sé cómo decirlo. Y que... después de besarme viera tu cara... —¿Cara de qué? —pregunté curioso, sin ninguna acritud.

—Pues... de lo que te decía antes... de juzgarme. Me estabas llamando guarra con la mirada... y creo que... Mira, creo sinceramente que sin esa mirada la cosa hubiera quedado en tres besos.

—¿Y por qué no te fuiste con él? —pregunté sin estar realmente seguro de su última afirmación.

—¿Irme con él? Mira, si te digo la verdad no recuerdo para nada que te habré dicho anoche, al llegar. Estaba bastante borracha y ni sé lo que dije. Además en esas fantasías que nos contamos... cuando... estamos en plena faena... o no sé como decirlo... nos decimos muchas cosas, que, al menos por mi parte, no son una verdad... como pueda ser... —Notaba como María se estaba liando

— como ahora, no sé. Que lo de Edu fue una locura. Una gilipollez. Pero que eso no volverá a pasar. Que que me bese... es... parte del juego, pero ni de broma sería capaz de volver a hacer lo que hice, de llegar hasta el final.

No podía negar que me sorprendía lo que me decía. Que si eso era cierto eso supondría que María estaba en un punto mucho más lejano al mío de lo que yo pensaba. Se me ocurrían mil preguntas, pero no era capaz de hacerle ninguna.

Afortunadamente aquella marea humana de gente acabó alejándose un poco y aunque se les escuchaba a lo lejos, manteníamos casi intacta nuestra intimidad. Nos quedamos un rato en silencio y acabé por sentarme detrás de ella, abriendo las piernas y dejando que su espalda se recostara sobre mi pecho. La puesta de sol era indescriptible, perfecta. No tan perfecta era la piedra donde me sentaba, que me hacía tener que recolocarme un poco de cuando en cuando.

Comencé a acariciar su pelo. Ella cerró los ojos y besé sus mejillas. Su piel, así, al aire libre, en aquel entorno, refrescada por aquella brisa, me parecía más suave que nunca. Yo llevaba sutilmente su melena a un lado y a otro de su cabeza... despejando la nuca y su cuello... que acababa besando... provocando en ella un ronroneo de gusto y agradecimiento. No me cansaba nunca de besar aquellas mejillas, aquel cuello y de enredar mis manos en su pelo... María acabó por recostar su cabeza sobre mi hombro, su cara tan cerca de la mía era una invitación irrechazable... mis labios se juntaron con los suyos. Su boca se abrió y nuestras lenguas jugaron lentamente... Cuando me quise dar cuenta ya no nos besábamos, pero yo colaba mis manos por su torso, bajo su jersey y su camisa... acariciaba su abdomen y su sujetador, mientras la seguía besando en el cuello, en las mejillas y soplabla levemente en su oreja para hacerla estremecer.

—¿Sabes qué? —gimoteo ella, mimosa, dejándose hacer.

—¿Qué?

—Que... hablando de lo que decías antes de que no me pones...

—Sí...

—Pues que... no hace mucho... recordé algo, de ti, y... me puso... mucho.

—¿Qué...? —pregunté en un susurro en su oído, mientras mis manos sostenían las copas de su sujetador, cada una con una mano, notando en las yemas de mis dedos el encaje de un sujetador elegante y sutil, pero a la vez necesariamente contundente.

—Pues... es que... odio recordar nada... que tenga que ver con Edu... porque es un gilipollas... y no quería decírtelo... pero, es que, cuando tú, te... pones muy guarro, me pone mucho... y el día de Edu... que por muchos

motivos no quiero ni recordarlo... hiciste algo tan...

—¿Guarro? —pregunté.

—Sí... —dijo ella y se incorporó un poco, despegando su espalda de mi pecho, y se llevó las manos a la espalda, bajo su jersey y camisa, y maniobró a la altura de la mitad de su espalda, para soltarse el cierre del sujetador. Tras hacerlo se volvió a recostar sobre mí. Volví a llevar mis manos bajo su ropa, a su torso, a su piel. Primero en su cintura, después en su abdomen y después llegué a las copas de un sujetador que se sentía suelto, liberado. Pero más liberados quedaron sus pechos que noté como fluyeron hacia los lados de su torso, ocupando mucho más espacio bajo su ropa que antes.

Besaba su cuello mientras mis manos fueron colándose bajo unas copas que ya no contenían nada y me dejaban vía libre para que cada una de mis manos aplacara cada una de aquellas tetas que yo quería volver a juntar, como si mis manos fueran su nuevo sujetador. Las noté algo frías y sus pezones duros... lo cierto era que teníamos los dos algo de frío; el tacto de sus tetas y la dureza de sus pezones en la palma de mis manos me volvía loco. Y loco me ponía también no ser prácticamente capaz de abarcar cada teta con cada mano... Aquella complexión mediana y aquel jersey de lana grueso ocultaban un pecho precioso y voluptuoso que yo, cada vez que acariciaba, sentía que acariciaba por primera vez.

—¿Y qué fue eso tan guarro? —pregunté expectante, de nuevo en su oído, mientras masajeaba con delicadeza extrema sus pechos bajo la ropa.

—Pues... al final... recuerdas que él... bueno, que estaba encima de mí, y tú a mi lado... y que él, bueno, eso, que... eyaculó... sobre mí...

—Sí.

—Pues eso... que... eso, que se corrió sobre mi barriga y bueno, también... entre mis piernas, digamos...

—Sí...

—Y que después tú... quisiste, pues, comerme ahí abajo... y claro, estaba... manchado por él... Me quedé callado, esperando que ella detallase más, pero no lo hizo, así que acabé por preguntar:

—¿Y te puso eso? —soplé en su oído... besándola en el cuello, y conteniendo unas tetas que parecía que crecían en mis manos, haciéndose incontenibles.

—Sí... me pone... recordarlo... es que es... tan guarro... que, me comas ahí... lamiendo también lo que él echó sobre mí...

—Ya...

—Es súper guarro, Pablo... fue... súper guarro... —dijo para sí misma.

Durante unos instantes yo disfruté de sus tetas y ella disfrutó de mis manos. Los dos con los ojos cerrados. Quería solo sentir, no pensar, pero no podía evitar darle vueltas a que aquello pudiera ser el principio de algo, una rendija de luz. Que yo, o lo que hiciera yo, le pudiera dar morbo en algunos contextos desde luego sonaba mejor que mi idea de que yo ya no le atraía nada y en ningún momento.

Las sorpresas que me daría María en aquel anochecer no acabarían ahí. Tras maldecir que llevara aquellos vaqueros ajustados por lo que me obligaba a descartar maniobrar más abajo, y ella acabar por abrocharse de nuevo el sujetador... me dijo:

—Pablo, voy a hacer la cosa menos romántica del mundo, pero no me aguanto más, es que te juro que me da la risa.

Yo no entendía nada y María se separaba un poco de mí. Ahora nos mirábamos a la cara, y yo la miraba con cara de precisamente eso, de no entender nada.

—Te vi una sospechosa caja pequeña en la maleta... —dijo riendo por dentro, no por fuera, quizás para que no me molestara, y yo no era capaz de reaccionar— Te la vi hace unos días... ¿Creí que me lo pedirías hoy aquí...? —sonrió, guapísima, diciéndome con cada sonrisa que todo era un “sí”.

Yo, inmensamente feliz, pero contenido, haciéndome el indignado, le dije:

—Pues la verdad que en San Francisco iba a ser...

—Pues como no iba a ser capaz de fingir sorpresa después de habértelo visto... ¿qué te parece si te lo pido yo aquí? —dijo poniéndose de pie.

—Tú misma —dije, más feliz que en toda mi vida.

—¿Te casas conmigo? —preguntó solemne, pero graciosa, casi hasta payasa.

—¿No te vas a arrodillar? —pregunté vacilón y encandilado.

—¿¡Sí o no!?! —preguntó radiante, obligándome con su vitalidad y su alegría a ponerme yo también de pie, y dándome el mejor abrazo que jamás pensé que me daría nunca con nadie.

CAPÍTULO 32

Después de aquel momento incomparable ninguno de los dos quiso edulcorar la entrega efectiva del anillo de pedida. Como si lo hubiéramos pactado. María recibía el anillo en un hotel de carretera, en medio de la nada, no cutre, pero si ordinario. Mientras ella repetía que le encantaba, yo pensaba que nunca hubiera esperado dárselo allí, pero que me quedaría, y seguro ella también, con el recuerdo previo, al aire libre, ya casi muertos de frío, con aquellas vistas, en aquel paisaje.

Lo que nunca sabría María era las dudas terribles que yo había tenido, hasta el punto de plantearme dar marcha atrás.

Sentía júbilo, como cuando le pides a la chica que te gusta para salir con quince años y te dice que sí. Bajábamos las escaleras de la primera y única planta del típico motel, como los de las películas, y yo pensaba que aquel anillo era la confirmación absoluta de que era mutuo, de que todo era mutuo. Y entonces pensé que exactamente todo no, si efectivamente era cierto aquello que me había dicho, de que algo como lo de Edu nunca volvería a pasar. Y al írseme la cabeza a ese pensamiento me auto inculqué de no poder dejar esa parte de mi vida al lado ni siquiera en un momento como ese.

Aquel motel con plantas baja y planta primera, una gasolinera... una cafetería... Hacíamos kilómetros y kilómetros y todos parecían iguales, y me sentía como esos cantantes de gira que dicen no acabar sabiendo dónde están.

Sentados frente a frente en la cafetería yo la miraba obnubilado mientras ella indagaba en la carta.

Con aquellos jerseys de lana, tan gruesos y la camisa asomando por los cuellos y por abajo, estaba tremendamente adorable. Tremendamente adorable y para toda la vida. Lo pensé y no me asusté en absoluto, si no que una sensación maravillosa, como de orden, de paz, hasta de prosperidad... me envolvió como una enorme y cálida manta, como la manta que se le echa al naufrago por la espalda una vez, por fin, está a salvo.

Inevitablemente y con enorme ilusión, nos sumergimos en una

conversación en torno a la futura boda: sitio, invitados, forma, fecha... y estábamos bastante de acuerdo en que fuera discreta, con poca gente y sin mucha dilación, quizás ese mismo verano, en medio año, no más.

Parecía todo cercano y lejano a la vez. Tremendamente real a la vez que soñado. Yo estaba sobrepasado por esa noticia que de buena parecía como si no hubiera sido idea mía, demasiado buena como para no ser sobrevenida, y María estaba sobrepasada por una hamburguesa a la que no sabía por dónde recortar debido a su tamaño desmesurado. Fue entonces cuando vi la pantalla de su móvil iluminarse. No era un mensaje pues la pantalla no quería apagarse y María le dio la vuelta al teléfono con hastío.

—¿Quién es? —pregunté.

—¿Tú que crees? —preguntó queriendo mostrar desgana.

—¿Álvaro?

—Claro.

Miré mi móvil que también estaba sobre la mesa para ver qué hora era. Para Álvaro serían aproximadamente las cinco de la madrugada. Me sorprendió, pero recordé que era sábado. El saber que era sábado me llevó a recordar que hacía veinticuatro horas era viernes por la noche y María se besaba con aquel hombre. Veinticuatro horas atrás, y me parecía una vida.

—Habrás vuelto de salir de noche. O estará borracho por ahí, buscándote —dije.

María, dando bocados de pajarito a la hamburguesa, con los que podría tardar tres horas y cuarto en acabar aquello, resopló, posó la comida en el plato con cuidado, se limpió con una servilleta de papel y se dispuso a quitarse el jersey. No sabía cuánto de su calor era por temperatura o por agobio, agobio por aquella tremenda hamburguesa o por la llamada.

—Estoy bastante hartita de él. Le estoy cogiendo asquete —dijo ya solo en camisa rosa, espléndida, y urdiendo un plan te ataque con su mirada y sus manos para con aquella cena contundente.

—¿Te ha llamado mucho? —pregunté algo sorprendido, pues no había sido consciente durante todo el día de que su móvil hubiera sonado o se hubiera iluminado.

—Llamar no, pero sí que ha escrito cosas.

—¿Qué cosas?

—Pues cosas que cada vez me gustan menos —respondió desvelándome que entonces sí había leído finalmente aquel párrafo que le había pedido.

—¿Y eso? —pregunté pensando que me lo daría a leer.

—Pues no sé, un plan que no me gusta. Como agresivo o machista... no sé... de verdad que me está dando asquete. Estoy a nada de bloquearle.

—Bueno María, le pides que te escriba algo original a cambio de una foto. Lo hace, o al menos lo intenta, y no le respondes más.... Porque no le has respondido, supongo.

—No. Y menos con ese tonito, vamos.

Yo no quería que María le cogiera demasiada manía y también entendía bastante al chico. María, bueno, ambos, llevábamos dos meses mareándole, a cambio de absolutamente nada. Por otro lado tenía especial curiosidad por leer aquello que la había molestado tanto, pero no quise pedirle el móvil si no salía de ella.

Cambiamos de tema y en seguida volvió la María alegre de antes. Además, había algo en ella que parecía dar a entender que quería hacerlo esa noche, esas cosas se saben cuando llevas un tiempo juntos; la primera vez como prometidos, y yo estaba desconcertado: arnés, sí, no, imaginación sin más, ¿nada? Recordé los dos salvavidas que había lanzado a mi ego, aquello de que le había excitado que la mirase, aquello de que le daba morbo cuando hacía algo especialmente guarro... Me preguntaba qué de todo aquel batiburrillo se pondría aquella noche sobre la mesa, o, sobre la cama.

Subimos a la habitación y María ya sin pantalones ni jersey se lavaba los dientes mientras yo me desnudaba en el dormitorio, cada vez más intrigado por lo que le habría escrito Álvaro. Estaba totalmente desnudo cuando mi novia apareció en ropa interior y camisa, y con el móvil en la mano, mirando la pantalla.

—¿Te ha escrito más? —pregunté incontinente.

—No. ¿Quieres leerlo? Mi mirada debió de ser respuesta inequívoca pues ella me dio su teléfono y, mientras yo cogía su móvil y entraba en el chat de Álvaro, ella se tumbaba a mi lado, haciéndose con el mando a distancia.

Querría haber empezado por el principio, justo después de la petición de María de aquel párrafo original, pero inevitablemente me topé con el final de la conversación, por no decir monólogo. Vi un montón de “respóndeme”, “deja de putearme” y “no me coges el teléfono”. Efectivamente, aun siendo escritos, parecían gritos; algo desagradable.

Intenté entonces subir hacia arriba en la conversación sin hacerme *spoilers* a mí mismo de lo que escribía después, hasta que llegué al ansiado párrafo. Fue encontrarlo y aparecer él en línea, y tuve el pálpito de que en aquel momento él y yo nos mirábamos a través de la pantalla. Sentí un

extraño escalofrío, como si estuviera de golpe en una trinchera, oculto, con miedo a sacar la cabeza por encima de mi escondrijo. Aquel chico parecía no dormir nunca.

Boca arriba, desnudo, sobre la cama, me disponía a leer aquello mientras María hacía *zapping*, o tiempo, o las dos cosas. Álvaro comenzaba diciendo que una noche reciente había estado bebiendo con unos amigos en un descampado antes de entrar en un concierto, una vez allí, al rato, había visto a una mujer a lo lejos y había pensado que era ella, María, a la que había seguido hasta que con una profunda decepción se daba cuenta de que no era ella. Contaba que, esa noche, una vez ya de vuelta en casa, se había masturbado imaginando que sí era ella la chica del concierto, que la abordaba y la convencía para alejarse de la música e ir con él al descampado, allí donde había estado bebiendo con sus amigos. Y que, una vez allí, se besaban, en un principio, y la poca gente que aun había haciendo botellón comenzaba a mirarlos como se enrollaban. Una vez esa introducción el chico había escrito una frase bastante abrupta, que me cogió por sorpresa: “Después de besarnos me acababas chupando la polla y la gente comenzaba a rodearnos y a mirar cómo me la mamabas bien mamadita”. Impactado, releí esa frase varias veces, cuando María me volvió a la realidad:

—Veo que te gusta lo que lees.

Sin darme cuenta mi miembro había crecido y se había movido hasta apuntar hacia mi ombligo, reposando sobre mi vello púbico.

—Pues creo que aun no he llegado a lo mejor —respondí desinhibido, seguramente ayudado por las dos cervezas de la cena.

Me dispuse a seguir leyendo mientras María apagaba la luz y quedábamos solo iluminados por la luz que emanaba del televisor. Álvaro describía cómo el corrillo de gente les miraba mientras ella se la chupaba y él le ordenaba que se pusiera de pie y se diera la vuelta. El chico entonces no escatimaba en detalles para describir cómo se follaba a María allí, contra un coche, delante de un montón de gente. “¡Menudo pajote me hice imaginándome que te follaba contra un coche como una perra!”, “¡¡Gritabas que se te oía en el concierto!!” “¿Te pone cachonda mi historia eh, de cómo te follo como a una cerda y todos te miran?” “¿¿A que si??” Mientras leía aquello, María me sorprendía, sentándose a horcajadas sobre mí, y mi erección se tornaba en más que evidente.

—Pues sí que te gusta, sí. —dijo una María, haciéndose la indignada, pero pícara, en bragas blancas y camisa rosa, sentada sobre mí, pero sin

apenas tocarme. Mi polla, al sentirla tan cerca, dio un respingo, como un rebote, para captar su atención.

Para desgracia de mi polla, ella no la acariciaba, y, para desgracia de mi mente, el gran párrafo acababa ahí; pero seguí leyendo, frases cortas y sueltas en las que el chico le decía a María cosas tales como “se que te pones súper cerda mientras te escribo esto”, “en el fondo eres una guarra más, solo que más mayor, pero igual o más guarra que otras que me follo”.

El peso de sus frases era impactante. Es cierto que sonaba ciertamente desagradable. El chico tenía que estar muy borracho o muy salido o ya muy harto de ella para escribir eso, o las tres cosas.

Después de pedirle la foto que él creía merecer, había llegado a escribir: “¡¡me tienes hasta la polla, ERES UNA MALA PUTA!! llevas semanas riéndote de mi o qué!??”

— *Hostiás...* —dije en un suspiro.

—Qué.

—Joder... te llama de todo...

—Ya te lo dije, menudo idiota... —dijo María al tiempo que se desabrochaba la camisa y salía a la luz un sujetador blanco de encaje, con dos copas enormes, necesarias, por otra parte. Cuánto más rotundo y vasto era su sujetador más advertía e informaba de la generosidad de sus pechos.

A mí no me interesaba que ella se enfadase ni alarmase. Intenté quitarle hierro al asunto. Al fin y al cabo al chico no le faltaba razón; llevábamos ni se sabe cuánto tiempo con aquello.

—Me da igual, es un idiota... Y un buen cerdo —dijo, y no pude evitar responder:

—Cerde... es lo que te llama a ti.

—Ya... ¿y te parece bien que me llame eso? —respondió, en una pregunta trampa, que yo dudé si era por fin el inicio del juego o debía responder que no, que se había pasado. Me quedé en silencio.

Mirándola. Despeinada por haber estado acostada, con la camisa abierta... aquel sujetador enorme... su vientre plano, su cara, cansada y morbosa a la vez. Mi polla palpitó con vida propia, llamándola, sin que yo hubiera dado orden alguna, y su mano fue lentamente a ella, la recogió con sumo cuidado y echó la piel lentamente hacia atrás, haciendo nacer una gota transparente y tremendamente brillante que aparecía por la punta captando la atención de los dos. Aquel movimiento era una clara declaración de intenciones.

—Eh, ¿te parece bien que me llame eso? —preguntó mimosa, buscando protección, pero a la vez jugar. Y pasó la yema de su dedo pulgar por aquella gota... que esparció meticulosa y lentamente por mi glande, haciéndome temblar.

—Bueno... es normal... que esté enfadado.

Nos quedamos en silencio. Ella seguía con su movimiento mínimo con aquel dedo, mientras con la otra mano se recolocaba la melena o me acariciaba los muslos o el vientre, inquieta.

—También... —dije.

—¿También qué?

—También te llama... mala puta...

—Ya... menudo imbécil —dijo en un susurro, casi imperceptible.

María comenzó entonces a pajearme, muy lentamente. Mi polla casi chocaba con sus bragas debido a cómo estaba sentada sobre mí.

—Busca una de sus fotos —dijo, para mi sorpresa.

Yo recibía su lenta paja, que alternaba ahora con una y otra mano, mientras buscaba.

Le iba a preguntar qué foto quería, cuando ella detuvo la paja y apoyó mi miembro contra su entrepierna, en vertical, como un pequeño mástil que delimitaba sus bragas a izquierda y derecha. Y entendí, o supuse, qué quería.

—¿Quieres comparar? —pregunté.

—Mmm... es curiosidad...

—Qué cabrona... —dije sin que me molestara en absoluto, encontrando la foto en la que salía nítidamente la polla de él, agarrada por su mano. Un pollón importante, quizás no como el de Edu, pero seguramente del doble de tamaño del mío.

Le enseñé la foto y María fingió indiferencia, al menos no quiso mostrar impresión.

—¿Hasta dónde llegaría? —pregunté llevando mi mano a mi miembro, para que se mantuviera allí, erguido, discurrendo todo el tronco, de abajo arriba, frente a su entrepierna.

—... No sé... ¿Hasta aquí? —preguntaba ella mirando a mi miembro y a la pantalla, e indicando una altura considerable, prácticamente hasta su ombligo.

En aquel momento la luminosidad del televisor bajó en intensidad y María dejó caer el móvil sobre la cama. Casi irradiaba más luz el móvil, que era concretamente la foto de la polla de Álvaro, que el televisor. Ella llevó

entonces su mano a donde estaba la mía y comenzó a frotar mi miembro contra sus bragas... con una feminidad y un morbo tremendo, movía su cuello y me miraba. Movía un poco su cadera hacia adelante y atrás, para frotarse, y me miraba. Quizás, o seguramente, pensaba en la polla de él, aunque tocase la mía, pero no me importaba, si no todo lo contrario.

Recordé entonces que ella se había excitado porque yo la hubiera mirado mientras se besaba con el hombre aquel la noche anterior, y quise tirar de ese hilo.

—Eso de que te folle contra un coche... no me importaría verlo...

—¿Ah sí...? ¿te gustaría ver eso? —preguntó moviendo más la cadera adelante y atrás y aprisionando con más fuerza mi miembro contra sus bragas, y por ende, contra su coño.

—Sí que me gustaría... tu cara de guarra... siendo follada allí... María me miraba, atenta, con los ojos entre cerrados, en la penumbra casi absoluta de la habitación.

Y yo proseguí:

—Menuda guarra estarías hecha... dejándote follar por ese crío delante de mí... y delante de toda esa gente... Qué cachonda hay que estar para dejarse follar así y que todos miren... y unos alucinen... yo... me excitaría... como casi todos... y muchos también se reirían... en plan... hay que ser puta... María en ese momento se separó un poco las bragas... apartándolas de su coño, tiró de ellas hacia adelante, e introducía mi miembro entre la seda blanca y su coño... y tapaba mi polla... quedando esta aprisionada entre las bragas y aquellos labios que sentí ardientes. Lo hizo en un movimiento lento, sutil, certero. Y acabó posando su mano sobre su ropa interior, y apretó, pero sin tocarme. Mi polla lagrimeaba, aprisionada, habiendo cambiado la piel de sus manos por aquellos labios húmedos y calientes.

Nuestras frases, nuestros movimientos. Todo era improvisado, pues seguíamos sin saber hacia dónde íbamos. Qué fantasía escoger, qué tipo de ocurrencia decir... pero todo, en el fondo, parecía tener un sentido, un trasfondo ordenado.

María movía su cadera hacia adelante y atrás, frotando su coño contra mi miembro encarcelado. Las bragas daban de sí con solvencia y yo maldecía no cambiar la visión de su sujetador por la de sus pechos desnudos. Disfrutaba de aquel roce, pero quería más, quería hacerla hablar:

—Pues sí, María... te miraría... y pensaría... joder qué guarra... para dejarse follar así.

—¿Ah sí...? ¿me llamarías guarra?

—Lo pensaría...

—Más guarro eres tú...

—¿Tú crees? —pregunté, mientras ella coló una de sus manos por entre sus bragas y comenzó a masturbarme, con mi miembro aun aprisionado y yo no me podía creer aquella destreza suya, a la vez que me moría del gusto, de su mano caliente apretándome con firmeza.

—Sí... más guarro eres tú... y voy a vengarme.

—Vengarte ¿por qué...? —preguntaba ya con los ojos ya casi cerrados, quedándome con una imagen antes de cerrarlos, y era la de María estirando sus bragas hacia adelante con una mano, mientras con la otra me masturbaba cada vez más rápido.

—Vengarme por llamarme guarra... o por pensarlo... Me abandoné. No quise pensar más. Aquella mezcla de Álvaro, de su polla, de la mía, de la fantasía del chico... de lo vivido con el hombre la noche anterior... eran tantas cosas... Solo se escuchaba la televisión de fondo y el ruido húmedo de mi piel echada hacia adelante y atrás, una y otra vez, de forma rítmica, y tremendamente lubricada por todo el preseminal que iba soltando. María me hacía una paja brutal y yo temblaba y suspiraba, mis abdominales se contraían y abría los ojos mínimamente para ver el imponente torso de María, aquel impactante sujetador que evitaba que sus tetas se bamboleasen en demasía como consecuencia de la tremenda paja que me hacía.

—Joder... María... Para... —le supliqué pues si tenía ganas de correrme, más ganas tenía de que se subiese por fin encima de mi, de que me montase de una vez.

Ella, implacable, no solo no obedecía si no que no bajaba un ápice el ritmo. Mecánico, hábil, perfecto. Aquella mano me cubría el miembro por completo y ella aprovechaba ese poderío, esa superioridad, para maltratarme y para sacudírmela de forma despiadada.

—Joder... María... dios... me voy a correr...

—Pues córrete... vamos...

—Uf...—protestaba mínimamente, al borde de la rendición, entre espasmos... pero también mi cuerpo quería descargar, sobre todo por lo vivido la noche anterior... horas y horas en las que finalmente no había podido disfrutar ya no de un clímax si no de desahogo alguno....

—¡Vamos...! ¡guarro...!

—¡Joder...! ¡Uf...! ¡María...! —me retorecía, indefenso.

—¡Córrete...! ¡Cerdo...! ¡Córrete...! —me provocó en un susurro... pero ella me conocía, y ya sabía que me estaba contrayendo, que todo mi abdomen vibraba solo, que mis brazos temblaban y que mis piernas se tensaban. Abrí ligeramente los ojos y María no miraba mi polla si no que me miraba a mí. Seria, categórica, inclemente. Y dirigía mi miembro hacia su cuerpo, aunque éste, de forma natural por estar empalmado, quisiera apuntar hacia mi vientre. Y yo suspiré, resoplé y ella paró, a propósito, sabiendo que parando justo en ese momento explotaría aun con más intensidad, y sentí como descargaba hacia arriba, un primer chorro, violento, y ella tras ser salpicada, reanudó la paja, lentamente y mis espasmos se hicieron vehementes, y ridículos, por aleatorios, y mis suspiros tornaron en jadeos continuos, en segundos y segundos jadeando y soltando, salpicando aquel semen que yo sentía en parte caer sobre mí, pero ella parecía obcecada en intentar dirigir hacia sí misma... hacia su vientre, hacia su coño... aunque yo no sabía con exactitud donde aterrizaba, pues entre cerraba los ojos; y ella no solo no se quejaba por ser manchada si no que seguía exprimiéndome, aprentándome incluso con más fuerza, vaciándome, inflexible... mientras yo seguía disfrutando de un orgasmo eterno... Ladeé la cabeza. Vacío, pero extrañamente espabilado. Aquel orgasmo largo y tremendo me había extasiado, pero no adormilado.

No noté que ella se moviera, y seguía exprimiendo hasta la última gota, tan última que le tuve que suplicar que parara.

Finalmente, con delicadeza, mi miembro flácido fue por fin liberado, de su mano y de sus bragas, que deduje empapadas por parte de lo que yo había soltado. Estas cayeron a mi lado y ella se bajó de mí, con un extraño cuidado, pensé que iría al cuarto de baño y no querría ir goteando todo lo que había eyaculado sobre ella, pero María tenía otros planes.

—¿En serio crees que soy una guarra? —dijo, sorprendiéndome, colocándose a horcajadas sobre mí, pero ahora más arriba, casi sobre mi pecho. Toda su entre pierna bañada de líquido blanco y transparente aparecía a veinte centímetros de mi cara. Sus vello púbico encharcado, un latigazo blanco chorreaba desde su ombligo hasta su pelo recortado, otra densa salpicadura en su muslo, en la ingle. —Yo creo que eres más guarro tú— dijo, levantando su cadera, colocando sus piernas a los lados de mi cabeza. Proponiendo, pero no obligando. Miré hacia arriba, su cara a lo lejos, su camisa abierta, su sujetador enorme... y aquel coño embadurnado por fuera, con sus labios encharcados medio separados. Podría sentarse en mi cara en cualquier momento, pero esperaba una señal, mi señal. Aquellos chorretones

descendían por su coño y su vientre, en cualquier momento una gota, o más que una gota, podría caer sobre mi rostro. Yo, a pesar de mi reciente orgasmo, no dudé en dar la señal, llevé mis manos a sus nalgas, para que ella descendiera... y ella entonces bajó un poco, y su coño quedó expuesto y a centímetros de mis labios...

—Qué guarro eres... —murmuró... sabiendo que tenía mi aprobación, mientras mi lengua salió de mi boca para abrirse paso entre unos labios blandos y desordenados... que habían estado martirizados y aplastados instantes antes... Me deleité lamiendo y succionando... sin importarme lo más mínimo degustar mi propio semen por primera vez, y María se retorció del gusto cuando lamía de su coño y se retorció del morbo cuando sorbía de aquel líquido blanco, aunque este estuviera en sus muslos.

—Joder... qué guarro eres... —volvía a repetir, ayudándome con su mano para que levantara la cabeza. Y yo continué absorbiendo todo aquello que encontraba más húmedo a mi paso. Con mis labios, con mi lengua, lamía su vello púbico caliente y empapado por aquel líquido espeso y mío, y ella gemía, quizás recordando cuando había hecho lo propio, pero con el semen de Edu. Mi lengua comenzó a abrirse paso entre su coño, buscando a veces lo más profundo y oloroso y a veces se salía para apretar su clítoris.

Ella, excitada, cachonda, no tenía suficiente con llevar una de sus manos a mi cabeza, si no que la otra la llevaba a su cintura y movía esta adelante y atrás... Sí... me follaba la boca literalmente con su coño, era ella la que acababa enterrando su coño en mí más que mi lengua y boca en ella. Me insultaba, me llamaba cerdo y guarro por lamer de mi propio semen, me preguntaba, ida, y retóricamente si me gustaba comerme mi propio semen... y ya, al borde del orgasmo, cuando yo notaba ya su coño fundiéndose en mi boca, acabó por confesar, por confesar lo que imaginaba, y me llamó de nuevo cerdo y guarro, y un “te gustaba el semen de Edu, ¡eh, cabrón!” salió de su boca justo antes de apretar más mi cabeza contra su coño, justo antes de follarme la boca con su movimiento de cadera, justo antes de echar la cabeza hacia atrás y rendirse, y abandonarse y gemir, y jadear, y gritar un orgasmo, aprisionándome... Mi lengua apretaba con fuerza en su clítoris para complacerla, mientras ella ya no me insultaba si no que gemía como loca y unos “aahhhmmm” tremendos que tenían que escucharse por todo el pasillo unos “ahhhmmm mmmm” tan ordinarios como el propio motel... salieron a gritos, desvergonzados, de su boca. Y no paró, no paró de aprisionarme, de aplastarme, de follarme la boca con aquellos movimientos de cadera adelante

y atrás, hasta que se quedó completamente complacida.

Mi cabeza cayó rendida sobre la almohada y ella me descabalgó. Estaba exhausta. Y yo, lúcido, despejado, no daba crédito a lo sexual que la estaba sintiendo. De nuevo aquella sensación, que casi asustaba, o como mínimo impresionaba, de lo que se podía cada vez presentir con mas fuerza, de lo que María llevaba dentro.

No llegamos a follar aquella noche. Había sido todo extraño, una mezcla de todo. Una mezcla de Álvaro, de Edu, de lo leído en su móvil, de lo que le excitaba de mí... Un batiburrillo, un caos, fiel reflejo de lo que nosotros estábamos viviendo en nuestra vida sexual, un auténtico lío, con salpicaduras, nunca mejor dicho, de todo lo vivido en los últimos diez meses.

Aquella mezcla no se detuvo pues la siguiente noche usamos el arnés. Otro elemento más. A petición suya y fantaseando con un Álvaro al que por mucho que ahora prácticamente le hubiera cogido asco no parecía por eso que fuera a dejar de querer fantasear con él. Y una vez tuvo su orgasmo yo volví a hacer aquello de penetrarla y a disfrutar de no sentir casi nada. Y fue esa la primera vez que estuve dentro de ella como prometidos, y tuve una sensación de amor incluso más intensa por ello.

Pocos días más tarde el viaje tocaba a su fin. Ya estábamos en el aeropuerto y aun nos veríamos sorprendidos por una vivencia más. Esperando para embarcar sonó el móvil de María. Un mensaje.

Leyó, vi su cara, y supe que algo no iba bien, nada bien, y es que le cambió completamente el semblante. No la quise atosigar, no era pena, no era enfado, parecía preocupación. Pensé que quizás algún lío en el trabajo, algo extremadamente grave. Finalmente no pude contenerme, y, tras varios “qué pasa”, María me dio a leer, llevó sus codos a sus rodillas y se tapó la cara con las manos. Yo leí: Álvaro Móvil: “Hola cabrona caliente pollas, la otra noche estuve con una de aquellas amigas tuyas que había visto la noche que nos conocimos y me dijo donde trabajas, fui ayer y anteayer a tu curro a ver si te veía y podíamos hablar pero no te vi salir, ¿donde te metes?”.

CAPÍTULO 33

Nos esperaban tropecientas horas de vuelos y de enlaces, horas que, ingenuos de nosotros, habíamos presupuesto iban a ser utilizadas para dormir y para hablar de la boda; de repente, se convertirían en horas para reflexionar, discutir e incidir en la gravedad de aquel texto.

Lo primero que hubo fueron silencios. Después discusiones, disentimiento. Pero no hubo reproches.

Era imposible adivinar o recordar quién, de entre ella y yo, había hecho más porque aquella situación se nos fuera de las manos. Si bien con Edu estaba claro que yo había sido, no solo el insistente y el cansino, si no el creador, en este caso no podíamos hablar de culpables.

Irremediablemente pensé en aquel consejo de mi amigo Germán, aquello de buscar en internet gente, digamos, especializada en estas cosas. Gente lejana, de otra ciudad, discreta, con todas las cartas sobre la mesa. No solo no le había hecho caso, sino que además de a Edu había añadido a otro elemento, otra bomba de relojería, en nuestras vidas. Edu de golpe parecía hasta maduro y sensato en comparación con el tal Álvaro.

Llegamos a una conclusión, había que calmar las cosas. Responderle en plan “estás loco, ni se te ocurra aparecer por mi despacho”, tenía todas las papeletas para resultar contraproducente. Había, de alguna forma, que hacerle creer a ese chico que todo estaba bien, que la intención de María no había sido en ningún momento marearle ni vacilarle. Empezó a planear la idea de mandarle una foto, en la que, eso sí, no se viera prácticamente nada, para contentarle. Y, poco a poco, ir cortándole. Quizás explicarle María que estaba empezando con otro chico, que pudiera ser yo o no... Algo que pudiera disuadirle, de forma suave.

Decidimos no responder hasta volver a casa. Lo último que queríamos era iniciar una conversación por escrito con él y después tener que cortarla ni se sabe cuántas horas por tener que coger un vuelo.

Una vez de vuelta sentimos cierto alivio porque no había escrito ni

llamado más. A media tarde de un miércoles deshacíamos las maletas mientras sobrevolaba la posibilidad de que aquel crío pudiera estar haciendo guardia en la puerta del despacho de María... Al día siguiente yo no trabajaba, pues tenía papeleo que hacer por el centro y me había cogido también ese día, pero María sí, por lo que cenamos tempango para acostarnos pronto. No eran ni las diez cuando ya estábamos en la cama con dos preocupaciones: el jet lag y, sobre todo, el dichoso crío.

Pero era el momento, el momento de escribirle y tranquilizar las cosas. Estaba todo bastante ensayado, después de tantas horas. María escribía: “jaja, no me habrás visto porque voy bastante por libre, en horarios y en general”. Yo podía sentir como a María se le revolvían las tripas por hacerse la maja con él, tras horas y horas de viaje llamándole de todo.

Álvaro, cómo no, no tardó en aparecer en línea y contestar, e iniciaron una conversación normal, y digo normal porque era prácticamente la primera vez que lo escrito no consistía en descripciones sexuales suyas y en anzuelos para que continuara, nuestros. María resoplaba, incómoda, intentando ser agradable, sin darle bola, pero sin ser cortante, moviéndose en una línea muy fina. A los pocos minutos el chico dijo basta, y pidió su ansiada foto. Era una posibilidad que también habíamos hablado, era evidente. A regañadientes, María, que se sentía chantajeada, debía aceptar. Yo le hacía ver que en el fondo era lo justo. Si acertamos en que pediría la foto acertamos también en qué foto pediría. Mi novia debía responder de forma que el chico quedase satisfecho, pero a la vez que no se calentase demasiado, de nuevo la delgada línea.

—Mmm... Una foto de tu culito en el pantalón con el que te conocí.

—Está bien, así quedamos en paz, ¿ok? Dame un minuto... María salió de la cama, buscó aquel fino pantalón blanco y lo posó sobre la cama, cuando su móvil sonó. Leímos:

—Un tanguita debajo... por favor... ¡que se transparente!

—... Puto cerdo —resopló María, indignadísima. Se sentía profundamente chantajeada.

Buscó un tanga en su cajón del armario y me recriminó por primera vez:

—Estarás contento.

Yo tragué saliva, pero no respondí. María tenía que pagarlo con alguien, y era cierto que el juego había sido de los dos, pero la que tenía que pasar por aquello que rozaba lo humillante, era ella. No estaba siendo justa, pero no era el momento para decírselo.

Se puso el tanga y después el pantalón blanco.

—¿Se transparenta? —me preguntó, y yo no sabía si quería que sí o que no. Lo cierto era que no se transparentaba prácticamente nada.

Su móvil sonó de nuevo y ambos leímos:

—Ponte tacones para la foto, quiero el culo bien subidito.

Casi pude escuchar a María tragando toneladas de ira. Pero lo llevó en silencio. Y obedeció. Buscó unos zapatos normales, de tacón, con los que solía ir a trabajar, y se los puso. A los pocos segundos, en sujetador, tanga, tacones y pantalón blanco, en el medio de nuestro dormitorio, alargaba su mano, hacia atrás, para hacerse una foto a sí misma, de su culo. Puso el temporizador de tres segundos, obviamente no procedía que se la sacase yo. La situación era surrealista y no entendía como habíamos llegado a aquello, pero al fin y al cabo era una foto de un culo enfundado en un pantalón blanco, irreconocible culo, irreconocible pantalón, y foto gracias a la cual el chico muy probablemente se tranquilizaría.

María escogió, sin pedirme opinión, que foto enviarle. Resoplando, enfadadísima, casi humillada.

Repitiendo: “menudo imbécil, qué asco me da...” Recortó algo la foto, para que no se viera más de lo estrictamente demandado y la envió. Ella ni quería mirar la respuesta. El móvil sobre la cama mientras se quitaba los zapatos, el pantalón y el tanga y se ponía de nuevo el pijama. Su teléfono sonó. Ella ni se volteó. Yo sí, lo cogí, y vi la foto enviada por María, pero ahora reenviada por él, retocada, con un juego de brillos y contrastes gracias a los cuales se notaban algo sus nalgas y bastante, por no decir mucho, su tanga. La foto iba acompañada de un “¡¡Dioos, que pedazo de pajote me voy a hacer!!” María se metió en la cama, leyó eso y no dijo nada. Puso la alarma en el propio móvil y lo posó sobre la mesilla dado la vuelta. Si el chico quería explayarse sobre qué tal su paja no lo sabríamos hasta el día siguiente, quizás no fuera la mejor idea, teniendo en cuenta nuestros planes, pero cualquiera le decía a María que era mejor estar atentos por si escribía más.

A la mañana siguiente mi novia se levantaba con prisa, mientras yo disfrutaba de la tranquilidad de mi último día libre. Ya habíamos hablado de llevar un poco en secreto el tema de la boda, de no llevar el anillo de pedida al trabajo, cosas así; de llevar todo de forma discreta, decírselo personalmente solo a los más allegados, ambos estábamos de acuerdo.

Pero, obviamente, el tema estrella, el tema que planeaba sobre nosotros,

era lo sucedido la noche anterior, y no me atrevía a preguntar. Tuve que aprovechar que María entraba en la ducha para comprobar en su móvil que Álvaro no había escrito nada más y me surgió de golpe la idea de rebuscar en los chats lo último hablado con Edu: Movía el dedo arriba y abajo, buscándole, y por qué no también cualquier persona que me pareciera extraña, pero no vi nada, ni a nadie desconocido ni a Edu. Seguía escuchando el ruido del agua de la ducha caer mientras busqué a Edu por el nombre, entré en el chat y no había absolutamente nada.

Era cierto que había pocas conversaciones, como si hubiera hecho limpieza hacía no mucho. No quise darle más vueltas.

Quedé con María en que si acababa pronto con el papeleo podríamos aprovechar su descanso de media mañana para almorzar juntos, cerca de su despacho. Efectivamente, a las diez y media de la mañana yo ya había quedado liberado y merodeaba por las calles adyacentes al despacho de María, esperando a que saliera de una reunión. “¿Reunión con su nuevo jefe?” pensé inevitablemente, sabiendo, desde que me había enterado, que las dudas y las fantasías me bombardearían sin parar en esa nueva etapa que se abría, de jefe y subordinada.

María tenía que estar a punto de acabar, mientras yo salía de una librería tradicional, de las pocas que quedaban por aquella zona, sino la única, cuando me quedé pasmado, mirando a una chica guapísima que salía de una cafetería, al otro lado de aquella calle estrecha, con un café para llevar.

Era menuda, pero con gracia, vestía un traje de chaqueta granate y una camisa blanca. Una chica guapísima. De golpe un chico la abordó, parecía extranjero, y ella parecía intentar indicarle alguna dirección, aquella suerte me permitió seguir espiándola, a unos cinco metros, al otro lado de la calle; unos ojos grandes, un pelo lacio muy arreglado, perlas en las orejas, una pijita de cuidado. Le echó una sonrisa dulce al *guiri* como diciéndole “no hay de qué” que nos dejó a él y a mi tremendamente tocados. Se despidió y maldije que su culo estuviera casi completamente tapado por la chaqueta, pues seguro que me despertaba algo más, aun más.

Sonó mi móvil, era María. Le expliqué dónde me encontraba, mientras veía aquella monada alejarse. Mi novia me decía que, entonces, estaba a punto de verme, y así fue: apareció en mi campo de visión, se cruzó con aquella chica de traje granate que llevaba su café, la saludó, y siguió su camino hasta encontrarse conmigo. Saludó a aquella chica, porque aquella chica era Begoña, la chica de prácticas que Edu se estaba follando.

Ni con Alicia ni con Nati había sentido aquel impacto. A todas se las había follado Edu en solo unos meses. A las que había que sumar, como mínimo, a la chica del vestido rojo de la boda, a Patricia... y a María... No pude evitar decirle a mi novia, mientras almorzábamos, que había visto a Begoña, debí de decir demasiadas veces que era muy guapa, pues me acabó cortando. ¿Celos? ¿O yo había sido demasiado insistente? Pensaba que Edu, en el despacho, se había hecho la escalera completa; de la más mujerona y mayor, Patricia, hasta la más menuda y joven, Begoña, pasando por María, que se encontraba en el medio en cuanto a edad y complexión.

María se quejaba de haber dormido fatal por el cambio horario mientras yo recordaba el cuerpo menudo de Begoña alejándose y no podía creer cómo el pollón de Edu podía entrar en aquel delicado cuerpo. No era una duda que pudiera compartir en voz alta en aquel preciso momento.

Los días siguientes nos metimos en la rutina del trabajo y de nuestras vidas. Solo los planes de la boda amenizaban aquel síndrome post vacacional. En cuanto a Álvaro, María le respondía cuando este le escribía, en aquel papel de fingir buen rollo, cuando en realidad le profesaba verdadera antipatía. El plan era claro: queríamos que ella le acabara escribiendo que tenía que cortar aquello de escribirse con él porque estaba empezando una relación con otra persona. Pero para decirle eso tenía que esperar unos días, pues sería demasiado descarado haberle pedido aquel párrafo guarro y haberle enviado la foto y decir de golpe que tenía pareja. Así que, durante un par de semanas, tendría que hacer tripas corazón y disimular. Afortunadamente el chico pareció tranquilizarse y le escribía cosas normales, quizás intentando así conquistarla, no era descartable. Casi todas las noches él le escribía y ella se veía obligada a responder, no sin suspirar de vez en cuando cosas como “¡dios, qué asco me da este tío!” y yo me quedaba impactado del odio que desprendía aquella frase.

Pero, al menos, el plan iba funcionando, pues él ni la llamaba ni se plantaba en la puerta de su despacho, posibilidad que a mi me preocupaba y a María le daba verdadero pánico.

Obviamente, tal como estaba el tema con Álvaro, María estaba en las antípodas de plantear fantasear con él. Por lo tanto iban pasando los días y no hacíamos el amor. No lo hacíamos desde el viaje.

Yo, como siempre que nuestra sequía sexual hacía acto de presencia, volvía a plantearme hacia dónde íbamos, si ella podría desearme sin más, si yo podría vivir sin aquel juego, si ella vendría a mí finalmente por mera

necesidad física. Una tarde que estaba solo en casa pensé en Germán y en su consejo, e investigué por internet, páginas de cornudos... posibles candidatos... pero lo que vi no me gustó: “esto no es para nosotros”, pensé. Ni me gustaban las actitudes de los que, digamos, se anunciaban, ni aquel rollo tan pactado. Todo aquello obviando lo más fundamental, y era que María había dicho que lo de Edu había sido un desliz único y sin posibilidad de repetición, por otra parte versión contraria a la expuesta por Víctor, pero fuera como fuese, era rematadamente imposible que yo le fuera a María con la historia de aquellas páginas web y aquellos anuncios.

Simultáneamente a todo aquello, María me llegó a decir, sin que yo le preguntara, que si Edu le dijera algo soez o fuera de lugar, tanto en público como con gente delante, me lo diría. Quizás quiso ponerse la venda antes de la herida, pues iba bastante al juzgado por la mañanas y quería así evitarse mi insistente tercer grado. Pero no me dijo nunca nada más, por lo que yo tenía que deducir que no pasaba absolutamente nada. Quizás fuera verdad que Edu estaba con Begoña, tranquilo, sin ganas de más lío.

Hasta que llegó un jueves en el que María me dijo que iría a tomar las cervezas con los de su trabajo. Lo cual era novedad y echaba un poco al traste la versión de Víctor, aquello de que María evitaba eso para no pasar vergüenza con Edu pues él la había rechazado, lo cual por otro lado cada vez me parecía que tenía menos sentido. El caso es que no parecía yo el único que, mientras ella estaba tomando cervezas, estaba pensando en él, pues cuando ya llevaría como hora y media fuera, me escribió:

—¿Quieres ser Edu esta noche? Algo me subió por el cuerpo. No me lo esperaba. Eché cuentas y llevábamos sin hacerlo casi dos semanas. Quizás fuera ese el motivo fundamental.

Quise jugar un poco:

—¿Y eso? ¿Me preguntas eso teniéndole ahí delante?

—¿Sí o no? —respondió ella, seca, sin darme pie a nada.

Mi imaginación voló y visualicé a una María celosa pues quizás Edu estaba allí con Begoña. Me imaginé a María envidiando a aquella chica de prácticas... y mi vena masoquista imaginó a una María envidiosa de la polla que recibiría Begoña aquella noche, nada que ver con la polla que recibiría ella. La comparación era desoladora, humillante.

Le acabé respondiendo que sí, y no tardó más de cuarenta minutos en llegar a casa. Con las pupilas ligeramente brillantes apareció en el salón y se deshizo de su abrigo y del bolso. Me dijo que iba al baño un momento, y

cuando caminaba por el pasillo sonó el pitido de su móvil desde dentro del bolso. María retrocedió, cogió su móvil y leyó. Tras unos segundos dijo:

—Te había dicho que todo lo que me dijera Edu te lo diría.

Me quedé sorprendido, nervioso. Me dio a leer de su móvil. Edu le acababa de escribir. Era lo único que aparecía en la conversación: Edu: “Mañana vete en faldita al juzgado, que a este juez me lo conozco yo”.

—¿Se puede ser más idiota? —preguntó María, sin darme casi tiempo a acabar de leer.

Me quedé un momento callado. Ella parecía querer escuchar mi veredicto. Hasta que pregunté:

—¿Y qué vas a hacer? ¿Qué le vas a decir?

—Ni le voy a responder...

—¿Y cómo vas a ir mañana?

—¿Estás de coña? Pues como me dé la gana, solo me faltaba... —dijo algo tocada por el alcohol y visiblemente enfadada, quizás desproporcionadamente enfadada.

Llegué a temer porque aquel cabreo repercutiera en nuestra cita con nuestro juego de rol. Escuché a María en el cuarto de baño. Después ir al dormitorio. Escuché ruido de puertas de armario. Me extrañó. Caminé por el pasillo hasta que llegué a nuestra habitación. Aparté la puerta que estaba arriada... y vi cómo sobre la cama yacía el arnés con aquella enorme polla de plástico. Y vi a María, en sandalias, aquella falda abullonada tan peculiar... entre rosa y malva... y camisa blanca, vestida como en la boda, y como dos meses atrás, cuando había confesado lo que había hecho con él en aquel hotel, en mi ausencia. La miré a la cara, a los ojos: vi un ansia tremenda. Desesperación.

—Ponte eso... y fóllame... Con ganas... —dijo ella tan morbosa como sutilmente ruborizada.

CAPÍTULO 34

Me quedé sorprendido, impactado, y también comencé a sentir una creciente excitación.

Sorprendido, pues no me esperaba aquello en absoluto. Era cierto que llevábamos esas dos semanas sin tener sexo, pero no había previsto ni intuido su excitación durante aquel tiempo. Además, Edu, otra vez. Un mes atrás, en el aeropuerto, me decía que no quería volver a hablar de él nunca más.

Y hacía dos meses nos calentábamos como locos recordando lo de la boda. Era como si cada cuatro semanas cambiara de opinión. No entendía anda. Si yo llevaba casi un año hecho un lío por todo aquello, parecía claro que aun más liada estaba ella.

María se giraba, hacia la cómoda, algo avergonzada. Yo, como decía, impactado. Impactado por ver su rostro, su mirada, tan caliente y tan morbosa, su lenguaje gestual tan femenino como encendido.

Impactado por aquella ropa, que me teletransportaba otra vez a aquella noche, o casi mañana. El perfume, otra vez se lo había echado... la importancia de aquel olor... Me acerqué y observé como tampoco había obviado el detalle de no llevar sujetador bajo la camisa, como en la habitación de Edu. Hice porque se girara un poco, para besarla, y conseguí un beso extraño, parecía más deseado por mí que por ella. Empezado por mí y finiquitado por María, antes de que pudiera tocar su lengua con la mía.

—Venga... ponte eso... —susurró.

Obedecí. Comencé a desnudarme. Nos dábamos la espalda. Y no pude evitar pensar si aquello de hacerlo pensando en Edu respondía simplemente a llevar dos semanas sin hacerlo y en no querer hacerlo pensando en Álvaro, pues, palabras textuales, le daba asco, o había algo más. Me preguntaba si habría algo más en aquellos mensajes que recibía, en aquellas mañanas en el juzgado, en aquellas reuniones en las que él era su jefe... Me ajustaba el arnés y me preguntaba cómo de cachonda tenía que estar María para querer hacerlo pensando en Edu, pues estaba convencido de que aquello era una

claudicación, pues odiaba reconocer que le atraía. Había reconocido que le jodía, que le humillaba haber sucumbido a él; le parecía humillante que se la hubiera follado, me lo había reconocido, y allí estaba, vestida como aquella vez, ansiando que la penetrase con aquella polla enorme, dispuesta a gritar su nombre. No tenía que ser fácil para ella pedirme aquello, esta vez sin la excusa de tener que contarme lo sucedido en su habitación mientras yo estaba con Paula. No tenía que ser fácil reconocérmelo y mucho menos reconocérselo a ella misma.

Me giré hacia María y lo que vi me dejó boquiabierto. Tanto que no quise anunciarle que ya estaba listo. Decidí fingir que tardaba más de lo debido en ajustarme el arnés, quedándome en silencio, viendo lo que hacía.

María se había quitado la falda, que estaba ahora en sus tobillos. No entendía para que se la había puesto si se la había quitado tan rápido, quizás para ubicarse, para recordar, desde luego no por mí.

Y es que nada de lo que estaba pasando en nuestra habitación era ni por mí ni para mí. Pero aquello no era lo que me tenía impactado, inmóvil, estupefacto... Y es que, además, no había bragas por ninguna parte, el culo desnudo de María aparecía ante mí, tapado casi completamente por la parte baja de la camisa de seda blanca, pero se sabía que no había bragas; tampoco las vi enredadas sobre la falda, en el suelo, quizás nunca las había habido. Pero eso tampoco era lo que me estaba matando.

Y es que cuando me había acercado para besarla no había reparado en que, seguramente, sobre la cómoda, había estado todo el tiempo nuestra primera polla de plástico, nuestro primer consolador.

Aquel consolador tampoco estaba ahora allí, tranquilamente posado, si no que estaba en las manos de María, que, dándome la espalda, olvidándose, se metía aquello con las dos manos, en su coño... Era insoportablemente brutal, era asfixiante... verla con las rodillas flexionadas... metiéndose aquello, aquella polla enorme color carne, agarrada caóticamente por sus finas manos, como si yo no existiera... En sandalias, sus piernas flexionadas parecían más esbeltas, fuertes y fibrosas... y su coño ávido y hambriento después de tantos días, acogía aquella polla de goma con una facilidad pasmosa... Yo no podía ni respirar.

Tan bloqueado me quedé que María acabó por voltear la cabeza. Y mirarme. Me clavó la mirada sin dejar de taladrarse el coño lentamente con aquello. Yo no sabía si buscaba placer, buscaba abrir camino, o las dos cosas. Me miraba con ojos llorosos y yo no entendía aquella activación tan brutal y

casi instantánea. Diez minutos atrás entraba en casa como si tal cosa y ahora se metía una polla enorme, hasta más de la mitad de sus dieciocho o diecinueve centímetros, con la mirada ida... ¿Estaría recordando? ¿Estaría imaginando? La tercera pregunta la hice en voz alta: —¿Tanto te pone.. Edu? María respondió con un ·”shhh” como si aquello le molestase y, tras dejar su coño huérfano, dijo:

—Venga... méteme eso.

Yo aun no daba crédito a lo que veía, no daba crédito a su mirada extasiada de deseo y no daba crédito a lo que acababa de ver, a cómo al sacar el consolador de su coño había avistado por un instante aquella oquedad tremenda, salvaje, animal.

Di un par de pasos hacia ella, los necesarios para entrar en su radio de acción, y ella misma echó su mano hacia atrás para agarrar aquella polla atada a mí, un poco más larga y sobre todo gruesa, que reemplazaría a la que, empapada hasta la mitad, yacía sobre la cómoda.

Llevé mis manos a su cadera... y dejé que fuera ella la que buscara la entrada de su cuerpo con aquello. Durante unos segundos... parecía que le costaba un poco... y mi polla, mi polla verdadera, encajonada en aquel cilindro, no podía soportar otra vez más aquel castigo.

—Vamos... ayúdame un poco... —resopló ella, desesperada, incapaz... y llevó las manos adelante, viniéndome a decir que lo intentara yo. Se apoyó contra el mueble y yo utilicé entonces una mano para dirigirla bien. También me costaba un poco. Le pedí que flexionara más las piernas. Obedeció.

Utilicé entonces mi otra mano para separar sus labios... que sentí tiernos... y muy muy calientes... y entonces sí conseguí dirigir la punta a la entrada de un coño que se había empapado a velocidad de vértigo... y que acogía aquella polla, la punta, que era la parte más ancha, con una facilidad que me dejaba el corazón al borde del colapso. Cuando María sintió aquella punta no dejó que fuera yo quien moviera la cadera hacia adelante, o al menos no tuvo paciencia como para esperar eso... si no que ella misma se echó hacia atrás, perforándose... yo notaba como, centímetro a centímetro, ella, con las rodillas flexionadas y los tacones de las sandalias anclados al suelo, se echaba hacia atrás, absorbiendo aquella goma de manera brutal... Su gemido fue uno, entero y prolongado... un “aahhhhhmmm” que fue de menos a más, hasta el final, como si llevara días planeando y ansiando aquello, como si llevara días diciéndose a sí misma que cuando se metiera aquella polla se la metería de una sola vez.

Yo estaba tan impactado que le susurré:

—Pero qué te pasa... María echó la cabeza a un lado, su melena a un lado de su cuello, los ojos cerrados... solo dijo:

—Dame... Llevé mis manos a sus nalgas para abrir su coño un poco más. Sus labios parecía que querían escapar... salirse de su coño e irse con la polla color carne. Era increíble. Y saqué aquel cilindro casi por completo de su cuerpo... y moví la cadera de nuevo hacia adelante, para penetrarla hasta el fondo...

—Uuuufff, cabrón... —salió de su boca, durando aquella frase todo lo que duró la profunda penetración.

Al habérsela metido por completo la empujé un poco y tuvo que dar dos pasitos cortos, hacia adelante.

Comencé a follarla. Lentamente. No nos decíamos nada. Yo suponía que ella imaginaba que Edu era quién la follaba, pero no le preguntaba nada. Quería que fuera ella la que se lanzase, la que me confesase qué estaba pasando allí, a qué venía todo aquello.

María aprovechaba que mis movimientos eran relativamente suaves para sujetarse al mueble con una mano y usar la otra para desabrochar los botones de su camisa, que ganaba en sudor y ya se pegaba a su espalda... Una vez se la desabrochó por completo, no llevó la mano de nuevo a la cómoda para sujetarse, si no que fue a uno de sus pechos para acariciarse. Me encantaba penetrarla así, lentamente, sujetándola por la cadera, mientras ella jadeaba y se acariciaba aquella teta enorme que de ninguna de las maneras podía contener con su delicada mano.

Recogí un poco su camisa por un costado, para ver su maniobra, para ver aquella caricia y vi como sobaba aquella teta, y, al hacerlo, la pegaba un poco hacia su cuerpo, hacia su torso, de tal manera que la otra teta parecía caer mucho más enorme, al no estar contenida por su mano.

Estaba hipnotizado por aquella imagen, por aquellas caricias y por aquella otra teta especialmente colgante, cuando escuché de sus labios un impactante y sorprendente: “¡Ummm...! ¡Ahh...! ¡Vamos! ¡Edu! ¡cabrón! ¡dame más fuerte!”. Escuché aquello y creí morir del morbo. Tanto que mi polla parecía casi querer eyacular allí dentro.

No sabía por qué, quizás porque desconfiaba de que había pasado algo y no me lo había dicho, porque sospechaba de que algo me estaba ocultando... el caso es que no quise obedecer... y me quise salir de su juego diciendo algo que seguramente le jodería. Aceleré un poco el ritmo. Acaricié sus nalgas y le

di un pequeño azote en el culo. Tras ese “clap” ella protestó por fuera pero lo agradeció por dentro. Incliné mi torso más hacia adelante, para que me escuchara bien, y le susurré en su nuca:

—¿Edu? Edu se está follando a Begoña ahora... María no reaccionó. Siguió gimiendo y jadeando al ritmo de mis embestidas. Como si no hubiera escuchado nada. Yo insistí:

—La está matando a polvos... Ella seguía con sus “¡ahhh!” “¡ahhhmmm!” “¡damee!” “¡dame...! ¡joder!”, fingiendo que aquello no le dolía, y mi vena sádica y también masoquista, continuó:

—Begoña está recibiendo polla de Edu... polla de verdad... no esta mierda de goma... La respuesta de María fue un “Ummm... cabrón, joder...” extraño. Reconocía entonces que aquello le jodía, pero no llegaba a enfadarse. Aceleré el ritmo y ella comenzó a cambiar los jadeos y gemidos por casi gritos y aquella mano que acariciaba su teta tuvo que dedicarse, más que a acariciar, a sujetar sus tetas, a evitar que rebotasen entre sí por el movimiento, por aquella follada que se hacía frenética.

Yo no iba a parar:

—La tiene a cuatro patas... con sus huevos enormes golpeándola —le susurraba. Ya con mi pecho en su espalda. Volcado sobre ella.

No me reconocía, pero seguía: —¿¡Te jode, eh!? ¿¡O te da envidia!? — preguntaba... excitadísimo... esperando su respuesta afirmativa, pero ella solo sentía aquella polla enorme partirla en dos y gemía y gritaba aquellos “¡ahhh!” “¡ahhh!” cada vez gritados con más desvergüenza y desesperación. Cuando, de repente, de su boca salió un inesperado “¡Más fuerte, idiota!” que yo supe que no era para Edu, sino para mí, y yo, algo encolerizado, la agarré del pelo y aceleré el ritmo, ya brutalmente, a todo lo que era capaz.

Con una mano la sujetaba de la melena, tirándole un poco, obligándola a levantar la cara hacia adelante, y con la otra me agarraba el arnés para que no se me descolocara. La follada contra aquel mueble era brutal, ella tuvo que agarrarse a la madera con las dos manos y sus tetas enormes rebotaban una con la otra sin parar, el sonido de mi pelvis chocando contra su culo era ensordecedor, tanto que, a pesar de sus gritos, apenas se solapaban con aquel sonido hueco. María comenzó a gritar a lo bestia, se corría, se corría sin necesidad de tocarse, allí agarrada y con sus tetas enormes y libres rebotando, yo la seguía tirando del pelo, cada vez con más fuerza y sus “¡¡Ahh!! ¡¡Ahh!! ¡¡Cabrón!!” se hicieron incesantes y continuos, como veinte segundos gritando eso, sin parar, repitiendo aquellos ¡¡Ahhhhmm!! ¡¡Aaahhhmm!!

¡¡Cabroón!!”, que acabó acompañando con su nombre, introduciendo unos “¡¡Aaahhmmm!! ¡¡Edu...!! ¡¡Dame...!! ¡¡Cabroón!!” que la mataban del gusto y que hacían que se corriera, que me herían el orgullo pero que a la vez me tenían a mi también a punto de correrme. Ella sentía que se corría y repetía su nombre mientras yo notaba como se deshacía, como inundaba aquella polla de plástico mientras pensaba en él. Disfrutaba de una corrida brutal allí, de pie, ensartada, y yo ni daba crédito ni entendía nada... Pensé que después de aquello querría que me quitara el arnés. Al menos para parar un poco. Pero no. En absoluto. A los dos minutos solo habíamos cambiado aquello de estar de pie contra la cómoda por estar ahora sobre la cama, yo de rodillas tras ella y ella a cuatro patas.

Yo, al no haber eyaculado, no tenía excusa para pedir un descanso y ella, aunque extasiada por el orgasmo, no parecía haber tenido suficiente. A cuatro patas, con la camisa pegada al cuerpo por el sudor, con el pelo pegado a la frente y a la cara por el sudor, me volvía a llamar Edu y yo le volvía a decir que Edu se estaba follando a otra. Azotaba sus nalgas mientras le repetía aquello y ella gritaba a cada impacto. Separé entonces aquellas nalgas casi con crueldad y ante mi apareció el agujero oscuro de su culo... agujero al que llevé la yema de unos de mis dedos... e, inmediata y bruscamente aquel dedo y aquella mano fue apartada por ella, pues el culo era la fantasía con el denostado Álvaro y quién la follaba ahora era Edu.

Tras mi error volví entonces a hablar de él, pero no como ella quería, si no volviendo a meter a Begoña en la ecuación, para joderla. Le decía que no entendía como a Begoña le cabía el pollón de Edu... en aquel menudo cuerpo... que aquel pedazo de pollón estaba hecho para ella, para María... “Joder... esa polla solo te folló una vez... tendría que follarte cada noche...” le jadeaba, entrecortado, en el oído, mientras la follaba y ella anunciaba su segundo orgasmo... “No me jodas que prefiere follarse a esa cría que a ti...” le seguía jadeando en su nuca... y ella soltaba aquellos “¡¡Umm!! ¡¡Damee...!! ¡¡Edu...!! ¡¡Jodeer!!” Y yo le insistía: “¡Qué bien te folló, eh...!” “¡Qué bien supo follarte...!” “¡Al final te folló bien follada...! y ella respondía con un “¡Sí...!” “¡¡Joder...!!” ¡¡Me corroo...!! ¡¡Dios...!!” Y yo le insistía:

- ¡Al final te folló, eh!
- ¡Sí... me folloó!
- ¡Te folló bien, eh!
- ¡¡Sii!! ¡¡Dioos!! —¡Dímelo!

—¡¡Sú!! ¡¡Ahhmm!! ¡¡Ahhmm!! ¡¡Me folló...!! ¡¡Me folló el muy cabrón!! ¡¡Me corrooo!! ¡¡Aaaahmm!! —María gritaba, ida, retorciéndose del gusto, empalada por aquella polla enorme... produciendo un sonido, líquido, como consecuencia de su impresionante humedad, un “chof” “chof” grotesco, brutal, que se solapaba con sus alaridos, con sus “¡Edu me folloó!” que me mataban del morbo y ponían todo mi vello de punta... De nuevo ella no podía salirse de mí fácilmente, por estar insertada de aquella impactante manera.

Tuve que retroceder, con cuidado, descubriendo aquel miembro color carne tremendamente embadurnado, poco menos que con tropezones blancuzcos... que me dejaban atónito... absorto.

Cuando quedó liberada, su coño mostró una oquedad inenarrable y sus labios, machacados, no se molestaron, quizás ya no tenían fuerzas, en cubrir aquello. Y cayó desplomada. Hacia adelante.

Los dos sabíamos cómo tenía que acabar aquello. Estaba clarísimo. De rodillas, frente a ella, me quitaba el arnés mientras ella se daba la vuelta, y se colocaba boca arriba, se apartaba la camisa y se acariciaba las tetas... Comencé a masturbarme apuntando hacia su cuerpo casi desnudo. Su melena esparcida por la cama, sus piernas separadas, su coño enrojecido y abierto como nunca... No tardé más de seis o siete sacudidas en comenzar derramarme, sobre su vientre los latigazos más largos, sobre sobre su coño los chorretones más espesos. María separaba la camisa para que no la manchase, aunque por culpa de Edu aquella camisa no valía para nada más que para jugar a aquel juego nuestro. Mirándola, con los ojos entre cerrados, salpicaba a María y me derramaba impunemente sobre su cuerpo... unos segundos interminables en los que yo sentía la descarga y María recibía los impactos, en silencio, mirándome y sin dejar de sobar sus pechos cuyos pezones parecía querían salirse de sus enormes tetas.

Extasiado, desconcertado pero feliz, acabé mi orgasmo y conseguí ver con más nitidez. La zona del vientre de María estaba manchada de aquel líquido blanco, pero sobre todo su vello púbico, los labios de su coño, por fuera, su ingle... esa parte, estaba completamente embadurnada. No hizo falta que María me lo pidiera, ni de palabra ni con la mirada. A los pocos segundos me agachaba ante ella, entre sus piernas, y lamía de mi propio semen... y mi lengua jugaba a esparcir todo aquel líquido caliente y espeso, por entre los labios más gruesos y más finos, pero igual de tiernos, del coño de María... Y ella me llamaba guarro... y cerdo... y me recordaba que había saboreado el

semen de Edu... y yo notaba su espalda arquearse, su torso erguirse, sus manos liberar sus tetas, dejando que estas se desparramasen por su torso, para agarrarme del pelo, apretando mi cabeza contra su entre pierna, anunciándome así su tercer orgasmo. Tercer orgasmo que ella comenzó a gritar, otra vez desvergonzada y escandalosa. Tercer orgasmo que le arrancaba enterrando mi lengua en lo más profundo de aquella oquedad que apeataba a sexo, y apretando aquel clítoris embadurnado de todo aquel líquido blanco, denso y ardiente, que me resultaba salado a la vez de empalagoso, de una manera extraña pero terriblemente morbosa.

Nos quedamos tumbados sobre la cama, agotados, extenuados... Yo no entendía nada. No entendía aquel resurgir de Edu.

No hablábamos, pero nos sentíamos al lado, sudar, respirar. El calor era asfixiante.

María fue la primera en dar señales de vida, e intentó quitarse la camisa, a duras penas, pues tenía la seda pegada al cuerpo... Y se iba hacia el cuarto de baño, aun con las elegantes sandalias de tacón puestas, intentando que las salpicaduras que yo no había absorbido cayeran al suelo por el camino.

Mientras escuchaba el sonido del grifo proveniente de la habitación contigua, pensaba que quizás hubiera sido solo un caso aislado, fruto de un calentón, fruto de llevar dos semanas sin hacerlo y no poder fantasear ya con Álvaro. Que quizás no habría porqué darle tantas vueltas.

No sabría que estaba tremendamente equivocado hasta seis días más tarde.

A la mañana siguiente, viernes, María fue en falda al juzgado. Pensé que quizás se había vestido así simplemente porque le apetecía. Pero fue a trabajar en falda también el lunes, y el martes... y el miércoles sucedió algo que encendió todas mis alarmas. Quizás en aquellos diez meses nunca había sucedido algo que me hubiera desconcertado tanto.

Ese miércoles por la mañana, María estaba en el cuarto de baño, secándose el pelo, mientras yo desayunaba. No paraba de pensar en si iría en falda otra vez. Quizás si lo hiciera le preguntaría a cuento de qué tantos días así, ya que era cada vez más difícil de creer que aquello obedeciera a una mera casualidad, pues, en circunstancias normales, tres o cuatro días de cada cinco María iba en traje de pantalón y chaqueta a trabajar.

En esas estaba mi mente cuando fui al dormitorio a por mis zapatos, que siempre cojo allí y me pongo en el salón. Una vez en nuestra habitación, cogí el calzado y vi el móvil de María iluminarse.

Estaba cogiendo la mala costumbre de curiosear, pero no lo pude evitar, lo que leí me dejó estupefacto, atónito... me puso el corazón en un puño: Edu: “Acuérdate de venir con la camisa rosa pija, que hoy va a estar Víctor”.

Boquiabierto. Inmóvil. Congelado. Atónito. Bloqueado. No me lo podía creer.

Lo releí, una y otra vez. Solo tenía el raciocinio justo para no entrar en el chat, en la conversación, pues si lo hacía María sabría que lo había leído. Y yo necesitaba ganar tiempo.

Dejé el móvil donde lo había cogido y, de forma errática, como un zombie, me fui con los zapatos al salón. Me senté en el sofá. Intentaba pensar.

Mi mente iba más rápido de lo que era capaz de procesar. La cantidad de preguntas que me hacía no me permitían siquiera articular una con la siguiente.

María salió del cuarto de baño. Escuché como iba al dormitorio. Estuvo allí poco tiempo. En seguida escuché como se acercaba al salón. Sus tacones por el pasillo. Tan pronto entró en el mismo habitáculo en el que estaba yo, la miré. Llevaba el móvil en la mano. Vestía traje gris de falda y chaqueta y camisa azul marino. Y entonces se paró en el medio del salón. Miró el móvil. Leyó. No hizo ningún gesto. Su cara no emitió nada, absolutamente nada que me pudiera dar ninguna pista. Y se dio media vuelta, se fue de nuevo al dormitorio.

A los dos minutos aparecía en el salón en traje de chaqueta y falda gris y camisa rosa. Se despidió de mí como si nada.

CAPÍTULO 35

Cerró la puerta tras de sí y me quedé a solas, conmigo mismo y con aquella locura. ¿Qué acababa de pasar? ¿Podía tener aquello alguna explicación lógica? ¿Algo que la exonerara? ¿Qué se traía con Edu? Y, lo que aun era más imposible de creer: ¿Qué se traían los tres? Mi cabeza daba vueltas.

¿Víctor? ¿El mismo Víctor que le repugnaba? ¿El mismo Víctor que María decía sentirse ultrajada porque Edu le hubiera contado lo que habían hecho en la boda? ¿Acaso podría ser otro Víctor? Nunca le había escuchado ese nombre si no era refiriéndose al informático de su despacho. Joder... ¿El mismo Víctor que me había escrito poco menos que postulándose para sustituir a Edu? Podría pasarme toda la mañana sentado en aquel sofá dándole vueltas. O siendo yo el que diera vueltas durante horas a nuestra mesa de centro del salón, atolondrado, e intentando descubrir qué estaba pasando. Pero tenía que ir a trabajar. O intentarlo al menos. En el coche mi mente fue al verano pasado, a aquello de que Edu le decía qué bikinis ponerse, y ella obedecía. Porque había cosas que yo no sabía, que no había querido saber, por ese extraño morbo latente que no quería destruir haciendo que María confesara todo. Eso sin obviar que, de todas formas, nunca podría saber todo, pues yo sabía cosas que no podía pedir a María que me confirmase, pues mi fuente de información era un Edu con el que yo había estado secretamente compinchado.

Lo de los bikinis podría haber sido más excusable. En un contexto de flirteo entre dos adultos. Uno poniéndole los cuernos a Nati permanentemente y la otra metida en nuestro juego. Pero esto... con Víctor por medio, Edu con novia supuestamente más estable... y habiéndose follado ya María cuatro meses atrás... Ya no podía ser flirteo, era algo más, algo diferente.

En el trabajo intenté focalizarme en dos ideas. La primera consistía en que estaba seguro de que, a pesar de que aquello olía fatal, María no había hecho nada. Confiaba completamente en ella. Que había cosas durante

aquellos meses que no habían sido aclaradas, si, no solo lo de los bikinis, si no también cosas que se habían escrito por las noches, también lo de aquella foto de Edu de su polla, y más cosas. Cosas que siempre había querido yo también que fueran cosas tuyas. Cosas, a veces, medio ocultadas. Pero nunca nada que me hiciera pensar que nos movíamos, no en un juego de cornudo consentido, si no en una infidelidad.

La segunda idea era que no entendía que no me lo contase. Si ella sabía que yo me moría del morbo si supiera que se traía algún juego con Edu, ¿por qué no me lo contaba? Era nuestro juego, de los dos, era, de hecho, el motor de nuestra vida sexual. El único motor realmente aunque ella intentase luchar contra eso, dando a entender a veces que sí me deseaba sin necesidad de aquel juego.

Llegué a la conclusión de que aquello tenía que saberlo. No era una información que yo, de reconocer que la tenía, me explotara todo en las manos. Yo, en verano, no le podía decir a María que sabía que estaba obedeciendo a Edu, llevando a la playa y a su casa los bikinis que él le pedía, aquello me descubriría. Pero lo de esa mañana era diferente, quedaría como un fisgón, sí, pero la explicación más importante la tendría que dar ella.

Esa noche habíamos quedado en ir a cenar a un restaurante. Teníamos una cena pendiente que habíamos estado retrasando varias semanas. Y es que hacía tiempo que le había dicho que quería invitarla a cenar para celebrar lo de mi cambio de puesto en el trabajo. Allí le diría que había visto su móvil sin querer y que quería que me explicase qué estaba pasando.

En esas cavilaciones estaba cuando un compañero de oficina me preguntaba si bajaba con él a comer, que habían quedado con Álvaro; un chaval bastante majo que estaba siempre haciendo vida social por la zona de la máquina de café. Álvaro. Inmediatamente mi mente fue a él, al otro Álvaro.

Simultáneamente a que María aquellos días llevara falda al despacho y al juzgado, encendiendo mis alarmas por Edu, se escribía un poco por las noches con él. Me daba a leer todo lo que se decían, mientras ella resoplaba, insistiendo en que le daba asco, que quería cortar con él ya. Lo curioso era que el chico había bajado bastante, digamos, su intensidad erótica en sus escritos, y le contaba su vida y le preguntaba a María por la suya, como queriendo camelarla. Creo que María interpretaba aquello como una insolencia, como si fuera una osadía que aquel universitario diez años más joven pudiera pensar que tenía alguna posibilidad de conquistarla. De hecho

parecía que le repugnaba incluso más aquella insolencia que aquellos últimos párrafos burdos y machistas. Ya había pasado un tiempo prudencial desde la última vez que le había escrito algo guarro así que, en cualquier momento, María ya le podría decir que estaba empezando con un chico, yo, y que no podría escribirse más. Acordamos que tan pronto el chico le escribiera algo sexual o le pidiera una foto sería la señal para cortarle definitivamente.

Intentaba trabajar aquella tarde, pero no podía evitar imaginar a María en el despacho, vestida como Edu le había pedido, ¿ordenado? Me la imaginaba allí, pero cuando quería imaginarla haciendo algo especial como consecuencia de aquella petición u orden no se me ocurría qué imaginar. No veía el contexto que explicase aquel mensaje.

Volví a casa antes que ella. Cuando llegase nos cambiaríamos, nos arreglaríamos e iríamos a cenar.

Empecé a ponerme realmente nervioso. ¿Y si acabase por revelarme algo grave? ¿Y si fuera tan grave que hiciera explotar todo? No me imaginaba una vida sin ella, me moriría. Pero si me hubiera mentido, si me hubiera fallado... Sería tan doloroso que aun siguiendo con ella todo sería diferente.

Ese “diferente” era lo que me tenía infartado. Yo no quería nada diferente, quería estar como estábamos. Como estábamos en el viaje... cuando nos habíamos prometido. Temía que una confesión suya dejase aquel momento invalidado. Sería terrible.

Escuché el ascensor. Sus tacones por el rellano. La llave. Entró, cansada, o haciéndose la cansada.

Era cierto que había algo en ella que la hacía exagerar que el trabajo la mataba. Estaba guapísima cuando fingía estar agotada.

Se quitó el abrigo, que era más bien una gabardina, pues los días estaban lluviosos, pero no demasiado fríos. Se quitó el bolso y se recostó en el otro sofá de nuestro salón. Allí estaba, recostada, vestida como Edu le había ordenado. Hablamos un poco, yo fingía como podía. Me iba a costar llegar hasta la cena sin sacarlo todo.

La televisión era mero ruido. Nos quedamos callados y ella revisó su móvil. Acabó por incorporarse un poco y quedar perfilada de tal manera que nuestras caras quedaban recíprocamente expuestas.

Al rato ella habló. Inesperadamente. Su frase me hizo tragar saliva de forma involuntaria, y mi corazón decidió, en seguida, que había que bombear mucha más sangre.

—Pablo... Te tengo que decir una cosa.

—No me asustes —dije intentando hacerme el gracioso. Pero estaba asustado. Claro que estaba asustado.

—A ver... te dije que siempre que pasara algo con Edu te lo diría. ¿no? Me vi sorprendido, descolocado, tantas horas pensando, casi ensayando, como le confesaría a María que había visto en su móvil aquello, y de golpe parecía dispuesta a confesar de motu propio. No quise decir ni media palabra, nada que la interrumpiera. Simplemente asentí. Tenía miedo.

—Está bien —prosiguió— pues nada, resulta que... el viernes pasado, no sé si te acuerdas... No, bueno, claro, sería el jueves, que me escribió que me pusiera falda para ir al juzgado porque el juez no sé qué, ¿no? ¿te acuerdas? María quería implicarme en su discurso, pero yo no estaba por la labor.

—Bueno, pues eso —continuaba algo nerviosa, pero fingiendo que no lo estaba— el caso es que yo entonces el viernes fui en falda, pero porque me dio la gana. Y entonces ese día, a lo largo de la mañana me estuvo vacilando con que había hecho bien, que así ganábamos el caso seguro. Así, vacilón, como se pone él cuando está en buen plan. Ya sabes que a veces es encantador y a veces un imbécil —dijo buscando mi confirmación con la mirada, pero yo no le daba nada— Y eso que... bueno, al final nos reímos un rato con eso. Bueno, tampoco mucho, pero me hizo un poco de gracia.

Una chorrada. Y después, esta semana, no sé a cuento de qué, seguía con la historia y me dijo algo así como que aparte del juez traía loco al informático, que ya sabes que me da asco... —hizo un silencio, y yo, lo más benévolo que pude, la salvé con un “ya”— Y nada... eso, que el informático también tal, como el juez, y me dijo que le había dicho que yo le gustaba cuando iba muy rancia, o algo así. Lo dijo medio vacilón medio para incomodarme, porque no hace falta ser Sherlock Holmes para saber que ese tío me da asco. Y me empezó a dar la vara con que el miércoles, o sea, hoy, iba a venir el tal Víctor, y que me pusiera algo muy rancio, dice que en camisa rosa a Víctor le parezco especialmente pija. De hecho le dijo que soy una snob... o no sé qué.

—Y vas de rosa. Hoy te cambiaste —dije de golpe, sin poder contenerme.

María se quedó visiblemente sorprendida. No esperaba que hubiera reparado en su cambio de ropa.

—Sí... bueno. Una chorrada. Me hizo gracia seguirle el rollo a Edu y nada más.

—¿Nada más?

—Sí, nada más, ¿qué más va a haber? —preguntó ella, contraatacando,

como hacía siempre que se veía contra las cuerdas.

—Hombre, María... comprende que me parezca bastante raro. Ese Víctor... cómo decirlo... hace unas semanas en el aeropuerto todo era un drama terrible porque Edu le había dicho lo que habíais hecho en la boda y ahora te... confabulas... no sé como decirlo con Edu para... que Víctor flipe o lo que sea, por verte así vestida...

—Es que no va por ahí la cosa— interrumpió.

—¿Pues por dónde va?

—A ver, ya sabes que Edu a veces... pues... embauca... o como sea, y cuando te das cuenta le estás haciendo el juego. Y no creo sinceramente que Edu le dijera a Víctor... que me iba a decir a mí... que me vistiera tal... entonces yo le iba a hacer caso... y entonces no sé qué. Creo de verdad que fue una chorrada nuestra, de Edu conmigo, sin que Víctor supiera nada.

María era muy lista. Yo no me podía creer que ella creyese que Víctor no había estado en el ajo con Edu desde el principio.

—Y entonces qué pasó. Te vististe así y Víctor flipa, te mira... ¿qué pasó?

—Pues no pasó nada. Víctor andaba por ahí. Si me miraba yo no me di cuenta.

—¿Y Edu? ¿Te felicitó por haberle obedecido? —pregunté fingiendo enfado, pero no era eso lo que sentía.

—No te pongas tonto, que fue una chorrada —dijo incorporándose. Hasta ponerse de pie. Frente a mi. En zapatos de tacón, medias, falda y americana gris y camisa rosa. Tenía cara de cansada, era cierto, y de estar tensa, pero estaba... tremenda... allí plantada.

—No, en serio. Algo te diría.

—No me dijo nada.

—¿En todo el día?

—No.

—No me lo creo.

—Pues créetelo —dijo acercándoseme, sentándose a horcajadas sobre mí.

—¿Y ahora?

—¿Ahora qué?

—Pues si te va a decir cómo vestirme cuando vaya Víctor o cuando vayáis a estar con el juez que sea.

—¿Te gustaría? —preguntó incisiva, con aquella agilidad que me hacía desconfiar que fuera tan ingenua para con el dúo Edu-Víctor. Llegué hasta a pensar que quizás sospechara que había visto su móvil, y es que su confesión

había sido sospechosamente abrupta.

—Me gustaría que me contases todo.

—Ya te lo estoy contando.

—Con un poco de retraso.

—Ah, tiene que ser instantáneo.

Si había un contexto en el que estaba aun más guapa que fingiendo estar cansada era cuando se ponía rebelde como una quinceañera.

Nos quedamos callados. Yo no podía más. Me había rendido a ella desde el preciso momento en el que se me había sentado encima. Tapamos ese silencio con un beso. Suave. Tierno. Con nuestras manos solapándose en nuestras mejillas y en nuestros cuellos. La humedad de su lengua produjo una descarga en mi cuerpo, y mi miembro vibró como si lo hubieran activado con un botón enorme y rojo. En seguida mi torso quedó desnudo y María me acariciaba de forma exquisita mientras su lengua dibujaba círculos dentro de mi boca y dibujaba líneas sobre mis labios. Se la veía especialmente implicada. Cachonda o complaciente, eran las dos opciones.

Su boca bajó a mi cuello, y todo su cuerpo fue reptando hacia abajo, dejando un reguero de besos por mi pecho, mis pezones... mi abdomen... Yo suspiré, eché un poco mi cabeza hacia atrás y cerré los ojos. Cuando los volví a abrir María estaba arrodillada en el suelo, entre mis piernas. Me abría el cinturón... Parecía claro lo que iba a hacer. Ni recordaba la última vez que de ella salía la idea de premiarme allí, sin más, y de aquella manera.

Era sospechosa aquella benevolencia. Aquella María tan servicial... ¿Acaso había hecho algo por lo que debiera compensarme? ¿Me iba a chupar la polla para calmar su conciencia?

CAPÍTULO 36

No me dio demasiado tiempo a pensar si pudiera ser su sentimiento de culpa quién mandaba en aquel salón, y es que María me bajó los pantalones y los calzoncillos en dos tirones, forzándome a levantar un poco mi cuerpo para que pudiera hacerlo. Mi polla salió a la luz, como siempre, ajena a mis paranoias y elucubraciones. Mi novia, permanentemente cuidadosa, decidió quitarme todas las prendas y del todo, antes de empezar a maniobrar.

Mientras mi miembro creciente lagrimeaba sobre mi vientre, mi mente seguía intentando adivinar qué estaba pasando. Me preguntaba si de verdad María me deseaba simple y llanamente, sin fantasías, sin juegos. Si por ver aquella polla que ni alcanzaba a ser mediocre se iba a excitar, por ser la mía, por desearme a mí. Mi novia ya había intentado tener sexo “normal” después de lo sucedido con Edu y había sido un tremendo fracaso. Entonces, tenerla ahora entre mis piernas, sin intención alguna de fantasear con Edu ni con Álvaro, pues eso sin duda parecía claro, a qué obedecía. Podría obedecer a dos cosas: o calmar su conciencia por haber hecho algo no del todo correcto, o un segundo intento en su búsqueda de tener, ahora con su prometido, una relación sexual al uso. La primera opción me preocupaba, la segunda me parecía un último intento desesperado, que bordeaba el concepto de auto engaño.

Meticulosa. Sugerente. Aplicada. Besaba el interior de mis muslos haciéndome estremecer. No me tocaba. Posaba sus manos en el sofá, a ambos lados de mi cuerpo, mientras depositaba aquellos besos cada vez más cerca de mi miembro, y de mis huevos, y me dedicaba miradas insinuantes, miradas de implicación y a la vez de poderío, como un “la que estoy arrodillada soy yo, pero eso no implica que no sea yo la que disponga y mande”. Yo desnudo y ella completamente vestida, con la chaqueta abierta, veía cómo llegaba a sacar la lengua, mirándome, y dio un lengüetazo a mis huevos... levantándolos un poco, despegándolos de mis piernas... y los dejó caer otra vez. Y de nuevo repitió la operación, levantando toda la bolsa con su lengua,

mirándome, y dejándola caer otra vez. Yo suspiré y su respuesta fue aumentar el bendito castigo: cerró su boca hasta llegar a morderme un poco allí y tirar hacia ella, hacia atrás, me mordía ligeramente los huevos sin dejar de clavarme la mirada. Resoplé, premiándola. Y mi polla goteaba sin parar aquel líquido viscoso y transparente.

Mi mente tuvo entonces la lucidez suficiente como para concluir que si lo que la movía a que me chupase la polla era renovada excitación por su prometido o sentimiento de culpa, ya tendría tiempo de descubrirlo.

Tras aquellos mordiscos que nunca le había visto dar, levantó un poco su torso, quedando aun de rodillas, pero más erguida. Siempre sin dejar de mirarme, comenzó a desabrocharse los botones de aquella camisa rosa que al parecer volvía loco a Víctor por lo pija que era o por cómo la convertía a ella en eso. Ante mi apareció un impactante sujetador blanco de encaje, con unas copas grandes y consistentes que le cubrían las tetas con seriedad. La chaqueta abierta, la camisa abierta y aquel sujetador tremendo... su mirada enigmática... veía más esmero e interés que excitación propiamente dicha.

Mi polla palpitó al verla así y ella se inclinó de nuevo. Llevó dos de sus delicados dedos a aquel tronco oscuro y desatendido y los deslizó como si acariciase algo material, como si probase una textura. Esos dos dedos llegaron a la punta y buscaron retirar aquella piel. Comenzaron a hacerlo.

Yo suspiré y ella logró echar toda la piel hacia atrás, de una vez, dejando caer una nueva gota que convertía en un pequeño charco aquella zona de mi vientre. Apartó mi miembro de aquel pequeño lago de preseminal y lo colocó mirando al techo. Esos dos dedos descendieron hasta sujetar mi polla por la base, y ella se apartó el pelo con una mano, hasta llevarlo todo el a un lado de su cuello, mirándome, y acercó su boca... y sus labios se juntaron, y soplaron sobre aquella punta embadurnada... y sonrió, espléndida... y miró mi polla, y me miró a mí y sacó la lengua y la llevó al glande, y allí dibujó un círculo completo alrededor; el tacto de su lengua sobre mi carne expuesta me hacía tocar el cielo, aquella vuelta completa que dio su lengua me elevó al cielo, y tuve que cerrar los ojos, aquella caída de ojos la debió interpretar ella como una señal de plena aprobación, pues dio otra vuelta completa, y otra, y otra... y yo sentía mi polla lagrimear, como si a cada vuelta, de mi miembro brotase una gota, y otra, y una de mis manos fue a su cabeza, a su melena; quizás ella pensó que aquella mano era una súplica para que acabara de matarme, aunque solo había sido un acto reflejo, pero ella quizás lo interpretó así, y hundió su boca en mí, hasta el fondo, cubriendo mi polla, por completo... Abrí los ojos:

ella, con los ojos cerrados y las manos en el sofá había engullido mi polla hasta el fondo, hasta que sus labios tocaron con mi vello púbico, y entonces abrió los ojos: me miraba con toda mi polla metida en su boca.

Pensé que iniciaría entonces un vaivén que me mataría... pero su boca se fue retirando hasta apartarse del todo... y mi miembro cayó libre.

Nos quedamos unos segundos en silencio hasta que yo dije en voz baja:

—¿Quieres subirte?

—No... hoy disfrutas tú —respondió, dando más fuerza a mi teoría del hipotético sentimiento de culpa que al de una renovada atracción.

Inmediatamente después volvió a coger mi miembro con aquella mano y lo colocó de nuevo apuntando hacia arriba, y acercó su torso, llegando a apoyar mi polla contra su sujetador, entre sus enormes copas. Juntó un poco sus codos, como para intentar aprisionar mi miembro allí, y entonces dijo:

—Necesito uno de esos sujetadores con broche por delante para momentos así.

Si me sorprendió esa frase también lo hizo que de golpe se pusiera de pie.

—¿Dejamos la cena para otro día? ¿El viernes o el sábado?

—Vale... —respondí a su merced, mientras ella se encaminaba hacia una de las sillas del comedor para desvestirse y dejar allí su ropa.

—Creo que entonces, para la cena, te voy a dar un regalo... o dos... —decía de espaldas a mí y yo suspiraba porque aquello obedeciera a altruismo y no a culpa.

Se quitaba la americana y la camisa y las colocaba con cuidado sobre el respaldo de las dos sillas, mientras yo reparaba en que, al haber estado arrodillada, su falda se le había subido un poco hacia la cintura, lo justo para descubrir el encaje de sus medias oscuras, allí, a la altura de la mitad de sus muslos. Con aquel tipo de medias lucía aun más femenina, ¿Se las ponía tanto por eso? ¿Para sentirse más mujer? ¿O iba más allá y era para provocar? Aunque había que estar muy atento a sus descuidos para saber que eran ese tipo de medias, y no de las que llegaban a la cintura, y es que éstas últimas parecía ya no ponérselas nunca, ahora le parecían de señora, eso me había dicho hacía no mucho, instruyéndome. ¿De señora desde cuándo? ¿Desde que había empezado a ser consciente de su poder? ¿Desde que tenía a Edu de jefe? ¿Las dos cosas? La chaqueta gris en un respaldo, la camisa rosa de Víctor en otro y las manos al broche trasero de su sujetador. Me subió algo por el cuerpo, como si no le hubiera visto las tetas un millón de veces. Me sentí como un despreocupado padre de familia, en la playa, cuando una

desconocida, de casualidad vecina de toalla, se lleva las manos ahí, anunciándole que su tranquila tarde de playa va a cambiar.

Su sujetador quedó colgado sobre la camisa: una enorme copa en la parte delantera del respaldo, la otra enorme copa en la trasera y, en tacones, medias y falda caminó hacia mi. Sus tetas colosales rebotaron un poco durante aquellos escasos pasos, en una imagen sí casi desconocida, eso de verla caminar tan libre. Pero si obnubilado me dejaba aquel bamboleo más lo hacían aquellas preciosas, enormes y simétricas areolas, que cada vez me parecían más grandes, y cuanto más grandes me se me hacían, más mujer me parecía.

Se colocó de nuevo entre mis piernas. No me había movido un ápice. Mi polla seguía dura y todo lo grande que podía ser. La piel de mi glande seguía retirada, y el charco semi transparente había aumentado como consecuencia de su impactante torso liberado. Otra vez aquellos dos dedos. Otra vez aquella lengua fuera y otra vez aquella circunferencia artística. Otra vez su lengua rodeando, como previo a una boca que se abría, abarcando mi miembro por completo. No sabía si voluntaria o involuntariamente, al retirar su boca, mi polla había aparecido completamente empapada de su saliva. Fuera como fuere era imposible no retirar la cara y cerrar los ojos cuando María me la chupaba hasta el fondo y una vez con mi polla enclaustrada movía su lengua de una manera lenta pero firme, sufriendo mi miembro allí ataques aleatorios pero certeros de su lengua.

María acabó por retirar su boca y colocar mi miembro entre sus pechos. Parecía dispuesta a hacer conmigo lo que solo había hecho con Edu. Sujetó mi polla con la punta de los dedos de una mano mientras llevaba su otra mano hacia uno de sus pechos para que mi miembro no escapara. No sabía si con la polla de Edu había tenido alguna dificultad, pero teniendo en cuenta el tamaño de la mía, no le costó lo más mínimo lograr que mi polla acabase encajonada entre sus dos tremendas tetas.

María, con una mano en cada teta, juntándolas, casi hacía desaparecer mi miembro por completo.

Era un abuso. Lo mejor de ella contra lo peor de mí. Como el mejor delantero encarando al peor defensa. Allí no había nada que hacer. Aun María no mostrando una especial destreza en aquellos movimientos, quizás el único movimiento sexual que le había visto para el cual parecía no tener un talento innato, acababa por pajearme con sus tetas, arriba y abajo con suficiente desenvoltura. Yo quería gemir, abandonarme... pero también quería ver.

María miraba hacia abajo, hacia mi miembro, para que no se le escapase, quizás aun sin la confianza suficiente como para masturbarme con sus tetas y mirarme... Aquello comenzó a darme tanto morbo que, aun no sintiendo tanta presión en mi polla como cuando usaba sus manos, me tuvo en seguida al borde del orgasmo.

María juntaba sus pechos con sus finas manos, pero no los maltrataba; las recogía sutilmente y las acoplaba, pero en absoluto las deslucía... La punta de mi miembro aparecía y desaparecía y al poco tiempo, quizás un par de minutos después de haber comenzado el vaivén, sí alzó la mirada. Nos mirábamos mientras me masturbaba con las tetas. Arriba y abajo. Arriba y abajo. A un ritmo constante, ni rápido ni lento. Y ella llegó a verse tan confiada que hasta llegaba a ladear su cabeza, juguetona, haciendo sutiles movimientos con la melena, sin dejar de comprimir sus tetas, sin dejar de hacer aparecer y desaparecer mi polla que ya tenía ganas de explotar allí. Me hacía lo que a Edu, cosa que nunca le había pedido, cosa que no le había pedido ni cuando había sabido que se lo había hecho a él; quizás en mi subconsciente yacía un extraño morbo que radicaba en que esa paja con las tetas se la había hecho solo a él y no quería romper aquello, aunque ahora aun me quedaba el morbo de que él había sido el primero.

Vi una gota blanca brotar, casi sin darme cuenta, antes siquiera de sentir mi clímax, y María debió de sentirlo, pero no por ello alteró el ritmo ni dejó de mirarme... y otra pequeña gota salió de mí, y entonces sí comencé a disfrutar de aquel orgasmo, mirando a María, o más bien mirando cómo me miraba, a la vez que me decepcionaba a mí mismo por no salpicarla de una manera más rotunda... más viril... Intentaba aguantarle la mirada, pero el placer comenzaba a ser inmenso... y de mi polla dejaron de salir gotas para comenzar a salir ya verdadero semen caliente, a borbotones, como una fuente de líquido blanco y denso, espeso... comenzando a crear una enorme mancha que iba creciendo y creciendo entre sus tetas... Con los ojos entrecerrados me resistía a abandonarme del todo, pues quería seguir viendo como María no se inmutaba y, elegante, hasta con chulería, continuaba con aquel ritmo, matándome, exprimiéndome y parecía que hasta disfrutando de sentir todo aquel líquido caliente mancillando sus preciosos pechos.

Las últimas sacudidas fueron más lentas y yo ahí sí cerré los ojos. Y sentí como sus pechos seguían con aquel sube baja, pero ahora en recorridos más largos y lentos, como queriéndome vaciar entero, casi queriendo limpiar todo lo que se habría derramado por el tronco de mi miembro, como si quisiera, al

abandonarme, que pareciera que de mi polla no hubiera brotado nada.

Sentí que mi miembro era liberado y querría haberla visto retirándose, agarrada a sus tetas bañadas... pero no me dio tiempo. Escuché un “Joder... me voy a la ducha” y al abrir los ojos ya solo vi su espalda desnuda, sus piernas y su falda embocar el pasillo.

Caí abatido, sobre el sofá, ladeé la cabeza y, simultáneamente a escuchar el sonido del ruido de la ducha, mis ojos fueron a su teléfono móvil, posado sobre la mesa de centro. Era tentador. Mala costumbre. ¿Edu le habría escrito algo más? Lo curioso fue que lo que me hizo realmente coger su móvil fue pensar en Paula. Si algo estaba pasando seguro que aparecería en las conversaciones con su confidente, con la que se escribía todo el día.

CAPÍTULO 37

No tenía demasiado tiempo, María no se lavaría la cabeza esa noche, solo el cuerpo, fundamentalmente la zona afectada... Entré en la aplicación y la primera persona a la que vi en sus conversaciones fue a Paula, pero quise buscar a Edu primero. Y no me dio tiempo ni a ponerme nervioso, pues en seguida vi su nombre y aquella última frase que ya había leído. No tenía ni la necesidad entonces de entrar en la conversación. Otra vez, como meses atrás, una mezcla entre decepción y a la vez alivio.

Pero faltaba la siguiente prueba: Paula.

Revisando sus conversaciones si tuve tiempo a infartarme. Hablaban muchísimo y cada vez que subía por la pantalla era una posibilidad real de encontrarme con algo peligroso, morboso y dañino, quizás un treinta y tres coma tres por ciento de cada cosa. Seguía subiendo y no encontraba nada.

Nada de Edu. Nada de nadie. Trabajo. Cotilleos. Series. Emoticonos. Fotos sin sustancia. Risas.

Cafés. Quejas. Nada de Edu. Nada de mí, siquiera. Y acabé llegando arriba del todo de la conversación, me sorprendí. Entré entonces en las conversaciones que tenía conmigo para confirmar, y sí, cada cuatro o cinco días parecía que hacía una limpieza de los chats. Y se me encendió una bombilla mientras ya no escuchaba el grifo de la ducha, pero tenía que forzar; busqué a Álvaro y subí y subí por la conversación, y, efectivamente, de él no había borrado nada, parece que aquellos párrafos subidos de tono, aquellos “te follaría como a una perra” no quería perderlos, por mucho asco que le diera. María salía del cuarto de baño mientras yo leía una última frase, que no recordaba y me quedaba impactado: “Te pondría a cuatro patas en el sofá, te rompería el culo, y mis amigos te irían metiendo la polla en la boca, uno por uno, durante horas”. Salí de la conversación y dejé el móvil sobre la mesa, in extremis, pues María aparecía en el salón preguntándome qué cenaríamos ya que no saldríamos esa noche.

Al día siguiente, por casualidad o para evitar sospechas, María fue en

traje de chaqueta y pantalón azul oscuro al despacho. Sentí algo raro. Quizás en el fondo quería que pasara algo más. Quizás en el fondo necesitaba presentir que María tenía un lado... individual... emancipado... en lo que a nuestro juego se refería, y me llegaba a frustrar que no hubiera nada, que no hubiera peligro.

Obviamente tras pensarlo poco menos que me insultaba a mí mismo por tener ese sentimiento.

Lo curioso era que, incluso más que su propia confesión diciéndome que lo de aquel mensaje de Edu no había tenido importancia, lo que más me hacía casi descartar por completo que estuviera pasando algo raro era aquel chat suyo con Paula, en el que no había absolutamente nada. Por tanto dejé de sospechar y di paso a necesitar sospechar. Y seguramente por eso, por esa necesidad, le escribí aquel jueves por la tarde, preguntándole si iría a las cervezas con los de su despacho. Me respondió que no, que estaba cansada, que tenía mucho lío en el trabajo, que saldría tarde. Mi cabeza ya voló a imaginar que se quedaba con Edu hasta tarde... pero ni eso me dio, pues finalmente salió casi a la hora de siempre y me llamó por teléfono mientras volvía a casa.

Esa noche de jueves ya estábamos en la cama, ya habíamos apagado las luces, y yo intentaba dormir mientras sentía a María inquieta, cosa rara pues suele caer dormida en seguida, sobre todo durante la semana. Tras unos diez o quince minutos en los que ella no parecía ser capaz de dormir, obligándome a acompañarla en su desvele por sus múltiples cambios de postura, sentí un ataque.

Me atacaba por detrás, me abrazaba... y su mano comenzó a ir a zonas poco castas. Ni recordaba la última vez que teníamos sexo fruto de la improvisación.

Esa noche descubrí que María quería volver a intentarlo. Quería volver a ser una pareja normal, a tener sexo normal. No sabía si aquello obedecía a que, al estar prometidos, hubiera planteado un último intento, o lo que pasaba era que fantasear con Edu o Álvaro se le hacía ya demasiado desagradable. Era cierto que por ambos sentía verdadero rechazo. Con Edu a veces no tanto, pero en el fondo sí se veía una clara repulsión en la gran mayoría de las ocasiones. Con Álvaro sí parecía ser verdadero asco.

Su iniciativa daba paso a un polvo mediocre. Silencioso. Encima de ella, en misionero, la penetraba y la besaba mientras ella, mecánica, llevaba sus manos a mis nalgas. Yo sabía que aquello no estaba yendo del todo bien, pero

no me podía imaginar que a los pocos minutos una frase suya me congelase:

—Acaba ya, si quieres.

No le dije nada, pero llegué a enfadarme. Sin tan claro tenía que sin el juego era imposible excitarse no entendía por qué me hacía empezar aquello.

Al día siguiente postergamos de nuevo nuestra cena y tuvimos un fin de semana tranquilo, hasta especialmente cariñoso, solo alterado porque hicimos el amor el domingo; de nuevo por iniciativa suya y de nuevo un polvo insulso en el que yo me culpaba por no saber encenderla y la culpaba a ella por no parecer querer poner nada de su parte.

Aquellos dos polvos horribles, de jueves y domingo, no afectaron en nada a nuestra relación, a todo lo que pasaba entre nosotros, que no fuera estrictamente sexual, que no fueran justo esos minutos de sexo. Los besos cariñosos, los abrazos, las risas... todo seguía en ese sentido siendo perfecto, y a ello había que sumarle que cada vez que planeábamos cosas de la boda había una ilusión mutua que no hacía si no unirnos más.

Empezó la siguiente semana, pasaban los días y no teníamos sexo, lo cual hasta casi llegó a ser un alivio. Parecía que María se daba por vencida tras aquellos dos intentos fallidos: No podíamos tener una relación sexual normal nunca más, debíamos asumirlo los dos. El problema era que ni recibía noticias de Edu, pues alguna vez había comprobado, cosa que no me enorgullecía, que no le había escrito nada más, y sus conversaciones con Álvaro eran cada vez más cortas y anodinas.

Llegó el jueves y María me dijo que iría directamente del despacho a casa. Estaba decidido, yo estaba decidido a hablarlo, a poner todo sobre la mesa. Entre la cocina y el salón esperaba a que María volviera del trabajo. No estaba desesperado, pero era ya tan obvio que nuestra relación sexual no era normal que sentía que cuanto antes lo habláramos sería mejor para ambos. Tampoco sabía muy bien qué decirle. Lo que estaba claro era que hacía tres semanas desde la última vez que habíamos fantaseado con Álvaro, hasta que el chico lo había estropeado con aquello de ir al despacho a buscarla... Dos semanas desde que habíamos fantaseado con Edu por última vez... Y entre medias dos polvos horribles y aquella paja con sus tetas que había parecido más un favor que me hacía que deseo real de ella hacia mí. Pensé en plantearle volver a usar el arnés, el cual solo habíamos usado una vez después del viaje, del que habíamos vuelto hacía ya tres semanas. Y empezaba a sopesar realmente la posibilidad de plantearle lo de conocer a alguien por internet. Me decía a mi mismo que aquella opción nunca me había

convencido, pero pensé en solo comprobar como respondería María a esa idea. Es que ella se tenía que estar dando cuenta, como yo, que necesitábamos buscar una solución.

Pensé que, en caso de que llegara a casa cansada o poco receptiva, retrasaría la conversación a la noche siguiente, noche de viernes en la que sí o sí iríamos a cenar juntos.

María me sorprendió entrando en casa mucho más alegre de lo esperado. Y de nuevo me avergonzaba de mis paranoias y valoraba mi buena suerte. Cada uno en su sofá, yo dudaba si sacarle el tema; no había contemplado la posibilidad de que no quisiera tener la conversación esa noche por no estropear un buen rollo genial. Yo estaba eligiendo una serie para que viéramos esa noche, mientras ella se reía de mi indecisión... Estaba demasiado adorable como para sacar un tema tan serio.

Cuando, de repente, su móvil sonó y me dijo que Álvaro le había escrito. Al parecer el chico había tenido exámenes y, tras esa información que para él tendría mucha importancia, pero para María ninguna, le había dicho que llevaba bebiendo desde las cuatro de la tarde. A mi novia le parecía terriblemente infantil y decía no entender porqué le seguíamos escribiendo. Y entonces empezamos una especie de *brainstorming* ameno, hasta gracioso, de qué palabras usar para que no le escribiera más, pero sin ser demasiado bordes, no fuera a ser se plantara en su despacho. En esas estábamos, cuando un “¡ostrás!” salió abruptamente de la boca de María.

—¿Qué pasa? —le pregunté, sabiendo que algo bastante fuerte tendría que haberle escrito Álvaro para evocar esa sorpresa.

María miraba detenidamente su móvil.

—A ver, dime... —insistí intrigado.

—Joder... me acaba de... mandar... como... —Qué.

—Que me acaba de mandar como... cuatro fotos de su polla...

—¿En serio?

—Sí...

—¿A cuento de qué? —pregunté deseando que me enseñara las fotos.

—De nada, si no estábamos hablando de nada.

María se puso de pie. Le había cambiado completamente el semblante. Más seria. Pasó por delante de mí y me dio el móvil. Me dijo que se iba a cambiar y que teníamos que escribirle ya lo de que estaba saliendo conmigo.

Mi novia caminaba por el pasillo mientras yo miraba aquellas fotos. Bastante parecidas las primeras tres, en las que él se agarraba aquel pollón con la mano. No se veía mucho más que su mano y su polla. Leí algunas frases, una, la más elocuente decía: “estoy borracho y cachondísimo, qué opinas?”. La cuarta foto era una especie de *selfie*, sentado, en la que se veía su cara, su torso desnudo y su pollón enorme sostenido por una mano, y una cara de degenerado que daba algo de miedo. En ese momento entró una foto más, que además decía: “Me voy a hacer un pajote que te cagas con esto”, cuando vi esa quinta foto no me lo podía creer.

Escuchaba los pies descalzos de María por el pasillo. Entró en el salón, con uno de aquellos pijamas suyos sedosos de pantalón y chaqueta, y se sentó en el mismo sofá que yo, en el otro extremo, sin ver el móvil.

—Hay que cortarles ya. ¿Qué le ponemos? —preguntó.

Yo apenas podía escucharla, seguía mirando aquella foto.

—¿Qué pasa? ¿Ha escrito más? —preguntó.

—Bueno... ha mandado otra foto...

—Qué tío... está enamorado de su polla... hoy le cortamos ya. ¿Has visto la cara en una de las fotos...? Menuda cara de loco... Da miedo, bueno, miedo no, que es un niño de papá... pero vamos... Yo oía a María, pero a duras penas la escuchaba, seguía mirando aquella última foto. Hasta que conseguí reaccionar:

—¿Te enseñé la última? —pregunté.

—Sí, anda, trae, que le voy a cortar ya —respondió y se dio de bruces con aquella quinta foto.

Mientras miraba la cara de María visualizaba en mi mente lo que yo acababa de ver y ella estaba viendo: En la imagen aparecía su tremenda polla, empalmadísima, con todas las venas hinchadas y el glande oscurísimo y hasta desproporcionado, excesivamente más grueso que el tronco, y de fondo la pantalla de un ordenador portátil, en la pantalla del portátil la foto del culo de María en aquel pantalón blanco, la foto que ella le había mandado.

—Madre mía... Qué asco... que... qué cerdo... —dijo María, afectada, con sumo desprecio.

Se enfrascó a escribirle. Creo que aquella foto la legitimaba para ser ella y solo ella la que le cortase. Un eterno minuto en el que yo no sabía para dónde mirar y veía realmente lejos sacarle ningún tema referente a nuestra vida sexual. “Mañana será otro día” pensé, a la vez que maldecía la torpeza de aquel crío, pues María, en un principio, la noche que se habían conocido,

seguro le había parecido atractivo, quién sabe lo que pudiera haber pasado si no hubiera resultado ser tan inepto, brusco e infantil, por no decir también degenerado.

Cuando acabó de escribir esperó un poco y parecía que aun se escribían algo más. Tras un tiempo prudencial, parecía que la conversación terminaba, así que me lo dio a leer y se encaminó a la cocina, diciéndome que ella quería cenar ya.

Leí: “Perdona por cortarte así, justo en el momento en que me envías esto, pero hace poco tiempo que estoy intentándolo con un chico, y, como comprenderás, no puedo seguir escribiéndome este tipo de cosas. Creo sinceramente que no deberíamos escribirnos ya más. Siento cortarlo así, pero entiende mi situación. Espero que lo entiendas. Bs” Álvaro le había preguntado después:

—¿El chico con el que estabas la noche que nos conocimos?

—Sí —había respondido María.

—¿Ese al que me decías que le gustaba mirar?

—Sí, pero ahora estamos en plan serio y los dos solos, sin cosas raras.

—Ok... Ok... —había respondido él final y casi diría que sorprendentemente.

Después de aquello, efectivamente, no quise sacar ningún tema relevante. Cenamos algo rápido y nos tumbamos en el sofá de en frente del televisor a ver una serie hasta quedarnos dormidos.

Allí, acostado junto a ella, me sentí mal; me sentí culpable por haber sido yo quién había iniciado todo aquel juego.

A la noche siguiente le plantearía sí o sí, qué íbamos a hacer con nuestra vida sexual.

CAPÍTULO 38

Me desperté unos minutos antes de que sonara el despertador. Mi cabeza era un no parar de dudas y conjeturas. No tenía ni idea de por donde podría salir María cuando yo le preguntara sobre nuestro sexo, o más bien sobre el futuro del mismo. Pensaba en Edu, el cual, en tres semanas se cumpliría un año desde que le conocía, casi un año desde que había empezado aquella locura. Pensé en eso y en aquello de que Víctor me había dicho que ella le había tanteado para repetir, en aquellos mensajes extraños, sobre todo aquel en el que implicaba al informático, y desde aquel mensaje nada, nada en su móvil ni nada que me hubiera contado. Pensaba si de verdad podía ser un simple hecho aislado. Hasta pensaba en quizás escribirle a Víctor, hablar con él haciendo uso de alguna excusa... Y pensaba también en Álvaro, en que por un lado no era de fiar y era un chico demasiado raro, pero a la vez era una lástima que desapareciera de nuestras fantasías.

El arnés, el chico de la casa rural, el hombre del viaje, sus momentos de exhibicionismo. Todo me parecían parches. Remiendos de un verdadero problema: a mí me obsesionaba verla con otros, pero ella no estaba dispuesta a eso. A mí me excitaba ella, sin más, pero ella ya no se excitaba conmigo si no añadíamos elementos de nuestro juego. Y, sobre todo, que ella quería en mí un sexo que yo no le podía dar.

Aquella mañana de viernes nos arreglábamos para ir al trabajo y fue una de esas mañanas que vamos bastante compenetrados desayunando, duchándonos y vistiéndonos, por lo que saldríamos de casa a la vez. Ella, sentada en el sofá del salón, vestida con traje de falda y chaqueta, miraba su móvil mientras yo salía de allí para ir al dormitorio a por mis zapatos. Cuando volví la pillé.

No era mi intención pero, al calzarme siempre en el salón, caminaba en calcetines por el pasillo, por lo que ella no debió de oírme llegar. Cuando pasé el marco de la puerta vi a María, en la misma postura, sentada, piernas cruzadas, elegante, esperándome, con el móvil en la mano, lo que no

esperaba ni quise ver, pero no me quedó otro remedio que ver, era como María escudriñaba en la pantalla la foto en la que aparecía el pollón de Álvaro, la foto del culo de ella de fondo.

Pasé sin decir nada, por delante de ella, dirigiéndome al otro sofá, y ella debió de sospechar que yo lo había visto, pues, algo sofocada, dijo:

—Madre mía... tengo que borrar estas fotos... cómo alguien me coja el móvil... Desde luego no daba la impresión de que hubiera entrado en la conversación y en las fotos para borrarlas.

Ya en el trabajo no paraba de darle vueltas a qué soluciones podría plantear yo si de verdad María estaba dispuesta a dejar de auto engañarse y decidirse a dar el paso de cambiar nuestra vida sexual.

Volver a lo del arnés era un remiendo, pero lo de conocer a gente por internet me parecía demasiado fuerte, por lo que no acababa de llegar a ninguna conclusión. También pensaba en lo que necesariamente vendría antes de eso y consistía en cómo enfocar la pregunta acerca de cómo veía ella salida a nuestra vida sexual. Quería planteárselo con confianza, con madurez, sin dramatismos; quería, además, y sobre todo, que hablara ella.

Yo saldría del trabajo antes que María, pero uno de mis jefes me preguntó si le podía llevar a la estación de tren después, así que no podríamos salir juntos de casa hacia el restaurante. Lo que hice fue ir a casa, cambiarme, ponerme algo más cómodo para cenar: un pantalón de vestir y una camiseta y jersey de cuello redondo, ir a buscar a mi jefe, dejarlo en la estación e ir con el coche directo al centro, al restaurante, donde ya debería de estar María.

Al final opté por dejar el coche en un parking subterráneo, cerca del restaurante, por lo que no perdí tiempo intentando aparcar, así que no llegaba tarde si no que lo hacía unos quince segundos antes que ella, lo justo para verla acercándose. Parecía una broma. Llegué a suspirar un “joder...” incontenido. Aquel paso firme, en tacones, por la acera... aquella elegancia, oscura elegancia, con zapatos de tacón, medias, falda de cuero, camisa de seda, abrigo, pequeño bolso colgado de un hombro, todo negro... era un espectáculo. Se notaba que se había vuelto a duchar, el pelo le brillaba, con especial volumen, largo, larguísimo... El abrigo abierto permitía ver claramente sus pechos contenidos bajo la seda de la camisa. Sus tacones la hacían aun más poderosa, alejándola del uno setenta, acercándola al uno ochenta. Llegó a mí: sus labios gruesos, sus ojos expresivos... alegre, risueña. Toda la gente que había en la terraza forzaba su cuello. Se dio cuenta, tímida, lo primero que me dijo, acompañado de una amplia y

vergonzosa sonrisa, fue:

—Qué me miras...

—Pues... lo que todos... Juntamos nuestras caras, en una especie de beso-abrazo extraño. Sin llegar a besarnos del todo, sin llegar a abrazarnos del todo. Como un amor que choca, pero que no sabe como expresarse.

Nos sentamos a cenar. Hablamos de trabajo. Del viaje. De la boda. Quizás fuera paranoia mía, pero me daba la sensación de que tan pronto había un pequeño silencio, ella sacaba un tema de conversación, como temiendo que yo le sacara el tema del sexo. “No puede ser, por lista que sea no puede ser adivina”, acababa pensando para mí. Pero, por otro lado, nuestros dos últimos polvos horribles le habrían dado que pensar a ella y sabría que yo también le habría estado dando vueltas.

El vino bajaba y yo me había marcado los postres como *deadline*... Lo fui retrasando y retrasando y mi tensión iba en aumento. Estaba convencido de que iba a acabar sacando el tema de forma nefasta, que todo lo cavilado y ensayado no iba a acabar sirviéndome de nada.

Ya teníamos la carta con los flanes, tiramisús, cheese cakes y panna cottas delante... Empecé a ponerme más y más nervioso. Pero, por puro azar, hablando de trabajo, salió la palabra “Edu” y yo le pregunté si le había vuelto a pedir que se vistiera de tal o cual manera, de palabra o por mensaje, y me dijo que no, que últimamente no lo veía tanto, que estaba en un caso con Amparo y que ella estaba llevando otras cosas con otro jefe. Le iba a preguntar que comprendiera que me sorprendía que aquel mensaje tan extraño no entrañara nada más, que fuera un caso aislado, pero lo dejé estar.

Pegué un volantazo y le pregunté por Álvaro, por si le había escrito algo más, me dijo que no y sacó su móvil del bolso para acabar de confirmarlo, y lo puso sobre la mesa.

Con los postres delante ya no tenía más excusa. Había llegado el momento, mis manos temblaban, cuando escuché a María decir:

—Te voy a dar mi regalo. Bueno, que son dos.

—Qué regalo —pregunté sorprendido. Además, no había por allí ninguna bolsa y me extrañaba que pudiera regalarme nada que cupiera en su pequeño bolso.

—Ya me parecía que ni te ibas a acordar de que te iba a hacer uno o dos regalos.

—Pues no, no me acuerdo.

—Hará un par de semanas... la noche que...

—¿La noche que qué? —yo, afectado por los nervios que me atenazaban como consecuencia del tema que estaba a punto de sacar, la interrumpí torpemente; aquella frase no había sido configurada para ser dicha en voz alta.

—Nada, es igual, si eso es lo de menos. Por cierto, has tenido suerte reservando esta mesa.

Seguía sin saber a dónde quería llegar. No había reservado ninguna mesa en concreto, y se lo hice saber. Era cierto que estábamos apartados, en una esquina, yo veía todo el salón por estar mi espalda contra la pared.

—¿Entonces? —pregunté ansioso.

María, ruborizada, volteó su cabeza ligeramente, oteando toda la sala.

—Si viene el camarero me avisas, eh. —dijo nerviosa, con parte del pelo por delante de la cara.

Le dije que sí, sin entender nada, cuando sus manos fueron a un botón de su camisa. Me quedé helado. Desabrochó el primer botón.

—Avísame, eh. —insistió, en un susurro, temblándole las manos.

—Que sí... Y otro botón, y otro, y otro y otro... Todos los botones... Se quedó así un momento, la camisa negra de seda desabrochada, pero aun muy cerrada, sin mostrar nada.

Nadie del comedor podía ver más que su espalda.

—¿Viene alguien?

—No, claro que no. —Yo no entendía nada, pero estaba tremendamente ansioso, cuando de golpe, sutilmente, abrió un poco su camisa, y, ante mí, apareció un sujetador negro, de encaje, semi transparente, las areolas y los pezones se le transparentaban claramente... lo único opaco allí era el contorno de las copas negras y el encaje, pero éste, por sus dibujos, no ocultaba toda la teta, dejando claramente transparentar partes de las areolas y los pezones. Era tremendo. Me quedé sin habla. Sus tetas lucían colosales y sus areolas y pezones transparentando... era para morir allí mismo.

—¿Viene alguien? —preguntó en otro susurro. Negué con la cabeza, con el uno por ciento de mis sentidos en el oído, pues el resto estaba en mi vista. Pero la sorpresa no acababa ahí: llevó entonces sus manos al centro de su sujetador, había en el medio un broche, o un cierre, por delante... María maniobró sutilmente, hasta abrirlo. Estaba roja, coloradísima, por el alcohol, por la vergüenza, por el riesgo... y abrió entonces aquel sujetador, por delante, despacio... hasta enseñar casi la totalidad de unas tetas enormes que cayeron libres... Sus pezones me apuntaban, me señalaban, las areolas

excelsas... hasta parecía que tenía la piel de gallina especialmente allí, en las areolas... Su torso, así, era impactante, brutal... sus tetas caían hacia adelante y fluían un poco hacia los costados de su cuerpo... y repuntaban un poco hacia arriba, coronadas por unos pezones de mujer en plenitud... y se cerró de nuevo el sujetador, y tras eso resoplé, y ella hizo lo propio, haciendo mover su flequillo por su soplido... y comenzó a cerrarse la camisa, la cual yo no le conocía, pero parecía de todo menos barata.

Y recordé entonces la noche, sí, habría sido unos quince días atrás, cuando María, especialmente complaciente, me había masturbado con sus pechos, y se había recriminado no tener algún sujetador que se abriera por delante... para poder hacer ese tipo de cosas sin desnudarse por completo.

María, aun ruborizada, me decía:

—No sabes lo que me ha costado encontrar uno que se abra así con la talla de mi copa...

—¿Sí?

—Sí... me he vuelto loca buscándolo... y... para colmo... ¿no me encuentro con el vecino en la tienda de lencería?

—¿Qué vecino?

—El del cuarto... Arturo, creo que se llama.

—¿El del cuarto...? ¿el putero... ese? ¿no se llama Jorge? ¿Y qué hacía allí? ¿No está soltero o divorciado o lo que sea? —pregunté recordando un día que ella había tardado en volver de bajar la basura y los había visto hablando desde la ventana y me había hasta puesto celoso.

—Pues no lo sé, pero allí estaba... y yo haciéndome la loca... pero vamos... me habrá visto... Nos quedamos un momento en silencio... y empecé a pensar en aquel regalo... en aquel sujetador, en aquella ropa interior... Aquel regalo era sin duda maravilloso, pero de golpe me sentí extraño, hasta mal. Pensaba que María seguía auto engañándose. Yo no necesitaba aquella ropa interior para excitarme, la deseaba como nunca. Ella parecía no comprender, o al menos parecía querer negarse a entender, que, aunque el juego lo hubiera iniciado yo, el problema real y actual no era que ella no me atrajese si no que era yo el que no le atraía a ella. Yo no necesitaba aquella ropa interior infartante para desearla. Y tampoco confiaba ya demasiado en aquella teoría consistente en que ella, al sentirse más poderosa, más deseada, consiguiera excitarse, ayudando eso a que me desease más.

Aquella especie de cadena de superlativos, aquel: “como yo me siento más mujer, me excito más, todo me excita más y me excitas tú más”.

Casi, y creo que por primera vez en mi vida, llegué a sentir pena por ella: seguía auto engañándose para salvar nuestra vida sexual.

María luchaba por reponerse de su sonrojo y, espléndida, encantadora, dijo:

—Bueno, al final no me has dicho nada, pero por tu cara deduzco que te ha gustado, ¿quieres ver el segundo regalo? Le iba a decir cuánto me había gustado ese primer regalo cuando su móvil se iluminó. Ella miró la pantalla y dijo rápidamente y contrariada:

—Mmm... es Álvaro.

—Joder... ¿Y qué dice? —pregunté sorprendido, pero a la vez llevaba veinticuatro horas con la sensación de que el chico no desaparecería tan fácilmente.

Tras leerlo María, me lo dio a leer a mí. Vi un párrafo enorme: El chico le decía que lo entendía todo perfectamente, pero que necesitaba verla, aunque solo fuera una vez más, para, palabras extrañas y textuales “cerrar capítulo”, le decía también que esa noche estaba tomando unas copas en su casa “de tranqui” con unos amigos, que después irían a una discoteca nueva. Le proponía que se pasara por su casa, que se tomara una copa, solo una. Acababa poniendo “para que veas que es solo por cerrar capítulo, que no quiero intentar nada raro, vente con tu novio si queréis, de verdad que es solo por no acabar así, que parece que ni existes, creo que en el fondo me lo debes”.

Nos quedamos en silencio.

—¿Esta noche? —pregunté.

—Sí, pero vamos, ni de broma —respondió.

—Yo creo que no se cree que estemos saliendo juntos.

—Pues me encantaría que me metieras la lengua hasta la garganta delante de él —dijo, sorprendiéndome, asqueada del chico y a su vez utilizando un lenguaje nada propio de ella. La ira, o el alcohol, o las dos cosas.

—Oye, pues no estaría mal. —le dije.

Ella me miró desconfiada y yo proseguí:

—Acabamos de cenar, nos tomamos si eso una copa aquí, vamos allí, nos tomamos otra a su salud, nos liamos delante de él... que vea que es verdad y que ya no tiene nada que rascar... y fin, te deja en paz.

Se hizo un silencio. Tras el cual dije:

— Aunque bueno, como el chico está un poco loco...

—Loco está... pero es inofensivo... vamos... que miedo a meterme en su

casa ninguno. Y sus amigos-Taburete... menos miedo me dan.

—¿Entonces cómo lo ves? —pregunté, sin saber muy bien qué estábamos haciendo.

—Pues... besarme contigo delante de él... tendría su punto... —dijo ella en un susurro, en su búsqueda permanente de encontrar morbo en mí, de sentir excitación implicándome.

El chupito de después del postre nos ayudó a decidirnos... y María le preguntaba la dirección. Su casa estaba bastante cerca, hasta podríamos ir caminando. Pedíamos un gin tonic en el propio restaurante mientras yo le preguntaba por el segundo regalo. Ella respondió:

—Después lo ves, cuando volvamos a casa.

—¿No hay regalo hasta que llegemos a casa? María se quedó pensativa, estaba maquinando algo... Y yo también estaba maquinaba lo mío, y concluía que retrasaría “la conversación” con María para el día siguiente; sus regalos... aquello de Álvaro... demasiadas emociones para una misma noche. Tras unos quince o veinte segundos ella dijo:

—Mira... por ordenarlo un poco... vamos a casa del tonto ese... nos enrollamos... que él vea como me besas... y después vamos a la nuestra... y allí te enseño el segundo regalo.

—¿Y...? ¿Me gustará?

—Yo creo que sí... Yo te regalo eso... más... lo que ya has visto... y tú me regalas besarme y meterme mano delante de ese idiota. ¿Qué te parece?

CAPÍTULO 39

Aquella proposición era irrechazable, si bien María parecía más tranquila que yo. No es que yo tuviera miedo de aquellos chicos, ni mucho menos, pero sí creo que era más consciente de que aquel chico le tenía seguramente bastantes ganas a María, y no solo ganas sexuales; bebíamos de nuestros gin tonics y recordaba ciertos mensajes agresivos de Álvaro, enfadadísimo, rozando lo violento, porque ella no le escribía, no le enviaba fotos o no le respondía a sus llamadas.

También pensaba que cuando más horribles eran nuestros encuentros sexuales más ilusionada acababa por ponerse María una vez aparecía una idea que pudiera solucionar ese desastre; ella planteaba aquello de que le metiera mano delante de él como una venganza, para joderle por aquel acoso y por aquel susto de ir a buscarla a su despacho, pero era claro que veía también en su plan una manera de excitarse y acabar follando conmigo aquella noche de manera entregada y desenfrenada. Para ella era todo un *win-win*: joder al chico con el que llevaba semanas escribiéndose a desgana y follar brutalmente, como ella deseaba. con su prometido, demostrándose a si misma que follar conmigo la satisfacía plenamente, sin necesidad de nadie más.

Yo, sin embargo, no veía las cosas de aquella manera: pensaba que aquella aparentemente inocente y conciliadora proposición podría tener bastante de encerrona, y pensaba también que el hecho de que follásemos recordando como habíamos jodido a Álvaro no solucionaría nada, no significaría que su falta de excitación por mí quedaría enterrada.

María chisposa, dulce, alegre, bebía de su copa, y parecía que todo le encajaba, y que estaba más liberada. Quizás llevara un tiempo planeando también aquella escena del sujetador y que, tras hacerlo, había quedado aliviada. Lo cierto era que había sido alucinante, raro en ella tomar ese riesgo en público. Por otro lado parecía convencida de que por besarnos delante de Álvaro éste la dejaría en paz, lo que supondría el segundo alivio, y todo en la misma noche.

La conversación derivó en cotilleos de su trabajo, de los que casi siempre me quería hacer partícipe y de los que yo sentía curiosidad o no según mi estado de ánimo. El tema llegó hasta Begoña y, visiblemente achispada, me preguntaba si me parecía guapa. Realmente parecía una pregunta que rozaba el absurdo; yo solo podía cagarla si me pasaba con los superlativos, así que quise ser sincero pero comedido. Aprovechando su pregunta y su incipiente, o más bien ya, asentada embriaguez, le pregunté por Edu y Álvaro, por cómo los veía físicamente si tuviera que compararlos.

—Hombre... es más guapo Edu.

—¿Sí?

—Sí... hombre... Edu llama mucho la atención. Álvaro es morbosete y ya.

—¿Morbosete? —pregunté sorprendido— Creí que lo encajarías más en mono, o algo así.

—No... no. —dijo ella llena de razón— mono nada, es al revés, tiene su punto, pero así... belleza... rasgo a rasgo no tiene nada especial.

—¿Y pollas? —dije desinhibido, gracioso, convencido de que diciéndolo así, medio en broma medio en serio, me ayudaría a que cantase.

María me miró con cara de fingido susto. Después hizo varios gestos con la cara... como mirando al infinito para hacer memoria y sacar un veredicto serio dentro del general tono de broma.

—Pues... la de Edu, ¿no? —No sé, tú sabrás.

—¿Cómo que yo sabré? —preguntó graciosa, dándome a entender que, en el fondo, yo había visto ambas, al igual que ella.

—Yo puedo juzgar el tamaño... pero eso de... bonitas... que habías dicho alguna vez... pues no.

—Ay... no sé. Tamaño parece más la de Edu, pero... en plan... bonitas o bien hechas... no sé.

Lo cierto era que la Edu me parecía un poco más grande también, pareciendo la de Álvaro igualmente bastante por encima de la media. Recordé el impacto de ver a Edu empalmado, nunca había visto a nadie, que no fuera yo, con la polla dura y apuntando al techo. Había sido ciertamente imponente.

Me sorprendía encontrarme de golpe hablando de las pollas de los dos, y, sobre todo, que María hablase con esa naturalidad, se lo hice saber, recordándole que, según ella, le caían mal.

—Son dos gilipollas integrales— quiso confirmar ella, con perenne sonrisa, antes de sorber de su copa.

Decidimos tomar otro gin tonic allí. No teníamos prisa y creo que sobre los dos yacía la idea de que llegar destensados a casa de Álvaro nos haría todo más fácil.

Tras acabar esa segunda copa caminábamos por la calle hacia su casa. No hablábamos mucho, no urdíamos ningún plan. Yo visualizaba una cutre casa de estudiante, con tres o cuatro personas, un par de botellas sobre una mesa de centro, un poco de charla infantil, y carantoñas y besos con María de cuando en cuando. Si la cosa se terciaba, si hubiera gente de pie, besos y magreos rotundos ante la mirada de Álvaro, para que el chico nos dejara en paz y para excitarnos... Y susurros entre beso y beso sobre si nos miraba o no, y descripciones de qué cara de perdedor pondría al hacerlo.

Qué equivocado estaba.

Tan pronto timbré en el telefonillo escuché un ruido de fondo más exagerado de lo esperado. Portal viejo, grande, vestíbulo de casa que había vivido tiempos mejores. Ascensor ruidoso, vetusto, chirriante, metálico. María y yo nos mirábamos y nos sonreíamos, medio borrachos, medio nerviosos, expectantes.

Una vez en el rellano, la puerta echada, luz, música. Empujé la puerta. Quizás antes de hacerlo tendría que haberle preguntado a María si estaba segura, si estábamos seguros. Pero no lo hice, y, antes de que me pudiera dar cuenta, nos encontrábamos en un salón-cocina enorme, no había demasiados decibelios, pero de mi apuesta de tres o cuatro personas habíamos pasado a unas doce o trece. De mi visionado cuchitril a la realidad de un apartamento enorme, amplio, con techos altos y varios pasillos que enfocaban a aquel habitáculo en el que nos encontrábamos casi como si fuera aquel salón una enorme una rotonda.

Álvaro salió de la nada con cara de orgullo, de maestro de ceremonias satisfecho. Me sorprendió verle, después de varios meses, parecía distinto, mantenía, eso sí, aquellos ojos verdes y saltones, aquella cara joven y con algunos granos, aquel porte espigado y desgarbado y aquel atuendo de vaqueros ajustados y camisa a rayas, de universidad privada.

Se dieron dos besos y él y yo nos estrechamos la mano, inmediatamente después, el chico nos informaba de que “sus copas *de tranqui* se le habían ido de madre”, que no era más que una forma de vanagloriarse de su poder de convocatoria, y se iba por uno de aquellos túneles con nuestros abrigo y el bolso de María.

La cara de María, supongo que al igual que la mía, dibujaba un “qué

pintamos aquí” tremendo.

Allí plantados, aun sin atrevernos a avanzar los cuatro o cinco pasos necesarios para ser quince personas y no trece más dos, observaba como había más chicos que chicas, que si bien había gente como Álvaro de unos veintitrés o veinticuatro años, también había otros de unos veintiocho que nos ayudaban a María y a mi a no destacar.

Hablando de no destacar, mi mirada fue a una morena, vestida de negro y con un chaleco blanco, largo hasta casi las rodillas, una morenaza que hacía de todo menos no destacar.

—Madre mía... Pablo, ¿esto qué es? —escuché a María a mi lado.

No pude darle una respuesta clara y ella prosiguió:

—Una copa y nos vamos —preguntó o aseveró, dando a entender que su prioridad empezaba a ser más salir de allí que joder a Álvaro.

—Sí, sí. —respondí, y caminamos un poco, rodeando a la muchedumbre que parecía no haber reparado en nuestra presencia, y llegamos a una cutre mesa redonda con vasos, hielos y botellas.

Era como viajar en el tiempo a diez años atrás.

Obviamente no tardó Álvaro en reaparecer. Visiblemente ebrio nos hablaba a los dos, no solo a ella, como queriendo mostrar simultáneamente madurez y bandera blanca. María le miraba con hastío, con los brazos cruzados y bebiendo de su copa, escuchándole, pero no siempre mirándole. Aparecer conmigo, sumado a su mirada de displicencia, tendría que ser más doloroso para él que el gancho de un boxeador, pero el chico pontificaba, lleno de moral, como convencido de que su combate no estaba perdido hasta que no sonase la campana.

Mi novia me miraba de vez en cuando, con claras señales de socorro. A la conversación se unió más gente, y presentaciones. Aquello era incómodo, un sinsentido. La única vía que se me ocurría para salvar aquel desastre era aguantar las presentaciones, alejarnos un poco, besarnos, que nos viera, acabar la copa y marcharnos.

Tras unos veinte minutos absurdos, María acabó por decirle a Álvaro que le sujetara el vaso de plástico y le preguntó por el cuarto de baño. El chico, embobado pero fingiendo tablas, con sus manos ocupadas por las dos copas, le indicaba “segunda puerta a la izquierda por el pasillo del medio”, dando idea de las dimensiones de aquel antro.

María cruzaba el núcleo duro de la fiesta mientras Álvaro me preguntaba:

—¿Tú qué eres, un amigo entonces? Me quedé sorprendido. Le pedí que

me repitiera la pregunta. Lo que hizo fue decirme exactamente lo mismo, pero casi gritándome.

No sabía si me estaba vacilando... o si con aquello quería darme a entender que no le había creído a María lo de que finalmente salíamos juntos... Antes de que pudiera encontrar salida clara a mis conjeturas siguió hablando: —Es que me había dicho que ahora estaba con alguien. Un chico que yo había visto con ella el día que la conocí. No sé como se llama. Le dije que viniera con él, pero ha venido contigo. ¿Tú sabes si de verdad tiene novio? Pasé de sorprendido a perplejo, ¿de verdad se estaba liando y no se daba cuenta de que yo era también el de aquella noche? No sé porqué. Tan pronto lo hice me pregunté a mi mismo qué coño estaba haciendo, pero le acabé diciendo:

—Pues la verdad es que no sé si tiene novio o no.

—¿En serio? —parecía que se le abría el cielo— ¿Eres su amigo y no lo sabes? Entendí entonces por qué lo había hecho. En el fondo quería verle atacándola... No tenía remedio.

Maldije mi mierda de obsesión, mi mierda de tara... Aun estaba a tiempo de recular, de decirle que se había liado, que yo era su novio... pero no lo hice.

—Pues no, no lo sé, tampoco somos tan amigos, me propuso venir y vine.

—Ah, vale, vale. —Respondió disimulando que aquello eran noticias inmejorables para él.

Un chico le habló y dejó la copa de María sobre la mesa. ¿María? Oteé el horizonte y la vi volviendo del pasillo, otra vez tenía que cruzar varios corrillos, cuando un chico la paró, la obligó a girarse. Creí que le daría puerta al instante, pero, para mi sorpresa, accedía al menos a entablar una fugaz conversación. Mientras les miraba intentaba adivinar, y supuse las típicas preguntas, “¿de parte de quién vienes?” “¿a quién conoces?” “me llamo tal”. Ya de primeras vi que el gesto de María para con aquel chico no era el del asco dedicado a Álvaro, lo cual tampoco era muy difícil. Veía entre varias cabezas a un chico de pelo algo rizo, echado hacia atrás, algo brillante, quizás por la gomina, y barba descuidada, en camisa azul, una especie de pijo-tirado. Tenía ya sus entradas... parecía algo mayor que la media, quizás unos veintiocho o treinta. Le ponía la mano en la cintura a María para hablarle al oído, ella intercalaba gestos de extrañeza con medias sonrisas. Le dio una copa, como si tuviera dos y regalase una. María dio un trago a aquella copa y le escuchaba sus ocurrencias.

Quizás no fueron más de dos minutos, pero se me hicieron eternos. Yo, rodeado de desconocidos, o sea, más solo que nunca, bebía de aquel ron intragable, mientras entre múltiples cabezas veía como María se dejaba atacar por aquel chico, pues en aquellas bromas que le hacía a buen seguro no había otra intención que la obvia.

Aquel embauque continuó hasta que el chico llegó a indicarle algo a su espalda, en tono permanente de broma, y ella parecía decirle que no lo iba a hacer. Siguió la negociación y yo me coloqué de tal manera que pudiera entender qué había por aquel pasillo que él le señalaba tanto, y no vi nada especial. Tras un par de minutos de risas María embocaba el pasillo, y pulsaba el interruptor de algún cuarto, quizás apagase una luz encendida, quizás una luz del baño que ella había dejado encendida.

María volvió entonces a entrar en aquel salón, pero no entró como la primera vez.

En diez minutos había cambiado todo: María no tenía novio a menos que se demostrase lo contrario, y, lo que era incluso más relevante, María empezaba gustarse.

CAPÍTULO 40

Ni entró en el salón como media hora antes ni como había llegado al restaurante. Era como ver una evolución de meses plasmada en minutos u horas. Sus gestos, sus miradas, aquella confianza eran opuestas a la timidez y al rubor. Si María era especialmente guapa cuando parecía no saber que lo era, era tremendamente sexual cuando demostraba saber que estaba buena. Parecía que tras pulsar el interruptor de aquel pasillo hubiera pulsado también uno suyo, propio.

María fue de nuevo retenida por aquel chico, pero entonces me buscó con la mirada. Intentábamos leernos a distancia, solo con los ojos. No había por qué no pensar que el plan original seguía en pie, aunque hubiera que retrasarlo: esperar un poco a que aquello se vaciara de gente, beber un poco más, y besarnos y meternos mano para que Álvaro lo viera y diera así por finalizado su acoso. Un acoso que se postergaba, pues yo le veía bebiendo más y más, y vigilando a María también desde la distancia. Quizás buscando en aquel alcohol una valentía que había mostrado a través del móvil, pero que no salía a la luz tan fácilmente en el cara a cara.

Me vi absorbido por un nuevo corrillo donde estaba aquella morena llamativa. Si María parecía saber de golpe que estaba buena, aquella sugerente mujer parecía llevar aquel conocimiento de serie. A pesar de ser plenamente consciente de que yo allí no pintaba nada, el vino de la cena, el chupito, las copas en el restaurante y las nuevas copas de allí, me liberaban para dejar eso a un lado y entablar con ella una conversación que yo no sabía quién había empezado, en un ambiente distendido. Al parecer había acabado periodismo, estaba haciendo un máster y, cuando le hablé de mi trabajo, de mi carrera, me dijo que había dudado precisamente en estudiar lo mismo que yo, años atrás; hablamos entonces de lo curioso de ese hecho, siendo estudios tan diferentes, y eso nos llevó a dialogar sobre la tendencia de la mujer a las carreras más sociales y los hombres a las más técnicas.

Parecía agradable, interesante, y fingía cercanía, pues parecía ser más

bien una trampa, ya que había permanentemente un muro, o una atalaya, construida por ella seguramente durante años, que la situaba a ella muy arriba y a quién quisiera hablar con ella muy abajo. Y no me refiero a cuestión de altura, si bien aquella morena, en tacones se ponía en órbita, más alta que María. Mientras me hablaba yo percibía un acento andaluz que ella parecía querer ocultar llevándolo a un deje pijo, y descartaba que vistiera un mono, pues entendía que aquello eran dos piezas, un pantalón y un top negros, a parte del chaleco blanco largo. Cuando osaba mirarla directamente a la cara veía unos rasgos agitanados... muy morena, ojos negros y pelo muy largo, oscuro y ondulado, que, sumado a aros orgullosamente grandes colgando de sus orejas, daba una imagen llamativa y exótica.

A mí me costaba estar a todo: Debía ser lúcido en mi conversación, observar a María, controlar a Álvaro y aun sacar tiempo y sentidos para deleitarme con los rasgos de aquella chica e intentar adivinar qué cuerpo se escondería bajo aquella ropa... Acabé concluyendo que de pecho no iba nada mal, si bien no llegaba al nivel de María, que era más esbelta de lo que pudiera parecer en un principio, y de su culo poco podría saber ni aunque se diera la vuelta, pues aquel chaleco taparía todo.

Si bien nuestra conversación y nuestras formas eran de lo más casto, no se podía decir lo mismo de lo que se traía aquel chico con María. Cada vez le hablaba más cerca y mi novia se dejaba hacer, pero a veces se apartaba un poco. María quería gustarse y gustar, pero no dar pie a una situación violenta.

Y llegó la pregunta que tenía que llegar, y es que Sofía, que así se llamaba la morena, me acabó por preguntar con quién había venido. Yo le indiqué disimuladamente la dirección de María, deseando que no preguntara qué relación tenía con mi acompañante, pues no sabría qué decirle, si seguiría con la mentira o si me arriesgaría a que corrieran por allí informaciones contradictorias. Pero ella no hizo mención a ella, si no a su acosador, soltando un: “Uy, cuidado con Guille que tiene peligro”, revelándome con aquella corta frase un dato desconocido, su nombre, y uno que parecía obvio, su objetivo.

Nuestra amena conversación continuó, a la vez que lo hacían también los embistes del tal Guille, que, cada vez que le hablaba al oído parecía que le iba a echar la boca... poniéndome nervioso por momentos. Sería absolutamente de locos, pero empezaba a ver en María aquel intangible, mezcla de halago, chulería y libertad. Halago por el acosador, chulería por su nueva María y libertad peligrosamente dada por mí.

Pero si yo me ponía nervioso también debía de estar en una situación similar Álvaro, pues acabó temiendo que Guille fuera más rápido que el alcohol dándole valentía y decidió interceder. Yo también me vi desplazado, en mi caso por un chico rubio, muy corpulento, parecía extranjero, con una cabeza grande pero coronada por una mini coleta, a pesar de estar casi rapado, en la cúspide de su cabeza; me extrañó que no nos hubieran interrumpido antes, teniendo en cuenta el valor de la pieza.

Sofía desvió su atención a su nuevo pretendiente y yo decidí dirigirme en uno de aquellos enormes y roídos sofás. Álvaro y Guille se disputaban la atención de María. Álvaro más espigado y más joven. Guille más ancho y maduro, pero los dos igual de pijos y babosos y con las mismas ganas de triunfar. Al aparecer Álvaro, María se equilibraba y ni le miraba con tanto asco a él ni era tan receptiva con Guille, como colocándose en un término medio para ambos. Guille acabó por abandonar, dejando a María con Álvaro, y vino también hacia los sofás. Otro que abandonaba era el chico rubio que había estado hablando fugazmente con Sofía. Todas aquellas retiradas parecían más bien pausas, descansos, reagrupamientos de filas.

Sin comerlo ni beberlo, aquella zona de los sofás a donde me había retirado, se convertía en centro de operaciones de los dos chicos. No esperaba tampoco, a aquellas alturas ya, ninguna presentación, pero el reciente pretendiente de María alargó su mano y simplemente dijo “Guille” y me vi obligado a estrechársela y pronunciar mi nombre; mi mano no fue ofrecida con tanta seguridad ni mi nombre pronunciado con tanta chulería. Y ahí quedó nuestro intercambio de palabras, pues comenzó a hablar con el chico rubio, descubriéndome que se llamaba Mario y que de extranjero no tenía nada.

Si había algo más morboso que ver a María atacada por Álvaro era verla mientras, simultáneamente, escuchaba a Guille hablar de ella. De nuevo aquella excitación, aquellos nervios... aquel morbo de ver como atacan a tu novia en tus narices y como hablan de ella sin cortarse, en tu presencia...

—¿Has visto a la chica con la que he estado hablando? —le preguntaba Guille a Mario, totalmente indiscreto, en un tono realmente alto, sin importarle que lo oyera yo y cualquiera que revoloteaba por la zona de los sofás.

Al rubio me costaba más oírle, pero su mirada a María y su consiguiente gesto facial, eran esclarecedores y contundentes.

—Puto Álvaro, tío, ha tenido que venir a tocarme los huevos. —decía

Guille molesto, pero a la vez entendiéndolo, como aceptando el reto.

Pronto el tal Guille, mirando también hacia el dúo María-Álvaro, le contaba a Mario o casi parecía que hablaba para sí:

—Joder, qué buena está la cabrona... y tiene unas tetas... que con la camisa y tal no parece... pero te digo que esta tía se desnuda y te corres nada más verla. Joder... qué polvazo tiene —Mario le escuchaba y también les miraba— Está... para reventarla joder... El chico rubio solo sonreía, como dándole la razón con aquella mueca. Y todo lo que no hablaba el callado lo hablaba el del pelo rizado hacia atrás, que proseguía:

—Y tú con Sofía ¿no? Pues ánimo... que es más jodida... estuve meses detrás de ella y nada... —Y nuestras miradas iban a la andaluza que sobria e inalcanzable enseñaba su gracia y su muro a otro pretendiente.

—¿Ese quién es? —Preguntaba Mario por el chico con el que hablaba Sofía y yo no lograba entender la respuesta de Guille, que, tras un silencio, volvía a la carga:

—Joder, como me ha jodido Álvaro... qué cansino es, además es que la gira, ¿ves como la gira?, tan pronto se mete las acapara. Pero ojo... que esta casa me da suerte... que la última vez que vine, ¿te acuerdas? Creo que fue en verano... ¿te acuerdas? —le hablaba a Mario y este asentía con su permanente media sonrisa— joder... como le dimos a aquella chica los dos... Me quedé helado. Me puse aun más nervioso y quise escuchar más nítidamente. Llevando mi culo a la punta del sofá, bebiendo de lo poco que quedaba de mi copa, lentamente, como ocultando mi cara tras ella a cada trago, viendo como María dejaba que Álvaro intentase ligársela mientras me miraba de vez en cuando, teniéndome controlado y dándome a entender que tenía también controlado al propio Álvaro. Mientras tanto Guille seguía:

—Joder... como le dimos entre los dos... y mira que yo paso de ver más rabos... que se hace raro, joder... —sonreía— pero hoy ni de coña... hoy la de negro para mí solo... paso de ver más rabos, y si no me deja su cama me la dejás tú, ¿no? Será por camas aquí. —Hablaban con Mario dando por sentado que todas las respuestas a sus preguntas eran afirmativas— Y si no me la llevo por ahí y me la follo en cualquier lado.

Yo me sentía tan culpable como excitado, escuchando aquellas burradas sobre María, como si fuera un objeto, una guarra más de una noche cualquiera para aquellos chicos y especialmente para el chulo aquel. Llegué a sentir una pequeña erección al escuchar aquellas pretensiones, que no eran más que fantasías... pero el deseo en sus palabras era tan elocuente que ponía

los pelos de punta.

—Joder... follarte a esa... ¿te imaginas...? Está para... Dios... ¡quiero a esa potranca para mí solo! te lo juro, ¡eh!, paso de ver más pollas mientras me la follo... —volvía a decir, borracho, repitiéndose, cansino y desagradable... en bucle.

Mario le dijo algo, señalando a Sofía, que no llegué a entender. Pero lo que sí alcancé a oír fue como después poco menos que se apostaban que Mario conseguiría a Sofía y Guille a María, no entendía si se jugaban algo material u orgullo casposo y machito... pero algo así tramaban. De nuevo repulsión, pero a la vez escalofríos y morbo al escucharle hablar así de María.

—¿Con quién habrá venido? —dijo nítidamente Guille, y yo no quise, o no me atreví a decir ni media palabra.

—Ni idea, ¿no? —continuaba dicharachero y volvía a mirarla, a mirar como Álvaro le hablaba cada vez más cerca e intentaba llevarla a un aparte, y María recibía sus intentos con distancia y sobriedad, casi altanería— Que la chica conmigo se reía y tal... no sé... no sé muy bien de qué va.

Tras aquellas súbitas dudas, planeaba con Mario ir a algún sitio cerca, a comprar bebida porque, decían, aquella era una mierda. Se acababan las copas apresuradamente mientras Mario se preocupaba por el acoso sobre Sofía y Guille y yo observábamos al insistente Álvaro, y finalmente salían ambos de aquel apartamento con la clara intención de volver en seguida con más y mejor alcohol y con ansias del segundo asalto.

De golpe me vi solo en aquel enorme sofá, sin saber muy bien qué hacer. Aquello no salía como tenía que estar saliendo, pero yo no era más que un figurante, con casi nulo poder de decisión. Sin embargo mi súbita soledad no duró mucho, pues María acabó por desembarazarse de Álvaro y vino a mí; su llegada venía acompañada de una mirada, cómplice e insinuante, que dejaba claro que no había en ella la intención de alejarnos del plan original.

Me puse en pie para recibirla. Acalorada, achispada, a mi lado, los dos de pie en aquel salón, me miraba con signos evidentes de querer iniciar la ejecución del plan. No parecía haber tanta gente, quizás unas siete u ocho personas, y Álvaro nos observaba y María se me acercaba, como queriendo empezar... y yo... no quería que Álvaro descubriese que sí éramos novios, y le propuse a María hacernos una copa. Pero yo solo quería ganar tiempo.

Nos apartamos un poco, de nuevo dos y después el mundo, como a mí en el fondo me gustaba, como yo sentía en realidad que era nuestro juego. Mientras le servía una copa en una mesa cutre de aquel salón buscaba a

Álvaro con la mirada, y ya no lo encontraba. ¿En el cuarto de baño? ¿En su dormitorio? Y Sofía estaba de espaldas a nosotros, así que, tras darle la copa, acerqué mi cara a María y le pregunté por cómo estaba.

—Bien... —respondió tocada.

—¿Qué tal con Álvaro?

—¿Está mirando? —preguntó frente a mí y de espaldas al resto.

—Sí. —mentí, y ella llevó su cara a la mía, cariñosa y cansada a partes iguales. Pero ella no quería mostrar cariño hacia mí a los ojos de Álvaro, si no otra cosa, y entonces su cara giró y sus labios fueron a los míos. Un beso suave, lento, tierno, sentido, que parecía que no iba a desembocar en que nuestras bocas se abrieran, pero acabó pasando, y su lengua fría por la bebida y húmeda por muchos motivos acabó jugando con la mía.

—Que se joda... —susurró en mi oído tras su tórrido beso.

—¿Sí? ¿Está muy pesado?

—Es un idiota... —dijo de nuevo en tono bajo, en mi oído, mientras nuestros labios volvían a juntarse.

Yo besaba a María, con los ojos abiertos, para asegurarme de que Álvaro seguía sin estar presente y que Sofía, la única que yo consideraba que podría descubrirme, seguía dándonos la espalda. Y yo me sentía culpable a la vez que un sexto sentido me decía que María, a pesar de tener sus ojos cerrados, podría presentir que yo los tenía abiertos durante los besos. A todo aquello había que sumar que mis oídos estaban atentos a la puerta de entrada, por si volvían Mario y Guille. Sentía nervios y asfixia ante tantos frentes abiertos.

Mi novia se separó, posó su copa, llevó sus brazos a mi cuerpo, para rodearme con ellos y juntar sus manos tras mi nuca.

—¿Está mirando?

—Sí...

—Pues tócame...

—¿Dónde...?

—Donde quieras.

—Joder... —suspiré.

—Acaríciame las tetas... o... bueno... lo que quieras... que se joda... —decía con los ojos llorosos, borracha.

Me quedé callado. Bloqueado. María con el pelo alborotado, sonrojada, marcando tetas a través de la camisa, con aquella falda de cuero... en tacones... estaba para follársela allí mismo... Sumado a como Álvaro se la quería follar... a como Guille se la quería follar... yo estaba que explotaba...

Llevé una de mis manos a sus tetas, sobre la camisa negra de seda y llevé mis labios a su mejilla, y a su cuello... y mordí un poco... y ella gimoteó, hasta quizás exagerando su gesto con su melena y su cuello por pensar que Álvaro estaba mirando. Y yo acabé por retirar de allí aquel mordisco y dije en su oído mientras le acariciaba aquella teta y el pelo:

—Y si nos vamos al baño...

—Mmm... allí no nos ve...

—Ahora se acaba de ir.

—¿En serio?

—Sí...

—Que se joda... —volvió a repetir aquella palabra que sonaba rara en ella.

Nos quedamos callados. Mirándonos. Su mirada era de excitación y de satisfacción, aunque contenida, como si su venganza aun fuera incompleta.

—Se habrá ido a su dormitorio... a llorar. —dijo extrañamente sádica.

—O a pajearse... —le susurré en el oído.

María no sonrió, y me dio la mano, como queriéndome llevar al baño con ella, como queriéndole decir a todo el salón que me llevaba a los servicios a hacer de todo.

Yo, a esas alturas, solo podía saber que seguía sin ver a Álvaro por ninguna parte y que Mario y Guille no habían vuelto, si Sofía nos veía desfilar por el salón ya no podía saberlo, aunque sin duda eso era un mal menor.

Nos adentramos en el pasillo y llegamos al cuarto de baño, el cual tenía la puerta arrimada y la luz apagada, revelándome que si Álvaro estaba en un cuarto de baño no estaba en ese. Sentí alivio y, tan pronto entramos y cerramos la puerta María me atacó.

—¿Qué cara ponía al vernos? —susurró tras el primer beso que nos dimos allí dentro.

—Imagínate...

—No, no me imagino, cuéntamelo tú... -dijo ansiosa, poniéndome en el brete de describir una expresión que yo no había visto. Salí como pude:

—Pues será fácil de imaginar, aunque, bueno... si sabía que venías con novio... tendría que estar preparado para eso.

—Pues parecía... no darse por vencido.

—¿No? ¿Te dijo algo? ¿Intentó...?

—¿Besarme...? —me interrumpió.

—Sí.

—Él no. —dijo sorprendiéndome.

La luz deficiente de aquel habitáculo mostraba a una María tremendamente sexual, encendida, como si irradiase más fuerza ella misma que aquellas maltrechas bombillas.

—¿Él no?

—Él no.

—¿Eso es que el otro sí?

—Sí, el otro sí. —respondió chula, desvelándome que alguno de los ataques de Guille no habían sido avisos si no envites reales.

—¿Y?

—Y nada... Obviamente nada.

Tras aquella frase mis manos fueron a sus tetas sobre su ropa y las suyas hacia mi culo. Un.

movimiento pélvico mio la empujó hacia el lavabo y allí quisimos frotarnos, rozarnos desesperados, cachondos. Mis dedos fueron a sus botones y ella me susurró:

—¿Qué quieres ver?

—Tus tetas...

—¿Ah sí?

—Sí... tus tetas... pero primero tu sujetador de guarra... —¿Te parece de guarra? —ronroneó irónica en mi oído, mientras sus manos iban a mi culo atrayéndolo hacia sí misma, buscando que mi miembro duro atacase su entrepierna, que seguía aun férreamente custodiado por su falda de cuero.

—Sabes que sí, que es un sujetador de guarra. —Dije en su oído mientras desabrochaba ya el segundo botón.

Ella suspiró, cachonda, y yo le pregunté por Guille, si le gustaba, si le parecía guapo...

—Mmm... está bueno... está muy bueno...

—¿Sí? —pregunté sorprendido y excitado. Me dio un morbo tremendo escucharle aquello de su boca. Mordí su cuello y desabroché otro botón más.

—Sí... está bueno... pero es un idiota.

—¿Otro idiota más? ¿De qué hablabais tanto? —pregunté deleitándome con el tacto de su sujetador con una mano mientras con la otra seguía desabrochando botones...

—Mmm... no sé... me dijo no sé qué de que fundó su propia empresa... un niño de papá... seguro que la empresa se la fundó o se la compró el

papá...

—Pues bien que te reías...

—Igual me reía porque está bueno. Si está bueno es más fácil reírse — dijo provocándome.

—Está bueno y te quiere follar... ¿lo sabes no?

—Pues... claro... claro que lo sé.

—Joder... María... —dije antes de besarla, llevando mis dos manos, cada una a las copas de su sujetador.

En aquel momento, con nuestras lenguas peleándose, húmedas, con mis manos intentando agarrar aquellas enormes y elegantes copas, y ella apretando mis nalgas sobre el pantalón con fuerza, escuchamos ruido tras la puerta; alguien intentaba entrar allí, sobresaltándonos.

Tras aquel intento, que hacía temblar el desgastado pestillo, un par de golpes fuertes en la puerta.

Me eché hacia atrás. María con la camisa abierta, los pezones y areolas transparentando el sujetador... las tetas que parecía querían escapar de allí... su cuello algo enrojecido por mis besos y mordiscos, sus labios gruesos, su pelo alborotado, su mirada ida... No pude aguantarme, me daba igual que echasen la puerta abajo, me acerqué para besarla y eso se me lo permitió, y mis manos fueron a sus piernas, para empezar a subir y eso sí que me fue vedado; sus manos detuvieron las mías y me dijo:

—Shhh... ese segundo regalo después... en casa.

Yo no entendía nada. Y ella me apartó. Otra vez dos golpes secos en la puerta. Y María comenzó a cerrarse la camisa, con el culo contra el lavabo, mirándome.

—Nos enrollamos un poco más... y nos vamos a casa. Aun quiero verle la cara a ese idiota mientras me metes mano.... —dijo María, permanentemente encendida, clavándome la mirada.

Acabó por cerrarse la camisa, pero un botón menos de como había entrado. ¿Sin querer? ¿A propósito? De aquella manera se veía un poco de canalillo y con un poco de destreza visual el nacimiento de su sujetador negro. Optó por salir primero y yo quise quedarme y aprovechar para deshacerme de tanto líquido ingerido. Nos encontraríamos en el salón. Al salir ella no la escuché decirle a nadie que aun quedaba alguien dentro. Parecía que quién había estado golpeando la puerta había desistido y se había buscado otro cuarto de baño.

Al liberar mi miembro para orinar, observé sorprendido como bastante

líquido preseminal coronaba mi glande, y como mi calzoncillo estaba humedecido por gotas que yo no había sentido salir de mí.

Y pensaba en que ya estaba, que ya no podría más con mi farsa. En el salón me besaría con María.

Guille, Mario y Álvaro lo verían. En casa follaríamos como locos y más o menos todo habría salido finalmente como lo habíamos planeado.

En aquel momento de verdad pensaba que pasaría eso.

Tiré de una ruidosa cisterna y me vi en el espejo del lavabo. Tenso, cansado. Insatisfecho de lo que podría haber pasado, pero a la vez aliviado porque finalmente no pasara nada demasiado relevante.

El morbo también conllevaba un estrés asfixiante, que yo aun estaba muy lejos de dominar.

Salí del cuarto de baño, de nuevo por aquel oscuro pasillo, hacia la luz, hacia un salón que no parecía ya tan enorme al no haber tanta gente. Vi a Sofía, siempre en el medio y siempre enredada entre pretendientes, y vi a Álvaro, con Guille, ambos de pie, ambos intercambiaban impresiones y sus miradas iban hacia uno de los sofás. Y seguí el rastro de sus ojos mientras mis pasos avanzaban y vi a Mario, hablando con María, sentados en un sofá, y lo vi, y me quedé petrificado.

Vi el segundo regalo.

María, hablaba con Mario, su gesto para con él era distante y altivo, casi arrogante, como de nuevo dejándose querer, pero, como Sofía, con un permanente “yo aquí arriba y tú ahí abajo, con una copa en su mano, enseñando algo de sujetador y una de sus piernas enfundadas en sus medias montada sobre la otra. Y supe de qué hablaban y en qué formas lo hacían Álvaro y Guille. Y es que al sentarse así, y cruzar así las piernas, su falda de cuero se había movido algo hacia arriba, mostrando no solo el encaje en el muslo de aquellas medias, si no un ligero negro... unas tiras que subían... La imagen era brutal.

Simultáneamente a ver aquello, a ver aquel ligero que metía a María en otra dimensión, y a ver también aquel escote descaradísimo, escuché de boca de Guille:

— *Hostiá...* qué pinta de puta tiene...

CAPÍTULO 41

Me quedé completamente absorto por aquella imagen. Como si hubieran apagado la música, como si hubieran detenido el tiempo. Recordé haber vivido algo similar, meses atrás, aquel fin de semana de la casa rural, en aquel bar, cuando, al volver del cuarto de baño, había visto a María mostrando el encaje de las medias... y a medio bar clavándole la mirada. Pero esto era otro nivel, por verse además el ligero, y por las hienas que la miraban y juzgaban.

Y caí en la cuenta de que nunca había visto a María tan sexual como aquella noche; ya en el restaurante, antes siquiera de entrar en aquel antro, ya tenía una mirada diferente, como si fuera otra mujer. Y el hecho de aquel sujetador, aquellas medias, aquel ligero... no era por las prendas en sí, si no por la decisión de comprarlas, de vestirlas... ¿Para mí? ¿O para ella? Si María irradiaba una sexualidad que dejaba aquel salón sin aire, los comentarios de Álvaro y Guille hacían que mi morbo se disparase. Cada cuchicheo, cada insulto, era una punzada en mi corazón y sangre fluyendo hacia mi miembro. No me sentí mal por tolerar aquellos insultos, los guardaba en mi memoria para recitárselos a María ya en nuestra cama. No tenía absolutamente ninguna duda de que mi narración de cómo la llamaban guarra y calentapollas pondrían a María a gemir, al borde del orgasmo.

Era cierto que su imagen no irradiaba otra cosa que el significado mismo de aquel insulto, calentapollas; Allí, con aquel ligero, con aquella pose, dejándose querer, primero por Álvaro, después por Guille, ahora por Mario. No sabía si estos dos últimos sabían de los textos que María le había pedido a Álvaro durante semanas, de las fotos de su polla que había recibido... De saberlo, el concepto que tendrían de ella aun sería más radical y contundente.

Y entonces Guille pronunció un “¿pero con quién coño ha venido?” y yo supe, al estar Álvaro presente, que aquello me iba a obligar a salir de mi escondite. Si aquella pregunta me incomodó, la respuesta de Álvaro hizo que mis pulsaciones se disparasen:

—Con este. Que aun no tengo claro si es su novio o un lío que tiene ella al que le gusta mirar.

No tuve tiempo ni a reaccionar. Solo era testigo presencial de cómo hablaban de mí, sin decir yo nada.

—¿Mirar qué? —preguntó Guille escudriñándome.

—Mirar cómo se lo monta con otros, supongo.

Los dos mirándome, hablando de mí. Yo, petrificado.

—Venga, no me jodas. No me creo nada —respondió Guille, y Álvaro pareció no querer incidir más en mi y le pidió que cambiara de objetivo, que fuera él a por Sofía y le dejara a él ir a por María.

Guille no entendía nada.

—Me estás puteando. —insistía Guille y yo seguía bloqueado, sintiendo mi corazón palpar, como si estuviera ante un tribunal competente para ahorcarme o salvarme. Yo no había dicho ni una sola palabra.

—Que sí, coño, que me dejes a María, que tenemos historia los dos —dijo Álvaro revelando que Guille no sabía entonces nada de aquellos mensajes y aquellas fotos.

—¿Pero qué historia? —preguntó Guille sin ganas de abandonar. Y entonces se dirigió a mí, visiblemente borracho:

—¿Pero eres su novio o no? —dijo en un tono desagradable y chulesco.

Me quedé callado, iba a decir que sí, cuando María y Mario se unieron a nosotros. Mario lo hizo de forma abrupta, salvándome... Yo estaba terriblemente nervioso y bloqueado, y plenamente consciente de la triste imagen timorata y apocada que estaba dando ante de aquellos envalentonados y borrachos niños pijos.

Guille me seguía mirando y yo acabé por no poder aguantarle la mirada y mirar a María, la cual podría besarme en cualquier momento, dejando sobre aquel círculo una situación tan insostenible como incomprensible.

Algo dentro de mí se quiso anticipar a aquel presumible acto de María que haría estallar todo, y le dije que me haría una última copa, cogí su vaso medio vacío y me alejé los cinco pasos justos para escapar de aquella situación irrespirable. Yo no sabía qué coño estaba haciendo, qué coño estaba pasando, qué coño quería... solo estaba infartado, temblando por los nervios, ciertamente humillado por aquellos niñatos, y vertía bebida sobre nuestros dos vasos mientras de reojo veía como Sofía se unía al grupo, entrando por entre María y Guille, con más intenciones de interactuar con éste que con María. Álvaro no perdía el tiempo y abordaba a María, y Mario buscaba

refugio en la única otra chica que quedaba en la fiesta, una chica bajita, sin especial gracia; una sobra de última hora.

Volví al grupo tras aquel reajuste de piezas, le di la copa a María, que escuchaba con permanente hastío a Álvaro, y, apartándose un poco de él, me susurró:

—¿Quién coño es esta? Me acaba de empujar.

—No lo sé.

—¿Cómo que no lo sabes? Estuviste hablando con ella media hora y me está poniendo el culo y me está empujando.

—Hablé con ella dos minutos —le dije sorprendido por aquella inquina, y deseando, ciertamente, que se olvidara de Sofía y se centrara en Álvaro.

Y es que el que parecía dispuesto a que María se olvidara, no solo de Sofía, si no de todo lo que no fuera él mismo, era un Álvaro que empezó a hablarle al oído a mi novia y al que yo le veía cada vez la mirada más ida, por momentos hasta daba la impresión de que se hubiera metido algo, algo diferente al alcohol.

Mientras Guille y Sofía se hablaban cada vez más cerca, María lidiaba con Álvaro, escuchándole sin ganas, mientras su mirada iba con insuficiente disimulo a lo que hacía la otra pareja. No sabía si lo que llevaba a María a tener tanta curiosidad por ellos dos era cabreo por aquel supuesto empujón o celos.

Todo se precipitaba rápidamente, como si en los finales de las fiestas todo sucediera más rápido. Me alejé un poco y tuve un momento para pensar en qué momento Álvaro supo que yo sí era el de la primera noche; quizás había salido de forma casual hablando con María, quizás le vino la lucidez a mitad de la fiesta... el caso era que no le importaba nada mi presencia para hablarle a María cada vez más cerca, llevando su boca a escasos centímetros de su cara permanentemente. Tener a María allí plantada, con la boca de aquel chico permanentemente rozando sus labios a cada frase... sabiendo que a pesar de que le cayera mal siempre le había parecido atractivo... que sabía de la polla, del pollón de aquel chico... y que sabía de mi pleno, no solo consentimiento, si no deseo... me ponía tremendamente nervioso... ¿Y si la besara allí...? ¿Delante de todos? La humillación añadida consistente en que parte de la fiesta supiera que éramos novios o tenían fundadas sospechas... no hacía si no afectarme más, sentir más morbo... La polla se me ponía dura, otra vez por aquella mezcla de morbo, humillación e intriga, expectación por lo que podría hacer María, porque, como siempre, una vez llegados a aquel

punto, mandaba ella y solo ella.

Y todo se aceleró, yo a dos metros de las dobles parejas vi el primer ataque fructífero, pero no fue de Álvaro, si no de Guille, besando a Sofía, impactándome a mi y creo sinceramente que jodiendo a María, la cual no miraba pero miraba... Mario se iba del apartamento con la chica bajita, en actitud casta, mientras mucho menos castos eran los besos de Guille y Sofía a medio metro de María. La cual, aguantaba estoicamente los ataques de Álvaro, mientras seguramente maldecía no poder hacer un intercambio de pretendientes.

Y se produjo, de repente, el ataque total de Álvaro, y posó sus labios en la mejilla de María tras hablarle al oído, como aprovechando el movimiento de retirada. Retirada que presumiblemente culminaría en los labios de María, la cual tenía la cabeza algo girada hacia la otra pareja, mirando descaradamente como Guille y Sofía se besaban tórridamente. Las manos de Álvaro en la cintura de mi novia, sus caras pegadas... Y los labios de Álvaro a los labios de María. Y se apartó. Se apartó lo justo. Lo justo para que las manos de Álvaro siguieran allí. Para que su cara siguiera allí. Le daba casi todo menos sus labios. Yo, infartado, excitado, ciertamente deseaba aquel beso y no sabía ya si María lo deseaba o no.

Y otro segundo intento y yo ya creía que sí. De nuevo aquel beso en la mejilla, sus caras pegadas, y María viendo las lenguas de Guille y Sofía volar. Y los labios de Álvaro hacia la boca de María... y ella... giró disimuladamente la cara, hacia el otro lado. Hacia mí. Me miró. Con ojos llorosos, de excitación, de morbo, ¿por Álvaro? ¿por Guille y Sofía? Y mientras me miraba permitía que las manos de Álvaro bajaran de su cintura a su falda de cuero, a su culo... y permitía que Álvaro besara su mejilla. El chico interpretó el hecho de que María no le apartara las manos como un "sigue intentándolo..." y su boca fue de nuevo a sus labios... buscando la comisura. María mirándome, no pidiéndome permiso, si no diciéndome más bien un "me va a besar... y si me besa no sé si podré parar..." Cuando, de golpe, los tiempos de Álvaro cambiaron de orden y en vez de intentar besarla, su mano quiso subir la falda de María, quizás para acariciar sus muslos, en un movimiento extraño e innecesario. María se apartó un poco, lo justo como para que sus bocas estuvieran ahora un poco separadas... y le dijo algo al oído. No lo pude escuchar y quise morir por no poder hacerlo. El chico le respondió también en el oído y ella le apartó las manos.

Pero Álvaro no quiso desistir e intentó volver a acercarse, y ella entonces

sí que lo apartó descaradamente, dando por finiquitado el juego, el flirteo, o sus ataques, de forma tajante.

Tuve la necesidad de acercarme. Sabía que quizás no fuera buena idea, pero lo hice. Llegué a ellos y solo le escuchaba a él decir: “¿Seguro?”, con chulería, una chulería que desde hacía un rato le aportaba el alcohol, y quién sabe si algo más. Ella no se dignaba a responderle.

María se apartó más de él, como un metro, lo cual, en aquel contexto, parecía un kilómetro, y los tres vimos como Sofía y Guille se iban a uno de los sofás a seguir su fiesta, que era privada y pública a la vez.

Álvaro miraba a María, con gesto contrariado, no queriendo aceptar su derrota, pero, su último desplante, sumado a mi súbita presencia, le obligaron a desistir. A los pocos segundos se dirigió primero a apagar una música que yo ya ni sentía, y después se iba por el pasillo.

Cuando desapareció de nuestra vista le pregunté a María en voz baja: — ¿Qué pasa?

—Que yo me voy. Que este es un baboso y paso de él. Tú haz lo que quieras.

—¿Pero qué le has dicho? ¿Por qué se va?

—Le he dicho que nos traiga las cosas.

Mientras María mostraba ese hastío, o lo exageraba, yo miraba de reojo como Guille y aquella morenaza se enrollaban en el sofá, y no podía evitar pensar en que aquello estaba jodiendo a María, y recapacité que, desde que yo había vuelto del cuarto de baño, ella no había hecho nada por buscarme, por seguir su plan de besarnos para joder a Álvaro; desde que Guille se había olvidado de ella para ir a por Sofía, nuestro plan parecía habersele olvidado completamente.

María y yo, plantados en el medio del salón, de pie, con la banda sonora de los besos de Guille y Sofía... Parecía que Álvaro vendría con nuestros abrigos y se acabaría todo.

—¿Y entonces qué? —pregunté ya casi sin esperanzas.

—Entonces nada —respondió ella, la cual sabía, seguramente, que yo también había olvidado nuestro plan inicial tan pronto había visto a Álvaro atacarla seriamente. Ambos habíamos “olvidado” nuestro plan, por diferentes motivos. Me llamaba la atención con qué frialdad había respondido y cómo se mantenía allí, de pie, sin mirar a la pareja del sofá, digna, como si allí no hubiera pasado nada, como si no llevara aquel ligero de buscona, aquel botón desabrochado de más, de calientapollas, como si no hubiera calentado a

nada menos que a tres chicos en una misma fiesta. Respondió digna, como si no le estuviera jodiendo que Sofía le hubiera ganado la partida.

Si chulesca fue la forma del “entonces nada”, desolador fue su contenido, pues me hizo sentir una terrible decepción, que esta vez no vino mezclada con alivio, porque sí, porque esta vez sí estaba dispuesto a sufrir los nervios y la desazón que fuera con tal de verla con aquel niño pijo que se había pasado meses enviándole fotos de su polla y describiendo cómo se la follaría... Solo mantenía un rayo de esperanza porque María decía una cosa de palabra, pero aquella mirada... aquella mirada tan encendida, tan sexual, seguía diciendo otra cosa muy distinta.

CAPÍTULO 42

La espera era eterna y la situación inexplicable. Me preguntaba qué había frenado a María. Hasta cuando aquel sí, pero no. Con Álvaro, con aquel el hombre del viaje... Algo parecía siempre hacerla parar todo; un ramalazo de cordura, una esperanza de llevar una vida en pareja normal, un orgullo que la impedía entregarse a “cualquiera”.

El sonido de los besos de Sofía y Guille obligaba a mirar. Quizás sobrio me hubiera cortado, pero mi borrachera había pasado de controlada a importante, sobre todo durante la última hora. No se cortaban lo más mínimo en besarse desesperados, como si se tuvieran ganas desde hacía tiempo, las manos iban aun sobre la ropa, pero a las zonas más sexuales posibles. Tetas, coño, culos... polla... siempre sobre la ropa, pero sin buscar zonas menores... Y sentí un sobre salto al ver a Sofía besar a Guille, pero hacerlo con los ojos abiertos y mirar hacia nosotros, y entonces supe que María no había exagerado al dar a entender que Sofía había empezado la guerra, pues noté que la mirada de la morena no iba hacia mí, si no claramente hacia María. No suficiente con eso, Sofía acabó apartando a Guille, se puso de pie y esbozó un “vamos”, pero un “vamos” que no indicaba la puerta de salida si no la entrada hacia el pasillo. A los pocos segundos los dos se iban por aquel túnel oscuro, cruzándose con Álvaro que venía con nuestras cosas, no sin antes dedicarle Sofía a María una última mirada, y recordé haberle oído a Guille que había estado meses intentándolo sin conseguirla, y pensé que la noche de sexo que le esperaba con aquella morenaza, seguramente, se la debía a María.

Los pies descalzos y el pantalón azul de pijama de Álvaro explicaban en parte su tardanza, acompañando su atuendo con la camisa a rayas que llevaba antes. Con aquella mezcla extraña de ropa de salir y ropa de dormir, nos indicaba que, sin el aliciente de María, no tenía sentido ya seguir la fiesta, y yo recibía los dos abrigos y María su bolso. Sus ojos verdes y saltones se veían encendidos y enrojados y yo volví a sospechar que quizás no solo

alcohol corriera por sus venas.

Su pelo rubio, su porte espigado... a pesar de aquella complexión aun post adolescente sí vi en conjunto, en su físico, aquel atractivo que María le había visto desde el primer momento.

Me di la vuelta y abrí la puerta de aquella casa. Di un último vistazo a aquel salón antes embocar el rellano y vi como Álvaro le decía algo a María al oído y ella giraba la cara, apartándose un poco, algo borracha, exagerada, no dándole ni dos besos de despedida o lo que fuera que había solicitado aquel chico. Tras aquel desplante, no quise esperar a ver si era efectivamente el último o sería el penúltimo, y caminé los pasos necesarios hasta llegar al ascensor y pulsar el botón.

En la súbita soledad de aquel rellano pensaba que aquello no había salido como lo esperado y tenía sentimientos encontrados, pues me quería largar de allí a la vez que sabía que al no haber pasado nada con Álvaro aquella noche, ya no pasaría nunca.

Escuchaba el ascensor aproximarse, pero no escuchaba los tacones de María haciendo lo propio.

Miré hacia la puerta de la casa y seguía abierta, como la había dejado yo, esperando que mi novia viniera detrás.

El ascensor llegó y se abrieron las puertas. Ante mi, yo mismo, en el espejo de aquel roído habitáculo, con cara de borracho y sosteniendo los dos abrigos. Lo cierto era que habiendo visto a Álvaro a Guille... y ahora viéndome a mí... tenía que admitir que aquellos chicos eran ciertamente más armónicos que yo... Miré de nuevo a la entrada de la casa y nadie salía de allí y algo empezó a subirme por el cuerpo.

No podía ser.

Me quedé quieto. No sé por qué no me moví. Quise agudizar el oído, pero no escuché nada. Supuse que habría quizás un último intento de Álvaro, al cual le esperaba no solo la soledad de su cama si no soportar además la fiesta de Guille y Sofía. Di un par de pasos hacia la puerta. Mis pulsaciones comenzaron a dispararse. Y dos pasos más y me quedé en el umbral de la puerta, aun sin mirar, aun sin entrar. Y escuché algo. Lo justo como para saber que había gente en el salón del que me acababa de ir, pero no podía identificar nada más. Y me pregunté a mí mismo qué quería ver cuando me decidiera a entrar, y no lo sabía, y escuché un paso, un taconeo... y no pude más, y me asomé.

Lo que vi fue como inyectarse la más placentera y adictiva de las

drogas... Todo mi cuerpo se alteró, mis sentidos se agudizaron... aquel hormigueo en las manos... aquel inesperado sudor... Sentí celos, dolor... pero sobre todo... un morbo terrible... ...Se estaban besando... Álvaro y María se besaban, con los ojos cerrados, en el medio de aquel salón. Sus besos eran mansos, contenidos... y a mí se me partía el alma a la vez que me excitaba. Me acerqué un poco, hasta escuchar aquellos besos, sus caras yendo a un lado y a otro, para besarse desde un lado y desde el otro. Las manos estaban en sitios no prohibidos. María sostenía su bolso con una mano y la otra la posaba en el pecho de él. Él tenía una mano en su cintura y la otra en el cuello y cara de María, buscando unos besos casi dóciles, íntimos, lo cual me jodía... me mataba... Los dos tenían que presentirme, pero les daba igual. Yo, sujetándole el abrigo a María, veía cómo se besaba mi prometida con aquel niño pijo... y cómo aquel crío degustaba la lengua y los labios de ella. Finalmente... lo conseguía... tras semanas y semanas en las que María juraba no soportarle, aquel crío la acababa besando y María reconocía, al dejar que su lengua la invadiera, que, por mucho que le cayera mal, no podía negar que aquel chico le ponía... la excitaba... Sentí aquel dolor y me di cuenta de que quizás estaba más enganchado incluso a aquel dolor que al morbo propio de ver a María con otro hombre. Me jodía a la vez que me excitaba... y no era yo el único en excitarme, pues entre beso y beso se veía a una María sonrojada... una María con la mirada ebria, pero sobre todo encendida, cachonda... y qué decir de Álvaro y del relieve de aquel pijama azul... de aquella silueta grosera... de aquel pollón tapado por aquel algodón azul que quería buscar la horizontalidad y que parecía solo no encontrarla por chocar con el cuerpo de una María que se resistía a palpar aquello con sus manos.

Si aquella polla quería escapar del pijama, la mía quería hacer lo propio de mi ropa. Era alucinante la instantaneidad con la que mi miembro respondía a ver a María entregarse a alguien que no fuera yo. A dos metros de ellos era testigo de excepción de aquellas lenguas tocarse, de Álvaro atacarla con su lengua, pero contenerse con el resto de su cuerpo... Yo quería más. A cada beso quería un beso más entregado. Cada vez que alcanzaba a ver la lengua de uno de los dos entrando en la boca del otro quería guardar aquella imagen... cada vez que se separaban y se miraban una décima de segundo antes de volver a besarse, quería que alguna mano osase buscar algo más atrevido.

Pero, para sorpresa de Álvaro y mía, y quizás de la propia María, ella se apartó. Dejando en el aire el sonido del último beso y dejando que la polla del

chico encontrara espacio, haciéndose más relevante. María ladeó la cabeza, afectada, quizás mareada por cerrar los ojos después de haber bebido tanto. Y no me dio tiempo siquiera a dudar si aquello era una anulación o un simple receso, pues decidió imitar a su rival, diciendo un “vámonos”, que no era para Álvaro, si no para mí, y no era para ir a su dormitorio, si no para irnos a nuestra casa.

María lo tenía allí. Lo tenía allí y lo vio. Lo miró. Pues su mirada fue a aquel bulto, a aquel pollón que ella sabía con exactitud cómo era. Y aun así quería parar. Sabía que yo quería que lo hiciera.

Sabía que ya lo había hecho con Edu. Y aun así quería marcharse. Yo sabía que era injusto con ella, pero en mi mente rebotaba una frase, un desesperado “nadie te pide que te caiga bien... es solo follar...” Y Álvaro quiso acercarse de nuevo y ella otra vez rehusó su invitación, y mi mente de nuevo no entendía que la hacía pararlo todo, si a ella le ponía, si a mí me ponía... si todos queríamos... Y pensé que de las posibles explicaciones la que cobraba fuerza era la de su orgullo... Un orgullo que luchaba contra sus ojos que miraban con descaro a aquel bulto azul.

Su mirada se desvió y fue entonces a aquellos ojos saltones y verdes y después a los míos, diciéndome con aquella mirada que nos íbamos.

Ella se giró, no quiso ni dar pie a un ataque más, y sus tacones retumbaron camino de la salida. Los tres excitados, ávidos de más... de mucho más... pero mandaba ella, y ella no quería pasar de ahí con aquel crío que no soportaba, y seguramente pronto se arrepentiría incluso de aquel minuto besándose con él.

Cuando me pude dar cuenta yo mismo cerraba la puerta de aquella casa tras de mí y entrábamos María y yo en el ascensor, dejando a Álvaro con la polla dura y a mi con el corazón a punto de explotar.

Mi novia se miró en el espejo del ascensor y vio, como yo, aquel tremendo escote, pero no se cerró el botón. Y vio, como yo, que se le notaban los pezones a través del sujetador transparente y la camisa de seda, pero no hizo nada por disimularlos. Y vio, como yo, en su cara, en sus mejillas, en su pelo alborotado, en sus ojos entre cerrados, en sus labios aun húmedos de la saliva de aquel niño pijo al que decía odiar, que su calentón era inenarrable.

No se me ocurría qué decir. No le podía reprochar nada, pero maldecía haber estado tan cerca. Mi calentón y mi borrachera pensaban por mí, y me tenían a punto de decirle algo de lo que, seguramente, acabaría por arrepentirme.

Llegamos al portal y le iba a dar el abrigo cuando la vi rebuscando en el bolso. Un bolso mínimo en el que no había mucho que rebuscar.

Mi “qué pasa” se solapó con su “¿y mi móvil?” y entendí el motivo de su búsqueda.

En aquel lúgubre vestíbulo, con mi borrachera, con mi mareo... después de ver aquellos besos... no tenía la cabeza, ni nada disponible en mí, para recordar si lo podría haber dejado olvidado en el restaurante o si la había visto con el móvil después de la cena. Ella repetía sus “pero dónde está” mientras seguía rebuscando en aquel espacio mínimo y empezó a sobrevolar la idea de volver a subir.

—¿Lo tienes bloqueado? —alcancé a decir.

—Sí, le puse el bloqueo hoy —dijo— ¿No me lo habrán robado estos? —preguntó.

Con más sospechas de que el móvil hubiera caído del bolso que de que realmente aquellos críos tuvieran intención alguna de robarle, nos encontrábamos de nuevo en aquel ascensor, pero ahora subiendo, a punto de volver a aquel antro.

CAPÍTULO 43

Mientras subíamos en aquel habitáculo miré el reloj, eran casi las tres de la madrugada. Llevábamos bebiendo ni se sabía cuántas horas y María parecía mantener la compostura mejor que yo. Al menos irradiaba una dignidad que tapaba en cierta forma su embriaguez, aunque esta fuera latente. Una dignidad que era triple, pues fingía que lo de Sofía llevándose a Guille no la había jodido, fingía que aquellos besos con Álvaro no la habían afectado y daba por hecho que la pérdida de su móvil no obedecía a un hipotético despiste suyo si no que había sido Álvaro quien se lo había perdido o quién sabe si robado.

María salió primero del ascensor; vi su caminar elegante, sus tacones, su falda de cuero tapando aquel ligero que ella aun no sabía que yo sí sabía de su existencia. Timbró antes siquiera de que yo hubiera salido del ascensor, con una decisión imponente. Yo estaba hecho un manojito de nervios por volver casi inmediatamente al lugar del delito, y ella esperaba tras la puerta como si tal cosa, o al menos eso parecía, o al menos eso quería proyectar.

Un segundo timbrado coincidió con Álvaro abriendo la puerta, con sus pies descalzos, su pantalón de pijama azul y su camisa a rayas abotonada ahora solo un bar de botones, a la altura de la mitad de su torso, como si se la acabara de poner otra vez. María lanzó un “¿dónde está mi móvil?” antes de que el chico pudiera no solo decir algo, si no siquiera llegar a poner cara de sorpresa.

Y antes de que pudiera darme cuenta estábamos los tres de nuevo en aquel salón, que estaba hecho un desastre, de botellas, vasos, ceniceros y manchas pegajosas en el suelo, y María le decía retadora:

—O me lo has robado o te habrá caído en tu habitación.

—En mi habitación no hay nada —respondió él, sin amilanarse.

—¿Cómo que no? Vete a ver —le ordenaba María como si no se acabaran de besar de igual a igual, como si fuesen profesora y alumno, o ama y súbdito, como si hubiera una diferencia de jerarquía sideral entre ambos.

—Que te digo que no hay nada —respondía él lúcido, despierto, activo. Desde luego no parecía el estado en el que una persona decide irse a dormir.

El chico ni parecía tener la intención de ir a su dormitorio a buscar su móvil ni le ofrecía a María que lo fuera a buscar ella misma, y fue ella la que desfiló delante de él, en un resoplido de hastío, embocando aquel oscuro pasillo por enésima vez, como si la casa fuera suya. Tras ella fue él, que daba la impresión de soportarla tan poco como ella a él, y yo, que seguía cargando con los dos abrigos, y me sentía un vasallo apartado, siguiendo los pasos de mi novia y del chico que la acababa de besar.

Álvaro emitió un “a la izquierda” indicándole a María donde estaba su dormitorio y mi novia se perdió por ese flanco, donde ya no había más pasillo, y dejamos los tres, a la derecha, un par de puertas cerradas. Una vez en su dormitorio aluciné con aquella ciénaga, de muebles viejos y ropa por todas partes, olor a cerrado y oscuridad. Además las paredes eran de un color rosado extraño, nada que ver con el resto de la casa, como un remiendo que no pegaba nada.

Fue Álvaro el que encendió una luz de una lámpara de una mesilla, que custodiaba una cama desecha y cutre, con barrotes en el cabezal y a los pies de la cama. No es que el resto de la casa fuera moderna precisamente, pero aquel dormitorio te cambiaba, y mucho, de siglo. María rebuscaba sobre una mesa, sin importarle desordenar lo desordenado y Álvaro, tras encender aquella mugrienta lámpara, fue a su encuentro, o a detenerla, diciéndole que ahí era imposible que estuviese.

—Esto es una cuadra... Es imposible encontrar nada... —dijo María retrocediendo un poco, apartándose de aquella mesa, y enredando sus tacones entre ropa y algunos papeles tirados, e hizo un gesto con las manos, como de no querer tocar nada más, como si todo lo que hubiera allí le repugnara y fuera susceptible de mancharla.

Álvaro seguía sin amilanarse, y le respondía en contraataques:

—Bueno, tranquila. Te he dicho que aquí no está.

—¿Pues dónde coño está? —preguntó ella, a medio metro de él, y a mi se me encendió mi propia bombilla, y empecé a rebuscar en los bolsillos del abrigo de María. Al segundo intento mi mano topó con un objeto duro y fino... indudablemente su móvil...

—Yo llegué a esta puta casa con él —dijo ella haciendo uso de un vocabulario que ni siquiera le pegaba, cuando tuve que manifestar mi existencia, diciéndoles que lo había encontrado, que estaba en su abrigo.

No es que yo esperase una disculpa, y no creía que Álvaro tampoco la esperase, pero al menos sí que bajara el tono, sin embargo ella dijo:

—Pues yo no lo guardé ahí.

Álvaro protestó, harto de ella, le preguntó a cuento de qué venía tanta sospecha, y ella prosiguió:

—Me lo has sacado del bolso y después te has liado y lo has metido en mi abrigo.

Álvaro le respondió, pero no a la cara, si no girándose, en un tono más bajo, como dándola por imposible, pero se escuchó claramente:

—Eres una puta tarada...

—¿Qué dices? —preguntó ella.

—Lo que oyes —se giró él, cabreado, frente a frente, los dos juntos, de pie, entre la cama y aquella mesa. Yo, a los pies de aquel catre, los veía en diagonal.

Se hizo un silencio, el primer silencio desde que habíamos entrado en aquel dormitorio, y ese silencio fue alterado por Sofía, que, indudablemente en el dormitorio de al lado, daba muestras de estar disfrutando bastante más que nosotros tres.

Era obvio que los tres estábamos escuchando aquellos gemidos, aquellos “ohh...” “mmm”, tímidos, al menos por ahora, pero María fingió no escuchar nada e insistió, marcando las palabras:

—Te he preguntado que qué has dicho de mí.

Y un Álvaro, que quería herir, pero sin levantar el tono, que no rehuía la pelea, pero que la planteaba en otras formas, dijo calmado:

—Mira... si te arrepentiste de marcharte y tienes ganas de más no hace falta este paripé.

—¿Pero tú qué coño dices?

—Digo que si quieres follar me lo dices y ya está.

Veía a María hasta capaz de darle una bofetada, o, como mínimo, parecía que se marcharía sin más, pero se limitaba a mirarle con repulsión, como si no se pudiera creer semejante chulería.

Volví a meter el móvil en el bolsillo del abrigo y posé ambos abrigos sobre una silla, sin perderles de vista. Lo que hizo Álvaro después me descolocó, y echó más leña al fuego, pues se agarró la polla, sobre el pijama, sin más, sin dejar de mirarla. María no miró hacia abajo, si no a él, y dijo queriendo ser hiriente:

—¿Qué mierda haces...? Estás enamorado de tu polla o qué... —¿Y tú?

—preguntó él, sorprendiéndome de nuevo, sorprendiéndonos de nuevo, llevando la mano que no agarraba su polla a sujetarle una de sus manos para llevarla a su miembro. María se resistió, pero al hacerlo, no pudo impedir que sus rostros quedasen frente a frente.

Yo no podía ni respirar, no sabía si María le daría una bofetada o Álvaro le atacaría; pensaba que en cualquier momento la boca de él podría buscar la de ella, aun con aquella tensión, aun con aquel odio permanente que se palpaba.

Otro silencio, y otra vez Sofía hizo acto de presencia. Otros gemidos... otros “ahhmmm” “ahh” y las caras de Álvaro y María frente a frente, y una mano de él sujetando una muñeca de ella, pero no conseguía más. Y ella se soltó... y la mano de María quedó libre.

—¿Qué te crees, que me voy a volver loca por cogértela? ¿Que tan pronto te toque me volveré loca?

—se repitió María, algo borracha.

—Loca ya estás... —dijo él, produciéndose después un incómodo silencio, hasta que prosiguió:

—Y bien que te gustaban las fotos.

—Si... me encantaban las fotos, no había visto una cosa igual en mi vida... —dijo María, queriendo ser irónica —Estás enamorado de tu polla... de verdad... no puedes ser más ridículo... Álvaro quitó de allí su mano, por lo que su miembro quedó más libre, y su bulto lucía enorme, aquel pollón no aguantaba más dentro de aquel pijama.

Cuatro, cinco, seis segundos... Sofía ya casi gritando... y la mano de María cobró vida. Clavándole la mirada... frente a frente, pues la diferencia de estatura era paliada por los tacones de ella y por tener él las piernas algo separadas... llevó aquella mano sobre aquel bulto azul.

Los dos frente a frente y mi novia le agarraba aquel pollón a través del pijama.

Creí morirme. Me mataba... No sabía si Álvaro veía en aquello una tregua o una rendición, pero, en lugar de detenerse a vanagloriarse por el tacto de su mano, llevó inmediatamente su boca a los labios de María, labios que se apartaron, y yo creí morir, otra vez, sus caras pegadas pero no se dejaba besar... y María comenzó a sobar, a palpar aquella prominencia, retirando un poco más su cara, mirándole, para decirle con aquella retirada de su cara, pero no de su mano, que se alegrase de su mano allí, pero que no intentase volver a besarla.

Fueron unos instantes en los que yo no existía y en los que todo iba en aumento: los gemidos de Sofía, el sobeteo vulgar de María sobre aquella polla oculta bajo el pijama, y las miradas encendidas de Álvaro y María. Veía con más facilidad la cara de él que la de ella, que me daba un poco la espalda, aunque mi ubicación era prácticamente perfecta.

—Tócame por debajo —dijo entonces él, serio.

—Claro... y te hago una paja, ¿no? —dijo ella, más seria aun.

—No estaría mal.

—Lo que quiero es que me dejes tranquilita. —respondió ella mientras ya hacía movimientos a lo largo del tronco que estaba en horizontal... hasta casi parecer que le pajeaba a través del pijama.

Parecía que le quería tocar con desidia, como sin importarle, sin sentirse impresionada, pero era difícil de creer.

El chico no respondió y ella insistió:

—Te hago una paja y me dejas en paz, borras mi número y dejas de llamarme y de perseguirme...

—¿Perseguirte?

—Sí.

—Si lo dices por lo de ir a tu trabajo fue un día de casualidad que pasaba por allí... no te lo tengas tan creído... María seguía recorriendo aquel bulto alargado con desdén y no sabía si creerle aquello; llevaba semanas dando por hecho que aquel chico estaba obsesionado con ella.

—Te hago una paja y me dejas en paz... —insistió ella, parecía que queriendo acabar cuanto antes, tanto aquel tenso diálogo como todo lo demás.

—Claro... claro... —respondió socarrón.

—¿Sí o no? Si prefieres te dejo aquí... empalmado. —quiso zanjar ella de una vez por todas, pronunciando de nuevo palabras que me sonaban raras en ella.

—Vale... —dijo él, sonriendo forzosamente, buscando siempre un punto de tensión en sus réplicas, y yo temí que aquella sonrisa burlona diera al traste con todo, pero María no quiso entrar al trapo esta vez. Detuvo aquel sobeteo, se separó un poco, como preparándose para una nueva operación, y aquella polla dibujaba una silueta paralela al suelo, apuntándola, acusándola... Y llevó sus manos entonces a la goma de la cintura de su pijama... y lo separó de su cuerpo, tirando hacia sí... y tuvo que alejar aquella prenda muchísimo de su cuerpo para poder liberar aquello sin tocarlo... y lo destapó, lo justo, lo justo para que aquel pollón y sus huevos

quedaran libres... rebotando un poco su polla hacia arriba al soltarse, y se pudo ver aquel miembro no ya apuntando al frente si no hacia arriba.

La imagen era impactante. El chico con el pantalón de pijama bajado y con la camisa a medio cerrar, dejaba ver aquella polla ancha, pero sobre todo larga, casi depilada por completo... y María aun no la tocaba. Ni siquiera liberaba aquel oscuro glande, que aun estaba parcialmente tapado por su piel. Todo ello permanentemente invadido por los gemidos de Sofía... Yo estaba sin aire y más sin aire me dejó mi novia, buscándome con la mirada por primera vez, pero alegrándome, diciéndome con sus ojos que en aquello estaba yo también... Álvaro se abrió aquellos dos botones de su camisa, dejando a la luz un abdomen liso, sin abdominales marcados, pero sin un gramo de grasa, y un pecho imberbe y pálido, dando una imagen de mayor delgadez... se bajó él mismo los pantalones un poco más y acabaron cayendo hasta los tobillos, mostrando unas piernas finas... dando entonces no solo una imagen de delgadez... si no de que aquel cuerpo era prácticamente todo polla... Y reparó en cómo María me seguía mirando antes de que, según su acuerdo, empezase aquella paja que acabaría con Álvaro y acabaría con todo.

Aquel niño pijo, viendo como María me miraba, incluyéndome a mi en lo que iba a hacer, me miró y la miró de nuevo a ella, su mueca era inequívoca, consideraba claramente que no solo ella estaba loca, si no que lo estábamos los dos.

Y yo, permanentemente infartado, tiritando de la excitación, mareado por la borrachera, solo mantenía la lucidez justa como para pensar que aquel pacto era difícil de creer, que la intención de María no era pajarle como canje para que la dejara en paz, si no que quería hacerlo como demostración de poder, para demostrarle quién mandaba y quién había mandado siempre.

CAPÍTULO 44

No era la María temblando de nervios en la habitación de Edu, aunque, de todas formas, me parecía que fingía más seguridad de la que realmente tenía. Yo, sin embargo, estaba al borde del colapso, casi como la primera vez, y no fingía nada, ni siquiera buscaba disfrutar, me limitaba a sobrevivir.

Álvaro, con los brazos en jarra, la camisa abierta y el pantalón del pijama en sus tobillos, podría pensar, si mirara a María, que aquello lo hacíamos con frecuencia, pero, a poco que me mirara a mí, sabría que nada más lejos de la realidad.

María desvió su mirada, que fue de mí hacia Álvaro, su mirada fue de incluirme y a despreciarle.

Alargó su mano mientras le miraba y acarició su miembro con las yemas de los dedos, a lo largo de su tronco. Sintió su tacto por primera vez y casi pude sentirlo a través de ella... pero no exteriorizó ninguna emoción, ninguna alteración, siempre fingiendo que aquello no la alteraba, pero yo sabía que sí, yo sabía las semanas, los meses por los que habíamos pasado... aquella polla, dura, caliente... sabía que era algo tremendamente ansiado por ella.

Y entonces, manteniendo aquel gesto inexpresivo, llevó su otra mano también allí, y comenzó a acariciar aquel miembro en sentido inverso al que sería el de una paja normal, como si tirara de una cuerda, con delicadeza.

—Te corres rápido y nos vamos. —Susurró ella, en un hilillo de voz, que se pudo escuchar porque Sofía y Guille debían de estar cogiendo aire.

—Sí...

—¿Sí? —insistió ella.

—Sí... aunque si me vas a pajar así... —respondió él.

María de nuevo no se inmutó, y, en un principio no dejó de hacer aquel extraño movimiento, como si supiera perfectamente lo que estaba haciendo y en los tiempos en los que quería hacerlo. Ladeó unos instantes después la cabeza, mirándole, en un gesto exagerado, moviendo su melena, y llevó una de sus manos a sus huevos, que recogió un poco y estiró, y con la otra,

usando dos dedos, comenzó a echar su piel hacia atrás, descubriendo un glande oscuro, glorioso y brillante, dejando al descubierto del todo aquella cabeza más ancha que el tronco, una polla bonita según ella, que había visto innumerables veces en fotos y que ahora descubría, sobaba, y trataba con una ternura y admiración, que desde luego no tenía para con su dueño, como si fueran dos entes diferentes.

Álvaro sin moverse, con los brazos en jarra. Y yo, infartado, di un par de pasos, para verlo desde más cerca, hasta ver aquel glande brillar... Me acerqué avergonzado y temeroso de que él me dijera algo.

Otro movimiento exagerado de la cabeza de María, otra vez su densa melena hacia el otro lado y otra vez aquel extraño masaje en sus huevos, como si los ordeñara. Ella alternaba su mirada en los ojos de él y en aquella polla que ella no podía negar que la tenía impactada. Los ojos de Álvaro estaban clavados en los de María, y yo agradecía que no me mirase a mí. Entonces María llevó ambas manos a su tronco, una a continuación de la otra, y aun quedaba polla por cubrir, y entonces ella me quiso de nuevo incluir, mirándome, y yo sabía que aquello podría ser un error; María lo hacía por mí, estaba convencido, me miraba mientras me mostraba que no podía abarcarla, para excitarme, como sabía que me excitaba, pero eso hizo que Álvaro hablase:

—Os gusta, eh... María me miraba, a metro y medio, con los ojos llorosos, mientras ya comenzaba a masturbarle, y me decía con la mirada “mira que pollón, tiene, no puedo ni cubrirselo con las dos manos”, y yo le agradecía el gesto, pero temía las frases de Álvaro, que continuaron:

—Tengo una buena polla, eh... ¿a qué sí? María volvió a mirarle, a aquellos ojos enrojecidos y saltones, y él alargó una de sus manos que abandonó su cintura para acariciar la cara de María y ella movió un poco el torso y la cara, para evitar esa caricia. Y entonces él cambió de objetivo y llevó aquella mano a uno de sus pechos, sobre la camisa, y esa mano fue apartada inmediatamente por ella, dejando aquella polla sobada entonces por una sola mano, y acompañó aquel desplante con un sonoro: “no me toques...”

—¿En serio? ¿Me haces una paja y no te puedo tocar? —preguntó volviendo su mano a su cadera y empezando a notar los efectos de aquella paja que ahora era con una mano, pero se notaba que ella ya no acariciaba, si no que agarraba con más fuerza, y ya se empezaba a escuchar el sonido de la piel de su polla yendo hacia adelante y hacia atrás.

María no le respondió y yo creía que me moría allí mismo. Mi polla me explotaba literalmente bajo los pantalones... pero no me atrevía a desnudarme y Álvaro pareció leerme la mente, incomodándose, disfrutando de aquella tremenda paja y desviando su mirada hacia mí:

—Menuda paja me está haciendo tu novia... ¿tú no te pajeas?

—No —dije nerviosísimo, en tono bajo, tanto que dudé si me había llegado a oír.

Pero sin duda me había oído, pues escasos segundos después, dijo:

—¿Cómo que no? Vamos, pajeate... mira cómo me la tiene de dura. — insistió, quizás queriendo compadrear, pero yo me sentía tremendamente invadido por su petición.

María recolocó un poco sus piernas, sus tacones se anclaron con más fuerza sobre aquel sucio suelo, y volvió otra vez a masajear aquellos huevos mientras aceleraba la paja, y de nuevo aquella melena a un lado y a otro. El sonido líquido de aquella piel adelante y atrás de aquel glande cubriéndose y descubriéndose se hacía rítmico y envolvía todo el dormitorio. Yo, atónito. Álvaro, disfrutando, vanagloriándose de tenerla allí, pajeándole, y orgulloso de resistir sin correrse. Aquella capacidad de retrasar su orgasmo le envalentonó:

—Sigue... qué bien pajeas... joder... —jadeaba y cerraba por primera vez los ojos.

Mantecía los brazos en jarra, la camisa abierta y medio sonreía en una mueca lasciva y desagradable, mientras María ya le pajeaba casi con todo lo que tenía, haciendo incluso que sus pechos bailasen por el movimiento bajo su camisa negra.

—Uff... qué buena paja, María... estoy a punto... y tu novio mirando, joder... qué bueno... — jadeaba él, casi ya todo el tiempo con los ojos cerrados... pero a mí me parecía que algo no iba bien, me parecía que faltaba más de lo que decía para correrse... pues su entonación era demasiado nítida... sus piernas no flaqueaban... y sus jadeos no presagiaban una explosión inminente.

—¿Te corres? —preguntó María, seria, como si no se estuviera excitando por pajearle así, como si no le volviera loca aquella polla.

—Oh... sí... sigue un poco más y me corro... —respondió él motivando a María a acelerar aun más, hasta el punto de que yo nunca había visto a María mover su mano a tal velocidad.

Diez, quince, veinte segundos a aquel ritmo brutal. Aquel sonido que era

todo lo que yo escuchaba junto con mi corazón palpar, y ya no sabía si la paja o mi corazón iban a más frecuencia. El chico mantenía los ojos cerrados. Yo ansiaba verle explotar. María le estaba destrozando, le estaba reventando aquel pollón ya enrojecido, el sonido era cada vez más intenso, la punta cada vez más húmeda...

—¿Te corres o qué? —preguntó María, ya desesperada y yo, tentado de sentarme en la cama para no caerme de la excitación, me fijé en cómo los dedos de ella estaban impregnados por líquido semi transparente que llevaba minutos soltando aquel chico.

Álvaro no respondía. Mantenía los ojos cerrados. No se alteraba. Nada en su rostro o en su cuerpo durante el último minuto anunciaba que su orgasmo fuera más inminente. Y María comenzó a bajar el ritmo... hasta que paró por completo. Y retiró su mano.

El chico abrió los ojos mientras María, incapaz, usaba su mano izquierda, su mano no manchada por tanto líquido preseminal, para sacarse la camisa de dentro de la falda.

—¿Te vas a desnudar por fin? —preguntó Álvaro, siempre hiriente.

Y ella, tras completar esa primera operación, y con su mano derecha siempre cayendo muerta para no mancharse, llevó su mano izquierda a su camisa, para desabrocharse los botones. Uno por uno.

La imagen de María allí de pie, frente aquella polla que siempre parecía a punto de explotar, mientras se desabrochaba los botones de la camisa de seda negra era para morir. Mientras ella lo hacía, con cierta dificultad por hacerlo con una sola mano, él dijo:

—¿Te crees que me voy a correr por verte las tetas? —Y la pregunta fue realmente incisiva, pues eso era exactamente lo que creía María que pasaría.

Mi novia, sin responder, acabó por desabotonarla entera e inmediatamente después llevó con cuidado cada lado de su camisa a los lados de sus tetas, para que allí la camisa quedara apartada, por lo que salió a la luz aquel sujetador casi completamente transparente, con aquellas areolas y pezones que se vislumbraban de forma clara, y elegante y burda a la vez. El chico emitió un “joder...” que le salió del alma, y María llevó de nuevo su mano viscosa a aquel miembro, para acabar de una vez con él, usó su otra mano para llevarla a la cadera de él, y él no protestó porque él pudiera ser tocado y ella no, si no que, sin dejar de mirar el torso de María y empezando a recibir de nuevo aquella paja, dijo: —Joder... menudo... menudas tetazas... joder... María ladeó la cabeza, se acercó más a él, sabedora de su

poder, convencida de que era cuestión de segundos conseguir el orgasmo de Álvaro gracias a lo que le estaba enseñando. Y él permanecía más atento al cuerpo de María que a la paja que recibía, diciendo, visiblemente borracho y quién sabe si drogado, la primera barbaridad que se le pasaba por la cabeza:

—Vaya sujetador de puta... eh... ¿La vistes tú así? —dijo repentinamente, mirándome a mí, helándome, pero excitándome a la vez — joder, pero qué pezones tienes, joder... estoy flipando— insistía él, que se envalentonó y llevó sus dos manos a aquellas copas. María, desesperada por acabar o excitada hasta el punto de no poder pararle, dejó que sus dos manos fueran torpemente, cada una a una copa, y manoseasen sus tetas a través de aquel sujetador, que en teoría había sido comprado para mí.

—Pero qué pedazo de perolas tienes... joder... —le susurró casi al oído por estar más cerca.

—Córrete... venga... —le respondió ella, con menos fuerza, por desesperación o excitación.

Sus caras se pegaron más. La paja se aceleró más. El magreo sobre aquellas copas se hizo más brusco. Y sus caras se pegaron. Álvaro le jadeaba en su oído sin soltar aquel sujetador y María cerraba los ojos y le seguía sujetando por la cadera con una mano mientras, otra vez, a lo máximo que podía, le masturbaba hasta parecer querer arrancarle aquel pollón del cuerpo. Ambos con los ojos cerrados y la cara de él se giró y besó su mejilla, y María no abría los ojos, ni le apartaba, y yo sabía lo que venía, y sus labios se juntaron y sus bocas se abrieron y se fundieron en un beso tórrido y desesperado, sus lenguas comenzaron a jugar tremendamente ansiosas y María seguía pajeándole... y aquel beso se cortó y vi sus labios húmedos y sus ojos cerrados y ella le susurró un “có-rre-te...“, una súplica... dicha, seguro, excitadísima. Pero el chico aguantaba y la volvía a besar, volvía a llenar su boca con su lengua, y yo tuve que sentarme, sobrepasado, al borde del desmayo, y María llevó la mano que estaba en la cintura de él a su sujetador, para abrirlo, por delante, para liberar sus pechos, lo consiguió en seguida, y su sujetador se abrió, aquellas copas desaparecieron, se abrieron como un gran ventanal, y sus pechos quedaron libres, desnudos, y las manos de Álvaro dejaron de sobar aquella lencería de guarra para tocar piel, para tocar la perfecta piel de las impresionantes tetas de María, para palpar aquellos pezones colosales, que se le salían del cuerpo, para acariciar aquellas areolas preciosas y extensas, sin dejar de besarla... sin dejar de destrozarla y excitarla con sus besos, y sin que su polla explotara.

Yo, sentado, veía como María no podía aguantar el ritmo de aquella paja por abajo, ni podía seguir indemne ante aquellas caricias de sus tetas y aquellos besos por arriba. Flaqueó, se abandonó, al menos por un momento, y rodeó a aquel niño pijo con sus brazos, entregándose a aquellos besos, con los ojos permanentemente cerrados, dejando que aquel pollón tremendamente enrojecido y del que colgaba líquido preseminal de manera brutal chocase con su torso, e, indistintamente, manchase su falda de cuero, su camisa de seda y su abdomen desnudo... Y los besos de él descendieron, hasta su cuello; se encorvaba para besarla y María no abría los ojos y recogía él sus pechos con ambas manos y yo sabía lo que era evidente que pasaría, e, infartado, allí sentado, a metro y medio, alucinaba viendo como él llevaba un reguero de saliva de su escote a uno de sus pezones y ella enredaba una de sus manos en su pelo y usaba la otra, para algo que me mató... y es que cogió aquella teta que empezaba a ser atacada por aquel crío... y se la ofreció, recogió su precioso pecho y se lo ofreció para que lo besara, en un gesto tan tremendamente morboso como increíblemente guarro. El chico aceptó aquella teta que ella le daba y comenzó a lamer aquel pezón, haciendo círculos con su lengua... y de María salió un susurro, un “te gustan...” refiriéndose a sus tetas, a aquella teta... Y Álvaro no respondió, si no que se mantenía encorvado, comiendo, devorando aquel pezón, chupándolo hasta hacer que casi se le saliera del cuerpo, succionándolo y dejándolo después libre hasta hacerlo brillar, para ir entonces a su otra teta y María mantuvo una de sus manos en la nuca y en el pelo de él y la otra fue de nuevo a aquella polla enorme, que la apuntaba y de la que, a pesar de mancharla, no parecía parar de brotar aquella espesa viscosidad, pues ahora caía más líquido denso de la punta hasta la mitad de sus muslos.

Yo, alucinado, bloqueado, dudé en sacarme la polla. No podía más. Creí que me moría de la excitación, creía que podría correrme hasta sin tocarme... y Álvaro juntaba sus pechos y los amasaba... los devoraba con ansia, con hambre y yo notaba las tetas de María más grandes e hinchadas que nunca... y si la polla de aquel chico no encajaba con su cuerpo tampoco lo parecían las tetas de María en aquel momento... Creía que eyacularía sin siquiera tocarme viendo como María reanudaba la paja y el chico succionaba ahora el otro pezón, produciendo un sonido que a mí se me hacía desgarrador, y ella le agarraba del pelo... cuando, de ella misma, llevando su boca a su oído, salió, en un susurro algo que me mató:

—¿Quieres que te la chupe...? Álvaro, enfrascado en aquella comida de

tetas brutal, no respondió... y la insistencia de María me mató aún más:

—Quieres... que te la chupe... ¿eh?

—Sí...

—Te la chupo... y te corres...

—Sí... —respondió él, apartándose un poco de ella, dejando ver aquellas tremendas tetas totalmente enrojecidas y empapadas por su saliva y aquellas areolas enormes y aquellos pezones durísimos y completamente fuera de sí.

Yo, por un lado, quería que aquello no acabase nunca, pero por otro sentía que, como en la habitación de Edu, tendría que irme en cualquier momento, pues aquello se me hacía demasiado doloroso e insoportable. Y, por un lado, veía a María capaz de todo, por su mirada encendida, por sus tetas enormes de lo cachonda que estaba... pero aquel “y te corres” que acababa de pronunciar, indicaba que de ninguna forma quería follar con él, que seguía manteniéndose en que quería que se corriera y marcharnos.

CAPÍTULO 45

María se retiró un poco, algo mareada, por el alcohol, pero seguramente más por la excitación... y por aquellos besos... y por aquellos magreos... y por aquella tensión... Si le había sido difícil fingir que no estaba excitada al iniciar aquella paja, ahora, tras aquellos besos y aquella tremenda comida de tetas, ya le era imposible disimular. Aquellas mejillas enrojecidas podrían ser consecuencia del alcohol, pero aquella mirada, aquellas tetas hinchadas y aquellos pezones duros la delataban.

Comencé a sentir un dolor de cabeza casi insoportable, como una resaca prematura, notaba mi sangre palpar en mi sien mientras Álvaro no quiso que María se retirase tanto y acercó su cara a la suya. De nuevo sus caras pegadas... y de nuevo aquel chico quería besarla... buscando permanentemente una conexión mayor. Si me jodía, si me celaba cuando la boca de María accedía a abrirse y sus ojos se cerraban... más me jodía cuando ella, a los pocos segundos de recibir el beso, le rodeaba con sus brazos. Aquella imagen era dolor puro, la de verla entregarse así, la de ver su lengua tocar la suya y la de sus brazos rodeando su cuello. De nuevo, como consecuencia de estar sus cuerpos pegados, la polla de aquel chico golpeaba y manchaba partes aleatorias de la ropa y cuerpo de María. Las manos de él iban a su cara al besarla... dándome aun más celos... y a sus tetas... acariciándolas al principio y apretándolas después... dándome un morbo increíble, pues yo sabía lo que era aquel tacto, sabía lo que era aquella piel, sabía lo que era acariciar sus tetas colosales pero de tacto delicado, y sabía lo que era que las yemas de tus dedos acabasen chocando súbitamente con sus pezones durísimos... Mientras los veía besarse me planteé, sí, de verdad, marcharme. Si me moría por verles besarse, sabría que no podría soportar lo que habían anunciado, lo que María le había dicho que iba a hacerle. Además, después de todo lo que había dicho de él, de tantas y tantas noches diciéndome, mientras se escribían, que era un idiota, un crío... dándome a entender que cómo podría aquel niño pijo creerse que podría tener algo con

ella... me mataba cómo le besaba ahora de forma desesperada y le acababa de anunciar que le iba a comer la polla.

Como me había pasado en la habitación de Edu, solo quería irme con una última imagen, quería saber la postura, ya sabía el qué, pero me faltaba el cómo. Aquel beso acabó y María se apartó de nuevo. El chico puso otra vez sus brazos en jarra y, tras hacer un último repaso a aquellas tetas brillantes, me miró, dejándome inmóvil, y no sé lo que vio, pero creo que no se podría creer ya que yo podía estar acostumbrado a aquello, igual que no se podría creer ya que María hacía aquello como parte de un trato.

María llevó sus manos a su espalda, bajo su camisa, para desabrochar allí el sujetador, y se quedó con aquella prenda, en dos piezas, en su mano. La polla de aquel chico le apuntaba, de frente y María entonces me miró, inexpresiva, alargó su mano, y me dio aquel sujetador; aquel sujetador comprado para mí y mostrado tímídísimamente en aquel restaurante horas antes, ahora me lo daba.

Yo alargaba la mano y lo recibía, maltrecho, en un gesto que seguro no tendría maldad, pero me hizo sentir tremendamente humillado. La perenne mueca de Álvaro acabó por adornar aquel gesto de María, haciéndome sentir terriblemente mal. Pero cuando pensé que aquello ya no podría ser más vejatorio, cuando pensaba que se tumbarían en la cama o que el chico se sentaría, fue María la que, levantando un poco su falda para hacer más cómoda su maniobra, hasta el punto de mostrar por ello el ligero, mi segundo regalo, comenzó a arrodillarse... Se arrodillaba... delante de él... Le iba a chupar la polla allí, a un metro de mí, y arrodillada ante aquel niño, mientras yo le aguantaba el sujetador... Estaba decidido, me iba a ir. Me puse en pie mientras María, de nuevo, le acariciaba los huevos y ni reparaba en que yo me iba, o le daba igual. Y el chico me miró, y pensé que me diría algo, pero se lo dijo a María, aunque mirándome a mí:

—Chúpamela bien... eh, que lo he imaginado muchas veces.

Me lo dijo clavándome la mirada. Sabiendo quizás que yo estaba demasiado sobrepasado como para protestar y sabiendo seguro que María estaba demasiado cachonda como para cortarle. De golpe se vio con todo el poder y desinhibido por el alcohol y por su nuevo estatus.

Entonces, María, arrodillada, abrió su boca y alargó su lengua, en dirección a aquella bolsa que caía enorme, llevó su boca allí abajo, entre las piernas de él... y lamió mínimamente aquellos huevos que caían consistentes de su cuerpo... haciendo que aquella polla, permanentemente hacia adelante

palpitase sola. Álvaro emitió un gemido un “umm” de gusto, por aquella caricia, pero sobre todo por tenerla allí, sometida, arrodillada, y, pletórico, dijo encantado: —Ufff... la de pajas que me he hecho imaginando esto... no me decepciones... Para él parecía ser un juego, un juego macabro, que demostraba algo que yo sospechaba y era que todas aquellas veces que María le había llamado de todo, él seguramente estaba pensando lo mismo de ella.

De pie, al lado de María, veía como ella no reaccionaba a ninguna de aquellas frases, solo reaccionaba a los estímulos y a las respuestas que le daban su polla y sus huevos; como si lo único valioso estuviera allí y ya no debiera perder energía en nada más. Y no sé por qué recordé en aquel preciso momento cuando la había visto llegar al restaurante, tan elegante... no podría imaginar que aquella misma ropa en aquella misma chica pudiera desembocar en una imagen tan de guarra... tan de puta... con aquellas medias y aquel ligero que se le veía con claridad al habersele subido la falda al arrodillarse y aquella camisa de seda abierta, aquellas tetas disimuladas bajo la camisa refinada, pero desorbitadamente grandes para su torso una vez su camisa se había abierto... a punto de comerle la polla... no podía ser que fuera la misma chica... con la misma ropa... María me sacó entonces de mis ensoñaciones, retirando su cara de allí abajo hasta colocar sus labios a escasos centímetros de aquella polla que lucía imponente. Y llevó entonces sus manos a sus propios muslos, mirando hacia arriba, mirándole, dispuesta a hacer algo que yo creía que él no merecía, pero yo no quería parar, dispuesta a hacer algo que ella sabía que él no merecía, pero no podía parar y entonces sacó la lengua y le dio un pequeño toque en la punta a aquel glande oscuro, casi violeta, empujándolo hacia arriba... y otro pequeño toque... y él la miraba y ella le miraba... Ella quería aun mandar, le estaba diciendo con aquellos mínimos golpes con su lengua que quería que él le rogase que se la metiera en la boca. Y otro toque más y una gota brillante y transparente nació allí, brotando de la nada... gota que María deshizo casi inmediatamente, pues su lengua dibujó entonces un círculo alrededor de aquel glande oscurísimo y brillante, y yo de nuevo pude sentir ahora a través de él, sentir lo que es tener a María acariciando la punta de tu polla con su lengua... pero él no dijo nada... y otra caricia con aquella lengua... y ella apartó la cara un momento, cogió su melena y se la llevó toda ella a un lado de su cuello, dejando que cayera por delante, por un lado de su torso, tapando completamente una teta con ella y dejando su otra teta completamente descubierta... y un “joder....” salió de Álvaro, ansioso, vislumbrando lo inminente, y ella entrecerró los

ojos y quiso matarnos a los tres y comenzó a introducirse, lentamente, aquel pollón en la boca... todo el glande... hasta que su polla se le marcó en la boca, en su moflete, deformado por aquella polla impresionante.

—¡Uff...! —gimoteó Álvaro, cerrando los ojos y dejando caer un poco su cabeza hacia atrás... Y si él se moría de gusto, yo me moría del morbo al ver como María comenzaba a llevar su cabeza adelante y atrás, lentamente, echando su cuello adelante y atrás... sin usar las manos... en movimientos mínimos, rítmicos... Mi novia le comía la polla a aquel niño... de rodillas... A aquel niño que decía no soportar... Haciéndome daño, pero a su vez dejándome inmóvil por la excitación.

—¡Ufff, joder...!— suspiró él, mientras ella comenzó a torturarlo con aquel ritmo desesperadamente lento.

La imagen era tremendamente hipnótica. Era como estar en un sueño. Y pronto los jadeos de Álvaro sonaron menos fuerte que el sonido líquido de aquella mamada pausada. La saliva de la cálida boca de María se juntaba con el preseminal de la ardiente polla de Álvaro, creando un *cocktail* sonoro y a la vez tremendamente húmedo... Yo no podía soportar tanto dolor... y a la vez tanto morbo... de tener a tu novia a un metro, comiéndole la polla a un crío doce o trece años más joven que ella... sin usar las manos... y ya dejando que un reguero de saliva cayese de la comisura de sus labios como consecuencia de aquella chupada tremenda... No suficiente con eso, María quiso demostrar su poder, demostrar su temple mezclado con autoridad: Se introdujo aquel pollón un poco más en la boca y dejó su cabeza quieta, produciendo que Álvaro la mirase y conectase con ella pues ella miró hacia arriba... Allí arrodillada, con sus ojos grandes, mirándole, sin usar las manos, y completamente quieta... Yo no sabía qué iba hacer, y entonces ella llevó sus manos de nuevo a su melena, sin abrir la boca, sin soltar la polla de su boca, llevó toda su melena hacia atrás, a su espalda. Y aun así siguió sin sacar su boca de allí, mientras comenzó a usar sus manos para desabrocharse los botones de los puños de su camisa... lentamente, sin soltar aquel pollón de entre sus labios, sin cerrar los ojos, mirándole... hasta desabrochar aquellos puños y remangar su camisa hasta los codos, y entonces, ahora así, cuando ella quiso, reinició aquel movimiento de su cuello adelante y atrás, aquella comida de polla lenta, impecable... infartante... que a mí nunca me había hecho así, y que no sabía cómo lo hacía con tanto morbo, con tanta sexualidad... No comprendía como chupándose de aquella manera podía parecer tan elegante a la vez que tan tremendamente guarra.

Al notar Álvaro como ella volvía a chupársela así, volvió a cerrar los ojos, y durante unos instantes se la estuvo comiendo otra vez así y yo comencé a marearme, seriamente, hasta el punto de pensar que realmente podría vomitar, no sabía si por el alcohol, la tensión, los nervios, los celos... el morbo... María aceleró un poco el ritmo, casi nada, y sus tetas comenzaron a bambolearse también rítmicamente, brillantes, y recibiendo ahora también aquella saliva que caía de la boca de María, aquella saliva y aquel preseminal sobre aquellas tetas bamboleantes, que no hacían si no crear una imagen aun más hipnótica y onírica. Empezó a caer tanto de aquel líquido mezclado sobre sus pechos que supe que ella no hacía nada porque aquello no cayese, si no todo lo contrario, estaba disfrutando de aquel rebosar de su comisura y de aquel nuevo tacto sobre torso.

Álvaro, tras esos primeros minutos en los que pareció sentir un placer inmenso, consiguió recomponerse, abrió los ojos... y comenzó a hablar en voz baja, y yo no sabía si lo decía para joderme a mí, para joder a María, o se lo decía sí mismo, sin importarle lo que pensáramos. Dijo un “joder... cómo la chupas...” y después un “Es impresionante, joder...” que no hacían que María alterase su ritmo lo más mínimo. “Qué boca de puta tienes... joder...” dijo, matándome, de nuevo sin que ella se alterase, y alargó entonces su mano hasta la cabeza de ella, acoplándose al ritmo de aquel movimiento de cuello con su mano, llegando a sonreír entre jadeos al ubicar allí su mano. No contento con eso, dijo claramente, colocando ahora su otra mano también sobre su cabeza:

—Las pollas que te habrás comido, eh... Yo no podía creerme lo que veía... y el ritmo de María se aceleró, y lo hizo porque él comenzó a mover su cadera hacia adelante y atrás a una velocidad un poco superior, y dijo:

—¿Cuántas pollas le has visto comerse, eh? ¿Cien? ¿Más? —me preguntaba con desprecio mientras, ya más que dejar que ella se la chupase, lo que hacía era follarle la boca lentamente.

—Más de cien, seguro. —dijo echando su cadera hacia atrás, del todo, hasta que la boca de María quedó libre y un reguero enorme de preseminal y saliva cayó, sorprendentemente denso, sobre una de sus tetas.

Entonces llevó una de sus manos de nuevo a su propia cadera y mantuvo su otra mano en la cabeza de María, tirándole un poco del pelo y movió de nuevo su cadera hacia adelante, gustándose, con chulería, como diciendo que después del show de María, de aquella parada sobreactuada, ahora le tocaba a él, y le metió el pollón en la boca hasta la mitad. María protestó entonces, con

un sonido ahogado... Un “¡mmmm” de protesta, pero no le paró, y él se la sacó, sacó la polla empapada de la boca de mi novia y se la metió en la boca otra vez, con fuerza, casi con violencia... Y ella lo aguantó, otra vez, como pudo. Y otra y otra y otra embestida... y aquel sonido ya no era líquido, si no gutural, por estar llegando aquel pollón hasta su garganta... y entonces ella tuvo que llevar sus manos a los muslos de él, para evitar así que se la metiera tan fuerte y hasta tan al fondo.

Aquel cabrón, con una mano en la cabeza de ella, tirándole del pelo un poco hacia arriba, se echaba hacia atrás, hasta que su polla salía brillante y empapada de la boca de ella, para inmediatamente después volver a llenarla, a llenarle la boca con su polla hasta deformar aquel moflete otra vez y volver a sacarla. Además, acompañaba aquellos denigrantes movimientos con sus “ufff” y sus “joder... que bueno...” y en una ocasión que la polla no entró bien, emitió un “abre la boquita, joder...” que sonó tremendamente denigrante, pero María no reaccionó, no protestó y yo hacía tiempo que sabía por qué no protestaba y es que, desde la noche con Edu, ella había deseado volver a tener aquel sexo guarro, denigrante, grotesco... que yo... no sabía darle. Aquel chico quizás estaba pensando que él ganaba, que ganaba porque la humillaba, pero no sabía que, en el fondo, también estaba ganando ella.

Y, ni siquiera tras él pararse y comenzar a pajearse a centímetros de su cara ella iba a perder. Ni siquiera cuando le dijo “me voy a correr en tu cara” María se molestó, pues le parecía humillante, pero no podía evitar querer que aquello pasase, porque su orgullo luchaba con su excitación y ganaba la excitación. Y ni siquiera cuando él apuntó más abajo y ya se pajeaba frenéticamente y dijo “no... mejor en tus tetas... en tus tetazas de puta...” María se amilanó, si no que llevó sus manos a sus pechos, ofreciéndoselos, serena, cachonda, ansiosa, queriendo aun disimular su excitación, pero temblando y mirándole con unos ojos de guarra increíbles. Y María irguió su cara y sintió un latigazo espeso sobre uno de sus pechos a la vez que él emitió un “¡ohh, jooder...!” y otro latigazo caliente acompañado de un “¡toma... zorra... jodeer...!” que ella recibió con entereza en toda su areola y pezón y rebotó aquel chorro blanco hasta caer sobre su falda y otro y otro y otro más espeso, siempre sobre sus tetas, en una corrida bestial que ella me había pedido en su momento y yo no le había podido dar y él dejó de insultarla, al ver que era inútil... y se abandonó al placer mientras la seguía empapando.

María recibió como seis o siete densos latigazos mientras recogía sus pechos y miraba hacia arriba, aguantándole la mirada a aquel chico que se

descargaba cachondo, y agresivo, como había demostrado ser en aquellos mensajes guarros que le enviaba.

Cuando Álvaro acabó se echó un poco hacia atrás, entre bufidos, mareado, con los ojos cerrados. Y María, con las tetas y las manos empapadas, buscaba un sitio al que limpiarse. Yo, no sé por qué, posé su sujetador sobre la cama y retrocedí un poco, hasta apartarme, colocándome como al principio, entre los pies de la cama y la pared. Ella se levantó, intentando que no le goteara semen de sus pechos... buscaba donde limpiarse. Dejó entonces que sus brazos cayeran libres y ante la imposibilidad de encontrar nada, acabó por ir en mi dirección, hasta llegar a mí.

Frente a frente, con las tetas bañadas del semen de aquel chico, al que yo veía ahora quitándose la camisa y girándose hacia una mesilla, me dijo, en tono bajísimo, casi temblando, tremendamente cachonda, con la mirada ida por lo que acababa de vivir:

—Voy al baño a limpiarme... y nos vamos... Y yo escuché aquel susurro... mientras veía caer gotas de semen blanquísimo por sus tetas... bañadas... cayendo aquel líquido blanco en carriles espesos... en una imagen que me dejó sin respiración.

Entonces María llevó repentinamente una de sus manos a su vientre, con rapidez, pues notaba una gota espesa descender rápidamente de entre sus pechos hasta más abajo y, tras eso, acercó su cara a la mía y me susurró:

—Vámonos, por favor... Y yo no sabía si me lo imploraba ella a mí o su orgullo a su excitación.

No pude reaccionar. Era imposible. La imagen era para morir allí mismo. Ella, desesperada por limpiar sus manos inmediatamente, apartó entonces aquella mano manchada de su torso y llevó ambas manos a su culo, sobre su falda, limpiándose allí. Yo no era capaz de responder, de decir nada. Solo miraba. Miraba como Álvaro, completamente desnudo, blanco, espigado, rebuscaba en los cajones de su mesilla, buscando algo, mientras María, tras limpiarse en su falda de cuero, llevaba sus manos a su camisa, a la parte alta, a la altura del segundo o tercer botón empezando por arriba, y parecía que se la iba a quitar, pero lo que hizo fue abrísela un poco más, hasta casi apartarla hasta los hombros, y miró hacia abajo, comprobando los daños, comprobando aquel mancillamiento de sus pechos, en una mirada que esbozaba un “joder cómo me ha puesto...” que tenía poco de enfado y mucho de excitación.

En ese momento, mientras María se miraba y yo la miraba, otra gota espesa y blanca comenzó a descender, y yo, instintivamente, llevé una mano allí para detener esa densa gota blanca que bajaba de una de sus tetas, por su vientre. Y sentí aquel tacto viscoso y caliente, sobre su cuerpo tibio y, mi mano, automática, subió un poco hasta envolver una de sus tetas y sentir aun más aquel líquido caliente mezclado con la tibieza de su piel. Acaricié su teta con mi mano mojada del semen de Álvaro. María me miró. Yo la miré. Aquello nos resultaba familiar. Aquello era lo nuestro. Y yo comprendí que aquella mezcla era lo que buscábamos; aquel libre albedrío de María con Álvaro, donde mandaba ella y se llegaba hasta donde ella quería, siempre sabiendo que yo estaría de acuerdo, mezclado con nuestros momentos de conexión, íntimos, nuestros.

Llevé mi otra mano a su otro pecho mientras Álvaro subía a su cama y bajaba por el otro lado, hasta desaparecer de aquel dormitorio y embocar aquel pasillo oscuro y eterno. Yo no sabía a dónde iba, mientras, en silencio, acariciaba las tetas bañadas de María y nos mirábamos, y empezamos a escuchar como Guille y Sofía comenzaban un segundo asalto, pues los gemidos de esta volvieron a hacerse evidentes.

María disfrutaba de aquellas caricias y yo le sobaba los pechos y me moría al sentir aquel semen sobre la delicadeza de aquella piel, y entonces ella se acercó más, nuestros labios se rozaron, y me susurró que nos fuéramos... en un susurro poco convincente. Y, mientras los “¡aahhmmm!” de Sofía nos envolvían, los labios de María se me hicieron demasiado tentadores como para no sentirlos, y la besé, o me besó ella, esta vez sin cortarse, sin avergonzarse como en la habitación de Edu. Pues ahora ya no había nada que ocultar, ya le había visto comerle la polla aquel chico, ya sabía que al besarla notaría aquel sabor y olor a sexo, a polla, en su boca, y nuestras lenguas se fundieron mientras yo notaba el semen de Álvaro en mis manos y el sabor de su polla en mi boca, a través de la boca de María... mi polla estaba que explotaba al sentir tantas emociones a la vez... Mi lengua jugaba con aquella lengua que hacía tan poco tiempo había abrazado el pollón de aquel chico, y yo la sentí tan guarra por hacerlo y me sentí tan guarro por disfrutarlo que sentí la enésima gota empapar mi calzoncillo.

María acabó por cortar aquel beso, llevar sus manos a mi cintura y posar su cara al lado de la mía; pegados, conectados, yo aun sin quitar mis manos de sus pechos, y ella me susurró, otra vez, desesperada:

—Vámonos, por favor...

CAPÍTULO 46

Nada la impedía irse, pero quizás me estaba pidiendo que yo tomara por ella una decisión que ella no era capaz de tomar.

De golpe escuchamos como los gemidos de Sofía se hicieron más cercanos, en un volumen mucho más alto, y no era porque estuviera gimiendo con más fuerza, si no porque claramente alguien había abierto la puerta de aquel dormitorio. María y yo nos apartamos, quedando ella más cerca de la puerta de salida y yo vi como Álvaro salía de aquel dormitorio, dejando a Sofía con aquellos gemidos, que no habían cesado ni descendido un ápice sus decibelios a pesar de haber invadido él su intimidad, y entraba de nuevo en aquel dormitorio en el que nos encontrábamos María y yo.

Mi novia, de espaldas a él, y girada hacia mí, no lo vio llegar, con algo en la mano.

María y yo, de pie, inmóviles, mirándonos. Yo diciéndole con la mirada que nos íbamos si ella quería. Ella diciéndome con la suya que fuera yo quien tomase la decisión. Y ella sin saber que Álvaro, completamente desnudo, entraba en aquel espacio y dejaba caer algo sobre la cama. María tenía que presentirle, que notar como él se colocaba tras ella, pero no vio como dejaba caer, sobre la cama, al lado de su sujetador partido en dos piezas, un preservativo.

Álvaro pegó su pecho a la espalda de María y ella no dejó de mirarme mientras le sintió. Yo, a medio metro de ella me quedaba petrificado mientras él le apartaba el pelo con una mano para poder besar un cuello que quedaba libre. Después llevó sus manos a sus pechos, húmedos, pringosos, pero ya no tan calados por haber recogido yo en mis manos cantidad de su semen. Cada mano de aquel afortunado niño en una de aquellas tetas, mientras casi le mordía el cuello, y María posó sus manos sobre las suyas. Siempre mirándome, siempre diciéndome con aquellos ojos grandes “páralo tú... que yo no soy capaz”. Y yo sabía que una parte de María sí le quería parar, porque seguía pensando que aquel crío, que no podía soportar, no se merecía

disfrutar de su cuerpo, no se merecía acabar follándosela.

Álvaro bajó entonces sus manos, hasta la falda de cuero de María, y la comenzó a subir, con un poco de esfuerzo pues era algo ceñida, sobre todo a la altura de su culo, donde tuvo que pegar un par de tirones fuertes hacia arriba, hasta descubrir aquel ligüero casi por completo y hasta descubrir aquellas bragas negras, totalmente. María en tacones, medias, ligüero, la falda en la cintura y la camisa abierta, me seguía mirando; su imagen... inenarrable... cualquiera que la viera... sin conocerla... pensaría que era una auténtica... puta, con aquella ropa, era increíble, imposible en ella... Y yo no era capaz de pensar, de decidir... solo sentía... y miraba... miraba como Álvaro se agachaba, se arrodillaba tras ella y comenzaba a besar sus nalgas. El tan ansiado por él, culo de María. Al arrodillarse, pude ver por entre las piernas de ella como el pollón de aquel chico revivía y ya mostraba un tamaño más que considerable.

No era capaz de asumir el morbo que me daban tantas cosas; el morbo que me daba ver aquella polla renacer, el morbo de aquella imagen de guarra de mi novia, su mirada, el morbo de Álvaro arrodillado tras ella besando sus nalgas, el morbo por los gemidos de Sofía tremendamente nítidos por estar ahora aquella puerta abierta, y el morbo de lo que vino después, que me mató, y es que, harto de apartar las bragas de María para besar aquellas nalgas, comenzó a bajarlas, las bajó hasta casi las rodillas, y salió a la luz el coño de María, recortado, arreglado, con aquel vello cuidado, y yo miré aquellas bragas atadas a sus piernas y pude ver una mancha oscurísima en la mitad de aquella seda negra. Mareado, bloqueado, atónito, veía como Álvaro, arrodillado tras ella, metía su lengua en alguna parte de entre sus nalgas, mientras llevaba una de sus manos, por delante, a acariciar aquel coño, haciendo que María cerrara los ojos... Tras palparlo, retiró su cara de su culo y dijo en voz baja:

—Creí que lo tendrías completamente depilado. No sé por qué.

María, que había cerrado los ojos mientras era besada allí abajo, los abrió tras escuchar aquello, y me miró. Y Álvaro la forzó a inclinar su torso hacia adelante. Tanto que ella acabó por apoyar una de sus manos en mi pecho. María, de pie en medio de aquella habitación, se dejaba comer el culo mientras se apoyaba en mi. Y yo, perplejo, inmóvil, miraba como sus ojos se entrecerraban y después miraba hacia abajo, y veía como Álvaro maniobraba en su coño con su mano y le comía el culo con la boca... María no gemía. Quizás no le quería dar eso y durante unos instantes solo se escuchaba a Sofía

gemir y, a veces, el coño de María agradecerle, húmedo, lo que él le hacía con la mano, desautorizando así a la propia María.

Yo no necesitaba aquel sonido, el sonido de sus gemidos, para saber que Álvaro estaba deshaciendo a María ahí abajo, pues tenía su mirada, su boca entre abierta... su mano temblorosa en mi pecho... Contení sus gemidos, pero no pudo evitar llevar su otra mano a una de sus tetas que colgaban enormes... y cogérsela, acariciársela... y, tras ese movimiento, me dijo, susurrando, sin que Álvaro lo escuchara, queriendo involucrarme de nuevo, pero humillándome a la vez:

—Sácatela... Yo la miraba, atónito, y ella insistió:

—Sácatela... que no te dé vergüenza.

A mi se me saltaban las lágrimas del dolor de verla allí, cachonda, ansiando realmente que aquel crío se la follara, y queriendo involucrarme, queriendo hacer nuestro aquel momento a pesar de que sin duda le estaba pareciendo humillante dejarse ultrajar así por aquel chico. Yo ya no podía ni respirar, mi corazón quería explotar... y no era capaz ni de reconocermé allí; como en la habitación de Edu me daba la impresión de que yo no estaba allí, si no que nos veía a los tres desde fuera.

Álvaro se retiró, abandonando aquel culo y aquel coño que quedaron huérfanos. Yo miré abajo y vi el sexo de María deshecho, abierto, con sus labios solapando aquel vello encharcado. María irguió su torso del todo otra vez, mientras él cogía el condón y se disponía a abrirlo. Mi novia cogió entonces mi mano y la quiso llevar a su entrepierna, a su sexo, implicándome, desbloqueándome; sentí entonces su vello púbico mojado en las yemas de mis dedos... y no sé si empujado por ella o mis dedos por decisión propia, quisieron comprobar aquel estropicio... aquella abertura, aquella humedad... comenzaron a deslizarse por su interior, dos dedos, sin ninguna resistencia. Le metí el dedo corazón y el anular, hasta el fondo, y ella ni se inmutó, saqué los dedos empapados, casi inmediatamente, sorprendido, asustado, mientras Álvaro sacaba aquel látex del plástico y decía:

—¿Te follo así? ¿de pie? Yo. Muerto. Sentenciado. Infartado. Aun con aquellos dos dedos estirados y encharcados. María cachonda, casi ida, pero siempre dando una imagen de mantener una parte de auto control. Y miró hacia atrás, no a él, si no a aquella polla que apuntaba al techo de nuevo.

María miraba como se lo ponía, impactada, nerviosa, y él insistió:

—¿Aquí de pie entonces? Gírate, que te voy a dar bien.

María se giró de nuevo hacia mí, y llevó una de sus manos a aquellas

rejas que coronaban la parte baja de aquel viejo catre. Se inclinó hacia adelante. Álvaro se la iba a follar, allí, los dos de pie, a medio metro de mí, se la iba a follar, hacia mí. María con las piernas ligeramente separadas, con aquellas bragas a medio bajar, atando sus muslos, volvió a girar la cabeza y susurró:

—Ten cuidado... Álvaro esbozó una mueca... y ladeó la cabeza, como negando, hablando para sí. Y después, una vez consideró que lo tenía bien puesto y con María ya mirando de nuevo hacia adelante, se colocó tras ella, y dejó que su miembro se colocara entre las piernas de ella, asomando por delante. Y yo veía como aquel pollón enfundado acariciaba el coño de María, por fuera. Su boca fue al cuello de ella, le apartó un poco el cuello de la camisa, le besó allí y le dijo:

—De cuidado nada... que sé que te gusta fuerte... María intentaba mantener los ojos abiertos, y aguantaba, sin moverse, aquellos mordiscos en su cuello y aquella polla rozar su coño y deslizarse por entre sus muslos.

—Te voy a follar bien follada... Aquello estaba visto para sentencia y él parecía querer regodearse... retrasando lo inevitable.

Sabiendo que tenía a María totalmente entregada.

—¿Te crees que no sé que lleváis meses puteándome...? ¿Os creéis que no sé que me escribáis los dos para ponerlos cachondos a mi costa...? María me miró fijamente. Yo, infartado, no era yo, estaba ya fuera de mí, en un limbo irreal... mi corazón no daba más, me quería morir para no sufrir más... me daban ganas de llorar por aquel morbo, por aquel dolor. Mi vía de escape era saltar y salir por encima de la cama, pues me cortaban el paso, pero no me veía ni con fuerzas para eso. De nuevo, como meses atrás, solo tenía dos opciones: irme... o masturbarme viendo como aquel cabrón, que nos había pillado, se follaba a mi novia.

Me abrí el cinturón y desabrochaba el botón de mis pantalones, mientras él, que seguía babeando aquel cuello y movía su cadera, adelante y atrás, frotándose con los muslos y los labios hinchados de María, decía:

—Sois unos tarados... lleváis meses puteándome... ¿Con cuánta gente os escribís...? ¿Cuántos te han follado delante de él, eh? —le susurraba al oído a María que no podía soportar un segundo más sin que se la metiera.

Me abrí los pantalones, sabiendo que si me tocaba me correría. Sabiendo que si Álvaro me la viera me humillaría. Mi calzoncillo era todo una mancha espesa y caliente... y María soltó su mano de aquellos barrotes y la llevó atrás, a la nuca de Álvaro, y su boca le buscó, en un escorzo... y yo liberaba

mi polla mientras se besaban... mientras sus lenguas volaban y él sostenía sus tetas de nuevo. La otra mano de María fue abajo, a la polla de Álvaro, flexionó un poco las piernas, y así, de pie, buscaba ser penetrada. Yo llevé dos de mis dedos a mi miembro, llevé mi piel hacia atrás, siempre mirándoles, a punto de morir, a punto de explotar, mi glande era todo un charco espeso, mis calzoncillos apartados empapados... mientras mi novia, con sus tacones anclados al suelo, flexionaba sus piernas, buscando que aquella polla la invadiera... sin dejar de besarle... sin dejar de besar a aquel niño pijo que decía odiar... y así... flexionando sus rodillas un poco, acabó por empezar a desaparecer aquel pollón dentro de su cuerpo... entrando toda aquella carne en su interior... y ella sentía por fin, cuatro meses después, una polla grande y caliente invadiéndola... y yo quería ver su rostro desencajado por el placer... pero aquel beso no acababa... Me sacudí la polla solo una vez y sentía que me corría... solo por hacerlo una vez... y aquel beso acabó y su cara fue hacia adelante, hacia mi, y aquella mano de nuevo a aquellos barrotos, para aguantarse... con la polla de Álvaro clavada hasta el fondo... Él llevó una de sus manos a la cadera de María y la otra a su melena, tiró un poco de ella y, tras un movimiento pélvico, seco, certero, que la hizo casi ponerse de puntillas, le susurró en el oído:

—Qué ganas te tenía... joder... Aquel crío, desgarbado, pálido, con sus ojos saltones, con sus granos de casi adolescente, se la clavaba certeramente, dándole un placer que yo no podía darle. No era la belleza, el cuerpazo, la supremacía de Edu, no estaba a la altura de él, ni de María, pero sí le daba algo que yo no podía darle.

Mi novia se echó un poco hacia adelante y alargó su otra mano, hasta llegar a mí, a mi pecho, mientras Álvaro comenzaba a follarla, lentamente. María comenzaba a jadear... nada que ver con los gemidos fuertes y constantes de Sofía... y yo dejé de masturbarme, pues solo con tocarme me correría... y agradecí que el cuerpo de María tapase mi pequeño miembro y Álvaro no pudiera verlo.

María tuvo que cerrar los ojos, emitiendo unos “ufff” que no eran por mí, y aquel tremendo morbo de sentir a tu novia así, gimiendo por otro hombre, me mataba y a la vez me hacía sentir más vivo que nunca, de nuevo como si lo real fuera aquello y todo lo demás que pasara en mi vida anécdotas absurdas, insulsas, vacío. Tener a tu novia allí, de pie, apoyada en ti, siendo follada por otro... ver su cara de placer cada vez que era invadida... sin hacer caso a mi pequeña polla porque quería otra, quería la que ahora por fin tenía

dentro... sin fríos consoladores, sin absurdas fantasías, por fin, real, follada, penetrada, invadida, taladrada por aquel crío que no se merecía aquella polla, que no se merecía aquella suerte de haberla encontrado, de habernos encontrado... María, con una mano en mi pecho y la otra agarrada a aquellos barrotes, gimiendo, con aquellos “ufff” morbosos y a la vez desoladores, me decía con cada gemido que aquella polla la estaba matando. Yo, con mis pantalones un poco bajados, con mi pequeña polla a punto siempre de explotar vivía hipnotizado como se la follaba, en mi cara, después de todo. Le abrí un poco la camisa, para ver cómo sus tetas, aun viscosas por haber eyaculado él en ellas, se movían rítmicas por aquella follada. Tener a tu novia así, a tu prometida, siendo follada, empalada a centímetros de ti... con sus tetazas rebotando libres, con sus ojos entrecerrados, con sus gemidos, sus jadeos, sus “ahhhmmm”, sus “ahhhmm... dios...” era tan doloroso y tan morboso que yo no podía ni respirar.

Retiré mis manos de su camisa y Álvaro comenzó a acelerar el ritmo, su pelvis ya chocaba con el culo de María, creando aquel sonido hueco. Y yo me separé un poco, quise verlos mejor, di un par de pasos hacia atrás y me subí el calzoncillo para que él no pudiera reírse de mí. Y María se agarraba aquellos barrotes con una mano y la otra en uno de sus muslos.... inclinada hacia adelante... y recibía aquella follada con entereza... sus “ufff” ya hacía tiempo que habían tornado en aquellos casi gritos, aquellos “¡ahhhmm!” “¡ahhhmm!” infinitamente morbosos.

Aquel chico disfrutaba de tenerla así y a veces le tiraba del pelo y a veces le agarraba el culo con fuerza. Aceleró más y dijo:

—¡Qué polvazo joder...! ¡Te está gustando eh...! María, con los ojos entrecerrados, me miraba y llevaba la mano que estaba en su muslo a sus pechos, a contenerlos, a evitar que le rebotasen uno con el otro, por haber aumentando Álvaro el ritmo de la follada. Él le tiraba del pelo y ella no protestaba.

—¡Te están follando bien...! ¡Te está gustando! —le dijo tras levantar su torso un poco, como consecuencia de tirarle del pelo, pudiendo hablarle casi en el oído.

Se la follaba así, los dos de pie, hablándole en el oído... repitiéndole las ganas que tenía de follarla...

—La de pajas que me he hecho imaginando esto... joder... —le jadeaba en el oído, completamente ido, mientras su cadera seguía, implacable, adelante y atrás, creando aquel sonido... haciendo gemir a María, que ya le

hacía la competencia a Sofía.

María, entre grito y grito, cuando podía, intentaba mirarme, intentaba conectar conmigo, otra vez queriendo involucrarme, pero matándome a la vez. Durante unos instantes, así, los dos de pie; el torso de mi novia, imponente, con sus tetas colosales, su coño acogiendo con entereza aquellas embestidas... yo viendo como aquella polla se deslizaba enérgicamente... partiéndola en dos. Me daba la sensación de que María me miraba no para excitarse aun más, pues aquello era imposible, si no más bien para mantener nuestro pacto tácito, para incluirme, casi como favor. Cosa que yo pude comprobar poco después, poco después de que Álvaro acabara por salirse y le dijera que se subiera a la cama.

Me subí del todo los calzoncillos, para que él no me viera, y ella no dudó en obedecer, y ya no me miraba, y aun guardaba la esperanza de que no lo hiciera por vergüenza, porque se avergonzaba cuando ni rechistaba. Se bajó las bragas completamente, hasta quitárselas y dejarlas en el suelo, y llevó sus manos a la cremallera de su falda. Antes de que me pudiera dar cuenta, mi novia, en tacones, medias, liguero y camisa, se tumbaba en la cama, sin mirarme, boca arriba y aquel chico, con aquel pollón enorme y permanentemente duro, desproporcionado para su cuerpo delgado, para su complexión incompleta, se acercaba a ella. Se iba a tumbar sobre ella y follarla así, con calma, olvidándome los dos.

Y es que yo quería que ella me buscara con la mirada, pero no lo hacía.

Aquello era ya mucho más de lo que podía soportar. A duras penas conseguía caminar mientras les dejaba, besándose, él sobre ella, rozando su polla por entre sus piernas, aun sin penetrarla. Aquello era insoportable. Insufrible. Más doloroso aun cuando, ya desde el marco de la puerta, vi como era María la que alargaba su mano para coger aquella polla... para metérsela... Y no me miraba. Yo ya no existía. No pude más.

Me fui.

CAPÍTULO 47

Me cerraba los pantalones y dejaba aquella habitación, aquel fondo del pasillo, pasando cerca de la otra puerta abierta, en la que Guille se follaba a Sofía, en lo que comenzaba a ser una maratón de sexo.

En la oscuridad de aquel pasillo cerraba los ojos y aun veía a mi novia, boca arriba, alargando su mano para coger aquel pollón de aquel crío, desesperada por ser penetrada de nuevo. ¿Tan necesitada estás? ¿Tan poca polla te doy...? Me preguntaba, injusto y compungido... cuando unas tremendas náuseas me invadieron y a duras penas conseguía encontrar la puerta del cuarto de baño.

Unas arcadas me subían por el cuerpo mientras me arrodillaba frente al retrete... sintiendo que vomitaría en cualquier momento. El sudor recorría todo mi cuerpo, tenía calor y frío a la vez, unos escalofríos me hacían tiritar, y todo ello mientras imágenes de María, follada por aquel crío, se cruzaban en mi mente. Otra vez empalmado y arrepentido de entregarla así... pensaba, hundido, mientras comenzaba a vomitar sobre aquel asqueroso retrete.

Vaciarme así no curó mi náusea. El agujero en mi estómago seguía allí, y mi corazón palpitando sin parar seguía matándome. Tras aquel silencio tras vomitar volví a escuchar los gemidos de ellas, y ni podía diferenciar qué gemido era de quién. Era lo que quería y seguía sabiendo que era lo que quería, pero a la vez no lo podía soportar. Estuve varios minutos prácticamente abrazado a aquel retrete, arrodillado, en un limbo no del todo consciente, mientras les escuchaba follar, cada uno a la suya... y mientras intentaba imaginar en qué postura se la follaría ahora, si seguiría sobre ella o se la estaría follando en otra postura.

Conseguí levantarme. Me miré en el espejo del lavabo. Hundido. Demacrado. Me lavé la boca. Me eché agua en la cara. Mis manos temblaban, con vida propia, y me veía capaz de volver a vomitar en cualquier momento, a pesar de saber que ya no había nada más en mi estómago.

Salí al pasillo. Me iba a ir. Iba a dejar aquella casa. Aquel tugurio al que

había entrado para joder a Álvaro y excitarnos... y del que me iría escuchando a María gemir por estar siendo follada por él.

Me acerqué de nuevo a aquel fondo del pasillo. Giraría a la izquierda, dejando a mi derecha los incansables jadeos, ronroneos y gemidos de Sofía, y entraría en el dormitorio de Álvaro para coger mi abrigo y marcharme.

Arrastrando los pies. Cansado de tantos nervios, aterrorizado por lo que podría encontrarme, caminaba por aquel pasillo, y giraba a la izquierda.

Entré de nuevo en el dormitorio de Álvaro y lo primero que me invadió fue el sonido de unos muelles de cama chirriantes, combinados con unos gemidos desvergonzados. No quería ni mirar, pero presentía la postura. Me moría. Cogí mi abrigo de la silla donde la había dejado, y no pude ya evitar mirar directamente: Álvaro, tumbado boca arriba, y María, en medias, liguero y la camisa abierta, en cuclillas, hacia mí, dándole la espalda a él, ya sin zapatos, subía y bajaba de su polla, complacida, repleta, disfrutando de hacer aquel largo recorrido, de poder subir y bajar, de enterrarla y desenterrarla, de invadirse y liberarse de aquel pollón en movimientos largos. La miré. Ella me miraba. Pero ya no me veía, supe que ya no me veía, de hecho acabó por cerrar los ojos mientras seguía subiendo y bajando. Y Álvaro le daba un azote en el culo con una mano y llevaba la otra a tirar de su melena... María recibía aquel tirón y aquel azote sin inmutarse... encantada, encantada de aquel sexo guarro, encantada de aquel trato y de aquella polla... Su tetas botaban orgullosas, ella botaba pletórica... desvergonzada... y emitía unos “¡Ahhhhmm!” “¡Ahhhhmmmm!” tremendos, gritados, constantemente... Álvaro le dio otro azote... y María llevó sus dos manos a sus tetas, cogiéndolas por abajo, sin tapar aquellas areolas extensas y aquellos pezones duros e impresionantes. Recibiendo aquel azote, recibiendo aquel tirón de pelo, y escuchándole, escuchando como él le daba exactamente lo que ella quería:

—Joder... qué puta eres... qué bien follas... —decía Álvaro, con los ojos cerrados... y María disfrutaba aun más, sintiéndose más mujer... y más guarra, exultante, exuberante... orgullosa... Descubría o confirmaba que ella necesitaba más, que su cuerpo había sido creado para un sexo superior, que su morbo, su sexualidad deberían ser complacidas de aquella manera... La imagen de como botaba sobre él mientras se contenía las tetas, con la camisa de seda abierta, con el liguero, con las medias, de nuevo aquella imagen combinada de elegante y de puta... Su melena densa, sus movimientos de cuello, gustándose, follándose aquella polla enorme, hasta los huevos, su

subir y bajar... su cara... de guarra... sus gemidos... sus ¡Ahhhhmmm! tremendos y verdaderos... Aquella era la realidad de María, la realidad del sexo que ella quería tener y que creía merecer.

Se me saltaban las lágrimas... y mi cuerpo decidió por mí... y me iba... me iba otra vez por aquel pasillo, con mi abrigo en la mano, dejando atrás el sonido rítmico de aquellos muelles que protestaban cada vez que María subía y bajaba... los gemidos tremendamente sensuales de María... y aquellos azotes en sus nalgas desnudas. Y no sabía si Álvaro se lo repetía, o era mi mente quién lo hacía, pero volvió a retumbar en mi cabeza aquella frase de Álvaro, aquel “Joder... qué puta eres... qué bien follas...” Yo no sabía si Álvaro era así, si era así de desinhibido en el sexo, o si suponía desde hacía tiempo que aquello era justo lo que demandaba María, lo que buscaba ella, pero resultaba ser un amante incluso más agresivo y despótico que Edu.

Llegué al salón, que estaba en la casi absoluta penumbra, y una tremenda arcada me subió por el cuerpo. Creí que vomitaría allí, en el suelo. Me senté como pude en el sofá. Intentaba coger aire.

Alguna lágrima salía de mis ojos, y podría ser por varios motivos. Me tumbé un momento, de lado, pues si lo hiciera boca arriba me marearía más... y cerré los ojos.

Un ruido me sobresaltó. No sabía qué era, pero sí me desvelaba aquello que me había quedado dormido. No tenía ni idea de cuánto tiempo llevaba allí, retorcido sobre aquel mullido sofá. Me daba la impresión de que lo que me había despertado había sido un portazo, quizás de la puerta de salida. Agudicé el oído y escuché unos pasos, parecían de mujer, de tacón, en el rellano del ascensor.

Miré la hora. No lo sabía con exactitud, quizás llevara una hora en aquel sofá. Y no sabía de quién eran aquellos pasos, quizás de una vecina de enfrente, aunque el portazo me había sonado más cercano, o no estaba seguro, o quizás era Sofía, la cual pudiera ser que se hubiera marchado, ya plenamente complacida.

Me senté un momento. La boca seca. Una desazón insoportable. Un malestar horrible. Llevé mis manos a la cara. Resoplé. Lo que acababa de ver entre María y Álvaro me parecía que había sucedido hacía una vida a la vez que lo tenía nitidamente grabado en la mente.

Me puse de pie y volví a escuchar, en la distancia, gemidos de mujer... Otra vez aquella mezcla de morbo y dolor que no había desaparecido ni mientras dormía. Otra vez no quería saber, pero necesitaba saber. Otra vez mi

subconsciente, mi borrachera o mi locura de fantasía, que ahora era real, decidía por mí y me veía obligado a caminar por aquel pasillo, autómatas, sin saber qué esperar, sin saber qué sentir, sin saber quién estaría follando... si aquellos gemidos eran de Sofía... aunque si ella había sido la que se había ido solo podían ser de María... Me acercaba y a veces aquellos gritos me parecían de María y a veces de Sofía. Infartado pero terriblemente cansado... cansado de aquellos nervios... llegaba hasta el final del pasillo y comprobaba que no había luz a la derecha, por lo que... tenía que ser María... era la luz del dormitorio de Álvaro la que estaba encendida.

La puerta estaba arrimada. No quería verlo, pero quería verlo. Como un masoquismo auto destructivo, como una ludopatía... no sabía por qué me hacía aquello a mí mismo... pero aquellos gemidos me obligaban a empujar aquella puerta.

La aparté un poco y los decibelios se dispararon... y un tremendo calor y olor a sexo y a látex me invadió. Pero si esos dos sentidos me hicieron estremecer, cuando añadí a aquello lo que me aportaban mis ojos me morí. Literalmente me morí allí mismo. Ya no llegué a sentir dolor en aquel momento, quizás porque la escena era tan sexual, tan poco íntima, al contrario que ver a Álvaro besar y follar a María en misionero, que lo que sentí con muchísima más fuerza fue excitación. Y también incredulidad.

La iluminación era más oscura que antes, pues una prenda negra, seguramente la camisa de María, yacía sobre la lámpara. Y descubrí que Sofía no era la propietaria de aquellos tacones en el rellano.

Y descubrí por qué no alcanzaba a descifrar si los gemidos y gritos que escuchaba eran de María o de Sofía. Pues eran de las dos.

Sí, eran de las dos. Además no era Álvaro quien follaba ahora a María, si no Guille.

La imagen era tan sexual, tan brutal, que casi me tuve que apoyar en el marco de la puerta. Veía a Guille y a Álvaro de espaldas a mí, desnudos, de rodillas sobre la cama. A cuatro patas tenían a Sofía y a María, que, en paralelo, recibían la follada de aquellos dos chicos. Aquellas dos bellezas, a cuatro patas, recibían la polla de aquellos dos niños pijos, cada cual de ellas disfrutando más, cada cual gritando más. Los culos de ellos se contraían, hacían fuerza, y las mataban del gusto. Sofía con la camiseta arrugada en su cintura y nada más. María mantenía el liguero y las medias, pero ya no la camisa, que, efectivamente estaba sobre la lámpara. María era la que más pinta de puta tenía, y la que más gritaba.

Caminé un poco y ellos repararon en mi presencia, pero no se detuvieron. Muerto, como un fantasma, como si alguien me controlase por control remoto, rodeaba la cama, hasta verlas de perfil, y casi de frente. Sofía me miró y me mantuvo la mirada. María también lo hizo, pero agachó la cabeza, pero no dejó de gemir.

Fue Sofía la que habló:

—¿Qué miras, cabrón...? Como me grabes te mato. Como me grabéis os mato —dijo, sin parar de recibir las embestidas de Álvaro, y ya ni me sorprendía. Ya nada podía alterarme pues había sobrepasado todos los límites, ya no podía sentir nada más.

María bajaba los codos, con su cara enterrada entre sus brazos y Guille se la metía rítmicamente.

Guille, repeinado, con algo de tripa, con aquel cuerpo mediocre, me daba la sensación, no estaba seguro, de que se follaba a María sin condón.

Sofía, con las palmas de las manos apoyadas en la cama. Recibía las embestidas de Álvaro, con más entereza que María las de Guille, con más orgullo, y sus tetas contundentes, aunque no tanto como las de María, colgaban atrayentes de su torso.

Yo. Inmóvil. Me encontraba tan mal que ni me empalmaba. Ya no podía. No podía más.

Atónito. De pie. Veía como ahora Sofía cerraba los ojos del gusto, sin importarle ya mi presencia, tomándome por inofensivo. Vi en aquella morena lunares oscuros que salpicaban su cuerpo, también su cara, y unas caderas generosas, más que las de María, y sus pendientes de aros enormes moverse rítmicos al compás de las embestidas de aquel niño que se la incrustaba hasta el fondo.

Mientras su antigua rival y ahora compañera disfrutaba de la polla de Álvaro, María levantaba la cabeza y ponía ella también las palmas de sus manos sobre la cama, de forma que sus tetas caían enormes de su torso. Y miraba hacia adelante, recibiendo los envites de Guille, pero no me miraba, solo tenía que girar un poco la mirada, pero no lo hacía... solo disfrutaba, jadeaba... y emitía unos “¡Aaahhmmm!” “¡Aaahhmmm!” de forma constante...mirando hacia adelante, pero sin mirarme, y comenzaba a ladear su cabeza, moviendo su melena, gustándose, orgullosa... como si no se estuviera dejando follar por un desconocido, mientras se follaban a otra a su lado, en la misma cama.

No la reconocía, no la podía reconocer así. Guille la agarraba y tiraba de

ella, sujetándola por aquel liguero, aquel liguero comprado para mí... No parecía importarle nada, ni que la mirase, ni que fuera el segundo en follarla en la misma noche, ni tener a una desconocida al lado siendo también follada, en la misma cama. Ni le importaba que sus tetas rebotasen entre sí, dando una imagen grotesca. Ni le importaba como él tiraba de su liguero, ni como le agarraba el culo con fuerza, ni como la azotaba él también de vez en cuando.

No. Ella solo disfrutaba, disfrutaba de aquel sexo tan guarro y de su propia sexualidad. Quizás sabía la imagen de guarra que estaba dando y era precisamente eso lo que la enganchaba, lo que la hacía no solo no querer parar si no no querer que aquello acabase nunca. Si la cara de Sofía mostraba placer, si sus jadeos mostraban placer, la cara de María, desencajada del gusto, era impactante, sobrecogedora, era placer puro.

Y a mí, de todo aquello, lo que más me mataba, lo que constituía el dolor más insoportable, era que ella no me mirase. Que se dejase follar así por aquellos dos críos y no se dignara ni a mirarme.

Guille, sudado, con aquella tripa pequeña, redonda, y por ello especialmente extraña y ridícula, acabó de ajusticiarme:

—Es tu novia, ¿no? —preguntó mientras le tiraba del pelo.

María se dejaba follar, se dejaba humillar, se dejaba tirar del pelo, haciendo que su cabeza se levantase... y él me repetía, mientras ella seguía gimiendo:

—¿Pero es tu novia o no? Aquella pregunta entrañaba un afán de humillación, doble, también hacia María, casi psicótico.

Álvaro se reía, mirando para mí, sin dejar de follar a Sofía y, con aquella imagen de las dos a cuatro patas folladas por aquellos críos, decidí marcharme.

No podía más. Solo quería llegar a mi casa. Como si allí fuera a estar a salvo... Como si por estar allí, aquellos dos niños pijos no se hubieran follado a mi novia... Pero, en ese momento, Álvaro se salió de Sofía. De nuevo a la vista aquel pollón enfundado en aquella goma transparente. Aquella morena, a la que se la veía exhausta, no protestó, y se dejó caer hacia adelante, sobre la cama. Álvaro entonces se quitó aquel condón, lo dejó caer al suelo, se bajó de la cama y se dirigió hacia mí... pasó por delante de mí... y se acercó a María. Sus intenciones eran obvias... Quizás hubiera preferido mayor resistencia, o alguna resistencia... aunque realmente a aquellas alturas era absurdo... pero el ansia... el ansia de María... el ansia con la que recibió la polla de Álvaro... en su boca... era demasiado... Y yo me preguntaba si

era necesario aquel alarde, aquel castigo... Guille la follaba desde atrás, mientras Álvaro se la metía en la boca... ¿De verdad era necesaria aquella expiación...? ¿De verdad iban a aprovecharse tanto aquellos cabrones de la cachondez de María, de mi fantasía, de la falta de sexo duro de ella...? Sofía se dio la vuelta, y, boca arriba, desvergonzada, quizás acostumbrada, quizás no, a aquellos contextos, comenzó a acariciarse, a masturbarse... mientras, a su lado, Guille seguía, rítmico, follándose a María, y sujetándola del ligero, impulsando aquella pedazo de hembra, que no se podía ni creer que se estuviera follando, contra su amigo. Amigo que, con su perenne mueca de satisfacción, dirigía su miembro para que no se le saliera de la boca a María... Ella, con los ojos cerrados, ahogaba sus gemidos de placer por la polla que le daba Guille, en la polla de Álvaro.

—... Qué puta es... dios... —jadeó Álvaro y miró a Guille. Los dos se miraban, y se sonreían.

Mientras, María, seguía con sus “¡Mmmm! ¡Mmmm!” ahogados en la polla de Álvaro, y Sofía se masturbaba, ajena a todo.

Álvaro se retiró un poco, unos centímetros, lo justo para que un reguero de preseminal creara un puente entre la punta de su polla y los labios de María, la cual abrió los ojos. Y no me miró, si no que miró hacia arriba, hacia aquel niño, que con su movimiento parecía pretender que María buscara su polla con la boca. Desvié la mirada, no estaba totalmente seguro, pero sería demasiado doloroso ver a María humillarse, buscando la polla de Álvaro con su boca, desesperada... Miré al suelo, vi varios condones usados... los zapatos de tacón de María... sus bragas negras... Cuando me sobresaltó el aumento de decibelios ocasionado por el rechinar de los muelles de aquella cama.

Y miré como Guille aceleraba el ritmo, con una de sus manos en su cadera, gustándose, como si se estuviera viendo en un espejo imaginario, y la otra yendo a su pelo, como en un tic, extraño, desagradable; se follaba a María a gran velocidad mientras se retocaba el pelo y abría y cerraba los ojos en otra especie de tic repulsivo... Y si los muelles chirriaban, María gemía más fuerte... y cerraba los ojos... mientras, Álvaro, parecía acariciarle la cara, la melena, con extraña delicadeza.

Todo era una imagen extrañísima, como una obra de teatro creada para hundirme y para matar del gusto a María. Guille comenzó a gemir, de forma casi femenina, aguda, y María, ajena a sus tics y a sus extraños jadeos poco varoniles, seguía con sus “¡ahh!”, “¡ahhh!”, con los ojos cerrados y la polla

de Álvaro a escasos centímetros de su boca.

Era todo tan doloroso, tan chocante... tan vejatorio a la vez que morboso... Álvaro no se contuvo más... y le metió de nuevo la polla en la boca... tornando aquellos “¡ahhh!” por unos “¡mmm!” ahogados en su polla... Demasiado para lo que yo podía soportar.

Humillado. Sobre pasado. Caminé como un autómatas, dejando a María invadida por dos pollas en aquella cama.

Salí del dormitorio. Me iba a casa. No había vuelta atrás.

Pasé antes por el cuarto de baño. Intenté vomitar, pero no fui capaz. Estaba vacío. Tremendamente débil. Esa debilidad me asaltó cuando llegué de nuevo al salón, a aquella oscuridad. Todo parecía un sueño, creí que me desmayaba, de hecho me dejé caer sobre el sofá y no sabía si había sido mi decisión o me había desmayado durante una fracción de segundo.

Se creó un limbo. Un estado que no parecía real ni que estuviera soñando. No sabía si dormía o no y mi mente se preguntaba eso a sí misma. Escuchaba gemidos y quería pararlos. Como aquel sueño que había tenido meses atrás, en el que quería que María se entregase, pero a la vez no quería, y quería pararlo pero no podía, y no podía porque dormía, porque dormía de nuevo en aquel sofá.

Y escuché tacones otra vez, pero esta vez sí sabía que estaban en aquel salón, y que se iban. Y supe que era Sofía, pues abrí mínimamente un ojo y sus zapatos y la parte baja de sus pantalones aparecieron en mi borroso campo de visión. Sofía abría la puerta y se iba. Estaba casi seguro de que no era un sueño, pero no estaba seguro. Y cerré ese ojo. Y me parecía escuchar gemidos pero no estaba seguro. Y no supe si dormí. Pero sabía que había pasado un rato, un rato largo desde que Sofía se había marchado, si es que no lo había soñado, cuando una voz de hombre me sobresaltó, seguramente me despertó. Me decía algo. No le entendía. Abrí el mismo ojo, otra vez. Y aquel hombre se marchaba, también. Y no le había entendido, pero su voz quedó en el aire, rebotando en el salón, y yo la retuve, y supe que había sido Guille, y llegó por fin a mí, y con retraso, lo que me había dicho, y yo me habría muerto, si no estuviera muerto ya; sus palabras exactas eran la culminación de aquella locura que yo había creado, de aquel fuego que yo había incendiado, sus palabras exactas fueron: “Álvaro le está dando por el culo, por si quieres verlo”.

Empapado en sudor. Con toda la ropa arrugada. Tiritando. Miré el reloj. Eran casi las ocho de la mañana, pero seguía en la casi total penumbra.

Quise verlo, pero ya no era yo. Y sabía que no vería a María allí, si no a otra persona.

Me puse el abrigo y caminé por penúltima vez por aquel pasillo.

No escuché jadeos, ni gemidos.

Eran gritos.

Decidido, porque ya no era yo. Caminaba. Me acercaba. La puerta estaba abierta.

No quise ni pensar. Ni imaginar. Para qué. Mi cuerpo, mi respiración, mi corazón, todo estaba ya en un estado de angustia que ya ni lo sentía mío.

No me asomé. Entré por completo en aquel dormitorio. Me planté allí sabiendo que, de insoportable, no podría ni sentir más. Y así fue. La imagen eran grotesca. Dura. Humillante. Para mí. Para María. Aunque ella lo disfrutase. Aunque fuera justo eso lo que ella quería. Lo que llevaba cuatro meses, desde la boda, deseando.

Álvaro, sobre la cama, casi de pie, pero más bien en cuclillas, y María a cuatro patas, con la cara enterrada entre sus brazos, con las piernas casi pegadas... yo veía su coño, deshecho, con sus labios enrojecidos, casi fuera de su cuerpo... y no era esa cavidad la ocupada por Álvaro. Aquel crío tenía su pollón ensartado en el ano de María, hasta la mitad, o más, y ella gritaba entre las sábanas y entre sus brazos unos gritos de dolor y placer tremendamente impactantes.

Álvaro retiraba un poco su polla, para después buscar llegar más al fondo, y el grito de María se hacía desgarrador. Los músculos de ambos completamente en tensión. La estaba matando. Álvaro conseguía por fin lo que llevaba meses anunciándonos, que le iba a dar por el culo a María. Un culo virgen hasta aquel entonces, que no podía acoger semejante polla, por mucha experiencia que tuviera él en follar así.

No podía ver la cara de María, ni siquiera sabía que yo estaba allí, seguramente Álvaro tampoco, pero era innegable que el morbo y el deseo superaban el posible dolor y la obvia humillación que suponían que aquel niño, al que decía odiar, le estuviera dando por el culo, le estuviera desvirgando aquella cavidad prohibida para todos hasta el momento, menos para él.

Demasiado duro. Demasiado guarro. Demasiado humillante ver a mi prometida en aquel tugurio, en aquel catre, dejándose follar por el culo por aquel niño pijo.

—Shhh... tranquila... cuando la tengas entera dentro ya se va abriendo...

—le dijo él, fingiendo cuidado, pero se podía reconocer, sin duda, su mueca, su sonrisa por dentro... su triunfo... su menoscabo... su bajeza.

Con aquella frase me fui. Con aquella frase y con el consiguiente grito de María, un último “¡Aaaahhhh!”, desgarrador, que me anunciaba que Álvaro estaba llegando aun más lejos.

Aquel pasillo, por última vez. Aquel salón, por última vez.

Cerré la puerta tras de mí. Me fui. Dejando también mucho de mi, o de mi antiguo yo, en aquel antro.

La situación era durísima. Tremenda. Y eso que de aquella aun no sabía que María tardaría aun cuatro o cinco horas en volver a nuestra casa.

CAPÍTULO 48

El ascensor descendía y yo cerraba los ojos y aun me sentía en aquel dormitorio, y no sabía si aquellas imágenes que se cruzaban en mi mente las quería grabadas o no. El crujir de aquel habitáculo me hizo recordar cuando, horas antes, bajaba con María, nos íbamos, y yo sentía cierta decepción. Ahora había pasado, había pasado todo. La pregunta era si había pasado demasiado.

El frío, la resaca y el resplandor del amanecer golpearon mi cara al salir a la calle. Caminaba, deshaciendo el camino que había hecho con María aquella noche; todo era diferente, por fuera y por dentro. No entendía qué había pasado, como todo se había descontrolado, en qué momento se pasó de la nada, al algo, después del algo al todo, y después del todo al demasiado.

Cuando entraba en el aparcamiento subterráneo para coger el coche, pensaba en María cogiendo un taxi de vuelta a nuestra casa y extrañamente sentí pena. ¿Pero pena de qué? ¿De ella? ¿De mí? También pensé si era justo, si yo era justo al culparla, pues la estaba culpando, la estaba culpando de haberse excedido; ¿Tanto tenía dentro? ¿tan contenida vivía conmigo? ¿Tantas ganas de sexo duro tenía como para montarse en aquella locura con aquellos niños? El camino a casa, la llegada, mi último intento de vomitar, ya en nuestro cuarto de baño; durante todo ese tiempo me hacía esas mismas preguntas. No quería culparla, pero no podía evitarlo. Y la última imagen, con Álvaro en cuclillas penetrándola analmente... ¿de verdad ella quería eso? ¿De verdad había esa otra María? Me metí en la cama y miraba el reloj compulsivamente. No entendía que no volviera ya. Y más preguntas: ¿De verdad era necesario follar durante cinco o seis horas o las que llevasen? ¿De verdad no iba a recuperar nunca la cordura? ¿Ningún orgasmo le haría darse por satisfecha? Estaba más afectado que cuando había pasado lo de la boda. Lo de Edu podría ser un calentón, de borrachera, después de meses y meses de juegos y de intentos... con un hombre realmente muy atractivo... pero esto, esto era otra cosa. De hecho me hacía pensar que lo de Edu había sido

por Edu, pero lo de estos críos no había sido por ellos, si no por no ser conmigo. Me quedaba dormido con aquella dolorosísima idea en la cabeza, con la idea de que María seguía follando porque se decía a sí misma que a saber cuándo sería la próxima vez que realmente volvería a follar.

Pero si había algo que hacía que mi enfado fuera menor era que yo en ningún momento había perdido la excitación. Desde el primer beso con Álvaro no había dejado de estar extasiado, excitado y prendado de lo que María fuera a hacer. Cómo podía yo culparla si mientras intentaba dormir seguía sintiendo aquella erección, mi miembro lagrimear, y seguía recordando imágenes en las que ella chupaba la polla de Álvaro o era penetrada analmente por él, o era empalada desde atrás por Guille y todo aquello me mataba del morbo. Me preguntaba si acaso era justo que yo le pidiera que disfrutara, para yo verlo, pero que disfrutara lo justo, lo justo para que a mí no me doliera.

No podía ser justo ni dejar de serlo. Solo podía sentir. Sentir morbo, sentir celos, sentir humillación, sentir dolor... hasta sentía traición por cuando ella había dejado de incluirme. Y, mientras intentaba recordar a partir de qué momento María me había marginado en aquella casa... me quedé dormido.

Cada ruido en el edificio, cada paso de la vecina de arriba, cada chasquido de cualquier material; todo eran mini despertadores que no solo me desvelaban, si no que me recordaban que estaba solo, que María no había llegado. Y eso era dolorosísimo.

Habiendo dormido, pero no descansado, no pude retrasarlo más, miré el reloj y pasaban de las once.

Pensé en llamarla, pero en seguida lo descarté. No me atreví. Visualicé su móvil sonando y Álvaro cogiéndolo, respondiéndome, con su endémica mueca de chulería y triunfo, diciéndome que aun se la estaba follando, que aun no había acabado con ella... era demasiado doloroso... y yo era demasiado cobarde.

Cómo se levanta uno un sábado por la mañana. Cómo, en pijama, te haces el café y desayunas... cómo haces todo eso mientras sabes que a tu novia, a tu prometida, un niñato se la está follando... Es insoportable. Y lo peor es que mientras lo haces te duele, por enfermo, porque mientras desayunas, sientes esos nervios... y al imaginar qué está haciendo ella, te excita y te duele, te duele por enfermizo. Y te culpas.

Escuché el ascensor abrirse cuando ya estaba sentado en el sofá. Cuando

localicé que los pasos eran los de María e introducía la llave en la puerta sentí el mayor de los alivios. Y descubrí que la paz, que el estar a salvo, no era yo en casa, si no los dos en casa.

Tantas horas pensando en mí mismo que no había elucubrado cómo estaría ella. Tan seguro estaba de que yo había cambiado tras lo vivido, que no me había detenido a pensar en si lo de aquella noche la cambiaría a ella, ni en cuánto, ni en qué dirección.

Entró en el salón. De negro, como en la cena, pero ya no tan elegante, si no desgastada, fatigada, usada... ¿saciada por fin? Esas frases que brotaban de mi mente me hacían corroborar que mi acusación era latente. La vi y ella me sintió, pero no me miró. Se quitó el abrigo y el bolso y los dejó caer sobre el otro sofá. Y seguía sin mirarme. Su cara no denotaba nada. Cansancio, nada más.

Me puse en pie, pero ella bordeó la mesa de centro por el otro lado, con paso firme, como si tal cosa. Sin mirarme. Quería abandonar el salón. Ignorándome.

La abordé por detrás, cuando ya me había sobre pasado. La detuve. Se paró. La abracé. Mi pecho en su espalda, mis brazos abarcándola. Quise sentirla. La apreté un poco más fuerte en aquel abrazo.

Inhalé y sentí amor, de golpe, un amor inabarcable. Y, paranoia, o no, sentí el sexo, su sexo... por aquel olor... aquel olor a hombre, a sudor, a látex... de aquel dormitorio, que no se iba, que no dejaba de envolverme. Me parecía que toda ella olía a sexo, me parecía que si había coincidido con algún vecino en el ascensor éste habría sabido que se había pasado la noche follando.

—Déjame... quiero ducharme... —dijo ella, en un lamento, sin fuerza.

De mi mente brotaban un sinfín de frases, cada cual más acusadora: “Te habrás quedado a gusto...”, “¿has dormido algo o has estado follando hasta ahora?”, “¿te cupo su pollón en el culo al final?”, “sí, dúchate... será lo mejor...”. Todas las pensaba, casi a la vez, pero guardaba un mínimo de cordura para no decirlas. Sin embargo, solo por pensarlas me excitaba.

Ella no hacía por soltarse y yo no quería que se fuera. Cerré los ojos y a mi mente vino la imagen de Guille penetrándola desde atrás mientras Álvaro le metía la polla en la boca... y mis manos subieron, por instinto, y aquel abrazo dejó de ser casto, y descubrí que no llevaba sujetador, y es que mis manos comenzaron a palpar, sobre su camisa negra de seda, aquellos pezones desnudos, aquellas tetas chupadas y manchadas por Álvaro... y quién sabe si

también por Guille.

Acaricié aquellas tetas sobre la seda y besé su cuello. Desde atrás. Y ella no protestaba. Yo, en mi dolor, comenzaba a excitarme. Yo, sin eyacular, sin orgasmo, mientras la sobaba y casi le mordía el cuello, entendía que, en aquel festín de sexo, el único que no me había liberado había sido yo, y aquello no era justo. Entendía, de golpe, que me lo merecía, que me tocaba a mí.

Hice porque María se girase. Frente a frente. Ella, seria, parecía que no quería mostrar ninguna emoción. Los ojos enrojecidos. Pero la vi sorpresivamente compungida. ¿Solo cansancio? Sentí una desazón, un instinto protector, un ramalazo de amparo. Pegué mi cara a la suya, sentí su cara fría, besé su mejilla, y le susurré.

—¿Estás bien? María no respondió de palabra, pero sus brazos rodearon mi cuello, abrazándome.

Con nuestras caras pegadas, sin verla, pude sentir un sollozo, un lamento.

Mi novia, con aquel abrazo, me pedía refugio, pero mi cuerpo solo me pedía una cosa: que fuera egoísta. Un egoísmo que mi mente recordó que había mandado en ella, por lo que deshacía el empate, así que, en seguida, mi boca fue a su mejilla, e inmediatamente después fue a sus labios. A besar unos labios fríos y usados... y quise un beso mayor, un beso sexual, pues yo también creía merecer sexo, y quise sentir su lengua y ella permitió que yo la sintiera, y, paranoia o no, pude vivir el olor a polla en su boca... y, mientras abría su camisa, me enfrascaba en un beso que yo quería hacer guarro, para sentir mejor la polla, o pollas, que aquella boca había devorado, y ella me daba el beso, me daba su lengua, quizás entendiendo que sí, que me tocaba, que era mi momento.

Seguramente por eso María no protestó cuando, tras abrirle la camisa, mis manos fueron a sus muslos. Y permitió que descubriera que no llevaba ya el liguero, y permitió que descubriera que había vuelto de aquella casa sin bragas.

Con su camisa abierta, la falda en la cintura y mi boca en su oído, le susurré:

—Aquí faltan cosas... Ella no respondió y yo, con mi cara pegada a la suya, acariciaba una de sus descomunales tetas con una mano y recorría el vello púbico de su coño con la otra. Ella no replicaba, no se defendía. Le pedí que se sentara en el sofá y no se opuso, sin duda ella entendía que después de sus incontables horas follando con aquellos niños pijos, ahora me tocaba a mí. Me tocaba a mi paladear, degustar el torrente de olores y fluidos que aun

estaban en su mancillado cuerpo. Caí un poco sobre ella en aquel sofá, subí un poco más su falda y, mientras de nuevo la besaba y de nuevo sentía la polla de Álvaro en su boca, acariciaba sus medias, a la altura de sus muslos... y le separaba las piernas. Me arrodillé entonces delante de ella y quise deleitarme, quise, totalmente empalmado, ver aquella belleza, mía, desgastada por aquella noche. Quise guardar seguro aquella imagen, la de María, con su melena revuelta, con sus ojos llorosos, con su camisa abierta, con sus tetas enormes, con su falda en la cintura, con sus medias, con sus zapatos de tacón... mostrándome un coño destrozado, enrojecido... maltratado, humillado... Cómo no oler aquello, cómo no llevar mi nariz y mi boca allí al ver aquellos labios abiertos, separados, maltrechos... Podía oler a polla y a látex aun sin acercarme... Llevé mi cara allí y un hedor me invadió... y alargué mi lengua y recorrí uno de aquellos labios apartados y lo sentí blandísimo, superlativamente maleable... Parecía que se la había estado follando hasta el último momento, que no la había desaprovechado, que la había exprimido, usado hasta el último segundo.

Enterré mi boca allí, sabiendo que ella ya no sentiría nada, que lo sentiría yo todo, pero me tocaba a mí.

No quise ni mirarla. No quise conectar con ella, igual que ella no lo había hecho conmigo. Y ella ni se dignó a respirar agitadamente, ni a jadear, ni siquiera a llevar su mano a mi pelo, a mi cabeza, para marcarme el ritmo de aquella comida de coño que yo disfrutaba a la vez que se me hacía dolorosa. Enterraba mi lengua y surcaba en su interior buscando zonas más húmedas y calientes, separaba sus labios ya abiertos y mancillaba todo aquello ya infinitamente más mancillado.

Degustaba aquel olor a sexo, a polla, y me preguntaba si la habían penetrado sin condón, pero no se lo preguntaba.

En un momento, con mi lengua completamente dentro, en su interior, moví un poco la cabeza, para mirarla. Y, mirando hacia arriba, vi a María, a mi novia, a mi prometida, con su cara ladeada, y con los ojos abiertos. Con la mente en otra parte. Con las piernas abiertas, con sus medias de guarra, con sus bragas que a saber dónde estarían, y con su mente en otra parte.

Retiré mi lengua y mi boca de allí, me bajé un poco el pantalón de mi pijama, y la quise penetrar.

María seguía sin decirme que no a nada, aunque yo sabía que su mente no estaba conmigo, y que se moría de ganas por ducharse y meterse en la cama.

Tiré un poco de ella para que su cuerpo quedara más en el borde del sofá

y ella se dejó hacer. La busqué con la mirada, más con la intención de que sus ojos me mostrasen qué quería expresar que de conectar, pero no la encontré. Y, por mí, para mí, llevé mi miembro a la entrada de su coño, aparté con delicadeza aquellos marchitados labios con dos dedos... posé el glande en la entrada... y comencé a deslizarme lentamente en su interior. Cerraba los ojos mientras la penetraba... mientras sentía un calor inmenso abrazarme, rodear mi miembro... y, como era esperado, no sentí nada, no sentimos nada, María ni se inmutó y yo me excité por no sentir casi aquellas paredes, aquellas paredes dilatadas, abiertísimas, por haberse metido no una, si no dos pollas, una enorme y la otra aun desconocida para mí.

Comencé un mete saca lento, buscando penetrarla a veces un poco en diagonal, para sentir al menos algo. Abría o cerraba los ojos, y veía sus tetas bailar al ritmo de la follada, su camisa abierta, su torso desnudo, sus tacones clavados en el suelo, como si nada, y su cara ladeada, como si nada.

Tras unos minutos de polvo silencioso, en los que solo se escuchaba mi respiración, acabé por salirme de ella, y comenzar a masturbarme allí mismo, arrodillado. María entonces sí me miró, y dijo:

—¿Dónde te quieres correr? Su tono fue tremendamente frío, e iba a culparla por su frialdad cuando vi que casi brotaban lágrimas de sus ojos.

—Me da igual —respondí, por un lado impactado por su semblante, pero por otro tremendamente excitado, sin dejar de pajearme, y desesperado por eyacular, por correrme, por liberarme de una vez.

—Córrete encima, si quieres, pero ten cuidado de no manchar, ni la camisa ni el sofá.

Dijo ella en aquel tono, gélido, que yo no entendía cómo podía ser neutro pero a la vez tan desgarrador.

Durante unos segundos me estuve masturbando, como para eyacular en su vientre, hasta que ella vio peligrar su camisa de seda, y acabó por incorporarse un poco, y quitársela.

Durante los siguientes segundos yo me masturbaba sobre su cuerpo, pero no era capaz. No era capaz de correrme así, sobre ella... Mi cuerpo me pedía explotar allí... pero el contexto era tan extraño... tan lastimoso... María, entonces, con la excusa de que no manchara el sofá, me acabó pidiendo que me pusiera de pie. Me retiré, sin saber muy bien sus intenciones, y ella se incorporó y se arrodilló, allí, en el medio de nuestro salón, se metió toda mi polla en la boca... me agarró los huevos con delicadeza... posteriormente retiró su boca de mi miembro, llevó dos de sus dedos a la punta de aquella

polla que la apuntaba y comenzó a chupármela rápidamente... Su mano vertiginosa, su boca ávida, dura, implacable... chupándomela de forma brutal... Cerré los ojos... de golpe me mataba, de golpe acababa con todo. En apenas medio minuto chupándomela me hacía explotar... quizás por no ver su cara compungida, quizás por la humedad de su boca en contacto con mi polla casi seca... pero comenzaba a explotar en su boca... a sentir un placer indescriptible... a jadear... a gemir... y no pensaba en nada... no pensaba en como me la chupaba, ni en como se la había chupado a Álvaro, ni en cómo se la habían follado... no... solo sentía como explotaba dentro de su boca... como chorros y chorros calientes estallaban en su boca, liberándome, extasiándome y haciéndome perder casi la conciencia... Tras un “Ohh... dios...” emitido sin filtro previo, ella no cesó... Ni siquiera cuando tuvo que notar que yo había dejado de eyacular... ella seguía... exprimiendo hasta la última gota... hasta que le tuve que decir que parara.

María, con el trabajo hecho, se puso en pie y abandonó el salón. Yo me dejé caer sobre uno de los sofás mientras la escuchaba desfilarse con sus perennes tacones por nuestro pasillo. Después la escuché escupir en el lavabo... y la escuché también abrir el grifo de la ducha.

Tumbado en aquel sofá acabé por recomponerme, subirme el pantalón del pijama, y una segunda o tercera resaca me asaltó. Y si pensaba que, con mi orgasmo, volvería mi lucidez, me equivocaba.

Escuchaba a María abandonar el cuarto de baño e ir a nuestro dormitorio. Seguramente ella estaba pidiendo a gritos que yo fuera allí, quizás no que lo hablásemos, pues era pronto, pero sí sentirme cerca, saber que no la culpaba, pero no fue eso lo que hice, ni mucho menos.

Cuando pude suponer que María estaba en la cama, si no durmiendo, a punto de dormir, hurgué en su bolso, cogí su móvil, pero estaba bloqueado. Hurgué entonces en los bolsillos de su abrigo y descubrí su ligero maltrecho, su sujetador partido en dos piezas... y sus bragas... María pedía a gritos que yo fuera a la cama y la abrazase por detrás, que le dijera que todo estaba bien, que era solo sexo, y que aquello no afectaba en nada a nuestra relación, si no que quizás hasta la hacía más fuerte, que me moría, más que nunca, de ganas de casarme con ella. Sin embargo, lo que hice, fue coger sus bragas, buscar el punto más húmedo, que no era ya una mancha oscura, si no un epicentro reseco, me las llevé a la cara, y comencé a masturbarme, recordando cómo se la habían follado.

CAPÍTULO 49

Si el sentimiento de culpa no me había asaltado con mi primer orgasmo sí lo hizo con el segundo: Con las bragas de María en mi nariz, mi camiseta del pijama apartada y mi pantalón medio bajado, contemplaba el estropicio de mi semen impregnando mi vello púbico. Una paja casi compulsiva recordando las diferentes imágenes: María arrodillada chupándosela a Álvaro... María a cuatro patas recibiendo las embestidas de Guille mientras se la chupaba a Álvaro... María enculada por aquel crío... No había acabado de eyacular cuando ya me preguntaba a mí mismo qué clase de mente enferma podía masturbarse así, con las bragas de su novia sobre la cara, mientras recuerda eso.

A duras penas llegué al cuarto de baño sin mancharme. Tras asearme en el lavabo me duché, lo que suponía, tras la ducha de María, la limpieza del último resquicio en nuestras pieles de lo sucedido.

Una vez en la ducha, lloré.

No fue un llanto compungido, fue un llorar extrañamente tranquilo, y de impotencia, de rabia, de no poder controlarlo, de no poder controlarme. Me caían las lágrimas y se fundían con el agua de la ducha mientras me castigaba por haber llegado hasta allí, pero, sobre todo, por no querer, por no poder parar.

Es que no había solución. Yo ya no podría tener sexo normal nunca más. Por mucho que me plantease amparar, apoyar a María, sabía que, en el fondo, quería que volviera a suceder. Por mucho que me doliera, sobre todo, cómo se la habían follado entre los dos, cómo se había dejado penetrar analmente por Álvaro, me excitaba recordarlo... y mi mente ya casi maquinaba para conseguir volver a vivirlo.

Tras volver a colocar la ropa interior de María en su abrigo, fui al dormitorio a por ropa de deporte, estaba decidido a salir, no sabía si a correr, teniendo en cuenta mi estado, pero sí necesitaba al menos caminar al aire libre. Creía que María dormía, pero, nada más entrar en la habitación, me

pidió que le trajera el móvil. Otra vez aquella voz neutra, fría, que me dejaba aun más frío a mí.

Dejé su móvil en su mesilla y no cruzamos palabra. Me vestí en el salón, salí a la calle y en seguida descarté correr y caminé a paso rápido. Pronto comencé a recordar lo vivido en casa de Álvaro e... irremediabilmente... me empalmaba... me excitaba... mientras paseaba... y me avergonzaba de mí mismo. Intentaba pensar en un “y ahora qué”, pero daba por hecho que hasta que no hablase con María no podría concretar nada. Tras lo de Edu, me había dicho que no quería saber nada de él, ni del juego, pero, ahora, después de aquella locura con aquellos niños, después de cuatro meses auto engañándose con que yo sí le excitaba... estaba convencido de que María habría concluido por fin algo diferente, algo real, algo tajante.

¿Dejarme? Ya no descartaba nada.

Intentaba no pensar en nada sexual mientras caminaba. Me seguía fustigando por hacerlo. Cómo era posible sopesar que María me dejara, pero, a la vez, que mi mente recordase e imaginase todo lo sexual de lo vivido la noche anterior. Pero no podía evitarlo. Y, quizás por primera vez en mi vida, pude alegrarme de mi deficiente miembro, pues, con una polla normal, teniendo en cuenta lo fino de mi corto pantalón de deporte, se notaría mi casi perpetua erección durante la caminata. Mi mente no solo iba a recordar los momentos más duros, más sexualmente duros, si no a imaginar todo lo que podría haber pasado en todas aquellas horas en las que yo no había estado presente. Lo peor era que después de ver su cara desencajada de placer mientras montaba a Álvaro dándole la espalda... después de ver cómo le devoraba la polla a Álvaro mientras Guille la embestía desde atrás... podría haber sido capaz de todo. ¿Y Sofía? Nunca habíamos hablado de ningún tipo de interacción con ninguna mujer, tampoco me pegaba en María, pero... ¿acaso era la misma María? Aparte de eso estaba lo de dejarse penetrar analmente por Álvaro... Lo del sexo anal con María no es que hubiera sido un tema tabú, pero nunca nos había ocupado mucho tiempo. Era algo que ella nunca lo había hecho con nadie y que, seguramente estaba reservado a que lo hiciera conmigo alguna vez. Mientras pensaba en eso recordaba cuando Edu me había recriminado no haber hecho apenas nada con María, ni sexo anal... ni aquello de que me masturbase con sus pechos... Quizás eran cosas que yo pensaba que María haría conmigo cuando tocase, y, de golpe veía como eran cosas que había hecho con ellos por primera vez.

No dejaba de mojar mi calzoncillo, en aquel paseo, mientras me

preguntaba si finalmente la habría enculado hasta el final... si le habría arrancado así algún orgasmo... y, junto con la excitación, también sentía cierta indignación con María, pues volvía a pensar si de verdad había sido necesaria esa entrega... eso de follar tantísimas horas... eso de dejarse follar por los dos a la vez... eso de dejarse dar por el culo... Me preguntaba otra vez si de verdad tan necesitada estaba... Pues, lo de Edu, habiendo visto sus nervios... su intimidación, casi su admiración... podría entenderse mejor su entrega a él, pero lo hecho con aquellos niños era un follar por follar, un desahogo, un aprovechar fuera lo que no podría vivir en casa... De golpe me vi recordando aquello de Víctor, aquello de que María había tanteado a Edu para repetir, ¿y si hubiera sido cierto? ¿Y si tras el rechazo de Edu no le hubiera quedado otro remedio que explotar la vía de Álvaro como consolación? Como consolación entre gigantescas comillas.

Volví a casa y comí. Solo. No quise despertarla. Me tumbé en el sofá después y conseguí dormir. De hecho dormí con mayor profundidad que durante la mañana. Me despertó el ruido de la ducha; María se volvía a duchar, pasaban ya de las siete de la tarde. Un rato más tarde apareció ella en el salón, en zapatos, vaqueros y un jersey rosa grueso. Seguía sin decirme nada. Se puso el abrigo y entonces notó en sus manos lo que había en los bolsillos. No parecía acordarse. Y se fue entonces al dormitorio, a echar a lavar o a guardar según qué cosas.

Volvió a pasar entonces por el salón y simplemente me dijo que se iba a tomar algo con Paula. “¿A contarle lo bien que te han follado?” pensé.

De nuevo, en la soledad del salón, comencé a pensar, y la idea de que ella me dejara cobraba más fuerza. De hecho, más sensato que que quedara con Paula para contarle su disfrute sexual, era pedirle consejo sobre qué hacer con su relación. Comencé a preocuparme seriamente.

Me levanté del sofá, más con la intención de distraerme y no martirizarme con aquella cábala, pero acabé revisando qué había hecho con la ropa interior de su abrigo. Efectivamente había echado las bragas y la camisa a lavar y había guardado la falda, el liguero y las medias. Tentado, enfermizamente tentado, estuve de hacerme otra paja con aquellas bragas, antes de que fueran lavadas.

Volví al salón y María me había escrito. Iluso de mí pensé que me escribiría diciéndome si quería ir a cenar fuera con ella. Al fin y al cabo era sábado por la noche, pero lo que me decía era que cenaría con Paula, y que, si tenía hambre, que fuera cenando, que no la esperase.

Que no la esperase, otra vez, como por la mañana, y yo me preguntaba si era justo aquel martirio. Si la que se había excedido no era ella, si no era ella la que tendría que dar todas las explicaciones. Me preguntaba por qué el asustado tenía que ser yo. Por más vueltas que le daba no sabía quién tenía que pedir perdón a quién, quién tenía que rendir cuentas a quién.

María volvió sobre las once de la noche y yo ya estaba metido en la cama. Demasiadas emociones, demasiado estrés y quizás demasiado miedo. Quería preguntarle “y ahora qué”, pero no estaba seguro de atreverme.

Entró en el dormitorio e hizo algo que me dolió...

CAPÍTULO 50

Mientras yo trasteaba con el móvil ella cogió uno de sus pijamas de dos piezas, de chaqueta y pantalón de seda blanco, y se fue con él al cuarto de baño. Yo escuchaba como allí se desnudaba y se vestía y se lavaba los dientes y se secaba el pelo con el secador, cosa que hacía a veces cuando llegaba con frío. El hecho de que se desnudara y se vistiera allí me mató. ¿Por qué? ¿A cuento de qué? Intentaba hacer memoria, quizás alguna vez lo había hecho así, pero era realmente poco habitual.

Volvió al dormitorio y se metió en la cama. Yo me preguntaba cuántas palabras habíamos cruzado desde que había vuelto de casa de Álvaro. Aquello era demasiado. Demasiado doloroso aquel silencio, aquella incertidumbre. Estaba dispuesto a pedirle hablar, aun a riesgo de escuchar algo que no me gustase... cuando su móvil se iluminó.

—Quién me puede llamar a estas horas —musitó María, y yo, a su lado, pero lejísimos de ella, veía como no aparecía ningún nombre en la pantalla, si no un número de nueve cifras.

Mi novia acabó por responder.

—¿Sí? ... No... no sé quién eres ... Ahh... ya veo ya... Sí... no, ya... Sí... que Álvaro ha tardado en darte mi número.

María respondía seca, casi con arrogancia. Yo sabía, al noventa y nueve por ciento que era Guille.

—Sí... pues en la cama... ... No, claro que no salgo. ... Si... ... No... te estoy diciendo que estoy en la cama... ... Que estás borracho... me parece muy bien... —respondió con extrema desidia— No, no duermo sola, no. ... ¿Qué? Pues con el que conoces. ... Sí. Claro, vivo con él. Es mi novio, ya lo sabes... Aquel chico le hablaba, y yo, incómodo, incómodo por la conversación, por su tono, de suficiencia, crecida, algo impostado.

—No, claro que no... —Se hizo un silencio especialmente largo, el chico le hablaba y ella no hacía ningún gesto, hasta que prosiguió— Ah, ¿qué quieres venir? Ya... a follarme, ¿no? —dijo eso y me quedé petrificado— No

sé... un poco raro... decírmelo así, ¿no? ... No... por mi novio no te preocupes, por él encantado. ... Si te lo digo en serio, ya lo has visto— dijo aun más seca— Sí... claro... ya, ya... ... Bueno... —Sí, sí... la ubicación... ya veré... Ay, eso ya no sé. Hay mucho jaleo, no te oigo. Sí, ahora mejor. ... Bueno, pues eso... sí, ya veré, venga... .. Sí, ya... chao, chao.

María colgó el teléfono.

—¿Era Guille? —pregunté.

—Sí —dijo posando el móvil en la mesilla.

—¿Y?

—¿Cómo que y? Ya lo habrás oído. Me preguntaba si salía esta noche, le he dicho que no, y me ha dicho de venir aquí a follarme.

Aquella palabra caía como un rayo sobre mí, como una corriente eléctrica, partiéndome por la mitad. ¿Cómo era posible que hablase así de algo... así? ¿Qué clase de sadismo era aquel?

—¿Y qué le has dicho?

—Le he dicho, o me ha preguntado, no sé, si estaba sola, y le he dicho que contigo. Sigue sin creerse que tú, como novio, quieras que me folle todo el mundo.

—Yo nunca he dicho que quiera que te folle todo el mundo.

—Pues ya me han follado tres, y tú encantado —dijo, saliendo de la cama, y dirigiéndose al armario.

No sé por qué pregunté aquello, fue lo primero que me salió. Yo quería contraatacar, demostrarle que no me podía cargar a mi con todo, pero seguramente no fuera la mejor manera de hacérselo saber:

—¿Y quién mejor?

—¿Que quién me folló mejor? —preguntó mientras rebuscaba en uno de sus cajones, como si tal cosa.

—Sí.

—¿De los tres?

—Sí.

—Pues... estos dos me follaron bien... pero Edu es Edu.

Cada frase suya tenía un peso terrible, pero yo intentaba mantenerme imperturbable.

—¿Ah sí? ¿Y Guille...? ¿Y la polla de Guille? Qué tal la polla de Guille quiero decir.

—La de Guille... pues... no como la de Álvaro, ni mucho menos como la de Edu... es... normal... una polla normal... de hombre.

Aquel “de hombre” era una puñalada, una venganza, para mí, fuera de lugar. Yo no entendía cómo habíamos empezado aquella absurda conversación ni a qué venía aquella actitud de ella. Me daba la sensación de que me quería cargar a mí con todo, de que se sentía mal porque ella sabía que se había descontrolado y me quería hacer a mí cargar con toda la culpa, para quitarse ella su responsabilidad. Era conecedor de su orgullo y sabía que aquella entrega a aquellos críos la había jodido y que, echarme a mí la culpa, era un salvavidas para su conciencia.

María rebuscaba en unas cajitas que tenía con joyas y se quitaba un pequeño colgante que había llevado a cenar con Paula.

—¿Entonces va a venir Guille ahora y te va a follar? —pregunté serio, utilizando aquella palabra que tanto me dolía, juntando Guille y venir a follar en la misma frase, pero yo siempre mantenía aquel poso de masoquismo.

—Es lo que quieres.

—No, es lo que quieres tú.

Se hizo un silencio mientras ella revisaba aquellas mínimas cajas y yo no sabía ni qué decir. Y, de nuevo, dije algo que llevaba dentro, sin medir nada las consecuencias de sacar ese tema:

—¿Y Edu? Creía que... bueno... que había cierta predilección por él.

—¿Tuya o mía?

—De los dos. —yo no dejaba de alucinar con la chulería con la que respondía y hablaba de aquellos temas, que siempre habían sido tabú, y de golpe, parecían banales.

—... Pues... mira... Precisamente me ha escrito esta tarde.

—¿Ah sí? ¿Y qué te ha dicho?

—Míralo si quieres. El pin es 1606.

El dieciséis de junio es nuestro aniversario, descubrir su contraseña así se me hizo extrañamente doloroso, me hacía pensar aun más en qué nos estábamos haciendo.

Cogí su móvil, tecléé esos números, entré en los chats. Era el último que le había escrito. Leí: “El lunes va a estar Víctor. Ya sabes, vente pija”

—¿Y esto? —pregunté, impactado, pero sabiendo que aquello no era nuevo, y que ya me había dado explicaciones no del todo convincentes sobre ese tema.

—Pues eso... la verdad es que me pone un poco obedecerle esas chorradas. —confesó, matándome.

—¿Ah sí? —pregunté fingiendo curiosidad, cuando lo que sentía era

dolor.

—Sí.

María cerró el cajón y se volvía a la cama. Las tetas se le marcaban a través del pijama. Tenía la cara seria, pero morbosa, guapa, sobria, intimidante. No entendía que me diera morbo en aquel contexto tan agresivo y tan chulesco... pero no lo podía evitar.

—¿Y por qué no repites con Edu? —pregunté.

—Porque está con Begoña.

—Ah, es por eso.

—No, no es por eso.

—Pues es lo que acabas de decir.

—No, solo he dicho que está con Begoña y que para qué voy a plantearme nada si tiene novia.

Aquel “plantearme”, en lugar de “plantearnos” no sabía si le había salido así sin querer o a propósito. Y yo no tenía parada en mi contraataque, en mi suicidio:

—Tiene novia y te da envidia. —dije mientras ella se metía en la cama.

—Satisfecha estará seguro —dijo hiriéndome. Castigándome otra vez, para mi injustamente.

—No creo que te diga que no a repetir. Aunque esté con Begoña.

—¿Tú crees? ¿Si quieres quedo con él el mismo lunes? Y tú encantado claro, de que me vuelvan a follar.

—Sí, por qué no. —dije forzando, pero tensísimo... sabiendo que yo no controlaba nada de aquella conversación. Y sin saber cuánto de aquello había de verdad y cuánto de venganza, de querer joderme.

—Sí... y con Víctor puedo quedar también... podemos quedar los tres. Edu, Víctor y yo, ¿no? Y tú también, claro, ¿o es que ya no quieres mirar?

—¿Me lo estás diciendo en serio? —pregunté temblando... haciéndome el distante, pero aterrorizado.

—Claro. Escríbele tú mismo. Ponle... ponle que sí, que me pongo la camisa rosa pija que le pone a Víctor... y... que podríamos quedar los cuatro el lunes para tomar algo.

Yo seguía con su móvil en la mano. Infartado. Sin poder creérmelo.

No sabía qué hacer. Seguía sin entender nada. Cuando por la parte superior de la pantalla vi que le entraba un mensaje proveniente de un número, tenía que ser Guille, que ponía: “¿En serio voy?” Comencé a escribirle a Edu. Mis manos me temblaban... mis dedos me temblaban...

Escribía, me equivocaba y borraba... tardé una eternidad en acabar. Tras escribirlo leí antes de enviarlo: “Vale, me visto así, por cierto: ¿Quieres que quedemos Víctor, tú, Pablo y yo el lunes para tomar algo? “. Mientras lo leía miraba de reojo a una María que sacaba revistas de su mesilla, como si tal cosa, y maniobraba en su reloj despertador.

—¿Lo envió entonces?

—¿No te he dicho ya que sí? Alucinado, sin poder creerme lo que estaba pasando. Sin poder entender cómo María pasaba de un extremo al otro en veinticuatro horas, envié ese mensaje a Edu.

Para colmo vi que Edu estaba en línea. Sentí pavor. Pero seguí fingiendo todo lo que no era.

—Te ha vuelto a escribir Guille. Que si en serio quieres que venga.

María no dijo nada. Y yo, como siempre, sin saber por qué, dije:

—¿Prefieres que venga Guille o lo de quedar con Edu el lunes?

—¿Me lo preguntas en serio? —dijo ella volviendo a llevar todo su cuerpo a la cama.

—Sí.

—Pues... creía que sabías de verdad cuanto me pone ese chico.

—Deduzco que te refieres a Edu.

María no respondió y yo no sabía si de verdad todo aquello iba en serio o era una tortura. No sabía si de verdad iba a darle la ubicación a Guille y en pocos minutos vendría a casa a follársela... No sabía si de verdad quedaríamos el lunes con Edu y con Víctor... No tenía ni idea de si todo era un gigantesco farol, un castigo, o de verdad María quería que a partir de aquel momento todo cambiase.

Continuará.

ÍNDICE

Jugando con fuego 2

SINOPSIS

CAPÍTULO 1

CAPÍTULO 2

CAPÍTULO 3

CAPÍTULO 4

CAPÍTULO 5

CAPÍTULO 6

CAPÍTULO 7

CAPÍTULO 8

CAPÍTULO 9

CAPÍTULO 10

CAPÍTULO 11

CAPÍTULO 12

CAPÍTULO 13

CAPÍTULO 14

CAPÍTULO 15

CAPÍTULO 16

CAPÍTULO 17

CAPÍTULO 18

CAPÍTULO 19

CAPÍTULO 20

CAPÍTULO 21

CAPÍTULO 22

CAPÍTULO 23

CAPÍTULO 24

CAPÍTULO 25

CAPÍTULO 26

CAPÍTULO 27

CAPÍTULO 28

CAPÍTULO 29

CAPÍTULO 30

CAPÍTULO 31

CAPÍTULO 32
CAPÍTULO 33
CAPÍTULO 34
CAPÍTULO 35
CAPÍTULO 36
CAPÍTULO 37
CAPÍTULO 38
CAPÍTULO 39
CAPÍTULO 40
CAPÍTULO 41
CAPÍTULO 42
CAPÍTULO 43
CAPÍTULO 44
CAPÍTULO 45
CAPÍTULO 46
CAPÍTULO 47
CAPÍTULO 48
CAPÍTULO 49
CAPÍTULO 50